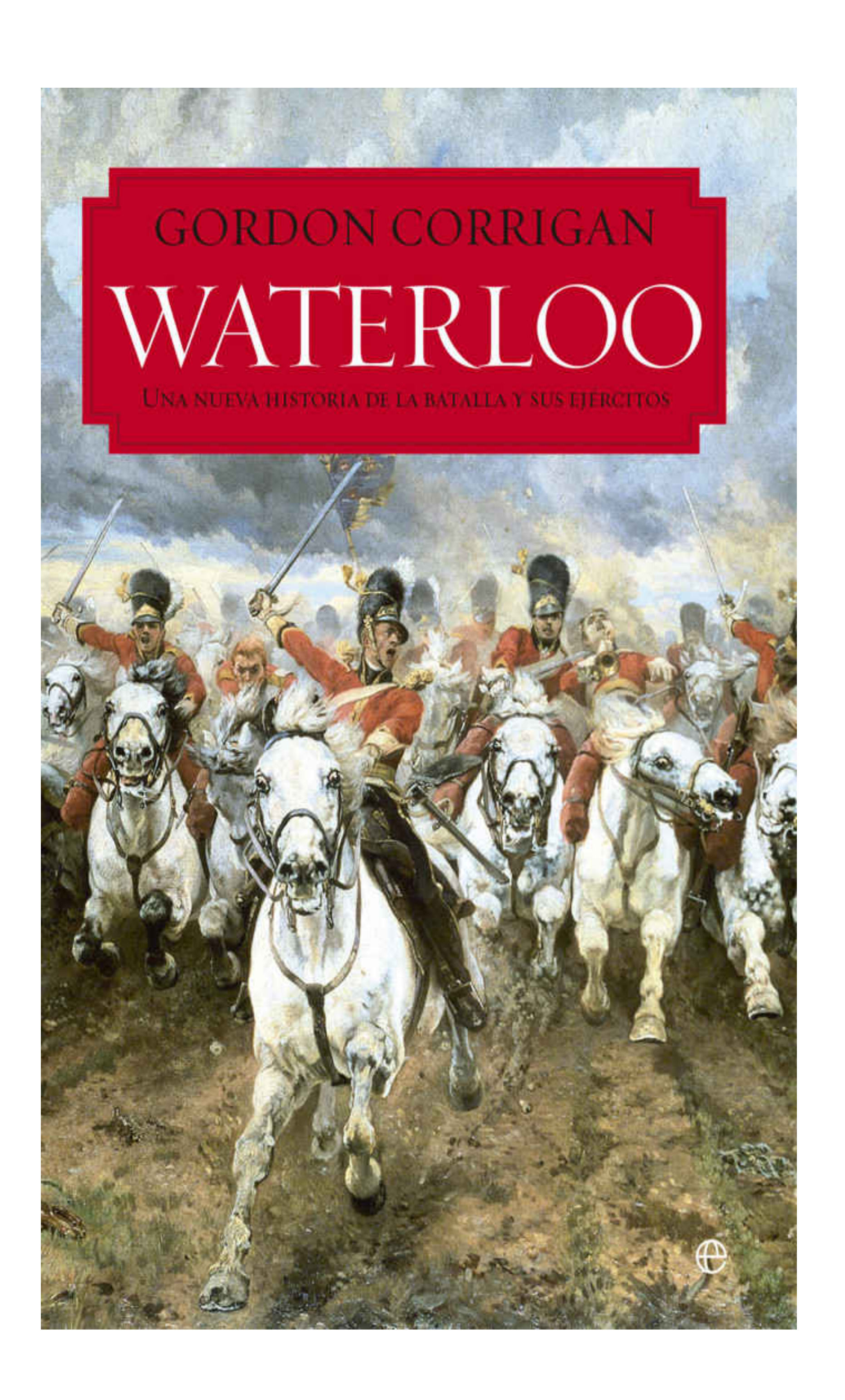

GORDON CORRIGAN
WATERLOO
UNA NUEVA HISTORIA DE LA BATALLA Y SUS EJÉRCITOS

Gordon Corrigan

Waterloo

UNA NUEVA HISTORIA DE LA BATALLA Y SUS EJÉRCITOS

Traducción del italiano

Alejandro Pradera

la esfera de los libros

Introducción

El 18 de junio de 1965, el ejército británico realizó un espectacular desfile en los terrenos de la granja Hougoumont, al sur de Bruselas (Bélgica), para conmemorar el ciento cincuenta aniversario de la batalla de Waterloo. Por entonces, el ejército británico tenía el doble de tamaño que hoy día y todos los regimientos que allí lucharon enviaron su estandarte, una guardia de honor y su banda. El autor, que por entonces era el subalterno más alto del regimiento Gloucestershire, asistió como portaestandarte.

En 1965, la llegada del mayor número de tropas británicas vistas en Bruselas desde la liberación de la ciudad en septiembre de 1944 no pasó desapercibida para la población. Las tropas fueron acantonadas en unos barracones del ejército belga, remozados por última vez en 1880, y como los belgas, con la posible excepción de los noruegos, son los únicos europeos a los que realmente les gustan los británicos, cualquier soldado británico de uniforme que entrara en los establecimientos pertinentes se encontró con que podía trasegar hasta llenar su vejiga a satisfacción sin tener que pagar. Inevitablemente, las celdas de los cuartos de guardia se llenaron rápidamente de soldados escoceses que regresaban con el culo al aire tras haber vendido sus kilts a las gentes de la zona. En el campo de batalla, preservado en gran parte por los belgas con el equivalente de un cinturón verde, había pocos, si es que había alguno, signos de que los británicos hubieran estado allí alguna vez. Monumentos a los granaderos franceses, estatuas de Napoleón, placas con panegíricos escritos por Victor Hugo y tabernas con nombres reminiscentes del Armée du Nord había muchos; pero ni una mísera mención al gran duque. Los belgas llevan mucho tiempo viviendo una crisis de identidad. Durante los últimos trescientos años han sido súbditos de España, Austria, Francia, Holanda y, solamente desde 1831, viven en su propio Estado independiente, si bien este se encuentra dividido por tensiones raciales y lingüísticas. En la parte oriental del país, sin importar quién los gobernara, los habitantes se han considerado generalmente franceses o, cuando menos, profranceses, aunque solamente sea como una mejor alternativa a formar parte de los Países Bajos holandeses; y, si bien en

la actualidad no tienen pendencias con los británicos, quienes, después de todo, crearon su nación, todavía se siguen inclinando hacia Francia. Ahora, gracias sobre todo a los comentarios producidos por el asunto de 1965 y los esfuerzos del Comité Británico para Waterloo, hay monumentos en el campo de batalla; pero la tienda del centro de visitantes (posterior a 1965) vende sobre todo objetos relacionados con Napoleón y los amantes de reproducir batallas prefieren vestirse de chasseurs à pied en vez de como soldados rasos del 33.º a pie. Incluso el principal investigador británico sobre la Revolución Francesa y las guerras napoleónicas, el difunto Dr. David Chandler, aparecía con regularidad con el uniforme de coronel de la Guardia Imperial. 1

Que el doscientos aniversario de la gran batalla se vaya a conmemorar en el 2015 con el mismo estilo, garbo y esfuerzo que en 1965 es algo discutible: ¿la corrección política reprobará la glorificación de la sangre y la matanza? ¿Querrá el gobierno británico evitar ofender a los franceses? ¿Gran Bretaña podrá permitírselo? Lo que resulta innegable es que, con la excepción de los guardias reales y la Household Cavalry (caballería de la Guardia Real), no existe ni un solo regimiento que mantenga el nombre que tenía en 1815, o en 1965, tal ha sido la rapidez del deterioro y la fusión de la infantería británica.

En 1965, fueron invitados los aliados de 1815 y contingentes de Austria, Alemania Occidental, Holanda, Bélgica, España y Portugal tomaron parte en el desfile, al igual que los rusos, a pesar de que la Guerra Fría estaba en su momento álgido. Dado que el acontecimiento era oficialmente, si no en realidad, una conmemoración más que una celebración, los franceses también fueron invitados. Como cabía esperarse, declinaron la asistencia y la historia que corría por los mentideros era que su presidente, el anglofóbico general De Gaulle, se negó porque estaba demasiado ocupado preparando las celebraciones del novecientos aniversario de la batalla de Hastings para el año siguiente. 2 Dado que De Gaulle no era conocido por su sentido del humor, la historia es casi con seguridad apócrifa; pero combina los dos momentos de la historia británica que están indeleblemente grabados en la mente de cualquier niño de colegio: 1066 y la batalla de Waterloo. Todos conocen la fecha de 1066, aunque no están muy seguros de lo que sucedió entonces y todos saben que hubo una batalla en Waterloo, pero no conocen la fecha.

En la larga historia del ejército británico ha habido muchas batallas que implicaron más hombres, duraron más y provocaron más bajas que la de Waterloo, que tuvo lugar a lo largo de un día en un cuadrado de aproximadamente 3 kilómetros de abarrotado terreno agrícola a unos 24 kilómetros al sur de Bruselas. Sin embargo,

Waterloo genera más interés, reclama más atención y sobre ella se ha escrito más que sobre la del Somme, el Alamein y Normandía juntas. Ni siquiera se trata de que fuera una victoria exclusivamente británica: los ingleses eran una minoría dentro del ejército anglo-holandés, que a su vez era más pequeño que el ejército de su aliado, Prusia. Además, si bien el comandante en jefe era británico, el duque de Wellington, la verdad es que no se trató de una batalla en la que se requiriera una gran agudeza táctica. Mas bien, lo que se necesitó fue la conocida virtud británica de agarrarse al terreno hasta que llegue la ayuda, una tarea que un elevado número de generales británicos disponibles hubieran sido perfectamente capaces de supervisar.

Hoy día, Waterloo se percibe como una impresionante victoria británica a pesar de unas abrumadoras probabilidades en contra. Quizá en realidad fuera una victoria aliada contra unas posibilidades que no eran tan malas. Es cierto que las fuerzas de Napoleón sobrepasaban en número a las de Wellington; pero en modo alguno en la relación de tres a uno que por lo general se consideraba necesaria para una ofensiva victoriosa. Si bien gran parte del ejército de Wellington era «infame» (con lo cual él quería decir «sin fama»), muchas de las unidades británicas habían servido en la península ibérica y, si bien carecía del estado mayor que le hubiera gustado tener a su servicio, todos sus comandantes de división y muchos de los comandantes de brigada habían servido a sus órdenes en algún momento en España y Portugal. Los conocía muy bien y ellos comprendían sus métodos.

Cuando se escribieron, los relatos contemporáneos de la batalla concedían todo el crédito a la contribución aliada —la de los holandeses-belgas, los pequeños estados alemanes y, por supuesto, Prusia—, pero enseguida los hechos comenzaron a quedar oscurecidos por el mito. Para los franceses, el resultado de la batalla se decidió supuestamente no debido a los fallos de Napoleón, sino a la incompetencia y las traiciones de otros; en el caso de los británicos, la contribución de las demás naciones aliadas fue progresivamente disminuida o ignorada por completo. Fue el coronel Charles Cornwallis Chesney, de los Reales Ingenieros, profesor de Historia Militar en la Real Academia Militar Sandhurst y después de la Academia de Estado Mayor de Camberley, quien logró restaurar el equilibrio. Al hacerse cargo de su puesto en 1858, Chesney se encontró con que el estudio de la historia de su profesión por parte de los oficiales del ejército era como mucho escasa y como poco tergiversada. La mayoría de las pocas obras recomendadas a los estudiantes estaban escritas por autores franceses en francés, muchas poseían una escasa base histórica y no se hacía nada por animar a los estudiantes a realizar análisis críticos de guerras y campañas. Chesney

decidió cambiar todo eso y su estudio de la guerra civil norteamericana, mientras esta se estaba desarrollando, continúa destacando incluso hoy. Insistía en un estudio objetivo e imparcial de la historia de la guerra y sus ensayos sobre la campaña de Waterloo, publicados en 1868, le conceden todo el crédito a los prusianos (algo hasta entonces desconocido en los estudios en inglés) y se convirtieron en la obra de referencia durante muchos años, habiendo sido traducidos al francés y el alemán.

Después, tras la guerra franco-prusiana de 1870-1871, en la cual los franceses sufrieron una humillante derrota, la percepción británica de Waterloo comenzó a inclinarse de nuevo hacia una percepción anglocéntrica. Si bien no llegó a ser profrancesa, la opinión fue volviéndose progresivamente menos progermana: Napoleón III y su exemperatriz recibieron refugio en Inglaterra, y su hijo resultó muerto en la guerra zulú sirviendo en el ejército británico, mientras que el abierto apoyo del káiser a los bóers en la guerra surafricana despertó entre los ingleses sospechas respecto a las intenciones alemanas. Posteriormente, la carrera armamentística naval y la posterior Primera Guerra Mundial acabaron con la idea de que Alemania hubiera podido tener parte en la victoria de Waterloo. De hecho, los soldados británicos del frente occidental se quedaron sorprendidos al verse enfrentados a infantes alemanes que llevaban en la manga la insignia de batalla «Waterloo»: ¿qué diantres, se preguntaban, tenían que ver los boches con Waterloo?

Entre ambas guerras mundiales y durante la segunda hubo escasos incentivos por conceder a los alemanes el crédito de nada y, si bien uno o dos libros de la década de 1960 intentaron presentar la batalla como ganada por una coalición multinacional, la mayoría se mostraban complacientes con el heroico mito de los gallardos británicos, sobrepasados en número y armamento, aguantando al enemigo para al final terminar derrotando al poderoso emperador y salvando al mundo con su esfuerzo. La percepción ha cambiado, al menos entre los historiadores; pero es una pena que el principal partidario de poner la contribución prusiana en la adecuada perspectiva, que ha indagado en varios archivos alemanes y escrito varios libros bien investigados como resultado de sus hallazgos, se haya convertido a sí mismo en una figura risible al proponer todo tipo de improbables teorías conspirativas y amenazando con ponerle un pleito a quien se muestre en desacuerdo con él.

Que Waterloo se cierna con tanta amplitud sobre la historiografía británica no puede deberse solamente a su importancia militar; más bien, se trata de que es considerada el comienzo del «siglo británico» y el último estertor de la era imperial francesa: la última posibilidad que tuvieron los bonapartistas de crear una Europa unida bajo hegemonía

francesa tras veintidós años de guerra casi continua. En los largos años de las guerras revolucionarias francesas y las napoleónicas el único factor que no cambió fue la resistencia británica a las ambiciones francesas. Todas las demás potencias, y muchos estados que no lo eran en el sentido contemporáneo fueron en un momento u otro conquistados por Francia, ocupados por Francia o estuvieron temporalmente aliados con Francia. Solamente Inglaterra, protegida por el canal de La Mancha y su armada, se mantuvo en constante oposición, apoyando a las siete coaliciones aliadas que se formaron entre los años 1793 y 1815 con su dinero, su armada, su capacidad industrial y, cuando pudo, sus tropas. En el caso de haber ganado Napoleón la batalla de Waterloo, hubiera seguido perdiendo la guerra: la diferencia es que en ese caso Inglaterra no hubiera tenido la influencia que tuvo a la hora de trazar las fronteras de Europa posteriores a la guerra y de crear un sistema de equilibrio que mantuvo la paz, más o menos, durante un siglo.

Waterloo no es algo aislado, sino que ha de considerarse en el contexto de la era que comenzó en 1770 con los primeros ataques contra lo que los revolucionarios llamaron después l'ancient régime y terminó con el desembarco de Napoleón en la solitaria y remota Santa Elena en 1815. La declaración de guerra de Francia a Inglaterra en 1793 (de no haberse producido la cual, Inglaterra hubiera terminado declarándole ella la guerra) dio comienzo al más prolongado período de hostilidades de la historia moderna de Gran Bretaña y, hasta los acontecimientos de 1914-1918, cuando los hombres hablaban de la «gran guerra» se referían a la guerra contra Francia. En una época durante la cual, al menos en Occidente, las operaciones militares que duran más de un año o así resultan cada vez más sospechosas para el público, cuando no generan pura oposición, es de destacar que la gran mayoría del público británico apoyó la guerra contra Francia durante veintidós largos años. Si bien por entonces Gran Bretaña no era una democracia en el sentido moderno —la idea del sufragio universal habría sido considerada por muchos como una extraordinaria aberración—, sí contaba con libertad de expresión y de prensa, el gobierno de la ley, carecía de servicio militar obligatorio y de restricciones en la libertad de movimiento y trabajo, encontrándose más próxima a la idea de un país libre que ningún otro, con la posible excepción de los inexpertos Estados Unidos de América; si bien, al contrario que en estos, en la madre patria la esclavitud estaba prohibida. Los gobiernos británicos eran, incuestionablemente, los gobiernos del rey; pero tenían que tener en cuenta a la opinión pública, con una plétora de periódicos, panfletos y oradores altamente críticos asegurándose de que así fuera. En ningún otro país europeo podía un miembro del Parlamento oponerse de forma constante y

pública a la guerra, mofarse de los objetivos bélicos del gobierno, hacer constantes llamamientos a una paz negociada, exigir la exoneración de Napoleón y acusar al secretario de Marina de corrupción, como hizo Samuel Whitbread, miembro de la conocida familia de fabricantes de cerveza. 3 Resultaba inconcebible que, en medio de las brumas de la guerra, un príncipe de sangre real prusiano, español, portugués, sueco e incluso holandés fuera llevado a juicio acusado de desfalco en la venta de despachos de oficial, como lo fue en 1809 el duque de York, segundo hijo del rey Jorge III, si bien fue absuelto (probablemente con justicia). Quizá sea por esa misma libertad para criticar por lo que el gobierno británico pudo continuar una guerra que a menudo parecía que se iba a tornar en desastre y tener un amplio apoyo de la gente al hacerlo.

La mayoría de las guerras favorecen el progreso técnico —mejores armas y tratamientos médicos son los ejemplos más evidentes—; pero en 1815 el ejército o la armada de cualquiera de los participantes poseían muy poco que no tuvieran ya en 1793. La artillería mejoró ampliamente y otra gran parte del equipo se refinó, proporcionando la experiencia un uso más diestro de casi todo. Con respecto a los británicos, la guerra indudablemente favoreció el verdadero profesionalismo a la hora de seguir una carrera militar y, mientras que el ejército británico de 1793 no es que fuera una muchedumbre de azotados criminales dirigida por petimetres de salón, como alegaban sus detractores, ciertamente no era la máquina finamente engrasada en la que se había convertido al finalizar la guerra. Para cuando se produjo la primera rendición francesa, en 1814, los oficiales británicos sabían lo que hacían y el trabajo coordinado de todas las armas, con la infantería, la artillería y la caballería trabajando juntas, era cosa de todos los días, pudiendo el ejército apoyarse en un sistema logístico que era la envidia del mundo.

No obstante, que el ejército británico venciera en tierra firme no necesariamente le supuso una ventaja a largo plazo. Los ejércitos que resultan derrotados se preguntan por qué, como hicieron los prusianos tras Jena en 1806, se reforman y producen algo mejor. Los ejércitos del lado vencedor no ven necesidad alguna de cambiar los modos de hacer que los condujeron a la victoria y así se corre el riesgo de quedarse estancado. Los iniciales desastres administrativos británicos en Crimea cuarenta años después de Waterloo han de achacarse a unos soldados complacientes y unos políticos despreocupados, convencidos de que todo estaba bien y no había nada que cambiar. En cuanto a los franceses, quienes indudablemente fueron derrotados, tras 1815 la dirección del ejército permaneció en las manos de los mismos hombres que lo habían dirigido para Napoleón, luego brevemente para el restaurado Luis XVIII y después para Napoleón de

nuevo hasta la derrota final de los Cien Días. Es cierto que un mariscal —Ney— fue fusilado y unos pocos más exiliados; pero la mayoría se limitaron a cambiar de chaqueta una vez más y continuaron como si nada hubiera pasado. De modo que existían escasos incentivos para estudiar los motivos de la derrota, o para aceptar que una derrota militar, al contrario que la traición política, hubiera tenido lugar, de modo que el ejército francés del Segundo Imperio, organizado, equipado y comandado de forma muy similar al del Primero, fue derrotado de nuevo en 1871 por el viejo enemigo, los prusianos.

Napoleón murió en Santa Elena en 1821. Su cuerpo regresó a Francia en 1840 y fue depositado con gran pompa y boato en la Chapelle Saint-Jérôme de París, siendo luego reinhumado en un magnífico mausoleo especialmente construido en Les Invalides, donde todavía sigue. Hasta el día de hoy, su tumba continúa siendo un lugar de peregrinación para los oficiales del ejército francés, y uno ha de preguntarse si la cobarde actuación del ejército francés en 1870, su insistencia en constantes ataques frontales durante la Primera Guerra Mundial y su lamentable actuación en la segunda están de algún modo relacionados con su aferramiento a un anticuado ideal de ímpetu militar —y Napoleón ciertamente les dio mucha gloria— al tiempo que ignoran las lecciones de la ignominiosa derrota.

Mientras tanto, las fuentes para el estudio de la batalla de Waterloo y las circunstancias que condujeron a ella son muchas y variadas. Desde el punto de vista de los historiadores, en estos enfrentamientos participó —por primera vez— una soldadesca alfabetizada. De guerras anteriores contamos con relatos de oficiales superiores, pero pocos de la tropa. Ahora contamos con una multitud de cartas y descripciones escritas por oficiales menores y el resto de la escala, lo cual nos proporciona una imagen más completa de lo que era la vida en los ejércitos de principios del siglo XIX , en ambos bandos. Las fuentes secundarias son casi inagotables y los Archivos Nacionales de Kew, la Biblioteca Británica en San Pancras y la hemeroteca de Colindale son invaluables herramientas de investigación, junto a su servicial y paciente personal. Los archivos militares franceses en Vincennes y los archivos nacionales en París (en la actualidad de traslado a un edificio construido ex profeso) son esenciales… si uno consigue acceso a ellos. Un historiador inglés que desee estudiar en los archivos franceses se encuentra con la presunción de que el objetivo de su investigación es encontrar algo que haga que los franceses parezcan tontos. De modo que existe una falta de cooperación que va más allá de la que viene incluida con el puesto de trabajo. He intentado hacerme pasar por canadiense (lo cual no es una completa mentira, pues mi madre lo es); pero entonces me encontré con un canadiense de habla francesa y, si bien mi francés

moderno es razonable, los canadienses hablan una forma de francés que ha cambiado poco desde la guerra de los Siete Años. Actualmente digo que soy irlandés (lo que tampoco es mentira del todo, pues nací allí) y, como se asume que los irlandeses odian a los ingleses, de inmediato recibo ayuda.

Cabe preguntarse si existe en las estanterías espacio para un nuevo libro sobre Waterloo. La respuesta es sencilla: la batalla y quienes tomaron parte en ella continúan fascinando y las interpretaciones de esta varían mucho. Personalmente, no comparto las habituales críticas de que los oficiales británicos de la época eran un puñado de niñatos sin carácter. De hecho, aparte de los guardias y algunos de los más elegantes regimientos de caballería, la mayoría de los oficiales del ejército poseían unos sólidos antecedentes de clase media. El título de caballero que tantos coroneles lucieron durante el período fue casi siempre una recompensa por sus hojas de servicio, más que heredados, del mismo modo en que la mayoría de los títulos de nobleza de los generales fueron de nueva creación. Tampoco acepto que la compra de los grados de oficial y los ascensos fueran necesariamente el inicuo sistema que parece a ojos modernos, porque de hecho funcionaba y funcionó bien una vez se terminaron los abusos gracias a reformistas como el duque de York.

En el pasado, alguno de mis lectores ha cuestionado mi uso del término «Inglaterra» cuando hablo de la política de la época... ¿acaso debería referirme a Gran Bretaña o al Reino Unido? No me disculpo por utilizar «Inglaterra». Lo cierto es que el gobierno se encontraba en Inglaterra, la industria se encontraba en Inglaterra y el dinero se encontraba en Inglaterra, Napoleón no le ordenó al mariscal Masséna «devuelva a los sarnosos leopardos británicos al mar»; más bien se refirió a los sarnosos leopardos ingleses. Inglaterra, que no Gran Bretaña, era una nación de tenderos y fue de los ingleses de quienes Napoleón dijo que habían sido los más gallardos de sus enemigos, no los ciudadanos de Gran Bretaña o Irlanda. En rasgos generales era Inglaterra quien importaba y, si bien resulta innegable que los galeses, los escoceses y los irlandeses tuvieron su parte, en política y relaciones internacionales era Inglaterra quien dirigía. El ejército, no obstante, era distinto: era indudablemente británico, con una amplia proporción de sus soldados de extracción irlandesa y un cuarto de sus oficiales escoceses. El motivo de ello será discutido más adelante.

Tampoco me disculpo por mi frecuente uso del «puede», «da la impresión», «quizá», «en torno a», «probablemente» y expresiones similares en mi descripción de las batallas de 1815. Las fuentes contemporáneas son legión y la mayoría de ellas no coinciden. No tiene nada de sorprendente: la mayoría de la gente que estuvo allí sabía qué le estaba pasando a ellos y a quienes los rodeaban; pero no

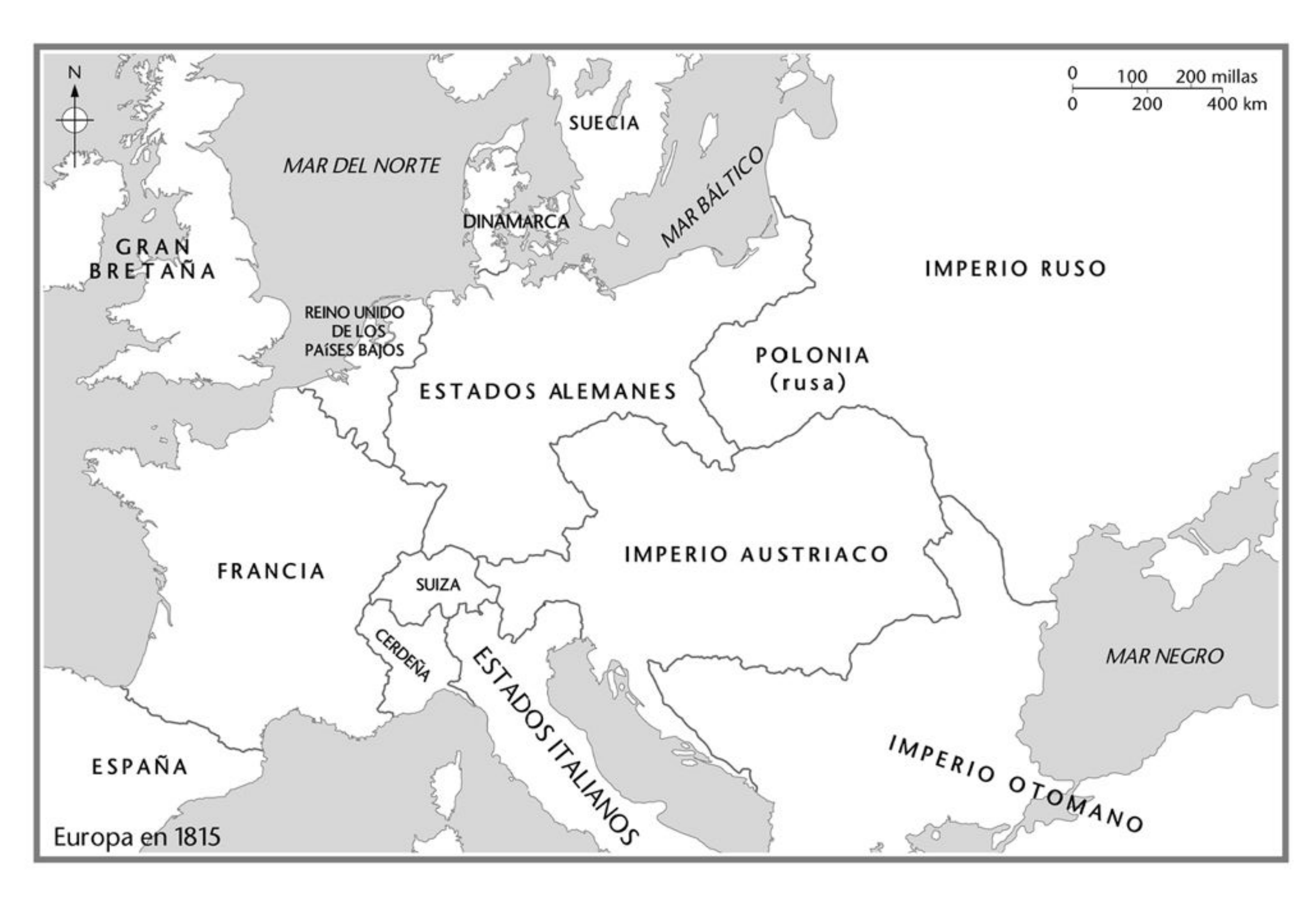
necesariamente comprendían la escena general. Los recuerdos escritos mucho tiempo después de un acontecimiento pueden distorsionarse, no necesariamente de forma deliberada, y en el caso de al menos algunos relatos lo que se publicó dependió de si había dinero de por medio. Buscando darle sentido a las muy diferentes versiones de los hechos he intentado describir el que me parece más probable, si bien acepto que es posible que no siempre haya dado en el clavo.

Como siempre, tengo que agradecerle a mucha gente su ayuda a la hora de poder sacar este libro a la luz. Angus MacKinnon y Ben Dupré han vuelto a ser mis editores y me han salvado de prolongados litigios por libelo; del mismo modo, Lauren Finger, James Nightingale y Margaret Stead, de Atlantic, merecen todos unas inmensas gracias, al igual que el personal de los Archivos Nacionales, la Biblioteca Británica y la Biblioteca del Príncipe Consorte. Como siempre, mi esposa se ha esforzado todo lo posible por evitar que me pusiera demasiado pomposo, no siempre con éxito.

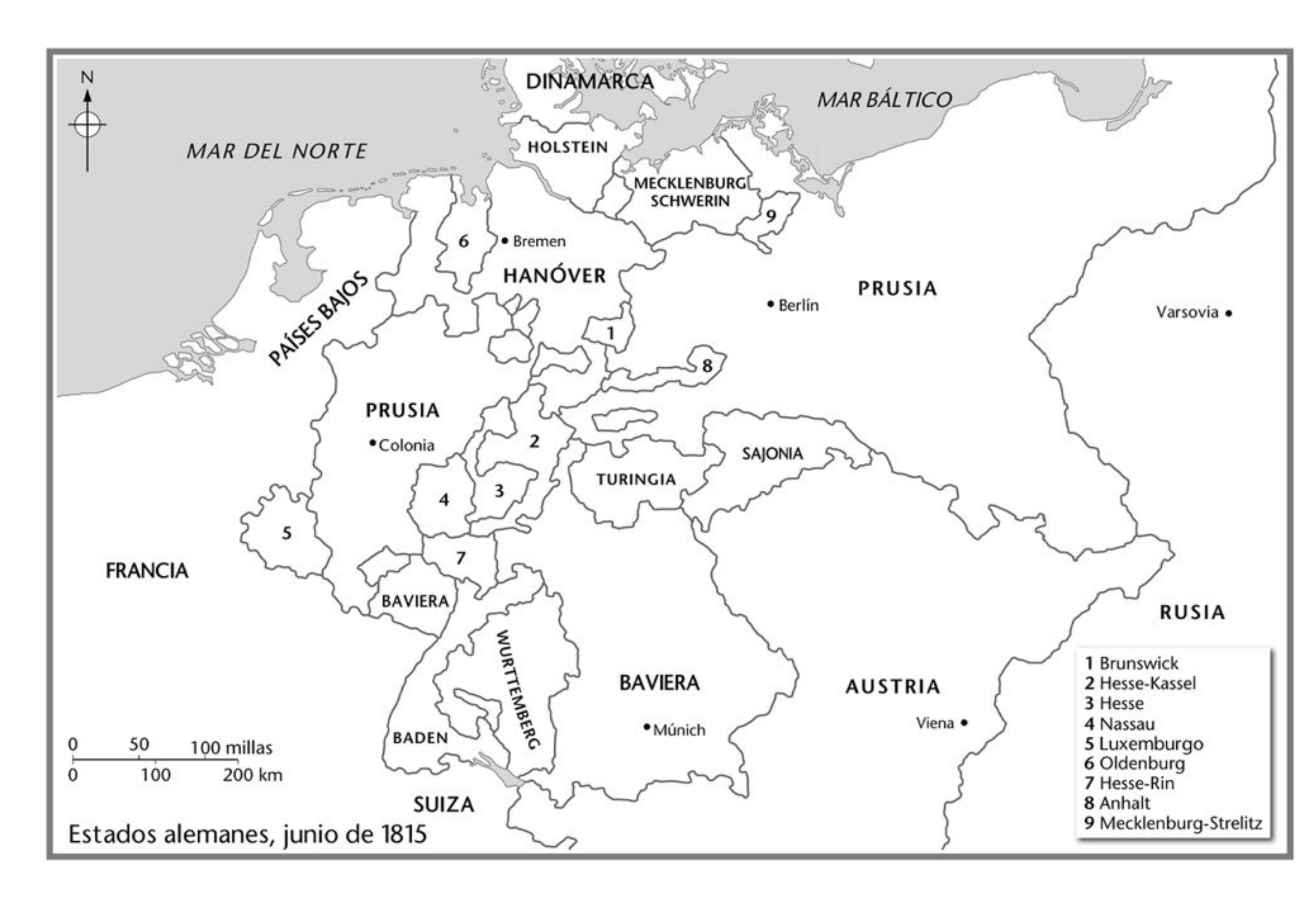
La edición ha sufrido una revolución inimaginable desde que el monje calígrafo fue reemplazado por la imprenta de mister Caxton. El poder de Amazon, con su habilidad para debilitar al editor tradicional, así como la llegada de los libros electrónicos, que eliminan la necesidad de papel, se consideran como una inmensa amenaza para el tradicional libro impreso. Puede que vayamos a echar un vistazo a Waterstones, pero compramos en Amazon; ya no necesitamos unas maletas extra para llevar con nosotros nuestro material de lectura, sino que podemos llevar una biblioteca entera en un Kindle. Sin embargo, os escucho gritar, nos gusta lo que se siente al coger un libro, el olor de un libro, la emoción de abrir un libro nuevo. De acuerdo. También a mí, pero la generación digital no posee las trabas de las convenciones del pasado y es indudable que había muchos en Roma que afirmaban que la manipulación de un rollo de papiro nunca podría ser superada por el innecesario libro. El libro electrónico, el e-book, ha llegado para quedarse. En la actualidad, no obstante, aunque está bien para la ficción, no lleva bien el ensayo. Las notas a pie de página y las bibliográficas no están conseguidas, del mismo modo que las ilustraciones y los mapas no se reproducen bien; pero todo eso mejorará, y en poco tiempo la calidad y facilidad de lectura seguramente se compararán con ventaja con el libro impreso tradicional. ¿Seguirá habiendo sitio para el libro tal cual lo conocemos? Probablemente sí, pero en bibliotecas y lugares de referencia más que en las estanterías de casa. ¿Qué sucederá con los editores? Sobrevivirán, pero solamente si asumen la revolución digital

y la aceptan. En cuanto a los impresores, puede que, antes de lo pensado, se unan a quienes barrían las calles delante de alguien para que la cruzaran sin mancharse y al farolero en la lista de profesiones que ya no existen. En la práctica reducirán su personal, se moverán a talleres más pequeños y se concentrarán en publicar periódicos y revistas, tarjetas de visita e invitaciones de boda, todos los cuales es poco probable que sean sustituidos, al menos no por ahora. Basta con decir que estoy agradecido a la fe que mis editores me han demostrado al estar dispuestos a publicar otro libro mío en formato tradicional… si bien sin duda también como libro electrónico.

En cuanto a Waterloo, no fue un hecho aislado. Se trató, más bien, de la culminación de un largo período de desarrollo militar y maniobras políticas que convirtieron a Gran Bretaña en una potencia mundial —de hecho, la única que hubo durante todo un siglo—. Además, si bien los aspectos técnicos de la batalla son interesantes no podemos tratarlos como algo aislado, sino que han de ser explicados como parte de un gran cambio global en el que, entremezclados, lo militar, lo económico y lo político culminaron en un embarrado terreno de Bélgica una tarde de domingo de hace doscientos años. Eso es lo que he intentado conseguir.



Europa en 1815



Estados alemanes, junio de 1815



Francia en 1815

1 Hemos de admitir, por supuesto, que los uniformes franceses del período eran bastante más glamourosos que sus equivalentes británicos, lo que da peso a la opinión de este autor de que el ejército mejor vestido siempre pierde.

2 Por más que, algo sorprendentemente, un contingente naval francés apareció para el doscientos aniversario de Trafalgar.

3 Cuando se suicidó, en julio de 1815, se dijo, con bastante crueldad, que se le había roto


el corazón con la victoria de Waterloo.

WATERLOO

1. CÓMO EMPEZÓ TODO

A las nueve en punto de la mañana del domingo 2 de diciembre de 1804, las grandes puertas de hierro forjado de las Tullerías de París fueron abiertas. De ellas emergió para penetrar en el jardín el cruciferario papal, un tal señor Speroni, el cual iba montado en una mula alquilada por 67 francos y sujetaba en alto una cruz de plata con un larguero curvado del cual colgaba una imagen de Cristo crucificado. Era el crucifijo papal, que indicaba la presencia nada menos que de un personaje tan sagrado como el mismísimo papa Pío vii y, escoltado por un escuadrón de dragones, dirigió la procesión pontificia hasta la catedral de Notre Dame para la coronación de un emperador. Iba a ser un momento único. Los franceses habían sido gobernados por muchos reyes, pero nunca antes por un emperador, y los monarcas anteriores habían sido consagrados, no coronados.

Con el papa sentado en un trono junto al altar y los ministros, generales, el clero, el cuerpo diplomático y los representantes de la realeza de los estados aliados u ocupados por Francia sentados según su rango, la procesión del protagonista del drama abandonó las Tullerías a las once en punto. Acompañado por una concentración de bandas militares, escuadrones de caballería y un coro, un carruaje arrastrado por ocho caballos alazanes llevó a los que pronto serían emperador y emperatriz hasta Notre Dame, donde, vestidos de ceremonia y llevando coronas de laurel, entraron y se acercaron al altar. La ceremonia era una amalgama de pompa romana y modos antiguos franceses con un toque de leyenda merovingia. Una mezcla de lo sublime y lo ridículo —esto último confirmado por el lanzamiento desde la puerta de la catedral de un globo de aire caliente no tripulado adornado con luces en forma de corona—, fue oficiada a la par en ambos extremos de la catedral para enfatizar la división de la Iglesia y el Estado establecida por la Revolución. Llevaba planeada desde mayo, cuando el Senado republicano votó a favor de un emperador, una decisión ratificada por una abrumadora mayoría en un referéndum nacional. [1]

El papa Pío vii , de sesenta y dos años de edad, un monje benedictino que había ascendido desde abad, hasta obispo y después a

cardenal antes de ser elegido sumo pontífice en 1800, decidió al principio que si no podía con algo entonces muy bien podía apoyarlo, por lo que había bendecido la creación forzosa de la República Cisalpina por parte del ejército francés invasor en 1797. «El catolicismo —dijo— hace a los hombres buenos demócratas». Pío terminaría arrepintiéndose de su visto bueno a la revolución y al regicidio, por lo cual la última parte de su reinado transcurrió en perpetua oposición a las ambiciones francesas; pero por el momento estaba a favor. No obstante, un tanto para sorpresa del santo padre, cuando en el momento culminante de la misa de coronación alzó la corona imperial del altar, esta le fue arrebatada de las manos por el emperador, que se la colocó sobre su propia cabeza, para seguidamente situar la corona más pequeña y femenina sobre la de su emperatriz. 2 Hombre al que resultaba difícil incomodar, el papa proclamó en voz alta en latín: «Ojalá que el emperador viva para siempre», momento en el cual el susodicho abandonó la catedral para entregar estandartes imperiales a sus regimientos. 3

Fue la culminación de un viaje de veintitrés años que había llevado a un chico de quince años, hijo segundón, sin dinero y menos perspectivas aún de ser un cadete en la École Militaire de París hasta el trono de emperador de los franceses, idolatrado por su pueblo y con gran parte de Europa bajo su control.

Napoleone di Buonaparte nació en Córcega en 1769, hijo de Carlo, un abogado empobrecido. Si bien hoy día la expresión «abogado empobrecido» puede parecer un oxímoron, la fortuna de los Buonaparte había sido gastada sobre todo apoyando la lucha por la independencia de Córcega de la República de Génova, a la cual la isla llevaba sometida cinco siglos. 4 Carlo di Buonaparte poseía escaso talento financiero; era un soñador que amaba la música y la poesía y murió joven. En cambio, la madre de Napoleone, Létiza, era una afamada belleza y una mujer formidable, de fuerte carácter y opiniones firmes, que sobrevivió a su famoso hijo en quince años. Se casó cuando ella tenía catorce años y Carlo dieciocho, y los Buonaprte tuvieron trece hijos, de los cuales ocho, cinco niños y tres niñas, sobrevivieron a la infancia —una tasa de mortalidad que era estadísticamente normal para la época—. Napoleone era el segundo hijo y, si bien fue el primero en llevar una corona, no fue el único: su hermano Joseph se convirtió en rey de Nápoles y luego de España, Luis fue rey de Holanda 5 y Jerónimo, el más joven, fue rey de Westfalia. El otro hermano, Lucien, también habría recibido un reino

de haber estado interesando en elevarse hasta la púrpura. También se preocupó de colocar bien a sus hermanas: Caroline se convirtió en la reina de Nápoles, Elisa en la gran duquesa de Toscana y Pauline en la duquesa de Guastalla, pero en 1769 todo esto quedaba en el futuro.

Por más que la familia tuviera poco dinero, era muy respetada en Córcega y contaba con amigos influyentes. El padrino de Napoleone era el fiscal general del reino y fue el patronazgo del gobernador francés, el general Charles Louis René, conde de Marboeuf, quien le consiguió al joven Napoleón de nueve años una plaza en la Escuela Real en Brienne, a 200 kilómetros al sureste de París; pero solamente después de que el chico realizara un curso acelerado de francés durante el otoño. Dado que el ingreso estaba restringido a quienes pudieran demostrar cuatro generaciones de nobleza, fueron necesarios algunos apaños; pero el futuro emperador estudió aquí durante seis años antes de pasar a la academia militar de París, donde tras un año de estudios fue nombrado oficial de la artillería de Luis XVI en agosto de 1785. Napoleone siempre había destacado en matemáticas, de modo que la elección de la artillería fue sensata; pero también era, junto a la artillería, la única arma del ejército en la que un oficial podía ascender por sus propios méritos, más que por su cuna e influencia. En noviembre de ese mismo año se unió a su regimiento en Valence, a 96 kilómetros al sur de Lyon.

Cuatro años después llegó la Revolución. Fue causada por la compleja amalgama de un rey incompetente, una reina impopular, una corte sibarita, un Tesoro derrochador, una nobleza irresponsable y un malestar popular que oscilaba entre la ira por un aumento en el precio del pan y la frustración de la creciente burguesía ante lo poco que tenía que decir sobre cómo era gobernada. Si bien los franceses eran reyes absolutos nombrados por Dios y responsables solamente ante Dios, había ido surgiendo un cuerpo de doctrina que se esperaba que los monarcas galos siguieran, en el cual se incluía su adhesión a la religión católica y el respeto por las vidas, libertades y propiedades de sus súbditos. No obstante, en el siglo XVIII el sistema se había vuelto un compromiso inestable entre la sociedad aristocrática y las necesidades de un Estado moderno. El rey, Luis XVI, nieto de su predecesor, Luis XV, llegó al trono en 1774 con veinte años de edad, sabiendo que sería rey desde que tuvo once y murió su hermano mayor, en 1761. [*6] No era un déspota y tampoco se oponía a alguna liberalización, de modo que al principio nombró ministros competentes y favorables a las reformas; pero era torpe, retraído, solitario, desgarbado e incapaz de mantenerse firme frente a aquellos que veían como una amenaza a sus privilegios cualquier intento de dotar a la administración del gobierno de una base moderna. Con dieciséis años, Luis fue casado con María Antonieta, de quince, hija de

la emperatriz María Teresa de Austria. Fue un intento de Luis XV por reconciliar a ambas naciones, pero resultó algo muy impopular en todos los niveles de la sociedad francesa, que consideraba a la Austria de los Habsburgo, junto con Inglaterra, enemigos tradicionales con los cuales había mantenido largas y costosas guerras.

La estima que se tenía, o no, por la pareja real se redujo aún más por la incapacidad del rey para consumar el matrimonio, lo que no tardó en conocerse y fue objeto de muchas burlas por las callejuelas de París y, de hecho, de todo el reino. Existen varias teorías sobre los motivos de esta incapacidad, que van desde el puritanismo de la pareja, pasando por una anomalía genital o un escaso apetito sexual; pero, dada la importancia de continuar una dinastía real, la explicación más probable es que el rey sufriera de fimosis y no pudiera retraer su prepucio, lo que volvía el coito doloroso e incluso imposible. Hay pruebas de que el rey fue circuncidado en algún momento y el caso es que la enfermedad terminó siendo superada, pues entre 1778 y 1786 la reina dio a luz cuatro hijos, dos niños y dos niñas. La tardanza de la reina en quedarse embarazada no hizo sino incrementar la animadversión que se tenía contra ella y llevó a calumniosos rumores y pasquines que incluso en el actual clima liberal habrían sido llevados a juicio por la Ley de Publicaciones Obscenas. [7] Fue acusada de tener una sexualidad desenfrenada y de mantener affaires tanto con hombres como con mujeres, familiares incluidos, y con varios a la vez. No existe prueba alguna de que no fuera otra cosa que una esposa casta y fiel; pero como sucede a menudo, más que la verdad, lo que realmente importaba era la impresión que se tenía y lo que el populacho quería creer.

Todos los gobiernos franceses anduvieron escasos de dinero. Una corte extravagante, combinada con las excepciones de impuestos de las que disfrutaba gran parte de la clase terrateniente y la nobleza suponía que la fiscalidad recaía inevitablemente sobre aquellos incapaces de influir en política y, dado que los pobres no tenían nada a lo cual pudiera imponérsele un impuesto, la carga recaía desproporcionadamente sobre los artesanos, los mercaderes y los intelectuales. El apoyo prestado a los rebeldes colonos norteamericanos entre 1773 y 1783, como medio de causar molestias a los ingleses más que por una creencia en la democracia, fue ruinosamente caro y no supuso ninguna ventaja para Francia; además, hubo muchos que, tras haber ayudado a los norteamericanos a conseguir una constitución, se preguntaban por qué no habrían de tener una ellos mismos.

Con los iniciales intentos de modernización del rey cortados de raíz por los intereses creados, la única reforma que tuvo lugar fue la del ejército. El conde de Saint-Germain, ministro de la Guerra desde

1775 hasta 1779, redujo muchos gastos militares innecesarios, disminuyó los efectivos de la guardia del rey, que lucía preciosa pero costaba un montón, [*8] además de reducir el número de mandos militares reservados para los poseedores de títulos nobiliarios concretos. Fue incapaz de abolir la práctica de comprar y vender grados y cargos militares; pero instituyó la norma de que con cada venta su valor se reduciría en un 25 por ciento, con lo que al final eliminó la práctica por completo. Saint-Germain fue obligado a retirar esta reglamentación debido a la presión ejercida por quienes iban a perder dinero con ella; pero pudo traer al general Jean-Baptiste Vaquette de Gribeauval para que rediseñara la artillería francesa, quien introdujo armas más ligeras con partes intercambiables y mejores métodos de producción, los cuales aseguraron que cada arma de un tipo concreto poseyera exactamente las mismas características. De ese modo produjo una familia francesa de artillería de campaña de doce-, ocho- y cuatro-libras que proporcionó a los franceses la mejor artillería de Europa y fue la marca de la artillería francesa durante la Revolución Francesa y las guerras napoleónicas. 9

En 1789, las algaradas callejeras y el generalizado desafío a la autoridad se habían convertido en rebelión abierta con la toma al asalto por parte de la turbamulta de la Bastilla de San Antonio, la prisión estatal parisiense, la liberación de un puñado de prisioneros y el asesinato de su comandante. Para entonces, Napoleone ya había completado el entrenamiento especial que seguían todos los oficiales recién incorporados, pasando varias semanas primero como artillero y luego como suboficial para que aprendiera al completo los movimientos para servir la pieza. También había participado en la vigilancia de tumultos en Lyon, había ido con su regimiento a su acantonamiento en Douai, mandado la compañía de pruebas de la escuela de artillería —responsable de realizar diversos experimentos (incluido el muy peliagudo de intentar encontrar un modo de disparar proyectiles con un cañón)— 10 y disfrutado lo que según los estándares actuales son un montón de permisos. Al mismo tiempo había adquirido una creciente admiración por Francia, si bien no por su sistema de gobierno.

Napoleone era un hijo de la Revolución; fue esta quien lo hizo y, si bien algunos afirmaban y afirman que la traicionó, caben escasas dudas de que si no hubiera sido por los culminantes acontecimientos de 1789, el mundo se habría olvidado hace mucho de que había existido. De permiso en Córcega, Napoleone no tardó en verse imbuido de fervor revolucionario. Insegura respecto a la lealtad del ejército, la Asamblea Nacional de París autorizó la movilización de batallones de voluntarios, cuyos oficiales se elegirían; así fue como en 1792, siendo oficial del ejército regular, si bien con muy poca

antigüedad, Napoleone se encontró siendo capitán regular, teniente coronel y segundo al mando de un batallón de voluntarios corsos. Su mando en la isla no fue un éxito… o quizá demasiado, porque su adhesión a la Revolución entró en conflicto con su nacionalismo corso, por lo que terminó escogiendo la Revolución y Francia, abandonando Córcega con su familia cuando el gran compatriota corso Pasquale Paoli pasó de apoyar la integración con Francia a exigir la independencia completa. 11

Mientras tanto, en 1791, Luis, que técnicamente seguía siendo la cabeza del Estado, pero cada vez más amenazado y en la práctica sin poder, intentó huir en secreto desde Francia hasta Austria. Fue descubierto en Varennes, a pocos kilómetros de un destacamento austriaco enviado para escoltarlo a la tierra natal de su esposa. Tras lo cual, solamente era cuestión de tiempo que el propio rey fuera atacado; así fue como en 1792 la Asamblea Nacional declaró abolida la monarquía, dando comienzo el Terror, administrado por el Comité de Seguridad Pública a partir de abril de 1793. Desde ese momento, cualquiera de cuna noble, o con dinero, o dueño de tierras o propiedades, o asociado de algún modo con el gobierno real, era probable que fuera conducido ante un tribunal revolucionario y condenado a muerte tras un apresurado juicio —durante el cual a menudo no se necesitaban más pruebas que una declaración de que el acusado era un aristócrata—, antes de ser sumariamente ejecutado en la recientemente inventada guillotina. 12 Se saldaron muchas antiguas rencillas y en 1793 el rey sufrió la muerte, valientemente, según todos los relatos, seguido nueve meses después por la desgraciada María Antonieta. Ni siquiera los Buonaparte se vieron inmunes. Tras haber sido obligados a abandonar Córcega, resultaron sospechosos de posible nobleza, a pesar de alegar pobreza y afirmar la madre y las hijas que eran costureras. Los salvó que Lucien era miembro del partido jacobino en Tolón, así como sus impecables credenciales republicanas y contactos políticos.

Para los oficiales del ejército que sobrevivieron a la Revolución y al Terror —y la mayoría no lo hicieron, al ser encarcelados, ejecutados o forzados al exilio— era un buen momento para estar sirviendo; pues con la marcha de tantos oficiales había amplias posibilidades de ascenso. En el ejército prerrevolucionario, Napoleone podía haber esperado servir quince años como teniente y, si tenía mucha suerte y era muy capaz, alcanzar el rango de mayor 13 antes de retirarse con media paga al cabo de treinta años. Pero, tal y como fueron las cosas, se convirtió en capitán tras solamente siete años y al poco volvería a ser ascendido. Fue el asedio de Tolón el responsable de que el alto mando revolucionario se fijara por primera vez en las habilidades de Napoleone. En 1793, con los ejércitos contrarrevolucionarios austriaco

y prusiano acercándose, Francia declaró la guerra a Gran Bretaña (y casi a todo el mundo). Al mismo tiempo se produjeron alzamientos monárquicos en Marsella, Lyon y la Vendée en la costa oeste, que se repitieron en agosto en el puerto de Tolón, en el Mediterráneo. Los británicos anduvieron listos para capitalizarlo y una flota de la Royal Navy, mandada por el almirante Hodd, entró como estaba previsto en Tolón y desembarcó tropas.

El recién creado Comité de Seguridad Pública se alertó: a menos que esa vital base naval fuera reconquistada, y pronto, los alzamientos podrían extenderse y la Revolución quedaría ahogada en su infancia. Batallones de soldados, regulares y voluntarios, fueron reunidos apresuradamente y enviados al sur. Los británicos estaban ocupando las defensas hacia tierra y, si se quería conseguir resultados rápidos, se iba a necesitar artillería de asedio; pero había poca de la que disponer. La escasez no se debía a la inexistencia de cañones —los había en cantidad y, gracias a Gribeauval, en excelentes condiciones—; pero el caos subsiguiente a los continuos intentos por amalgamar a los voluntarios revolucionarios, las diferentes milicias y los restos del ejército regular en un cuerpo cohesionado, sumado a la falta de entrenamiento de oficiales y logísticos (la mayoría de los cuales estaban muertos o en el exilio) había producido una estreñimiento administrativo. De modo que cuando el capitán Buonaparte (había prescindido del «di», indicativo de haber nacido en la buena sociedad) fue enviado a unirse al asedio, solamente se le proporcionó un puñado de cañones variopintos, tanto de asedio como de campaña.

Al presentarse en las líneas de asedio en las afueras de Tolón, el joven capitán no tardó en encontrarse mandando la artillería con un ascenso a mayor cuando el hasta entonces comandante resultó herido. Hostigando y metiendo prisa, presionando y convenciendo, amenazando y engatusando, Napoleone consiguió cañones de los arsenales de todo el sur de Francia y, reclutando a la fuerza a oficiales de artillería retirados que vivían en la zona y haciendo que unos un tanto reticentes soldados de infantería realizaran cursos para transformarlos en artilleros, tuvo una destacada contribución en la reconquista de Tolón cuando la armada británica embarcó a sus tropas y partió en diciembre de 1793. Napoleone había demostrado su competencia militar —su fiabilidad política ya la había demostrado con la publicación de un panfleto en el cual se oponía al alzamiento de Marsella, el cual había visto y del cual había tomado nota el hermano de Robespierre, el eficaz líder del Comité de Seguridad Pública—, de modo que no tardó en encontrarse ascendido a brigadier (général de brigade) a la edad de veinticuatro años. Durante los primeros momentos de 1794 comandó la artillería del Ejército de Italia, en campaña contra los austriacos en esa península de estados

clientes de Austria.

Entonces se entrecruzó la política. En lo que se conoce como el coup d'état de termidor (julio/agosto del calendario revolucionario, abolido por Napoleón en 1806), Robespierre, que a tantos había enviado al cadalso, siguió el mismo camino, junto a muchos de sus seguidores. Comenzó una purga de quienes estaban relacionados con el Comité y el brigadier Buonaparte, debido a su asociación con el hermano de Robespierre, pasó dos semanas en prisión antes de que la Convención, la cual había reemplazado al Comité, admitiera su error y lo liberara. Su fiabilidad política volvió a ser puesta a prueba cuando, en octubre de 1795, una muchedumbre de varios miles de personas — compuesta de monárquicos, guardias nacionales descontentos, agitadores políticos y los habituales miembros del populacho parisiense, llegado en busca de diversión y la posibilidad de saquear— comenzó a marchar contra las Tullerías, donde la Convención estaba en una sesión. Paul Barras, un miembro de esta encargado de su defensa, recurrió al brigadier Buonaparte, que no tuvo reparo alguno en apostar sus cañones para cubrir los accesos a las Tullerías. La aullante multitud se acercaba y, cuando los cañones abrieron fuego con varias descargas de botes de metralla a una distancia de unos 90 metros aproximadamente, unos doscientos murieron y probablemente tres veces más resultaron heridos. 14 Los supervivientes se retiraron con prisas y el poder de la muchedumbre para influir en el progreso de la Revolución quedó roto definitivamente.

El año 1796 fue el comienzo del ascenso de Napoleone al verdadero poder; pues fue nombrado para mandar el Ejército de Italia. También ese año fue cuando dejó de escribir su nombre en italiano — en adelante lo escribiría en francés, pasando a ser Napoleon Bonaparte — y se casó con Joséphine Beauharnais, una viuda cuyo esposo había sido guillotinado por no defender Maguncia con el suficiente vigor contra austriacos y prusianos en 1793. Solamente la caída del Comité y el final del Terror la salvaron del mismo destino.

Napoleón 15 pasó 1796 y gran parte de 1797 en Italia. En muchos aspectos la más habilidosa campaña de toda su carrera. Sin las inmensas cantidades de hombres y materiales de los que dispondría posteriormente, con pocos oficiales en los que pudiera confiar y un ejército que era poco más que una milicia sobrepasada en número, apenas entrenada e indisciplinada, mediante una serie de atrevidas y brillantemente dirigidas batallas de maniobra, en las que hizo particular uso de los cañones de Gribeauval, obligó a los austriacos a sentarse a la mesa de negociaciones. Se convirtió en la comidilla de París y en la niña bonita de los periódicos. Tras rechazar el mando de un ejército reunido para invadir Gran Bretaña, con el muy fundado motivo de que el poderío de la Royal Navy volvía inviable semejante

propuesta, se hizo con el mando del Ejército de Egipto, con la intención de ocupar la ruta terrestre hacia la India y amenazar el poder británico allí. Al principio tuvo éxito: la batalla de las Pirámides permitió a Napoleón aplastar al ejército otomano y tomar El Cairo; pero el hundimiento de la flota francesa en la bahía de Abukir a manos de Nelson en agosto de 1798 cortó su comunicación con Francia y, cuando una miserable retirada desde Siria hacia El Cairo por el desierto comenzó a cobrarse su peaje en un ejército afectado por la enfermedad, Napoleón, que seguía estando bien informado de lo que sucedía en la política de París, dejó a su ejército para que terminara siendo derrotado (en 1801 por un ejército británico), cayendo enfermo y encarcelado, y se apresuró a regresar a Francia, evitando por poco ser interceptado de camino por la Royal Navy. Sin que nunca se le exigieran cuentas por su deserción y llegando a París al mismo tiempo que las noticias de sus primeras victorias egipcias —y antes que las noticias de sus derrotas— fue recibido por muchedumbres vitoreantes, aunque por un Directorio claramente frío.

Un nuevo golpe, el de brumario (noviembre de 1799), acabó con el Directorio y lo reemplazó por el Consulado, con tres cónsules, Napoleón —oportunista como siempre—, Jean-Jacques Régis de Cambacérès y Charles-François Lebrun. La mayoría de la gente en Francia no había escuchado hablar de los otros dos y Napoleón no tardó en ser primer cónsul y luego primer cónsul perpetuo. Mientras tanto, llevó a cabo otra campaña en Italia, negoció la Paz de Amiens [16] —de corta vida— y fue finalmente coronado, o se coronó él mismo, como emperador hereditario de los franceses.

Ahora Napoleón era el gobernante supremo de Francia y de sus fuerzas armadas. Lo que tenía que hacer ahora era terminar la guerra, preferiblemente ganándola. Francia llevaba en guerra desde 1793 y, de unos comienzos en los que fue una guerra defensiva, durante la cual otras potencias europeas, monarquías, intentaron aplastar la Revolución, se había convertido en una guerra de engrandecimiento al exportar *la mission civilisatrice* por la fuerza de las armas. Durante todo este proceso, el único factor consistente había sido Inglaterra. Eran la implacable oposición inglesa a las ambiciones francesas, el dinero inglés y la Royal Navy los que habían proporcionado el impulso y la financiación a las tres coaliciones antifrancesas creadas hasta entonces (habría otras cuatro más). Si se pudiera borrar a Inglaterra de la lista de enemigos, entonces las demás podrían ser persuadidas o forzadas a firmar la paz; pero, ¿cómo conseguirlo? Inglaterra no podía ser

invadida y, si ello no era lo bastante evidente antes de la batalla de Trafalgar en 1805, ciertamente sí lo fue después. No obstante, Inglaterra era una nación comerciante que conseguía su dinero —y la recién industrializada Inglaterra era el país más rico del mundo— importando materias primas y exportando bienes manufacturados. Además, importaba gran parte de la comida que consumía, quizá tanto como el 20 por ciento. Si nadie pudiera comerciar con Inglaterra, seguía la lógica napoleónica, esta se quedaría sin dinero y se moriría de hambre. De ahí el Sistema Continental, en el cual, mediante el decreto de Berlín de 1806, todos los países aliados, ocupados o bajo la influencia de Francia se negaban a venderle o comprarle nada a Inglaterra.

El cumplimiento del decreto fue bueno en general. De los tres países que se opusieron, Suecia fue derrotada por Francia en la campaña de 1805-1807 y España, miembro de la Primera Coalición, pero desde 1795 un reluctante aliado de Francia, expuso tímidas objeciones antes de ceder; solamente Portugal se negó a acatarlo. No obstante, no funcionó. Algunas manufacturas británicas sufrieron un retroceso y el desempleo aumentó, pero mientras los gobiernos de la mayoría de los países bajo influencia francesa accedieron a, o pretendieron, imponer el sistema, el comercio con Europa solamente disminuyó ligeramente, el contrabando experimentó un auge tremendo y la Royal Navy se aseguró de que las materias primas y la comida siguieran pudiendo ser conseguidas de las islas azucareras caribeñas, Norteamérica y la India.

Portugal llevaba mucho tiempo siendo un aliado de Inglaterra. De hecho, según el tratado de Windsor, firmado en 1386, era el más antiguo de ellos y siempre la había considerado su protectora contra los designios españoles. 17 Su rechazo a dejar de comerciar con Inglaterra o expulsar a los enviados británicos precipitó la invasión franco-española de 1807, dando lugar a lo que británicos y portugueses conocen como la Guerra Peninsular. Mientras los ejércitos comandados por el mariscal Junot se desplazaban hacia el sur desde España, la Royal Navy sacó del país a la familia real portuguesa, el tesoro y a parte del ejército y los transportó a la colonia lusa de Brasil. Las últimas instrucciones del regente, Juan, a su pueblo antes de partir fueron una exhortación a no ofrecer resistencia a la invasión, al menos por el momento, pues no había nada con qué resistir y hacerlo solamente implicaría severas represalias. 18 Si bien portugueses y españoles lucharon como aliados a partir de 1808, los portugueses nunca olvidaron que España participó en la invasión de 1807.

En España estaban preparándose acontecimientos transcendentales. El rey, Carlos IV de Borbón, había llegado al trono

en 1788 como hijo del reformista Carlos III y su primer acto fue deshacer la mayoría de los intentos de su padre por liberalizar la constitución y acabar con la corrupción e incompetencia de la Administración. Se fue volviendo cada vez más impopular, en parte debido al muy público adúltero affaire que mantenía la reina con el primer ministro, Manuel Godoy. 19 Había en España quienes favorecían una más estrecha relación con Francia y que consideraban que la Administración hispana necesitaba una reforma (como así era) y que algunas de las menos violentas ideas revolucionarias francesas podían servir de necesario catalizador. Pero la vieja, noble y católica España —y quienes pintaban algo en España eran viejos, nobles y católicos— consideraba que cualquier aproximación hacia la libertad, fraternidad e igualdad, unidas al anticlericalismo de la Revolución, eran poco menos que herejía, lo cual amenazaba su propia posición.

En 1807 Napoleón alcanzó el cénit de su poder. Había sacado a Austria de la guerra en Austerlitz en 1805, a Prusia en Jena en 1806 y a Rusia en Friedland en 1807, y al firmar el Tratado de Tilsit con Rusia estuvo de acuerdo con el zar en que la única cosa que tenían en común era su odio al inglés. Ahora solamente quedaba Inglaterra, que no solamente estaba sobreviviendo perfectamente a pesar del Sistema Continental, sino que además estaba sometiendo a Francia a un bloqueo, apoderándose de sus colonias, animando la resistencia en todas partes y, en el súmmum de la impertinencia, llevándose a la estupenda armada danesa a Inglaterra antes de que los franceses pudieran hacerse con ella… y lográndolo ante las barbas de los aliados de Francia.

Napoleón sospechaba de las intenciones españolas, muy consciente de que había una creciente oposición a la alianza francesa y sabiendo perfectamente que, a pesar de que los españoles lo negaban, los mercantes ingleses entraban y salían de muchos puertos españoles, entregando exportaciones inglesas y embarcando las españolas. El rey Carlos fue convencido, ejerciendo la adecuada presión, para que transfiriera a algunos de sus mejores regimientos al Báltico, lo más lejos de España que Napoleón podía enviarlos, con el pretexto de que servirían como baluarte contra el irredentismo sueco (Suecia había perdido Pomerania en 1807), pero en realidad como garantía de la buena fe hispana. Al mismo tiempo, un creciente número de tropas francesas fueron enviadas a España con el pretexto de proteger al país de una invasión de los británicos, que por esas fechas no tenían ni la intención ni los medios de hacer algo semejante. La presencia de tropas francesas no hizo sino incrementar la hostilidad de la población hacia el rey y, cuando el creciente desgobierno se manifestó en forma de disturbios, el 19 de marzo de 1808 Carlos abdicó en favor de su hijo, Fernando VII, que era considerado menos profrancés y se sabía

sentía una gran aversión por Godoy. Después de que la ley y el orden fueran restauradas, Carlos retiró su abdicación, si bien ni Fernando ni sus seguidores lo aceptaron. Carlos recurrió a Napoleón para que mediara y la familia real española fue invitada a Bayona, en la frontera franco-española.

Y así comenzó una casi ridícula mezcolanza de intrigas napoleónicas e indecisión española. Carlos fue convencido para que confirmara su abdicación. Fernando, tras una serie de amenazas y sobornos, abdicó entonces en favor de su padre, quien abdicó de nuevo y puso el trono en manos de Napoleón, que colocó a la familia real española bajo lo que era un innegable arresto —aunque se tratara de una reclusión muy confortable en Francia— y nombró a su hermano José Bonaparte rey de España. José era rey de Nápoles, donde fue sustituido por el mariscal Murat, esposo de Carolina, hermana de Napoleón, y hasta ese momento comandante de las fuerzas francesas en Madrid. Evidentemente, Napoleón podría haberse limitado a deponer a Carlos y Fernando por la fuerza e imponer José a los españoles; pero con la charada de las abdicaciones y el obsequio de la corona a él esperaba crear una justificación legal para el cambio de régimen.

Los españoles no quedaron convencidos. A quienes lo conocieron, José más bien les gustó. Lo apodaron cariñosamente «Tío Pepe», aunque también lo conocieron por el quizá menos afectuoso nombre de «Pepe Botella» debido a su gusto por las bebidas fuertes. Era un hombre inteligente de talante liberal que, de habérsele dejado, hubiera sido mucho mejor rey de España que cualquiera de los irremediablemente endogámicos, corruptos e incompetentes Borbones. No obstante, ese no era el problema. Los Borbones eran españoles, cualquiera que fuera la opinión que se tenían de ellos, y José ni era español ni tenía sangre real y que se lo impusieran fue un ultraje para la mayoría de los españoles, sin importar su clase social o sus tendencias políticas. [20]

En los meses anteriores al cambio de régimen, las tropas francesas habían estado apoderándose sin alharacas de fortalezas y ciudadelas españolas, por lo general pretendiendo ir a reforzar las guarniciones existentes o, en ocasiones, simplemente esperando hasta la hora de la siesta, la consagrada costumbre hispana de irse a dormir durante la mayor parte de la tarde, para penetrar en ellas. De modo que cuando el anuncio del acceso de José al trono causó el alzamiento de Madrid el 2 de mayo de 1808 —una fecha que todavía hoy es día de fiesta—, este fue sofocado con rapidez y brutalidad en lo que fue uno de los últimos actos de Murat antes de partir hacia Nápoles. Al contrario de lo que esperaban los franceses, la supresión del alzamiento de Madrid no supuso el final de la resistencia española; pues la revuelta se

extendió por todo el país: se creó un gobierno provisional —la Junta Suprema, que gobernaba en nombre de Fernando VII—, inicialmente con sede en Sevilla y luego en Cádiz (una ciudad que los franceses nunca consiguieron tomar) y también juntas menores nacieron en varias provincias, mandadas por obispos, nobles, oficiales del ejército e incluso hombres —y todos eran varones— que no eran ni clérigos, ni nobles, pero odiaban la idea de un dominio extranjero. Así dio comienzo la Guerra de la Independencia.

Si los españoles esperaban librarse de los franceses, no podían hacerlo solos… carecían de los hombres, el equipo o los fondos para derrotar a la superpotencia francesa. Solamente había un país al que podían recurrir y ese era Inglaterra. No resultaba sencillo para los españoles solicitar ayuda británica, pues —con excepción de unos pocos breves períodos de alianza— durante siglos ambas naciones habían estado en desacuerdo: bien en guerra o enfrentadas por el comercio, los mercados, las colonias o el control de los mares. España era vieja, católica, agraria, estaba arruinada e iba de capa caída; Inglaterra era atrevida, industrializada, enormemente rica e iba en ascenso. A pesar de todo, tragándose el orgullo, España pidió ayuda —si bien esa ayuda no debía incluir, se subrayó, tropas británicas (una restricción que duró poco)—; una ayuda que llegaría con presteza. Entre las inmensas cantidades de armas y equipo suministrados por los británicos a los españoles el primer año del levantamiento hubo: 155 piezas de artillería, 200.000 mosquetes, 40.000 tiendas (el ejército británico no tenía tiendas), cerca de 500.000 metros de tela y 1,5 millones de libras en efectivo. A modo de comparación, esa cantidad de efectivo supuso algo más del 2 por ciento del total de los gastos del gobierno británico para 1808; en el 2014, ese porcentaje equivaldría a 13.500 millones de libras. 21

Los acontecimientos de España animaron a los hasta entonces inactivos portugueses, cuya población se alzó dirigida por una Junta encabezada por el obispo de Oporto. Al contrario que los españoles, los portugueses no tuvieron escrúpulo ninguno a la hora de llamar a sus antiguos amigos los ingleses, y el gobierno británico despachó una fuerza expedicionaria de 10.000 hombres, sobre todo infantería, bajo el mando del por entonces teniente general sir Arthur Wellesley (sobre el cual hablaremos más, mucho más, avanzado el libro), con órdenes de expulsar a los franceses de Portugal. La fuerza desembarcó allí en agosto de 1808 y marchó hacia el sur, camino de Lisboa, que estaba en manos francesas bajo el général de division Jean-Andoche Junot. En ese mismo mes, Wellesley participó en dos batallas, en Roliça y Vimeiro. Dado que el gobierno británico había decidido, tras la partida de Wellesley de Inglaterra, incrementar sus esfuerzos en la península ibérica, durante la batalla de Vimeiro este había sido

supervisado nominalmente por dos generales con mayor antigüedad que él, pero ambos tuvieron el buen juicio de no intervenir y dejar que se encargara él. Los franceses habían tenido bastante y solicitaron condiciones. El resultado fue la Convención de Cintra, el 30 de agosto de 1808, mediante la cual los franceses accedían a evacuar Portugal, siendo sus tropas retornadas a Francia en barcos británicos, llevando consigo su equipo personal y la impedimenta militar.

La convención causó un gran ultraje en Londres, y algunas quejas en Oporto. ¿Por qué, preguntó el equivalente contemporáneo a los intelectualoides británicos, bien alejados de la guerra, tenía que permitirse a los franceses regresar a casa? ¿Por qué no habían sido conducidos como prisioneros de guerra a la nueva instalación de Dartmoor, construida especialmente para albergar prisioneros de guerra? ¿Por qué, se preguntaba la Junta portuguesa, se había considerado que el equipaje incluía objetos de culto de plata, muebles y otros bienes valiosos adquiridos durante un año de saqueos? Los tres generales fueron llamados a Inglaterra para responder por su conducta. Muchos historiadores actuales consideran la convención como un error y se preguntan por qué los generales Dalrymple, Burrard y Wellesley la firmaron. La realidad es que sus términos fueron los mejores que se podían conseguir: los franceses no hubieran aceptado ser encarcelados ni que se registraran sus equipajes al embarcar; el objetivo de expulsar a los franceses de Portugal había sigo alcanzado y la alternativa era una campaña prolongada con más batallas. La convención fue un acuerdo perfectamente razonable y los generales no debieron haber quedado manchados por él. De hecho, Dalrymple y Burrard desaparecieron en una oscuridad desempleada, mientras que Wellesley, al ser el de menor rango, se libró de la reprobación.

Con la partida de los tres generales implicados en Cintra, el mando de las tropas británicas en Portugal recayó en el recién llegado teniente general sir John Moore, hijo de un médico escocés y hombre de una gran humanidad y considerable capacidad táctica. Para entonces la inicial reluctancia española a tener en su territorio a los uniformados herejes de Inglaterra se había evaporado y Moore recibió considerable presión para que se desplazara hasta España y apoyara a los ejércitos españoles en sus intentos por detener la toma de posesión francesa. Moore sabía que mientras permaneciera en Portugal estaría seguro —podía recibir suministros traídos por la Royal Navy a través de Lisboa y podía defender la península de la capital portuguesa contra otra invasión francesa—, mientras que si se aventuraba en España sus líneas de comunicación se alargarían cada vez más y correría el riesgo de que uno o más ejércitos franceses lo dejaran aislado. No obstante, la presión política fue creciendo, avivada por

John Hookam Frere, el ministro británico para la Junta Suprema, y en noviembre Moore se desplazó desde Portugal a Salamanca con la intención de retirarse hasta Portugal a través de Ciudad Rodrigo si fuera necesario.

Frere, nacido el mismo año que Napoleón, había sido educado en Eton y Cambridge y era un diplomático profesional. Había sido el enviado británico a España anteriormente, entre 1802 y 1804; pero fue retirado tras pelearse con Godoy. Vuelto a nombrar en 1808, tras la caída de Godoy, estaba ansioso por promover la resistencia española contra Francia y decidido a utilizar las fuerzas británicas con ese objetivo. Instaba constantemente a Moore a lanzarse a la ofensiva, asegurándole que los ejércitos españoles lo apoyarían y que se le proporcionarían carros de transporte, apoyo médico y raciones. Todo era mera palabrería: los ejércitos españoles estaban siendo derrotados y dispersados por toda España; cada vez más fuerzas francesas cruzaban a raudales los Pirineos; no había carros de transporte; los propios ejércitos españoles se estaban muriendo de hambre y no había raciones para los británicos. El invierno se acercaba con rapidez y no había tiempo de pasar a la ofensiva, ni siquiera si el apoyo español hubiera llegado. Frere se mostró inflexible, no obstante, y Moore no tuvo más remedio que marchar hacia el norte desde Salamanca con la intención de unir sus tropas a las dirigidas por sir David Baird, que había salido desde La Coruña y actuado contra el ejército francés del mariscal Soult, que se sabía estaba en algún lugar del norte de España.

Todo fue mal. Moore mantuvo y ganó una escaramuza en Sahagún el 21 de diciembre de 1808 y luego le llegaron noticias de que el propio Napoleón, quien se había hecho con el mando de los ejércitos de España el 5 de noviembre (su única visita a la Península) y tomado Madrid el 4 de diciembre, estaba marchando hacia el norte a la cabeza de un ejército y que se encontraba ahora a solamente cuatro días de marcha de Moore. Con Soult delante de él y Napoleón detrás, Moore no tuvo más remedio que retirarse al noroeste, hacia La Coruña. La retirada, que duró desde la nochebuena de 1808 hasta el 17 de enero de 1809, estuvo marcada por unas abominables condiciones atmosféricas, un terreno horrible, la casi inanición, la ruptura de la disciplina en algunas unidades y una gran gallardía por parte de las brigadas ligeras que, junto a la caballería ligera y la artillería a caballo, montó una retaguardia y consiguió contener a los franceses durante el tiempo suficiente como para que la Royal Navy llevara a cabo una de sus tareas tradicionales, la de sacar a un ejército británico derrotado para que fuera utilizado en otro lugar. El propio Napoleón, convencido de que los británicos estaban derrotados y solamente quedaban tareas de limpieza, había abandonado España el 12 de enero para regresar a París.

Moore resultó muerto durante las últimas batallas alrededor de La Coruña; muerte que dio origen al poema de Charles Wolfe de 1816 que todos los escolares británicos solían tener que aprenderse. 22 De haber sobrevivido, Moore habría sido el comandante del ejército británico en la Guerra de la Independencia, en vez de Wellesley, a quien ganaba en antigüedad. Tácticamente, es probable que fuera tan capaz como él; pero era incapaz de colaborar con aliados difíciles (una vez fue puesto bajo arresto por el rey de Suecia) y, dado que era un Whig bajo un gobierno Tory, sus relaciones con los políticos eran incómodas. Cuando lo enviaron a Portugal en 1808, Castlereagh, secretario de Guerra y las Colonias, le dijo que de haber estado disponible cualquier otro oficial no le habrían encargado el trabajo a él. De no haber muerto y haber aceptado el mando en 1809, resulta poco probable que hubiera podido arreglárselas con todas las complejidades de actuar dentro de una coalición difícil y el resultado de la guerra hubiera sido muy diferente. Quizá fuera bueno, como sugirió Wolfe, que se quedara solo con su gloria.

A pesar del desastre sufrido por Moore, el gobierno británico no había perdido la esperanza de conseguir algo en la península ibérica. Si la llama de la resistencia podía mantenerse encendida allí, entonces otros poderes europeos podrían ser animados a tomar las armas de nuevo, de modo que sir Arthur Wellesley fue enviado otra vez a Portugal para tomar el mando de las reforzadas fuerzas británicas allí. Tras su llegada a Lisboa en marzo de 1809 se encaminó hacia el norte y el 12 mayo, en la batalla de Oporto, derrotó la segunda invasión francesa de Portugal, enviando al ejército del mariscal Soult tambaleándose de vuelta a España por los pasos de montaña. Wellesley los siguió y consiguió una segunda victoria en la batalla de Talavera el 28 de julio; pero —al no cumplirse las promesas españolas de apoyo administrativo, que no llegaron a materializarse— regresó a la frontera portuguesa para el invierno de 1809 y la primavera de 1810, antes de retirarse ante la tercera invasión francesa de Portugal. Se trató de una maniobra deliberada por parte del vizconde de Wellington, como pasó a ser tras Talavera, destinada a atraer a los franceses hasta las defensas conocidas como Líneas de Torres Vedras, quizá uno de los mayores logros de la ingeniería militar en la historia de la guerra. Estas tres líneas de trincheras, posiciones artilladas, fuertes y reductos fueron construidas al norte de Lisboa, bajo la supervisión de los Ingenieros Reales (Royal Engineers) durante el invierno de 1809-1810; se extendían a lo largo de aproximadamente 50 kilómetros desde el Tajo en el este hasta el Atlántico al oeste, con un cinturón de 16 kilómetros de tierra quemada frente a ellas. Al presentar una batalla dilatoria en Busaco en septiembre de 1810, Wellington se aseguró de que los franceses que lo perseguían siguieran

la ruta que él quería que siguieran y cuando los británicos se situaron tras las Líneas, los franceses, que no sabían nada de su existencia, se encontraron con que eran impenetrables. El comandante francés, el mariscal André Masséna, podía o bien retirarse o bien morir de hambre y con inteligencia eligió lo primero. A finales de 1811, el ejército combinado anglo-portugués de Wellington había asegurado Portugal.

La cooperación portuguesa en la guerra fue incondicional. Se crearon nuevos batallones y se volvieron a formar otros antiguos. Los portugueses pidieron, y consiguieron, un comandante en jefe británico, y si bien hubieran querido a Wellesley/Wellington, se conformaron con William Carr Beresford. General de división desde abril de 1808, Beresford había servido con Wellesley en la India, había tomado parte en el asedio de Tolón, dirigido el grupo de asalto en punta Martella en Córcega (el fuerte inspiró las torres Martello), 23 fue gobernador de Madeira brevemente, donde aprendió portugués, 24 y estuvo con Moore en la retirada hacia La Coruña. Con Beresford llegó una escuadra de oficiales británicos; el incentivo para ser transferido al ejército portugués fue el ascenso inmediato de un rango y algunos de ellos eran exsargentos cuyo incentivo había sido el ascenso a oficial. Al principio, un batallón portugués serviría dentro de cada brigada británica; seguidamente, cuando hubieran conseguido suficiente experiencia, las brigadas portuguesas servirían en las divisiones británicas y, finalmente, los portugueses tendrían sus propias divisiones. El procedimiento fue un sonoro éxito y, al final de la guerra, las unidades portuguesas eran exactamente igual de buenas que sus homólogas británicas. Especialmente buenas eran las unidades de caçadores («cazadores»): infantería ligera y batallones de fusileros entrenados para escaramuza y disparo de precisión, cuyos uniformes marrones los volvían muy difíciles de detectar a cualquier distancia por parte del enemigo. 25

En 1812, Wellington sabía que estaba listo para ir a España, pero si lo hacía y mantenía allí un ejército, necesitaría controlar los dos únicos pasos con capacidad para grandes cantidades de vehículos y armas: el del norte, que iba desde Almeida en Portugal hasta Ciudad Rodrigo en España, y el del sur, que iba desde la portuguesa Elva hasta la española Badajoz. Una neblinosa y fría mañana de enero de 1812, la división ligera (Light Division) salió como un estallido de la niebla y rodeó Ciudad Rodrigo, que fue tomada al asalto tras un asedio de once días. El 6 de abril cayó Badajoz y Wellington se encaminó a Salamanca. La batalla de Salamanca el 22 de julio fue el punto de inflexión de la Guerra de la Independencia. Tras ella, si bien hubo reveses británicos, los franceses siempre anduvieron a la defensiva. Habían perdido el equilibrio y nunca volverían a

recuperarlo. La batalla de Vitoria en junio del año siguiente fue el último intento francés por mantener una presencia significativa en España y, cuando la última batalla del rey José terminó en derrota y la pérdida de millones de libras en botín acumulado, los franceses tuvieron pocas soluciones más que retirarse a Francia, luchando en acciones de retaguardia en los Pirineos mientras lo hacían.

Por más que la cooperación de los portugueses fuera incondicional, no puede decirse lo mismo de la española. Los españoles sabían que no podrían expulsar a los franceses sin la ayuda británica; pero eso no significa que les tuviera que gustar. El ejército español estaba mal financiado, pagado, alimentado y equipado. Sus soldados eran duros campesinos, perfectamente capaces de soportar los caprichos de la climatología y el terreno; pero los oficiales inferiores habían sido ascendidos desde las filas y carecían de educación, mientras que los oficiales de campo (comandantes de compañía y de batallón) ostentaban sus cargos debido a que eran de la nobleza y se veían a sí mismos como caballeros castellanos cuyo papel se encontraba muy por encima de los aspectos sórdidos de la campaña. 26 Al enfrentarse a un ejército francés, los ejércitos españoles casi siempre perdían, por lo general de forma desastrosa; pero tras haberse desperdigado por todas partes, demostraban ser capaces de reagruparse en un período de tiempo notablemente corto, listos para recibir otra severa paliza. Los generales españoles realizaban promesas extravagantes, que raras veces mantenían, y si bien Wellington los instaba a que no presentaran batalla en campo abierto, dijo que, colocados en posiciones defensivas de las que no pudieran huir, lucharían bien (como indudablemente hicieron en los dos sitios de Zaragoza). Para evitar atar al terreno a tropas británicas o portuguesas, Wellington pedía a los españoles que guarnicionaran las ciudades y fuertes capturados; pero solamente su comprensión del imperativo político y su habilidad para engatusar aliados quisquillosos convenció a los españoles para que siguieran, al menos a grandes rasgos, una estrategia que ganaría la guerra.

Las guerrillas españolas eran algo por completo diferente. Sin las trabas del requisito de la nobleza de nacimiento o las exigencias del machismo, las bandas guerrilleras estaban dirigidas por hombres que llegaron allí por pura habilidad sanguinaria, al margen de código alguno de conducta o restricciones morales. Disparaban desde escondites, emboscaban y asesinaban, proporcionando información al instante de los movimientos y fuerzas de los franceses. Cualquier soldado francés que abandonara la línea de marcha o fuera lo bastante insensato como para alejarse del grupo era probable que fuera secuestrado y torturado, terminando con su decapitado cuerpo colgado bocabajo en un árbol para edificación de sus compañeros. 27 Las guerrillas fueron de una enorme ayuda para los británicos durante

la guerra y se aseguraron de que los oficiales británicos pudieran moverse casi por cualquier parte fuera de las ciudades, mientras que los generales franceses y los despachos a caballo solamente podían moverse con grandes escoltas.

Sería ingenuo pretender que fue el ejército anglo-portugués, apoyado por las guerrillas españolas —y sin ellas los británicos nunca hubieran podido mantener un ejército en España— el que derrocó a Napoleón. Eso lo consiguieron el reingreso de Prusia y Austria en la guerra y la desastrosa invasión de Rusia en 1812. Napoleón llevó un ejército de medio millón de hombres, la mitad francesas y el restos polacos, húngaros, italianos y reclutas forzosos de diferentes estados alemanes, hasta Moscú y después, al no conseguir sentar al zar a la mesa de negociaciones, tuvo que retirarse a territorio francés en lo más profundo del invierno. En una de las más terroríficas retiradas de la historia militar, 300.000 de los soldados de Napoleón fueron muertos o fallecieron de inanición o frío, 100.000 terminaron como prisioneros de guerra, 50.000 fueron heridos y sobrevivieron y solamente 50.000 soldados regresaron a Francia. La contribución británica en Portugal y España fue periférica; pero causó una hemorragia de hombres, dinero y recursos que habría tenido mejor uso en otro lugar. Fue Napoleón quien lo llamó la «úlcera española», la cual inmovilizó hasta 230.000 soldados franceses contra un ejército anglo-portugués que raras veces superó los 100.000 soldados y por lo general contó solamente con unos 80.000, apoyados por una serie de dispersos ejércitos españoles que eran bastante útiles como guarniciones estáticas, pero raras veces estuvieron a la altura de los franceses en campo abierto.

Si bien Napoleón llevó con habilidad la campaña en el norte de Europa en 1814, la apisonadora prusiana, austriaca y rusa se iba acercando. Mientras tanto, Wellington, ahora mariscal de campo y duque como resultado de Vitoria, se abría camino batallando por una serie de líneas fluviales en el sur de Francia, luchando la última batalla de la guerra en Tolosa el 10 de abril de 1814; cuatro días después de la abdicación de Napoleón, si bien esto era algo que desconocían todos los que en ese momento se encontraban tan al sur.

Napoleón abdicó el 6 de abril porque no tenía más opción. Su posición era indefendible. Francia estaba cansada de la guerra. Sus enemigos se estaban acercando, había perdido todos los territorios que tenía en 1807 y ni los mariscales ni sus subordinados apoyarían la guerra durante más tiempo. El 31 de marzo la caballería aliada entró en París y la partida terminó. El Tratado de Fontainebleau fue firmado por los aliados y los plenipotenciarios franceses (dos mariscales y un general) el 11 de abril de 1814, siendo ratificado por Napoleón el 14 de abril tras un fallido intento de suicidio, ocultado durante muchos

años. Según este acuerdo, Napoleón renunciaba a sus derechos hereditarios al trono francés y se le concedía el derecho al título de emperador y la soberanía sobre Elba, una pequeña isla y un puñado de otras todavía más pequeñas; en total, unos 220 kilómetros cuadrados frente a la costa italiana de Toscana y a unos 50 kilómetros al este de Córcega. Recibiría una pensión del gobierno francés y se le permitiría conservar consigo una escolta de 600 hombres, una tropa de lanceros, cuatro cañones y la banda de la Guardia Imperial. Tras una emocionada despedida de la Vieja Guardia, abandonó París el 20 de abril, embarcó en un bergantín de la Roya Navy el 28 de abril y llegó a Elba el 3 de mayo. No estaría allí durante demasiado tiempo.

1 3,6 millones de personas a favor y 2.500 en contra.

2 La corona original francesa había resultado destruida durante la Revolución y esta fue fabricada y bautizada especialmente, en un intento por conseguir legitimidad, como la corona de Carlomagno.

3 Todos los detalles de la coronación se encontrarán en Frédéric Masson (trad. Frederic Cobb), *Napoleon and his Coronation* , T. Fisher Unwin, Londres, 1907.

4 Génova vendió la rebelde Córcega a la Francia (borbónica) en 1765.

5 Y, con el tiempo, padre de Napoleón III, emperador francés entre 1851 y 1870.

6 Su padre, el Delfín, murió en 1765.

7 Recordemos que en Inglaterra y Gales sigue prohibida la publicación de material obsceno. *(N. del T.)*.

8 Al contrario que las tropas de la Guardia Real británica, que tenían y tienen un papel combatiente además de sus obligaciones ceremoniales, el equivalente francés solamente existía para guardar al rey y lucir en los desfiles.

9 La libra francesa era ligeramente más pesada que la libra inglesa, de modo que un ocho-libras francés era el equivalente a un nueve-libras británico.

10 El problema, nunca resuelto, era que si el cañón se cargaba con suficiente pólvora para lanzar el proyectil (una bola de hierro hueca rellena con una carga explosiva) a la distancia requerida, era posible que este estallara en la recámara, lo que podía significar que el cañón explotara y matara a su dotación.

11 En 1794, Paoli ofreció la corona de Córcega a Jorge III, por lo que llegaron un gobernador y una guarnición británcia que permanecieron en la isla hasta 1796, cuando Gran Bretaña se retiró.

12 Utilizada por primera vez en abril de 1792, se pretendía que la guillotina fuera un método humano de pena capital, que podría aplicarse a todas las clases sociales. Fue diseñada por un comité, del cual el Dr. Guillotin fue solamente uno de los miembros. Causaba la muerte inmediata por decapitación y era mucho menos cruel que los métodos anteriores del ahorcamiento y la decapitación con un hacha o una espada. Continuó en uso en Francia hasta la abolición de la pena capital en 1981.

13 En el ejército español, el rango de «major» equivale a «comandante»; sin embargo, dado que «mayor» aparece recogido como tal en el DRAE se ha preferido traducirlo así para evitar posibles confusiones cuando más adelante se hable de «comandantes» de brigada, de división… *(N. del T.)*.

14 La historia habla de «un poco de metralla», pero es más probable que se tratara de botes metralla. La metralla era sobre todo un arma naval, consistente en ocho o nueve bolas del tamaño de una pelota de golf disparadas desde un cañón para machacar el aparejo y desarbolar el navío. El bote de metralla consistía en un recipiente cilíndrico de hojalata relleno con cientos de bolas de mosquete que se abría al dispararse, bañando el blanco con

perdigones de grueso calibre. En distancias cortas era letal.

15 Como en español lo correcto es escribir el nombre de los reyes extranjeros traducidos, a partir de ahora así es como aparecerán el nombre del emperador (Napoleón) y su esposa (Josefina). *(N. del T.)*.

16 Si bien no se trató más que de un respiro para todos los implicados, supuso la renuncia a la larga reclamación inglesa sobre el trono francés, que databa de 1337. Los intentos de este autor por convencer a todo político con el que se encuentra de que la revivan han recibido (hasta el momento) oídos sordos.

17 El tratado sigue en vigor y fue invocado en ambas guerras mundiales y durante la recuperación de las Malvinas en 1982.

18 Juan era el regente porque su madre, María I, la soberana reinante, estaba loca o, según el afectado modo que tenían de expresarlo por entonces, «sufría melancolía». Se convirtió en el rey Juan VI en 1816.

19 Uno ha de suponer que para Godoy la relación fue un medio de conseguir poder e influencia, porque si bien puede que María Luisa no fuera la mujer más fea en sentarse nunca en un trono, ciertamente se encuentra cerca.

20 Los Borbones tampoco eran realmente españoles, al descender de una rama cadete de los reyes Capetos de Francia, aunque llevaban en España lo suficiente como para haberse vuelto españoles.

21 Cifras tomadas de Lawrence H. Officer y Samuel H. Williamson, *What was the U.K. GDP Then? Measuring worth* , 2011, disponible en *www.measuringworth.com/ukgdp* ; y Phyllis Deane y B. R. Mitchell, *British historical statistics* , Cambridge University Press, Cambridge, 1962.

22 ¿Quizá lo sigan haciendo? Moore no fue enterrado sobre las murallas, sino detrás de ellas, no en mitad de la noche, sino en torno a las 8.30 p.m. Descrita por Byron como «la más perfecta oda en lengua inglesa», «The burial of sir John Moore after Corunna» dista mucho de serlo, pero sigue siendo un muy buen poema aún así.

23 Con una guarnición de solamente 30 hombres y 3 cañones, la torre original resistió el bombardeo de dos barcos de guerra británicos durante dos días en febrero de 1794, hasta que finalmente fue conquistado por tierra. Los británicos se dieron cuenta de la eficacia de este tipo de fortificaciones y copiaron su diseño, erigiéndolas a lo largo de la costa británica como defensa contra invasiones. Hoy día se conservan muchas de ellas.

24 De forma imperfecta, indudablemente, pero mucho mejor que cualquier otro oficial británico por entonces.

25 Durante largo tiempo, este autor consideró que el marrón era un intento deliberado de uniforme de camuflaje, antecesor del kaki en más de un siglo, hasta que conoció al descendiente directo del oficial que reclutó el primer batallón de *caçadores* , quien le explicó que el único medio que tuvo su antepasado de conseguir tela suficiente para hacer uniformes idénticos para 600 hombres fue ir a un monasterio y requisar los hábitos de los monjes.

26 El requisito de la nobleza de nacimiento fue abandonado en 1812, demasiado tarde como para suponer una gran diferencia.

27 Los bocetos de Goya, algunos posiblemente dibujados del natural (o, en el caso de cuerpos mutilados de militares franceses, de la muerte) resultan especialmente informativos.

2. EL DESASOSEGADOR DE EUROPA ANDA SUELTO

Los nueves meses de Napoleón en la isla de Elba, donde caviló sobre lo que había sido y lo que todavía podía ser, no fueron improductivos y realizó genuinos intentos por mejorar las condiciones de vida de sus pocos miles de súbditos. Comenzó un ambicioso programa de construcción de carreteras, ordenó edificar un hospital, introdujo una variante del código civil que ya había implantado en Francia y desfiló con su pequeño ejército. No obstante, si uno ha tenido a toda Europa a sus pies, ser el alcalde de, digamos, Grimsby no es exactamente lo mismo y, dado que el gobierno borbónico no pagó la prometida subvención de dos millones de francos, la mayoría de sus planes se quedaron en nada. Elba se encuentra solamente a 11 kilómetros de la costa de Italia y, aunque la Royal Navy patrullaba las aguas de su diminuto reino, Napoleón no era un prisionero y le resultaba imposible no mantenerse informado de lo que estaba sucediendo en el resto del mundo. Mientras su esposa, María Luisa de Austria, que había reemplazado a Josefina en 1810, y su único hijo quedaron confinados en la patria de la emperatriz, los antiguos confidentes de Napoleón iban y venían; su hermana Pauline lo visitó (la única que lo hizo) y los mariscales, la mayoría de los cuales habían cambiado de chaqueta con éxito y estaban sirviendo al restaurado régimen, se aseguraron de mantener abierto un canal de comunicación con su antiguo señor, solamente por si cambiaban las tornas. Lo mismo se puede decir de los dos funcionarios más influyentes: Joseph Fouché, el ministro de Policía, que había servido a la Revolución, a Napoleón y ahora a los Borbones, y Charles Maurice de Talleyrand-Périgord, el ministro de Asuntos Exteriores, un obispo excomulgado que había disfrutado de una carrera todavía más variada al servir a Luis xvi, la Revolución, Napoleón y la monarquía restaurada. Ambos permanecieron en contacto con Napoleón y ambos lo servirían de nuevo.

En 1814 la población de Francia ya había tenido suficiente guerra, derramamiento de sangre y subida de sus impuestos. También los mariscales estaban hartos y, cuando Luis XVIII, [1] sobrino del

ejecutado Luis XVI, llegó a París desde su exilio en Buckinghamshire pocos días después de la partida de Napoleón, 2 fue recibido por una vitoreante y entusiasmada multitud mientras las potencias victoriosas, entre las cuales se contaban ahora representantes de la recién reinstaurada Francia borbónica, se reunían en Viena para decidir la futura forma de Europa. De haber aceptado los Borbones que Francia había cambiado y que muchos aspectos de la Revolución eran adecuados y necesarios, entonces todo podría haber ido bien; pero mientras que el propio Luis —tímido, de cincuenta y nueve años y con un tremendo sobrepeso— era relativamente inofensivo, aquellos que lo acompañaban no lo eran. Toda una chusma de exgenerales, clérigos, émigrés , nobles y terratenientes desposeídos regresaron de golpe, esperando que los devolvieran a sus antiguos cargos anteriores a la Revolución y se les compensaran las pérdidas. Los aliados insistieron en que la restaurada monarquía debía ser constitucional, en oposición a absolutista, de modo que había límites a la capacidad de Luis para regresar al statu quo anterior, pero hizo todo lo posible. Que firmara la constitución impuesta por los aliados «en el décimo noveno año de nuestro reinado» fue un indicio de lo que estaba por llegar. Gran parte del ejército fue desmovilizado —una necesidad económica tanto como política—, disolviéndose ochenta y ocho regimientos de infantería y el resto quedando reducido a dos batallones por regimiento en vez de tres, mientras que la caballería perdió noventa y un regimientos de diversos tipos. La Guardia Imperial se convirtió en otro regimiento de línea más, se crearon regimientos de mercenarios suizos para reemplazar a los franceses, la Legión de Honor, instituida por Napoleón, se convirtió en una condecoración civil a la vez que militar y Luis realmente molestó al pueblo de París al ordenar que los bares cerraran los domingos.

En un espacio de tiempo notablemente corto, la popularidad de la retornada monarquía se evaporó. Puede que los derechos civiles conseguidos por la Revolución se hubieran erosionado un poco durante los largos años de guerra; pero Napoleón le había dado a Francia un gobierno firme, mientras los Borbones habían pasado el tiempo bebiendo té en Inglaterra —como le recordó al rey contundentemente el mariscal Ney— y habían sido restaurados como los títeres de potencias extranjeras. Las fronteras francesas se habían encogido hasta las de 1792 y Bélgica había sido cedida a Holanda, un golpe devastador para el orgullo francés. Francia seguía siendo una sociedad agraria, y un sector que había prosperado tras la Revolución era el campesinado. Liberados de los trabajos obligatorios y toda la suerte de restricciones que habían existido durante el ancien régime , muchos se había asentado como pequeños campesinos independientes por derecho propio tras la redistribución de tierras confiscadas a los

magnates ausentes o ejecutados. La amenaza de perder esas tierras para serles devueltas a sus antiguos dueños los alarmó. A pesar de que el rey promulgó un decreto donde prometía que, si bien los dueños originales serían compensados, no tenía intención de devolverles sus tierras, los campesinos no lo creyeron y, si lo hicieron, pensaron que el hermano y heredero del rey, el conde de Artois, revocaría cualquier promesa que este les hubiera hecho. También el ejército —sus veteranos y soldados desmovilizados— echaba de menos el prestigio del que había disfrutado bajo el emperador y en los cafés cada vez hubo más tertulias de exoficiales a media paga, o con pensiones que les pagaban tarde o nunca, que rememoraban su pasada gloria. Los prisioneros de guerra regresaron para encontrarse que no había trabajo para ellos. Los veteranos lucían desafiantes sus medallas, ganadas en un centenar de batallas, y los centinelas del nuevo ejército real los saludaban, dijera lo que dijera el reglamento.

Mientras los oficiales de regimiento, los exoficiales y la clase y tropa se quejaban y se volvían todavía más resentidos, la mayoría de los mariscales y generales siguieron adelante. De los veintiséis mariscales nombrados por Napoleón, en abril de 1814 había tres que habían muerto, dos eran reyes o príncipes herederos, uno se había retirado y uno permanecía estrictamente neutral. De los restantes diecinueve, no menos de dieciocho declararon su lealtad a Luis XVIII y mantuvieron sus títulos, tierras y lucrativos nombramientos, algo que no pasó desapercibido a sus inferiores en el escalafón.

Napoleón nunca aceptó que su imperio hubiera terminado; estaba convencido de que Francia volvería a buscarlo, como de hecho estaba haciendo ya. En su exilio definitivo en Santa Elena, con la perspectiva del tiempo, comentó que debería haber esperado hasta que el régimen borbónico se hubiera hundido, momento en el cual hubiera podido regresar por petición popular. Pero lo cierto es que, a comienzos de 1815, hubo de realizar su movimiento con rapidez. Sabía que había desacuerdos entre los Aliados en Viena, que los austriacos y los rusos querían enviarlo a un lugar mucho más lejano que la isla de Elba y que en cualquier momento podía ser objeto de un intento de asesinato. En cualquier caso, se estaba quedando sin dinero para pagar a sus soldados. De modo que, el 26 de febrero de 1815, Napoleón abandonó Elba con esos soldados, sus caballos y sus cañones en el bergantín Inconstant y una diminuta flota de navíos menores. Tras haber eludido por poco a los barcos que patrullaban la zona, desembarcó el 28 de febrero en Golfe-Juan, al oeste de Cannes, y comenzó a marchar hacia el norte. La región de Provenza era impenitentemente monárquica, de modo que el mejor camino era el de los pasos de montaña de la frontera italiana. Al principio nadie se dio cuenta de su llegada: la noticia de que se había ausentado de Elba

tardó varios días en llegar a París y todavía más en hacerlo a Londres y el Congreso de Viena. La población de las zonas por las cuales pasaba la pequeña expedición permaneció tranquila, esperando a ver qué pasaba. Cuando las nuevas de que el «el sabueso se había soltado de la correa» alcanzaron París, el ejército mandado por Soult, un antiguo mariscal de Napoleón, recibió órdenes de arrestarlo. Soult desplegó muchas más fuerzas de las que habrían sido necesarias para la tarea —60.000 regulares y 120.000 reservistas—, probablemente haciéndolo con la idea de abandonar el barco cuando el momento fuera adecuado, mientras que el mariscal Ney, que ahora mandaba la caballería borbónica, aseguró al rey Luis que traería de vuelta a París a Napoleón en una «jaula de hierro».

Napoleón y su grupo habían recorrido 40 kilómetros diarios desde su desembarco, un logro extraordinario dadas las carreteras y el tiempo existente. El primer encuentro tuvo lugar en Laffrey, al sur de Grenoble, el 7 de marzo, cuando se le enfrentó un destacamento del 5.º regimiento de línea, dispuesto sobre la carretera al mando de un capitán. Tuvo lugar entonces una de esas cosas que sustentan la leyenda de Napoleón. Ordenando a sus hombres que permanecieran quietos y con las armas al hombro, avanzó en solitario hacia las apretadas filas de los hombres enviados a arrestarlo. Se desabrochó el gabán y abrió los brazos, diciendo: «Si queréis dispararle a vuestro emperador, aquí estoy». Habría bastando con un disparo, incluso una descarga accidental, para terminar con toda la aventura; pero en vez de ello se escucharon gritos de «Vive l'empereur!» y todo el destacamento se pasó a sus filas. Al día siguiente, Napoleón entró en Grenoble, tras haber recorrido otros 40 kilómetros, para encontrarse con multitudes vitoreantes, con la artillería negándose a disparar contra él y con la infantería sacando de donde los tenían escondidos los antiguos estandartes y águilas imperiales. Mientras continuaba marchando hacia el norte su ejército crecía y crecía, según se le iban uniendo las tropas enviadas para detenerlo. En París algunos bromistas pegaron carteles que decían: «Querido Luis, no me envíes más tropas, ya tengo suficientes. Firmado: Bonaparte».

En Lyon, donde llegó el 10 de marzo, con su ejército hinchado por la defección de otra guarnición más, Napoleón promulgó el primer decreto de su nuevo reinado: los cargos borbónicos quedaban despedidos; los despachos de oficial y nombramientos concedidos o realizados por Luis XVIII quedaban cancelados; los regimientos suizos quedaban disueltos; las insignias borbónicas quedaban reemplazadas por las revolucionarias; las tierras recuperadas por los émigrés serían devueltas a los campesinos; las modificaciones realizadas en el Código Civil anuladas; también se creó un gobierno provisional. El 14 de marzo, Ney, a pesar de toda su retórica sobre jaulas de hierro, se dio

cuenta de que no podía resistir el carisma de su antiguo comandante y también se unió a él. Ahora Napoleón contaba con once regimientos de infantería, cada uno con dos batallones, dos regimientos de caballería, nueve baterías de artillería (cincuenta y cuatro cañones) y una multitud de exoficiales y soldados, quizá unos 25.000 hombres en total. 3

El impulso cogido por Napoleón era tal que nada podía detenerlo. Los diplomáticos comenzaron a abandonar París y los realistas a liquidar sus bienes. El domingo 19 de marzo, el día que Napoleón llegó a Fontainebleau, Luis el Gordo y su corte abandonaron París para dirigirse a Gante, en Holanda. A las nueve de la noche Napoleón estaba en París, de nuevo emperador de los franceses. Había conseguido restaurar su régimen en solamente tres semanas y sin disparar un solo tiro. Ahora tenía que consolidar su posición. No podía seguir gobernando con un autócrata y, formando un gobierno de base amplia y reuniendo un colegio electoral, intentó calmar a quienes no querían ni el regreso del ancien régime ni del Imperio. Los decretos volaban de su pluma: la abolición de la esclavitud, la abolición de los títulos feudales (monárquicos), garantía de libertad de prensa y derechos civiles, así como el sufragio universal. Pero, sobre todo, si quería tener alguna oportunidad por mínima que fuera de conservar el poder, tenía que mantener la paz.

Desde el punto de vista de Napoleón, fue una desgracia que cuando abandonó Elba el Congreso de Viena siguiera reunido. Los representantes de los poderes europeos seguían estando todos juntos y pudieron debatir y tomar decisiones con rapidez, lo cual no hubiera pasado de haberse dispersado y retornado a sus países. Napoleón envió cartas a todos los jefes de Estado y gobierno: aceptaba las fronteras de 1792, no tenía intenciones de aumentar sus territorios y esperaba que la paz y la tranquilidad prevalecerían. Algo que los Aliados ya habían escuchado antes: durante los largos años de la guerra, hubo ocasiones en que Napoleón había parecido aceptar propuestas razonables para luego renegar de ellas. Sea lo que fuere que pensaran de los Borbones (en la mayoría de los casos, no demasiado) no estaban preparados para confiar en Napoleón bajo ninguna circunstancia y las cartas fueron devueltas sin abrir y sus representantes desdeñados. En Viena, el zar se volvió hacia el duque de Wellington, que estaba allí en representación del gobierno británico, y dijo con dramatismo: «Ahora le toca salvar al mundo de nuevo». Napoleón fue declarado un bandolero y se formó una nueva coalición —la séptima— para deponerlo. Los ejércitos de la coalición estarían formados por una gran cantidad de tropas alemanas, austriacas, rusas y holandesas, con la adición de las tropas británicas que estuvieran disponibles (no muchas) y una gran cantidad de dinero

británico.

Declararlo un fuera de la ley fue inusual, pero apoyaba la ficción legal de que no era Francia el enemigo, sino el propio usurpador, Napoleón. Gran Bretaña se había negado a firmar el Tratado de Fontainebleau, que terminó con la guerra en 1814 y confinó a Napoleón en Elba, al sostener que el tratado reconocía que Napoleón había sido un gobernante legítimo. No obstante, como el bandolerismo técnicamente permitía a cualquiera matar al bandolero sin miedo a sanciones, la reprobación del gobierno británico en la Cámara de los Comunes realizada por Samuel Whitbread, el cual lo acusó de ser cómplice en una instigación al asesinato, dio lugar en los ministerios a mucho escurrir el bulto y mucho hablar para no decir nada.

Al principio se pensó que el regreso de Napoleón provocaría una guerra civil en Francia, con el ejército de Luis en contra de los aventureros bonapartistas, y que las tropas aliadas se limitarían a reforzar a las monárquicas en caso de ser necesario. Cuando se hizo evidente —lo cual sucedió con bastante rapidez— que no había ejército monárquico y que la mayoría de la población daba la bienvenida al regreso del emperador, los Aliados no tuvieron más opción que deshacerse ellos mismos de Napoleón. Se acordó en Viena que los austriacos proporcionarían dos ejércitos, uno de 210.000 y el otro de 75.000 hombres, los prusianos uno de 117.000, los rusos de 150.000 y los británicos y los holandeses de 110.000 entre los dos. Dado que Gran Bretaña no podría proporcionar nada parecido a la cantidad de hombres acordada, contribuiría con cinco millones de libras esterlinas, un dinero que no solamente financiaría la colación al completo, sino también pagaría a los hombres proporcionados por los estados alemanes menores. Los austriacos se acercarían desde el norte del Rin y desde el norte de Italia, por la Riviera; los rusos se concentrarían en la zona central del Rin; los prusianos llegarían a través de Lieja, a la izquierda de los anglo-holandeses, que se pondrían en movimiento desde la zona de Bruselas. Entonces, todos los ejércitos marcharían contra París, obligando a Napoleón a dividir a su ejército, al no poder estar seguro nunca de dónde procedería el ataque principal. Evidentemente, colocarse en posición en la frontera francesa le llevaría tiempo a los ejércitos aliados y, mientras los anglo-holandeses y los prusianos estaban en Flandes en mayo, aún pasaría tiempo antes de que los demás estuvieran listos. Esto dio a Napoleón un tiempo que necesitaba mucho.

El ejército francés que quedó una vez los restaurados Borbones terminaron de reducirlo constaba de solamente 200.000 soldados, nada similar al tamaño que sería necesario si Napoleón quería tener alguna oportunidad de ocuparse de los cinco ejércitos de la coalición. Un refuerzo instantáneo llegó en forma de 75.000 veteranos,

desempleados desde la abdicación de Napoleón, al tiempo que se alistaron 15.000 voluntarios sin formación. Guardias de frontera, policías y marineros sin trabajo también podían ser llamados a filas y las unidades de la Guardia Nacional —una milicia revolucionaria, desarmada por Napoleón (y por lo general inútil) pero llamada a filas en 1814 como parte de un desesperado intento por proteger las fronteras de Francia— podía ser utilizada para guarnicionar ciudades y fortificaciones estáticas para liberar de la tarea a los soldados del ejército. Por toda Francia los sastres cosían uniformes y las fábricas de pólvora hacían cartuchos, los armeros producían mosquetes y los caballos eran requisados para la artillería. Se necesitaban más caballerías y en ciudadelas repartidas por todo el país sargentos veteranos intentaban contener su exasperación mientras los reclutas se caían de sus monturas y los caballos cabalgaban sin jinete hacia el horizonte.

A pesar de los problemas para encontrar suficiente mano de obra, entrenarla y equiparla, el ejército aumentó constantemente en número y competencia. Se restauraron los antiguos números y nombres, se volvieron a repartir los estandartes y banderas imperiales y, una vez más, los regimientos recibieron sus águilas, si bien esta vez solamente una por regimiento, a cargo del primer batallón. Pese a todos estos esfuerzos, en modo alguno sería lo suficientemente grande como para tratar con todos los ejércitos aliados a la vez. Por tanto, Napoleón solamente tenía dos opciones. Podía colocar a su ejército en una posición defensiva en las cercanías de París y confiar en la necesidad de los Aliados de apoderarse y luego guarnicionar todas las plazas fuertes fronterizas. Esto reduciría a sus enemigos a un tamaño razonable y podría permitirle conseguir una victoria en las afueras de París; pero solamente pospondría lo inevitable: los Aliados se limitarían a ir trayendo más y más tropas hasta aplastarlo. La alternativa consistía en tomar la iniciativa antes de que los Aliados estuvieran en posición e intentar derrotarlos uno por uno.

Como en guerras anteriores, el enemigo más peligroso de Napoleón era Inglaterra, no debido a su relativamente diminuto ejército, sino por sus amplias riquezas y el bloqueo de la Royal Navy. Si Inglaterra podía ser expulsada de la guerra, sin su pagador la coalición se derrumbaría. Una aplastante derrota del ejército británico en Flandes, que enviara sus restos arrastrándose hasta el otro lado del canal de La Mancha haría caer al gobierno Tory para ser reemplazado por otro Whig, que buscaría la paz. Ese fue el razonamiento de Napoleón, si bien, como entusiasta estudioso de la Historia que era, quizá debería haberse dado cuenta de que en el pasado ser expulsados de Europa había vuelto a los británicos más malhumorados y no menos. Tal cual

estaban las cosas, los ejércitos prusianos y anglo-holandés se encontraban estacionados desde donde podían vigilar las fronteras francesas; pero, si bien estaban desplegados en posiciones que les permitirían invadir Francia, estas no les permitirían defenderse contra un ataque venido de Francia. Además, si bien los ejércitos se mantenían en contacto, físicamente se encontraban a kilómetros de distancia. Si se combinaran sobrepasarían en número a cualquier cosa que Napoleón fuera capaz de reunir; pero si podían ser atacados por separado, antes de tener la posibilidad de reunirse, entonces podían ser derrotados por separado. Era un riesgo inmenso, pero Napoleón siempre fue un jugador: o bien volvía a situar a la Francia napoleónica como la potencia dominante en Europa o bien todo se vendría abajo con él. Napoleón tenía mucho que ganar y nada que perder.

Los ejércitos que combatirían en la campaña de junio y julio de 1815 eran muy similares en algunos aspectos, y muy diferentes en otros. Para cuando los austriacos y rusos estuvieran lo bastante cerca como para tomar parte, el combate estaría prácticamente terminado, de modo que los ejércitos que lucharon en la campaña fueron el francés, el prusiano y los estados alemanes asociados, los británicos y los holandeses con sus propios alemanes. Como el ejército británico era el único que no había sido controlado o completamente derrotado por la Francia revolucionaria o la napoleónica en algún momento de la guerra, resulta adecuado hablar primero de él.

Al contrario que el ejército de cualquier otro de los contendientes, el británico no contaba con reclutas forzosos. En muchos países europeos, un período de servicio militar (como lo ha seguido siendo hasta muy recientemente) formaba parte del proceso de convertirse en ciudadano; pero en época moderna las levas obligatorias nunca se han utilizado para el ejército regular en Gran Bretaña. Fue probado, brevemente, por ambos bandos de la Guerra de las Dos Rosas y abandonado rápidamente al considerarse que no funcionaba. La leva obligatoria hubiera sido considerada una imposición inaceptable contra las libertades de un britano libre, de modo que los soldados británicos eran voluntarios que firmaban «de por vida» (en realidad veintiún años). Dado que era un ejército completamente profesional, era muy hábil en lo que hacía. Los soldados británicos se pasaban hora tras entontecedora hora, día tras día, semana tras semana, cargando y disparando sus armas, pasando de columna a línea, a cuadro, de nuevo en columna, realizando marchas y haciendo instrucción. Al contrario que los ejércitos europeos, que restringían las prácticas de

tiro en época de paz debido a sus costes, al soldado británico se le requería que disparara treinta veces con fuego real y sesenta con cartuchos de fogueo al año durante su entrenamiento, así como a realizar a diario prácticas sin munición. A finales de la Guerra de la Independencia, en 1814, es probable que profesionalmente el británico fuera el ejército más capaz del mundo; pero, como ejército profesional que era, resultaba inevitablemente caro y, por lo tanto, era pequeño, estando acostumbrado a tratar con aliados y a utilizar la tecnología como multiplicador de su fuerza, es decir, como medio de compensar su carencia de soldados.

Todos los ejércitos de la época confiaban en el mosquete de alma lisa como arma personal de los infantes, los hombres que luchaban a pie y formaban la espina dorsal de todos ellos. El mosquete británico, conocido familiarmente como «Brown Bess», había estado en servicio en varios modelos desde la estandarización de 1716 y seguiría estándolo hasta ser desbancado por el mosquete con cerrojo de percusión en la década de 1840. En 1815 había dos mosquetes en servicio en el ejército británico: el «Short Land Service», producido por primera vez en 1768, que pesaba 4,75 kilos y tenía 1,50 metros de largo con un cañón de 106 centímetros; y el «India Pattern», que era 700 gramos más ligero, 7,5 centímetros más corto y con un cañón de un 99 centímetros. Estos últimos fueron manufacturados para los ejércitos de la Compañía de las Indias Orientales; pero al estallar la guerra en 1793 el gobierno británico se hizo con el lote antes de que pudiera ser enviado a la India. Ambas armas eran del mismo calibre, 19,30 milímetros, y disparaban la misma munición, además de poder ser armados con una bayoneta de 43 centímetros. 4 Ambos contaban con el mismo tipo de mecanismo de disparo: cuando se apretaba el gatillo se liberaba el «martillo», que sujetaba una pieza de pedernal o pirita de hierro e iba a golpear el «rastrillo», una pieza de metal serrado unida a la «cazoleta» mediante una pequeña bisagra. El rastrillo era empujado hacia delante, lo cual abría la cazoleta al mismo tiempo que sacaba chispas del pedernal. Las chispas inflamaban una pequeña cantidad de pólvora contenida en la cazoleta y la llama producida penetraba en el fondo del cañón por un orificio e inflamaba la carga principal de pólvora disparando el mosquete.

Cargar el mosquete era complicado. El soldado tenía que inclinar el mosquete hacia delante, manteniéndolo en el punto de equilibrio con la mano izquierda. Con la derecha tiraba del martillo hacia atrás hasta medio recorrido, de modo que la cazoleta se abriera. Seguidamente, también con la mano derecha, cogía un cartucho de una cartuchera con forma de caja que llevaba en bandolera. El cartucho consistía en un perdigón de plomo, que pesaba 30 gramos y tenía un diámetro de 18,03 milímetros, junto a pólvora negra, todo

ello envuelto en papel —«papel de cartucho»— y cosido apretado con hilo. El soldado abría el extremo del papel con los dientes, depositaba una minúscula cantidad de pólvora en la cazoleta y cerraba la tapa de esta. Entonces colocaba la culata del mosquete en el suelo con el cañón en vertical e introducía en este el resto de la pólvora. Después dejaba caer la bola por el cañón y empujaba el papel desgarrado dentro de la boca del arma. 5 A continuación sacaba la baqueta, sujeta debajo el cañón, y lo empujaba todo cañón abajo, antes de devolver la baqueta a su sujeción. El motivo de incluir el papel —el taco— era impedir que la bala rodara fuera del cañon en caso de que el mosquete fuera apuntado hacia abajo. Para disparar el arma, el soldado estiraba el martillo hacia atrás por completo, colocaba la culata contra el hombro, apuntaba siguiendo el cañón (por entonces no había miras) y apretaba el gatillo. Seguidamente se repetía todo el proceso de carga.

Como el diámetro del cañón era de 19,30 milímetros y el de la bala 18,03 milímetros, la diferencia de 1,27 milímetros estaba pensada para facilitar la carga, pero también volvía el arma inherentemente imprecisa. Como la bala no se ajustaba bien al cañon, traqueteaba contra él antes de salir por la boca de este, yéndose arriba, abajo, izquierda o derecha de la línea de tiro. Un experto dice que era probable que un soldado fuera alcanzado por un mosquete disparado contra él a 73 metros, que debería tener muy mala suerte para ser alcanzado por un mosquete a 137 metros, siempre y cuando su antagonista disparara contra él, y que «disparar contra un hombre a 182 metros con un mosquete común tenía el mismo resultado que dispararle a la luna». [6] El modo de utilizar los mosquetes en la guerra era alinear a los hombres hombro con hombro y disparar descarga tras descarga, tan cerca del enemigo como fuera posible; pues solamente así se conseguía un fuego efectivo y, siempre y cuando los hombres apuntaran bajo (dado que los mosquetes tenían tendencia a elevarse al disparar, se les decía que apuntaran al cinturón), grandes huecos se abrirían en las filas contrarias.

Al contrario que la infantería del resto de potencias europeas, un regimiento británico era una unidad puramente administrativa, no táctica. Un regimiento podía contar con uno, dos, tres e incluso cuatro batallones; pero no necesariamente tenían que combatir juntos y, si bien llevaban la misma insignia en el sombrero y vueltas del mismo color, podían estar estacionados en puntos opuestos del globo. La unidad de combate era el batallón, mandado por un teniente coronel, el cual constaba de diez compañías, cada una de ellas mandada por un capitán, con dos subalternos, dos sargentos y ochenta suboficiales y soldados. Dos de las compañías eran «de flanco». Una, que siempre tomaba posición en el extremo derecho de la línea, era la «compañía granadera», que originalmente estaba pensada para estar formada por

lanzadores de granadas y, por tanto, con los hombres más altos y fuertes del batallón. No obstante, ese papel táctico había desaparecido hacía mucho y en 1815 la compañía de granaderos actuaba exactamente igual que cualquiera otra, si bien en ocasiones era requerida para realizar lo que hoy llamaríamos operaciones especiales. La otra compañía de flanco, con un papel táctico muy definido, era la «compañía ligera», que consistía en hombres entrenados especialmente para escaramucear. Los escaramuceros, que podían llegar a ser una cuarta o incluso una tercera parte de un ejército británico a la defensiva, eran desplegados en orden abierto delante de la línea de defensa para convencer al enemigo de que se desplegara pronto y disparara su primera salva (la cual, cargada cuando no estaban bajo el fuego, era la más precisa). Los escaramuceros intentaban crear tanta confusión como fuera posible antes de que el enemigo que avanzaba se encontrara con el cuerpo principal británico. Tras haber realizado su tarea, la compañía ligera, armada y equipada como cualquier otra compañía, se retiraba hasta la izquierda de la línea del batallón. En 1815, además de las compañías ligeras, había batallones enteros de infantería ligera, que podían ser utilizados bien para escaramuzas, bien para permanecer en la línea o ambas cosas.

Por lo tanto, al completo de sus efectivos, un batallón de infantería de línea constaba de más de 800 hombres, si bien en la práctica la mayoría estaban muy por debajo de esta cifra. Operativamente, dos, tres o cuatro batallones se combinaban en una brigada, comandada por un coronel (con el nombramiento, pero no el rango, de un general de brigada) o general de división. Dos o más brigadas formaban una división, comandada por un general de división o teniente general. El ejército británico nunca fue lo bastante grande como para formar cuerpos de ejército, cada uno con dos o más divisiones, excepto en Waterloo, cuando el ejército anglo-holandés estuvo dividido en tres cuerpos de ejército.

El pequeño ejército británico, aunque perfectamente capaz de luchar en una batalla a la ofensiva, prefería encontrar un terreno adecuado y adoptar una posición que el enemigo tuviera que atacar, para entonces hacer uso de su superior fuego de mosquete para machacar a la infantería francesa (casi siempre era francesa). El fuego de mosquete británico era superior no por los mosquetes, que solamente disparaban balas ligeramente más pesadas que su equivalente francés, sino porque el entrenamiento de los soldados británicos era mejor. Si bien la mayoría de los ejércitos en línea se organizaban en tres filas, los británicos lo hacían en dos, consiguiendo así que dispararan todos los mosquetes. Estadísticamente, un disparo de cada siete fallaba, bien porque se rompiera el pedernal, la pólvora estuviera húmeda o en el fragor de la batalla el soldado lo hubiera

cargado mal. Dado que los británicos preferían permanecer a la defensiva y permitir que el enemigo los atacara, para seguidamente destrozarlo con el fuego de sus mosquetes, era vital que ese fuego fuera continuo. Dado que la capacidad de disparo del Brown Bess era de dos por minuto (las afirmaciones de tres e incluso cuatro disparos por minuto son un sinsentido), si los hombres de un batallón en línea disparaban a la vez, había un retraso de treinta segundos mientras recargaban, tiempo más que de sobra para que un enemigo en avance cargara con las bayonetas. La respuesta fue «el fuego de pelotón», en el cual cuerpos más pequeños disparaban en secuencia, de modo que una proporción del batallón siempre tenía las armas cargadas y listas para disparar. En un batallón de diez compañías, la unidad de disparo —el «pelotón»— era la media compañía de cuarenta hombres. El comandante de la compañía —un capitán— mandaba una mitad y su subalterno de mayor antiguedad, o un sargento, la otra. De modo que había veinte unidades de disparo y, si bien existían varias secuencias de disparo, el método más sencillo, y el utilizado más a menudo, era aquel en el cual las dos unidades exteriores, las de los extremos izquierdo y derecho, disparaban seguidas por las dos siguientes hacia el interior, hasta que lo hacían las dos unidades de disparo del centro, momento en el cual las dos medias compañías de los extremos exteriores habían recargado. El procedimiento podía repetirse hasta que todos los enemigos estaban muertos o se daban por vencidos y salían corriendo, o habían tenido tantas bajas que no podían continuar.

El sistema de disparo por pelotones a un cadencia de dos por minuto para cada soldado dependía de que se produjera una pausa de tres segundos entre cada disparo. Los cronómetros todavía no se habían inventado, de modo que los comandantes de cada media compañía tenían diferentes medios para calcular esos tres segundos: «Mil y uno, mil y dos, mil y tres… ¡fuego!»; «Las esposas de los oficiales tienen pudín y tarta, las esposas de los sargentos habilidades… ¡fuego!» y similares.

Si asumimos que un batallón británico en línea, con 800 hombres en dos filas, está siendo atacado por un regimiento francés de 1.800 hombres en tres batallones en columna, el frente de la columna será de 40 hombres. La mayoría de los intercambios de fuego no tenían lugar a una distancia de más de 137 metros, de modo que si los franceses que avanzan han de acercarse a la línea británica —caminando al ritmo estándar de setenta y cinco pasos de 71 centímetros por minuto— necesitarán dos minutos y medio para recorrer la distancia, tiempo durante el cual les habrán disparado 4.800 veces (seis disparos por cada defensor), o 120 disparos por cada 90 centímetros de frente. Como respuesta, solamente las dos primeras

filas del frente francés pueden hacer fuego y como no pueden recargar en movimiento, devuelven un disparo por cada 9 metros de frente. Incluso considerando los disparos fallidos y las cargas defectuosas, no es de extrañar que sus atacantes nunca llegaran a acercarse a una línea británica que estuviera preparada para recibirlos. Incluso cuando los franceses se las arreglaban para desplegarse en línea mientras avanzaban, siguieron fracasando de forma invariable, simplemente porque el soldado británico profesional sabía que si permanecía en línea y realizaba los movimientos que había practicado una y otra vez durante la instrucción —excepto en el caso de quedarse sin municiones— no había nada que pudiera resistirle. 7

Al contrario de la creencia popular, el ejército británico no era opuesto (y no lo es) a la tecnología; pues si tienes un ejército pequeño que con regularidad se bate con otros mucho mayores necesitas utilizar cualquier posible avance que sustituya al elemento humano. Los británicos experimentaron con cohetes (y en Waterloo los usaron brevemente), probaron varios modelos de sables de caballería y, lo más efectivo de todo, utilizaron mucho el rifle.

Como ya hemos visto, el mosquete de alma lisa es, por su propio diseño, impreciso porque la bala es inestable. Si la bala pudiera estabilizarse entonces podría tener mayor alcance y más precisión que las disparadas por el Brown Bess y el modo de estabilizarla era, primero, asegurarse de que se ajustaba bien al cañon y, segundo, dotarla de rotación. Eso es lo que hace el rifle, un arma que tiene en el interior del cañón surcos en espiral. Los británicos habían utilizado fusiles en las guerras norteamericanas, contra los franceses y los colonos rebeldes; pero se consideraban que no eran adecuados para las guerras europeas, al no ser a prueba de errores y requerir demasiado tiempo para ser cargados, hasta que se cambió de idea en la década de 1790. Armeros de todo el Reino Unido fueron invitados a realizar ofertas para suministrar un fusil al ejército y, tras extensas pruebas realizadas por la Junta de Armamento a comienzos de 1800, el fusil escogido fue el propuesto por Ezekial Baker, un armero de Whitechapel (Londres). 8 Se trataba de un fusil de chispa que pesaba 4 kilos, tenía un calibre de 15,4 milímetros y disparaba una bala de plomo de 22,7 gramos. El cañon tenía siete surcos, que le daban a la bala un cuarto de vuelta, y al tener una longitud de solamente 1,16 metros con un cañon de medio metro, el arma podía ser cargada estando tendido. El procedimiento de carga era similar al del mosquete, excepto que la bala era envuelta en un trozo de cuero engrasado con forma de trébol antes de ser empujada dentro del cañón, donde el cuero quedaba atrapado por las estrías. Dado que era necesario envolver la bala y lo ajustada que esta quedaba, el atacado requería más tiempo, el proceso de carga era más lento que el del

mosquete y el ritmo de fuego probablemente no fuera superior a tres disparos cada dos minutos. El fusil estaba pensado para los 182 metros, pero en manos expertas era preciso a distancias mucho mayores, 9 de modo que su posesión significaba que el fusilero podía matar soldados armados con mosquetes mucho antes de que estos pudieran acercarse lo bastante como para responder.

Los regimientos escogidos para utilizar el fusil tenían su origen en el cuerpo experimental de fusileros, creado en Shorncliffe en 1800. Bajo el mando del coronel Coote Manningham, un entusiasta de treinta y cinco años, estaría formado por regimientos de infantería en el Reino Unido, que enviarían a un oficial y catorce soldados para ser formados como fusileros. Los oficiales al mando se frotaron las manos y allí que fueron los borrachos, los casos de beneficencia, los deudores, los inútiles y los indisciplinados. Tras quejarse al comandante en jefe, el duque de York, Manningham consiguió deshacerse del material poco prometedor y reemplazarlo por hombres con buenas hojas de servicio. Más difícil resultó deshacerse de los oficiales gordos y perezosos, con los cuales también le habían cargado; pero un régimen de carreras diarias desde la playa hasta el comedor de oficiales antes del desayuno no tardó en convencerlos de solicitar el traslado a puestos donde ser soldado se tomara con mayor ligereza. 10 El cuerpo experimental terminó convirtiéndose en 95.º regimiento (fusileros) (posteriormente brigada de fusileros), con cinco batallones cada uno de ocho compañías; el 60.º a pie se convirtió en un regimiento de fusileros y varias unidades aliadas, como el regimiento Brunswick-Oels, las compañías ligeras de la legión alemana del rey y los caçadores portugueses fueron dotadas con el Baker, del cual se fabricaron unos 30.000 durante las guerras. Vestidos con un uniforme de camuflaje negro y verde oscuro, los fusileros escaramuzarían, emboscarían y dispararían desde cubierto. Sus blancos concretos serían los oficiales, los fanniers —portadores de pequeñas banderas que eran estacionados en los extremos derecho e izquierdo de las formaciones francesas para mantener la dirección— y los tamborileros, estos últimos porque en el campo de batalla, donde las órdenes gritadas quedaban ahogadas por el ruido ambiente, las señales se transmitían a golpe de tambor. Es una pena que muchos de los tamborileros fueran chicos de doce o trece años; pero si no sabían aguantar una broma que no se hubieran alistado. La intención de todo esto era cortar la cadena de mando y control del enemigo, tarea conseguida en la cual los fusileros se retiraban tras el cuerpo de ejército principal, pues su cadencia de disparo era demasiado lenta como para que permanecieran en la línea.

Es probable que en 1815 la caballería británica fuera el mejor de todos los ejércitos montados, principalmente en robustos percherones

de entre catorce y quince manos 11 para los soldados y en caballos de caza ligeros o medianos para los oficiales, que al tener que moverse más lejos y cubrir más campo de batalla necesitaban un caballo más rápido. Los soldados de caballería británicos cuidaban más a sus caballos que la mayoría, desmontándolos y guiándolos con las cinchas flojas cuando era posible; algo que un soldado de la caballería francesa hubiera considerado indigno de él. A pesar de la amplia variedad de títulos —guardias a caballo, Life Guards, dragones, dragones ligeros, húsares— el arma montada británica se dividía en caballería ligera y pesada. Los reales guardias a caballo (Royal Horse Guards, conocidos como los Azules), los Life Guards —genéricamente la Household Cavalry (Guardia Real) debido a su tradicional papel de tropas personales del rey y guardianes de su persona— y los regimientos de dragones eran caballería pesada, por lo general con caballos más pesados, destinada a acciones de choque —es decir, cargar en formación contra la caballería o la infantería enemiga— y equipados con una espada recta y pesada (si bien, al contrario que sus homólogos franceses, sin corazas de metal ni placas en la espalda). La caballería ligera —los dragones ligeros y los húsares— estaban destinados a tareas de avanzada, reconocimiento, piquetes, escolta y la persecución del enemigo derrotado. No estaban acorazados y llevaban un sable curvo. Los títulos no representan sus papeles de 1815; originalmente, los dragones eran infantería montada que cabalgaba hasta el campo de batalla, desmontaba y luchaba a pie, mientras que los húsares eran la caballería ligera húngara, conocida por el esplendor (y lo escasamente práctico) de sus uniformes; muchos regimientos de dragones ligeros británicos habían cambiado sus títulos por el de húsares solamente por motivos de moda. Ambos tipos de caballería estaban equipados con una carabina, una versión corta del mosquete de la infantería, para ser utilizada en tareas de centinela desmontados, mientras que alguna caballería pesada también llevaba pistolas de chispa («pistolas de caballo»).

A pesar de estar mejor montada que sus enemigos, la caballería británica tenía la reputación, en ocasiones merecida, de realizar una carga magnífica para luego desaparecer por el horizonte en busca de botín y no volver a aparecer hasta la hora del té. Esto se debía en parte a que la caballería tenía mejores posibilidades de conseguir ese botín en caso de haberlo; pero también se debía a las dificultades para encontrar campos de entrenamiento en Inglaterra. Las batallas de Hyde Park y Hounslow Heath se habían repetido en muchas ocasiones, pero a la mayoría de los granjeros británicos no les gustaba ver a la caballería galopando sobre sus tierras y, en cualquier caso, los terrenos, más pequeños que los actuales y rodeados por espesos setos, no se prestaban al ensayo de acciones de caballería de amplio alcance.

El resultado era a menudo que, cuando la caballería se encontraba ante amplios espacios abiertos, se perdía el control. 12

La artillería británica se dividía en artillería a caballo y a pie, la primera apoyaba a la caballería y la segunda, a la infantería. Las tropas de la artillería a caballo (las baterías modernas) se crearon para cinco cañones de seis libras (si bien en Waterloo había algunos de nueve libras) y un obús de 140 milímetros. El alcance máximo efectivo del cañón de nueve libras era de 475 metros y el del obús aproximadamente el mismo, o ligeramente inferior. 13 Cada cañón era arrastrado por ocho caballos y, como tenían que moverse a la misma velocidad que la caballería a la que apoyaban, todos los servidores de la pieza iban montados, así como el herrero, el cirujano, los trompetas (en realidad cornetines) y cualquiera con una tarea destinada a mantener en acción los cañones. En total, un escuadrón contaba sobre el terreno con el sorprendente total de 220 caballos y seis mulas. Los cañones podían disparar balas rasas (macizas, de hierro y redondas), granadas y botes de metralla. La granada, que se llama en inglés *shrapnel* por el nombre de su inventor, el mayor (posteriormente teniente general) Henry Shrapnel, consistía en una bala de hierro hueca rellena con balas de mosquete y una carga para hacerla estallar. Siempre que el detonador se dispusiera correctamente —algo que era crítico— la granada estallaba en el aire y rociaba al objetivo con balas de mosquete. 14 El bote de metralla —del tipo que con mayor probabilidad utilizó Napoleón en las Tullerías en 1795— consistía en una lata cilíndrica rellena con balas de mosquete que cuando se disparaba se abría con un estallido y tenía en el objetivo el efecto de una perdigonada. Hasta 274 metros era muy efectivo. El obús podía lanzar «globos» —por utilizar un símil tenístico— y se utilizaba contra objetivos que estaban atrincherados o tras una protección natural o artificial. Disparaba proyectiles normales, es decir, una bala redonda hueca con una carga explosiva, que cuando estallaba enviaba pedazos de hierro volando en todas direcciones con un efecto mortífero. Las compañías de artillería a pie (baterías) estaban equipadas con piezas de nueve libras con un alcance máximo efectivo no mucho mayor que el de seis libras en terreno blando —unos 548 metros—, pero de hasta 822 metros en terreno duro, donde podía hacerse que la bala rasa «saltara», es decir, rebotara una o dos veces, llevándose consigo blancos con cada rebote.

El ejército francés había evolucionado a partir de una mezcla del antiguo ejército prerrevolucionario y los voluntarios y milicias de la Revolución fundidos y convertidos en una formidable máquina militar por Napoleón y aquellos que pensaban como él. El mosquete francés, modelo de 1777, tenía 1,65 metros de largo, pesaba 4,31 kilos y disparaba una bala de 24,88 gramos. Como su calibre era menor que el británico, in extremis, las tropas británicas podían disparar munición francesa, lo que no sucedía al contrario. El mosquete podía calarse con una bayoneta de 38 centímetros, a menudo de un acero de calidad inferior y más a modo de alarde y por su efecto psicológico que para uso real. Dominique Jean Larrey, el médico jefe de Napoleón y un pionero de la medicina militar, en un análisis de las heridas recibidas en combate, encontró que por cada 119 heridas de bala no había sino cinco de bayoneta.

En el antiguo ejército monárquico los hombres del ejército regular eran, en teoría al menos, soldados de carrera que se alistaban para doce o veinticinco años, incrementados mediante reclutamientos obligatorios en caso de ser necesario. La Revolución sospechaba de los ejércitos permanentes como instrumento de potencial opresión y al principio intentó luchar sus batallas con voluntarios, tratando, a menudo con éxito, suplir el entrenamiento y la experiencia por el entusiasmo y el patriotismo. Según las guerras continuaron, quedó claro que en vez de una milicia ciudadana era esencial un ejército formalmente constituido, 15 y el ejército de Napoleón era una mezcla de regulares y soldados de reemplazo en regimientos numerados con un personal específico. Hubo muchas reorganizaciones, pero cuando en la campaña de Waterloo un regimiento francés de infantería de línea estaba compuesto oficialmente por cuatro batallones de servicio, cada uno con seis compañías (una de las cuales de granaderos y la otra de infantería ligera), cada una de las cuales con un total de 130 hombres de todos los rangos. Además, cada regimiento contaba con un batallón de «depósito», mucho más pequeño que un batallón de servicio y cuya función era entrenar reclutas. No obstante, en el momento de Waterloo muchos regimientos solamente tenían dos o tres batallones y entrenaban a sus hombres sobre la marcha.

Al contrario que la infantería británica, un regimiento francés de dos, tres o cuatro batallones era una unidad táctica que luchaba mandado por un comandante de regimiento, por lo general un coronel, cada batallón estaba mandado por un chef de bataillon , o mayor. Tácticamente, al atacar la infantería francesa se acercaba en columna —es decir, cada compañía formada en tres líneas, con una compañía detrás de otra—, para luego desplegarse en línea justo antes de la carga final. Maniobrar en columna era más sencillo de controlar

sin perder cohesión, mientras que la línea permitía disponer y mantener la mayor potencia de fuego. La dificultad estribaba en saber cuándo pasar de columna a línea. Hacerlo demasiado pronto significaba perder control; cualquiera que haya estado en el ejército sabe lo difícil que es mantener una línea en el terreno liso y asfaltado de la plaza de armas y con una banda tocando, de modo que imaginémonos hacer lo mismo en un terreno irregular mientras te silban en los oídos los disparos y los fragmentos de metralla. Desplegarse demasiado tarde suponía ser pillado entre formaciones e incapaz de realizar ninguna acción ofensiva. Los comandantes tenían que ser capaces de juzgar el momento adecuado para ordenar a las compañías que formaran una línea de batallón y sacar los 600 mosquetes. Esto, al menos, era lo que se suponía tenía que pasar. En la práctica, según las largas guerras se cobraba su peaje, la disminución en la calidad de los hombres y la reducción del entrenamiento hizo que la infantería francesa soliera atacar como columna, sin desplegarse en línea. Algo que a menudo funcionaba: la visión de una gran masa de hombres avanzando de un modo que parecía inexorable entre gritos de: «En avant!» y «Vive l'empereur!» , con banderas al viento y los tambores tocando el pas de charge , era bastante como para convencer a los asustados soldados de reemplazo italianos, austriacos, españoles o rusos de que dispararan sin apuntar y salieran corriendo. No funcionaba con los británicos.

El resultado del despliegue en línea de la infantería francesa en tres filas, combinado con la falta de entrenamiento, era que los soldados disparaban por filas, en vez de adoptar los más sofisticados métodos de disparo por pelotones británicos. Como la cadencia de tiro era bastante menor —a menudo mucho menor con tropas inexpertas— de dos disparos por minuto, incluso las descargas adecuadamente controladas por filas implicaban una pausa de al menos diez segundos entre cada una, lo bastante como para que un enemigo decidido se acercara hasta una distancia incómoda. Los disparos desde la tercera fila nunca eran demasiado efectivos, debido a la dificultad de disparar por encima y más allá de las dos filas de delante. Larrey, que analizó 3.000 heridas en la mano, encontró que la mayoría fueron causadas a hombres de las dos primeras filas por el fuego de la tercera. 16

Tras volver de Elba, Napoleón se encontró que la mayor parte de su antigua caballería había sido disuelta y tenía que volver a formarse. Dadas las dificultades para encontrar caballos y entrenar a los hombres, hay que ver como un mérito de los franceses que consiguieran reunir la cantidad de caballería que tuvieron para la campaña de 1815 y, pese a que a menudo estuvo mal comandada, por lo general demostró ser competente. La caballería francesa, como la británica, poseía una plétora de títulos, pero estaba dividida en pesada

y ligera. Un componente del arma de caballería francesa, y de la mayoría de las potencias europeas, del que carecían los británicos eran los lanceros. Los regimientos de lanceros, originalmente todos ellos polacos, pero en 1815 reclutados también entre los franceses, estaban armados con una lanza de 3 metros de largo con un pico de acero en la punta. Al contrario que la lanza de uso general en la Primera Guerra Mundial, que era ligera y tenía un asta de caña de bambú (británicos) o acero (alemanes), esta contaba con una pesada asta de fresno y necesitaba de un considerable entrenamiento para desarrollar la energía muscular necesaria para que el lancero pusiera la lanza en ristre y la mantuviera con firmeza mientras cargaba y alanceaba al enemigo. Solamente el lancero tenía alguna posibilidad de herir a un cuadro de infantería decidido, o a un soldado tumbado; pero si un enemigo montado se las arreglaba para esquivar la punta de la lanza y colocarse en posición de poder utilizar su espada, entonces el lancero se encontraba en verdaderos apuros.

Dado que Napoleón comenzó siendo un oficial de artillería, no resulta sorprendente que por lo general la artillería francesa fuera muy buena, si bien no siempre tan abrumadoramente como se afirma. En Waterloo hubo 246 piezas francesas de varios calibres contra 157 aliadas, pero en muchas batallas de las guerras napoleónicas hubo menos piezas de artillería por división en el ejército francés que en el de sus enemigos; lo que pasa es que las piezas francesas estaban mejor servidas. La artillería de campo francesa estaba basada en el Gribeauval de doce-libras y ocho-libras, si bien había algunos de seis, de cuatro y de tres-libras. Dado que la libra francesa pesaba algo más que su equivalente británica, el doce-libras era de hecho un trece-libras-y-cuarto según las medidas británicas y el ocho-libras era solamente algo más pequeño que el nueve-libras británico. 17 A pesar de ser más pesado, el alcance efectivo máximo del cañón de campo de doce libras era aproximadamente el mismo que el del nueve-libras británico —548 metros— aunque, por supuesto, disparaba un proyectil más pesado.

El ejército prusiano de 1815 no era el irrefrenable ejército conquistador de Federico el Grande, ni las formidables máquinas de 1870, 1914 y 1939. El sistema de Federico terminó demostrando estar obsoleto con las abrumadoras derrotas de los prusianos en las batallas gemelas de Jena y Auerstädt el 14 de octubre de 1806, que supusieron la pérdida del territorio prusiano al este del Elba, la imposición de una masiva indemnización y la ocupación de ciudades prusianas por parte

de tropas francesas hasta que hubiera sido pagada. Tácticas desfasadas, equipo obsoleto y oficiales realmente demasiado viejos fueron los principales factores que condujeron a la debacle prusiana. En los años siguientes, el Estado y el ejército prusiano rebuscaron hasta en el último olvidado rincón de su sistema militar para ver qué había funcionado mal y cómo podía corregirse. Con reformadores como el hanoveriano Scharnhorst y el sajón Gneisenau, casi cada uno de los aspectos del sistema militar prusiano fue examinado y puesto al día o abolido.

La oficialidad quedaba abierta ahora a todos, no solamente a la nobleza; un servicio militar universal corto reemplazó a las levas de por vida o el reclutamiento completamente profesional; los ascensos se basaron en el mérito más que en la veteranía; a partir de ahora, el equipo del regimiento sería propiedad del Estado y no del coronel del regimiento; se introdujo un código disciplinario más liberal y se abandonaron los azotes; se creó un adecuado servicio logístico; se introdujo un nuevo mosquete diseñado en 1809; se puso al día el entrenamiento de los oficiales, sobre todo los del estado mayor; se creó un ejército de reserva (en secreto, para esquivar los límites máximos impuestos por los franceses); además de que el ejército permanente estaría respaldado por una Landwehr (milicia a tiempo parcial) y el Landsturm (un cuerpo de defensa nacional). Organizativamente, la infantería se compuso de regimientos, que como lo eran en el ejército francés serían las unidades tácticas, cada uno con dos batallones de mosqueteros, un batallón de infantería ligera o escaramuzadores y dos compañías de granaderos. Los batallones constaban de cuatro compañías combatientes y una compañía de entrenamiento. Las combatientes contaban con cinco oficiales y 185 hombres; pero en tiempos de paz 120 soldados estaban de permiso largo, disponibles en caso de ser llamados cuando se los necesitara, con solamente 50 acuartelados.

La caballería también fue revisada: se estandarizó el tipo y tamaño de los caballos y la organización de los regimientos se fijó en cuatro escuadrones, cada uno con seis oficiales y 162 de otras clases, de los cuales setenta y dos estarían de permiso largo. La reforma de la artillería se prolongó más, pues el equipo era más caro y requería más tiempo para ser conseguido; pero finalmente quedó dividida en baterías a pie con piezas de seis libras y baterías a caballo de seis-libras y obuses. Algunos de los cañones eran británicos y otros de manufactura prusiana. En el momento de Waterloo había en servicio algunas piezas de doce-libras. 18

El resultado fue que, cuando tuvo lugar la campaña de Waterloo, si bien el ejército prusiano estaba compuesto en gran parte por reclutas e

inexpertas unidades de *Landwehr* , los hombres estaban altos de moral y genuinamente motivados por el patriotismo y el odio a los franceses, además de haber suficientes oficiales y suboficiales experimentados como para proporcionar un cuadro de liderazgo real y pericia táctica.

Entre 1795 y 1806 Holanda había sido la República de Batavia, dominada por los franceses, para después pasar a ser el Reino de Holanda, gobernado por Luis, el hermano de Napoleón y padre de Napoleón III, hasta ser incorporado a la Francia metropolitana en 1810. Bélgica, tras haber sido los Países Bajos Españoles y luego los Países Bajos Austriacos, fue absorbida por Francia en 1795. En noviembre de 1813 las tropas francesas se retiraron de Holanda, dejando guarniciones en Amberes, Bergen op Zoom y Arnhem, mientras Guillermo de Orange, que fue declarado príncipe soberano, con capital en Ámsterdam, comenzó la difícil tarea de formar un ejército nacional. Como la mayoría de las unidades holandesas estaban lejos, sirviendo en el ejército francés, los reclutas iniciales fueron un grupo variopinto: se incorporó apresuradamente un batallón formado en Inglaterra con prisioneros de guerra holandeses y, cuando los prusianos capturaron Arnhem, se descubrió que 5.º batallón del 123.er regimiento de línea francesa estaba compuesto por holandeses, que también fueron enrolados. Tras la primera abdicación de Napoleón, en 1814, Holanda y Bélgica se convirtieron juntos en el Reino de los Países Bajos en el campo aliado y en un miembro de la séptima coalición. La formación de un ejército nacional continuó y la intención era contar con treinta batallones de infantería, diez escuadrones de caballería y diez baterías de artillerías respaldadas por una milicia y un cuerpo de defensa nacional. En 1815 el ejército holandés-belga consistía principalmente en unidades que habían servido a Napoleón hasta hacía un año, algunas de ellas en la Guardia Imperial, la elite del ejército francés, y se consideraba que eran de dudosa lealtad. Estaba acostumbrado a utilizar equipo y tácticas francesas, si bien parte de la artillería francesa estaba siendo reemplazada por cañones de manufactura británica. Muchos regimientos todavía vestían sus uniformes franceses, con una escarapela naranja en los sombreros para indicar su cambio de lealtad; mientras que algunas de las recientemente formadas unidades contaban con una asombrosa variedad de armas y disparaban municiones de diferentes calibres. De hecho, el verano de 1815 sorprendió al ejército holandés en plena

reorganización y solamente dos divisiones de infantería y tres brigadas de caballería estuvieron disponibles para Wellington para tareas en primera línea, si bien otras sirvieron en guarniciones para relevar a tropas regulares para labores de combate.

Estos eran los ejércitos que lucharían en Waterloo, la campaña que decidiría el futuro de Europa.

1 Luis XVIII porque se considera que el hijo de Luis XVI fue Luis XVII, aunque nunca reinara y muriera en prisión.

2 Un exilio que debió ser por completo miserable, con solamente un centenar de sirvientes para ocuparse de sus necesidades.

3 Un batallón de infantería francés tenía en torno a 600 hombres y un regimiento de caballería contaba con 400; pero como ninguna de sus plantillas estaba al completo, es probable que el total fuera de unos 12.000 soldados regulares de infantería y caballería. El número exacto de antiguos soldados y seguidores no se conoce con precisión; pero quizá rondara los 11.000-12.000. Estos estaban equipados con armas variopintas, en algunos casos con ninguna.

4 El actual logotipo de la infantería británica es una bayoneta. Hace unos años se propuso sustituirlo al haber dejado de ser representativo de lo que hacía la infantería. Los ataques al corazón que esto provocó en las comarcas hicieron que la propuesta fuera desestimada.

5 A pesar de la excelente colección de novelas del soldado Sharpe, en ningún manual de instrucción se menciona que el soldado mantuviera la bola en la boca y la escupiera dentro del cañón

6 Coronel G. Hanger, *To all sportsmen, farmers and gamekeepers* , Richmond Press, Richmond, 1971 (edición facsímil de la original de 1814). Un libro delicioso lleno de recomendaciones sobre el cuidado de caballos y perros, así como consejos veterinarios para la cura de todo tipo de bestias y para cazar ratas; también está lleno de buen sentido respecto al uso de las armas.

7 El soldado británico llevaba munición para unos sesenta disparos y en realidad era muy raro que disparara tantas veces en una batalla. Solamente una vez —en el caso de la brigada de Abercrombie en Albuhera en 1811— hay registros de hombres quedándose sin munición.

8 Todos los detalles del mosquete y el fusil se encontrarán en H. L. Blackmore, *British military firearms 1650-1850* , Greenhill Books, Londres, 1994.

9 El ejemplo clásico, citado a menudo, es el del fusilero Thomas Plunket, de Dublín y el 95.º de fusileros, que disparó y mató al general de brigada Colbert en Cacabelos (España) durante la retirada hacia La Coruña en enero de 1809. La mayoría de los libros modernos de historia mencionan 731 metros. El autor ha recorrido a pie la distancia y esta se acerca más a los 365 metros; pero sigue tratándose, pese a ello, de un excelente ejemplo de disparo de precisión contra un objetivo en movimiento… y seguiría siéndolo con un rifle moderno.

10 Las barracas de Shorncliffe siguen allí, albergan a un regimiento de fusileros (gurkha) y la carrera desde la playa hasta el comedor sigue siendo tan agotadora como lo era en 1800.

11 Una mano equivale a 4 pulgadas, es decir a 10,16 centímetros, por lo que estamos hablando de 1,42-1,52 metros de altura hasta la cruz. *(N. del T.)*.

12 El problema continuó hasta que por orden del príncipe Alberto el ejército compró una gran porción de la llanura de Salisbury. Si bien en ese momento se pensaba que era mucho más grande de lo que nunca sería necesario, ahora es demasiado pequeña para nada que no sean ejercicios cortos y a pequeña escala; actualmente, el entrenamiento de grandes formaciones del ejército británico tiene lugar en Canadá, Polonia y Kenia.

13 El alcance máximo efectivo era el alcance en el cual el 100 por 100 de los disparos

tendría efecto. El alcance máximo era de en torno a 1.100 metros, pero muy pocos disparos aterrizaban donde se quería (o no se quería, si uno estaba en el otro lado).

14 Granadas de una manufactura y efecto muy similares fueron utilizadas durante la Primera Guerra Mundial y mucho después. Hoy día, los fragmentos de una bala de cañón muy explosiva se suelen llamar en inglés vernáculo *shrapnel* , cuando en realidad deberían llamarse «esquirlas de proyectil». Shrapnel gastó una gran parte de su propio dinero en su proyectil (y otros muchos inventos) y recibió escasa compensación por parte de un gobierno desagradecido.

15 Trotsky llegó a la misma conclusión durante la guerra civil rusa que siguió a la Revolución de 1917.

16 Para un excelente y detallado estudio del ejército francés de Napoleón véase Philip J. Haythornthwaite, *Napoleon's military machine* , Spellmount, Staplehurst, 1988.

17 La libra francesa, la *livre usuelle* , introducida en 1812, se definía como el equivalente a 500 gramos. La libra británica tenía (y tiene) 453 gramos.

18 Para un detallado estudio de las reformas en el ejército prusiano entre 1807 y 1815, así como de la organización de este en Waterloo, véase Digby Smith, *The Prussian army to 1815* , Schiffer Military Books, Atglen PA, EE.UU., 2004.

3. LOS COMANDANTES

El resultado de la campaña de Waterloo dependería de las decisiones de tres grandes hombres: Napoleón Bonaparte, Arthur, duque de Wellington, y Gebhard von Blücher.

Ya hemos visto cómo Napoleón ascendió por las filas del ejército francés antes de convertirse en emperador en 1804 y, si bien resulta indudable que poseía una perspectiva global en lo político y estratégica en lo militar, también comprendía al soldado de a pie. Hoy día todos los ejércitos conceden medallas a todos los rangos. Se trata, o bien de condecoraciones como reconocimiento por buenos servicios o liderazgo en acción, o bien de medallas de campaña. Estas últimas son concedidas a todos los soldados (o marineros o aviadores) que han servido en un determinado teatro de guerra, campaña o batalla. Son motivo de gran orgullo y se lucen, en la mayoría de los ejércitos, sobre el pecho izquierdo. En ocasiones formales se luce la medalla, colgada de una cinta única para ella; en las demás ocasiones, el condecorado solamente luce el pasador de estas, dispuestos en hilera o hileras. De tal modo que lo que un hombre luce en el pecho es su historia: dónde ha estado en servicio activo y si ha sido o no condecorado.

Las medallas no solamente son muy preciadas, también son baratas de producir, de modo que para los gobiernos son un sistema fácil de recompensar y reconocer los servicios prestados. Como primer cónsul, Napoleón creó la Legión de Honor para recompensar los servicios meritorios. Estaba dividida en cinco clases y permitía a su poseedor llevar una medalla, con una estrella o faja, dependiendo del grado, y venía acompañada también de una recompensa monetaria proporcional. Para cuando tuvo lugar la restauración borbónica de 1814, la legión contaba con unos 40.000 miembros y Luis XVIII no quiso correr el riesgo de alienárselos eliminándola; pero intentó devaluarla y reemplazó los símbolos napoleónicos y revolucionarios por otros borbónicos. Se produjeron medallas de todas las principales campañas de Napoleón, así como algunas de las menores, por lo general aquellas donde el cónsul o emperador estuvo presente. Cuando uno de sus íntimos se burló de que las medallas eran meras baratijas, se dice que Napoleón respondió: «Los hombres son dirigidos

con baratijas… el soldado necesita gloria, distinción y recompensa». Tenía bastante razón. Las demás naciones copiaron el sistema de medallas napoleónico, incluyendo, al final, los británicos.

Resulta incuestionable que Napoleón estaba dotado de una poderosa y natural capacidad de liderazgo; pero también era un actor consumado que utilizaba todos los trucos del repertorio de un maestro del espectáculo. Antes de inspeccionar a las tropas le preguntaba a su comandante cuáles de sus soldados habían participado en una batalla napoleónica. Le decían, por ejemplo, que el tercero por la izquierda de la última fila y el décimo sexto por la derecha de la primera fila habían estado con él en una batalla concreta. Entonces, mientras pasaba revista a los hombres escogidos para recibirlo, Napoleón de repente se sumergía entre las filas, pellizcaba al soldado en la mejilla y le decía: «Estuviste conmigo en Austerlitz, Jean-Claude, ¿verdad? Vaya día fue… ¿cómo te ha ido?». Los más inteligentes se darían cuenta de que era imposible que el emperador recordara a los miles de soldados rasos que habían servido a sus órdenes, pero aún así funcionaba. Es indudable que los soldados de Napoleón lo querían y que la mayoría hubieran muerto por él encantados. Él también los quería, hasta cierto punto; pero a menudo derrochaba sus vidas. Excepto durante su primera campaña en Italia y la fallida expedición a Egipto, cuando su escaso número de soldados le obligó a mostrarse parsimonioso con ellos, no se lo pensaba dos veces antes de lanzar sus divisiones a un ataque frontal si ese era el método más rápido de conseguir la victoria. Si perdía 42.000 hombres, entre muertos, heridos y prisioneros, como sucedió en los dos días que duró la batalla de Wagram en julio de 1809, tenía toda Europa para reclutar más. No obstante, en 1815 esas grandes reservas de hombres no estaban ya a su disposición y solamente podía contar con las tropas que pudiera reunir en la Francia continental.

El adversario británico de Napoleón en la campaña era Arthur Wellesley, primer duque de Wellington. Nacido en 1769, Wellington era un hijo segundón de un par irlandés, el segundo barón y primer conde de Mornington, un compositor y profesor de música en el Trinity College de Dublín. Originalmente el nombre había sido Colley, o Cowley; pero el abuelo de Arthur lo había cambiado por Wesley (o Wellesley) al heredar la hacienda de un primo, Garret Wesley (o Wellesley). Como la mayoría de los anglo-irlandeses, los Wellesley

tenían amplias tierras, la mayoría incapaces de mantener nada más que unas pocas y hambrientas cabras, un burro o dos y estaban hipotecados hasta arriba. Poseían una propiedad en County Meath —Dagan Castle, más una casa de campo grande que un castillo y ahora una descuidada ruina— y una casa en la calle Merrion, un barrio de moda en Dublín, justo detrás de lo que ahora es el Parlamento irlandés. 1 Garret Wellesley murió cuando Arthur tenía doce años y la familia se trasladó entonces a Inglaterra, sacando a Arthur de la escuela diocesana de Trim (County Meath) y colocándolo en un seminario de Chelsea. En 1781 fue a Eton, donde parece haber conseguido poco o nada escolásticamente, si bien avanzada su vida diría que allí le enseñaron dos cosas: a no mezclarse en algo de lo que no sabía nada en absoluto y a no hablar nunca en latín. 2 El dinero de la familia no tardó en acabarse y Arthur fue sacado de Eton para dejar sitio a su académicamente mucho más prometedor hermano pequeño. Enseguida su madre lo llevó a Bruselas, en lo que por entonces eran los Países Bajos Austriacos, donde aprendió a hablar francés, si bien con acento belga, antes de ser enviado durante un año a una escuela para caballeros en Angers (Francia). Aquí, durante los últimos años del *ancient régime* , en lo que en efecto era una escuela para los vástagos de la nobleza menor, una gran parte de los pupilos de la cual eran británicos, aprendió equitación, sobre fortificaciones militares, a dibujar, a bailar y a hablar francés con acento francés.

Tras pasar el año 1786 en Angers, el joven Arthur estaba listo para encontrar un medio con el que ganarse la vida. Como hijo segundón, las haciendas de la familia, fueran las que fueren, no le pertenecían por derecho; como caballero que era, el comercio ni se planteaba (aún en el caso de que hubiera conocido algo sobre él, lo que no era el caso) y los tanteos respecto a algún puesto en política o la administración del gobierno no produjeron ninguna oferta de empleo. Finalmente, en marzo de 1787, faltando dos meses para su décimo octavo cumpleaños, se unió al ejército, no por vocación militar, sino porque parecía que no había nada más disponible para él: se dice que su madre comentó que su «patito feo» solamente «era adecuado para la pólvora». En este momento era considerado socialmente torpe, cohibido incluso, de salud delicada, soñador, musical y con una educación mediocre. Por entonces los despachos de oficial se compraban, al igual que los subsiguientes ascensos (este sistema se estudiará con detalle en el capítulo 4); baste decir que Arthur tuvo que pedir prestado el dinero y que durante sus primeros años estuvo endeudado constantemente, aunque siempre tuvo la precaución de no estarlo de manera peligrosa.

Arthur Wesley (como lo escribía por entonces) fue adscrito al 73.º de highlanders , un regimiento en el que nunca llegó a servir; pues las influencias de la familia le consiguieron un puesto de ayudante de campo (ADC) del lord teniente (gobernador general) de Irlanda. Tampoco honró con su presencia los comedores de oficiales o las plazas de armas del 76.º a pie, el 41.º a pie, el 12.º de dragones ligeros, el 58.º a pie o el 18.º de dragones ligeros, regimientos en cuyos registros aparece recogido como miembro de estos mientras iba comprando su ascenso por las filas del ejército. Teniente nueves meses después de haber recibido su despacho por primera vez y capitán en junio 1791, pasó todo este tiempo en el castillo de Dublín como uno más de varios ADC. El propósito de un ADC, tanto entonces como hoy día, es asegurarse de que su superior pueda realizar el trabajo para el cual ha sido formado (o no formado) y le pagan sin tener que preocuparse de sus quehaceres diarios. En tiempo de paz las exigencias no eran onerosas. Un ADC tenía que estar soltero para dedicar toda su atención al trabajo, ser habilidoso socialmente para ayudar con las recepciones, tener buena memoria y buen ojo para el detalle, tener tacto y la capacidad de pensar con rapidez y allanar cualquier obstáculo que pudiera aparecer en el camino de su superior. En el peor de los casos podía ser utilizado como poco más que para pasear a sus perros o como adorno social; en el mejor podía ser acogido bajo el ala de su superior e iniciado en el arte del alto mando y la Administración. 3

Fue mientras era ADC cuando Arthur entró en política, al convertirse en parlamentario por Trim en el Parlamento irlandés. 4 Trim era un «burgo podrido» con un electorado restringido, el cual, pese a todo, había de ser consentido y engatusado. Arthur hizo poco de relevancia como miembro del Parlamento; pero, lo que resultaba extraño para la época, no podía ser sobornado. También se mostró favorable a la mayoritaria población católica, que sufría debido a unas severas restricciones, entre las cuales se contaba la obligación de pagar diezmos a la Iglesia oficial (anglicana), de la cual no eran, evidentemente, miembros. También fue durante esta época cuando comenzó a madurar y pasó por una breve temporada de mal comportamiento y vida desordenada nada extraña ni entonces ni ahora entre los jóvenes. Fue un jugador relativamente exitoso, le gustaba beber y supuestamente fue multado con cinco chelines por los magistrados de Dublín por haber apaleado a un francés en un burdel (como cualquiera habría hecho). En abril de 1793 compró el rango de mayor en el 33.er regimiento, pero, a pesar del ascenso, una petición de mano a Kitty Packenham fue desestimada por la familia de ella basándose, no sin cierta razón, en que Arthur tenía poco dinero y menos perspectivas de futuro. Si bien al final Arthur llegaría a casarse

con Kity (y el enlace no fue feliz), el rechazo de su propuesta tuvo un salutífero efecto en él. Se dice que quemó su violín y que juró no volver a tocarlo nunca más y, por fin, se unió a un regimiento para servicio activo. 5

Para cuando se incorporó al 33.º de infantería en Cork como mayor en 1793, Arthur ya poseía algún barniz social y algún conocimiento del bullicioso mundo de la política, estaba pesadamente endeudado, sobre todo con su hermano mayor, Richard, pero también con otros, lo habían rechazado como posible esposo y no había tenido vida militar alguna digna de ese nombre. Tenía escaso conocimiento de cómo funcionaba en realidad un batallón de infantería y menos todavía de lo que el ejército llama «economía interior»: la administración de almacenes y fondos. Por muy escasamente educado que estuviera en sentido formal, Arthur poseía un considerable ingenio y una inteligencia innata. Como mayor recién llegado al regimiento, tuvo la fortuna de que otro mayor del 33.º (los batallones contaban con dos) fuera John Coape Sherbrooke. Sherbrooke era descrito como «un hombrecito pequeño, cuadrado y robusto, con un semblante que expresaba de inmediato la determinada fortaleza de su naturaleza. Sin ser un genio, sin educación, impulsivo y de lenguaje rudo, pero de buen corazón y sentimientos generosos; sincero, desprecia la delicadeza y la destreza y la maldad». 6 Era cinco años mayor que Arthur y se había convertido en oficial ocho años antes que él, pero este le llevaba seis meses de antigüedad en el rango de mayor. Había estado en servicio activo en el extranjero y había mandado una compañía durante diez años. Si se sentía resentido por la llegada de Wesley como su superior en antigüedad no tardó en olvidarse de ello, porque se convirtió en el mentor del recién llegado y lo ayudó mucho mientras Arthur intentaba asimilar en semanas y meses lo que a Sherbrooke le había llevado más de una década.

La primera tarea de Arthur en el batallón fue organizar sus cuentas, que habían alcanzado un estado lamentable, como resultado sobre todo de la falta de interés en cuestiones administrativas demostrada por el coronel del regimiento, lord Cornwallis, que se encontraba en la India. 7 Por tediosa y meticulosa que fuera la tarea de repasar varios años de papeleo mal llevado, enseñó al joven oficial mucho sobre el funcionamiento interno de un batallón; algo que le permitiría evitar ser engañado en años posteriores. En septiembre de 1793, Arthur compró el rango de teniente coronel de su batallón. Se había convertido en un oficial al mando de veinticuatro años que, a la fuerza, estaba aprendiendo con mucha rapidez. 8 La juventud no es, y tampoco era, una barrera para ser competente en rangos superiores; pero, al contrario que Arthur Wesley, aquellos que lo consiguen por lo general han empezado a aprender el oficio mucho antes que lo hizo él.

La primera toma de contacto del teniente coronel Wesley con el servicio activo, tras varios comienzos fallidos, con varias incursiones planeadas y luego canceladas, fue cuando el 33.º a pie formó parte de la fracasada expedición del duque de York a Flandes en 1794. Por todo tipo de razones, no todas ellas culpa del «viejo gran duque», la campaña fue un desastre: no consiguió capturar el puerto de Dunquerque y terminó con una retirada, durante uno de los peores inviernos de los que se tenía noticia hasta entonces, atravesó Holanda para llegar a Bremen, donde la Royal Navy acudió de nuevo a la llamada para que sacara a un ejército británico derrotado que iba a ser desplegado en otro lugar. Durante la retirada Wesley mandó una brigada de tres batallones, incluido el suyo, no debido a una especial habilidad que hubiera manifestado, sino simplemente porque, por joven que fuera, era el más veterano de los tres tenientes coroneles. En esta época, y brevemente después, los batallones contaban con dos tenientes coroneles y a John Sherbrooke, que había comprado el rango ese mismo año, se le podía dejar encargarse sin problemas de mandar el 33.º. A pesar de su lamentable falta de experiencia, Arthur lo hizo bien como comandante de brigada —posiblemente porque muchos de los otros oficiales estaban muy por debajo de la media— y comenzó a ser evidente para aquellos que se molestaron en mirar (y para él mismo) que ahí había un cierto talento militar inherente. Años después, de la expedición a Flandes diría que al menos había «aprendido cómo no hacerlo, lo que siempre es interesante». Uno ha de ser cuidadoso a la hora de mirar hacia atrás, pues muchas de las frases atribuidas (algunas de ellas correctamente) a Wesley/Wellesley/Wellington fueron pronunciadas en sus años finales con el beneficio de la perspectiva del tiempo; pero resulta indudable que debió de reflexionar mucho y bien sobre las lecciones de la campaña y de su primera experiencia de guerra.

Tras haber embarcado junto con su batallón en barcos de transporte de camino a las Indias Occidentales en otoño de 1795 —un destino cancelado tras semanas de ser zarandeados por mar gruesa y galernas en el Atlántico— el 33.º fue desembarcado en Lymington. Arthur tuvo especial suerte: se había librado de morir ahogado con las tormentas, un destino al que sucumbieron varios de sus coetáneos según se fueron hundiendo barcos de la expedición, y no fue a las Indias Occidentales, donde las posibilidades de sobrevivir a la fiebre amarilla no eran muy elevadas. Entonces, en 1796, se ordenó al 33.º que marchaba a la India. Fue en ese momento cuando Arthur tomó una decisión que modificaría la historia de Gran Bretaña, Europa y, de hecho, del mundo. Hasta entonces no se había volcado del todo en su carrera militar. Mantenía su escaño en el Parlamento irlandés y su nombramiento como ADC en el castillo de Dublín y seguía con las

antenas puestas buscando un puesto en la administración del gobierno. Como el lord teniente de Irlanda ya no era lord Westmorland, el amigo de los Wellesley, el único trabajo que se le ofreció fue el de agrimensor general de Irlanda; pero como el puesto ya estaba ocupado por el tío de Kitty Packenham, lo rechazó. Si se quedaba con su batallón y marchaba a la India tendría que abandonar cualquier esperanza de ascenso político y solamente podría seguir una carrera militar a largo plazo. Y eso es lo que hizo. Dimitió de su escaño en el Parlamento, arregló sus asuntos y embarcó en una fragata para alcanzar a su batallón, que había partido en los más lentos transportes de tropas dos meses antes, reuniéndose con él en Ciudad del Cabo en septiembre de 1796. En ocasiones este compromiso se pinta en términos damasquinados; pero probablemente se tratara más bien de un buen y sólido pragmatismo. Arthur necesitaba una actividad remunerada y fracasaría buscándola en otra parte, de modo que tenía que decidirse por el ejército y, como no tenía otra alternativa, se tomaría el ejército en serio y sería el mejor soldado posible.

Ascendido a coronel justo antes de dejar Inglaterra, Arthur y el 33.º llegaron a Calcuta en febrero de 1797 tras un viaje de ocho meses. Quince meses después, en mayo de 1798, el hermano mayor de Arthur, Richard Wellesley, conde de Mornington, llegó a la India como gobernador general, y Arthur cambió su apellido de Wesley a Wellesley para adecuarse. Si no hubiéramos oído hablar nunca de Arthur, Richard seguiría mereciendo dos o tres párrafos en la historia de Inglaterra... quizá incluso una página entera. Era académicamente destacado —brillante, dirían algunos— y, pese a que la falta de dinero, la muerte de su padre y su conversión en el segundo conde le habían hecho abandonar Oxford sin conseguir un título, 9 estaba muy bien considerado por influyentes políticos ingleses. Tras un corto período en la Cámara de los Lores irlandesa, fue sucesivamente representante parlamentario de las circunscripciones inglesas de Bere Alston, Windsor y Old Sarum. 10 Nombrado pronto para un cargo, primero como lord junior del Tesoro y luego en el Consejo de Control Indio, era un seguidor de William Pitt, estaba a favor del mercado libre, amigo de William Wilberforce, contrario a la esclavitud y partidario de la emancipación católica. También tenía una amante francesa bastante alegre con la que terminó casándose.

Por esas fechas, la India británica estaba dividida en tres presidencias: Bengala, Madrás y Bombay, cada una con su propio gobernador. El gobernador de Bengala era el principal de ellos y gobernador general, con derecho a invalidar las decisiones de cualquiera de los otros dos gobernadores si resultaba necesario. Richard creía en la política de que Gran Bretaña debía convertirse en

el poder dominante en la India y debía, o bien entrar en relaciones mediante tratados con los estados nativos preparados para ser guiados por los británicos, o bien derrotar militarmente a aquellos que no lo estaban, expulsar a sus consejeros franceses y anexionarse sus territorios. Sentó las bases del Raj británico.

Los ocho años durante los cuales Arthur Wellesley sirvió en la India fueron los que lo convirtieron en un soldado y en un comandante. Entre su primera batalla, anterior al asalto de Seringapatam, durante la cual se perdió y desorientó durante el ataque nocturno contra un curso de agua y un poblado periféricos —lo cual, de no haber sido su hermano el gobernador general, le podría haber valido terminar su carreta con un consejo de guerra y en desgracia—, la conquista de Mysore y la pacificación final de Mahrattas, ascendió desde coronel hasta general de división, pagó sus deudas con el dinero que le había tocado como resultado de exitosos asedios, fue nombrado caballero y recibió numerosas presentaciones y declaraciones de lealtad. Más importante aún es que había aprendido la importancia de las coaliciones y cómo trabajar con aliados difíciles, cómo administrar un ejército en un país subdesarrollado donde el terreno y el clima conspiraban en su contra, así como la importancia de la salud y la higiene (y en una época de una estupenda indulgencia respecto al consumo de alcohol, ahora no era sino un bebedor moderado). Todas estas lecciones las pondría en uso contra los franceses en Portugal y España.

Tras un viaje de seis meses, Arthur llegó a Inglaterra en septiembre de 1805. Era el septuagésimo quinto en veteranía entre los generales de división —si bien muchos de los que estaban por delante de él en la lista del ejército no habían ostentado cargos desde hacía algún tiempo y era poco probable que volvieran a hacerlo— y lo mejor que le pudieron ofrecer era mandar una brigada en la costa sur. 11 En ocasiones se dice que Wellesley era considerado con algún desdén al ser solamente un «general cipayo» y que quienes habían servido en la India por lo general eran mirados desde arriba por el estamento militar, pero no era necesariamente así. 12 Mientras que la mayoría de los generales de la lista del ejército pueden haber tenido en escasa consideración la experiencia de la que carecían, los generales que seguían en activo, como Craig, Bentinck, Clarke y Cornwallis, habían servido en la India —Cornwallis regresó y murió allí en octubre de 1805— así como muchos de los tenientes generales más jóvenes. La única crítica —si es que era una crítica— que puede haber afectado a los oficiales «indios» era que, debido a la distancia, no podían hacer incursiones en la política doméstica o beneficiarse o ejercer el patronazgo. Ciertamente, Castlereagh —por entonces secretario de Guerra y las Colonias y miembro del Consejo de Control de la India, y

cuyo tío abuelo había sido gobernador de Bombay— respetaba a Wellesley y con frecuencia buscó su consejo, no solamente en cuestiones indias, sino en el amplio espectro de la planificación militar y las relaciones internacionales.

Tras una breve incursión en política cuando regresó como miembro para Rye en la Casa de los Comunes y una temporada como secretario jefe para Irlanda, Wellesley mandó una división en la expedición a Copenhague en 1807. Napoleón acababa de firmar el Tratado de Tilsit con el zar de Rusia y el Báltico se había convertido en un lago francés. Los daneses, si bien neutrales, tenían una flota pequeña pero eficiente, que si era afanada por los franceses podía minar la supremacía marítima que la Royal Navy había subrayado en Trafalgar. Los británicos se ofrecieron a alquilar los navíos daneses y, cuando la oferta fue rechazada, exigieron que les fueran entregados por la duración de la guerra. Tras otro rechazo —indignado esta vez— los británicos quemaron Copenhague y hundieron la flota danesa. Ya lo habían hecho antes, en 1801, lo cual fue ilegal en ambas ocasiones; pero —como en el hundimiento de la flota de la neutral Vichy francesa en Mers-el-Kebir en junio de 1940— la necesidad nos convierte a todos en criminales.

Después, en 1808, el teniente general Wellesley fue enviado a Portugal y fueron sus dos campañas allí, en 1808 y de nuevo entre 1809 y 1814, las que lo vieron convertirse no solamente en el más destacado general británico, sino en el único de todas las coaliciones aliadas que había batido repetidamente a los franceses. De joven teniente general en 1808 salió de la península ibérica como mariscal de campo y duque, adoptando el nombre de Wellington, del de las tierras que se suponía la familia había poseído alguna vez en Somerset.

Resulta tentador buscar paralelismos entre Napoleón y Wellesley. Ambos nacieron el mismo año y ambos eran el producto de padres incapaces y madres dominantes; ambos nacieron en los límites exteriores de sus países respetivos y ambos ascendieron por pura habilidad y un mínimo de patronazgo. Napoleón era un oportunista, un jugador, alguien que afrontaba riesgos y, a pesar de que sus soldados lo querían, se mostraba despreocupado con sus vidas. No solamente era la cabeza del ejército, sino también del Estado, de modo que no podía haber conflicto de intereses. Wellington, en cambio, sabía que Gran Bretaña solamente tenía un ejército y que si lo rompía no habría otro. Planeaba meticulosamente y comprendió bien la importancia de la logística: de ser capaz de alimentar, albergar, cuidar y transportar a un ejército. Al contrario que muchos de sus contemporáneos, no consideraba la inteligencia militar como algo taimado; más bien hizo completo uso de ella y, cuando no existía

ningún servicio de inteligencia, lo creaba. A pesar de su escasa educación formal era un pensador, y le daba vueltas constantemente a lo que estaba haciendo o dejaba de hacer el enemigo. Siempre comprendió los imperativos políticos dentro de los cuales tenía que actuar un comandante militar. Al contrario que Napoleón, que no veía motivo por el cual un ejército conquistador tuviera que pagar por nada, Wellington sabía que un ejército solamente podía mantenerse en territorio extranjero si la población lo toleraba. Esta fue la gran diferencia en la Península: los franceses se convirtieron en un ejército de ocupación más que en un ejército que participaba en una guerra; los británicos, al tratar a los locales adecuadamente y pagar por lo que querían, contaban con el incondicional apoyo de la vasta mayoría de los españoles y pudieron concentrarse en la guerra más que en vigilar sus espaldas.

Dado que Wellington, a pesar de algunos reveses en España, se había opuesto de forma consistente y por lo general victoriosa a los franceses, era el comandante obvio para el ejército anglo-holandés para la campaña de Waterloo, un punto de vista compartido no solamente por el gobierno británico, sino también por los Aliados. Tras la abdicación de Napoleón en 1814, Wellington fue brevemente embajador británico en París y luego formó parte de la delegación de su país en el Congreso de Viena, donde las potencias victoriosas se reunieron para decidir la forma de la futura Europa. Se le dio la opción de permanecer en Viena o tomar el mando en los Países Bajos. Como era de esperar, eligió lo segundo y llegó a Bruselas el 11 de abril de 1815.

El comandante del ejército prusiano en Flandes, el mariscal de campo *(Generalfeldmarschall)* Gebhard Leberecht von Blücher, furst (príncipe) von Wahlstatt, estaba cortado por un patrón diferente. La expresión «legendario» se utiliza demasiado, pero encaja con Blücher admirablemente, y de aparecer como personaje en una novela sería considerado una tremenda exageración. Salvaje durante su juventud, enérgico y lleno de vitalidad hasta el día de su muerte, en 1819, sufría unas extraordinarias alucinaciones que pese a todo no empañaban su habilidad para mandar tropas, nació en una familia modesta, pero digna, en diciembre de 1742 en Rostok, en el Báltico, que por entonces formaba parte del ducado de Mecklemburgo. Era un hijo segundón, de modo que las poco fértiles tierras de la familia no le estaban destinadas y a la edad de dieciséis años se unió a la caballería sueca. Capturado por los prusianos durante la guerra de los Siete

Años, dejó una honda marca, pues sus captores lo invitaron a unirse a su ejército y durante el resto de la guerra sirvió como capitán *(Rittmeister)* en los húsares rojos prusianos. Después perdió el favor del rey Federico II (el Grande), principalmente por ofrecer juicios que a menudo eran sensatos pero de un modo intemperado y por completo carente de tacto. Fuera del ejército, se dedicó a las tareas del campo, teniendo un éxito razonable, hasta que a la muerte de Federico en 1786 Blücher fue llamado de nuevo como mayor.

En 1801, Blücher era teniente general y, a pesar de resultar capturado en la desastrosa retirada de Auerstädt en 1806, fue intercambiado por el mariscal francés Victor, que había sido capturado por los prusianos. Se oponía violentamente a la paz con Francia y apoyaba de forma ruidosa la reforma y modernización del ejército prusiano que tuvo lugar a continuación. Cuando Prusia regresó al combate en 1814, Blücher tuvo un papel destacado y derrotó a Napoleón en la batalla de Leipzig en octubre de ese año, su cuarta batalla contra el emperador y la primera que ganaba. Ascendido a mariscal de campo y nombrado príncipe tras la abdicación de Napoleón en 1814, se enfureció al llegar a París y comprobar que los franceses habían bautizado un puente sobre el Sena con el nombre de su victoria contra los prusianos en Jena y anunció que lo volaría, abandonando la idea solo tras una extrema presión por parte de los otros comandantes aliados.

Trasegador de grandes cantidades de ginebra y brandy , Blücher hacía lo propio con el café, se deleitaba comienzo cebollas crudas y fumaba una inmensa pipa de espuma de mar mientras cabalgaba. Su apodo entre la tropa era «mariscal vorwärts [¡adelante!]» un tributo a su querencia por los ataques constantes, inmediatos y precipitados. Su adicción —y el consumo de litros de café a diario la produce— le llevó a tener cortos episodios alucinatorios y en una ocasión afirmó que estaba embarazado, diciéndole una vez a Wellington que llevaba el feto de un elefante y que el padre era un granadero de la Guardia Imperial francesa; pero Blütcher era valiente, a menudo en demasía, leal y un hombre de palabra y la campaña de Waterloo no se habría ganado sin él.

El comandante del otro ejército aliado en Waterloo tenía muchísima menos experiencia en la guerra y en cuanto a batallas. Como hemos visto, el Reino Unido de los Países Bajos había sido creado tras la abdicación de Napoleón en 1814 al combinar la provincia imperial francesa de Holanda (anteriormente conocida como el Reino de Holanda, gobernado por Luis, el hermano de Napoleón), Bélgica (antes parte de Francia y antes de ello de los Países Bajos Austriacos) y el principado-obispado de Lieja. Guillermo, príncipe de

Orange-Nassau, de cuarenta y tres años, se convirtió en el rey Guillermo I en marzo de 1815. Guillermo era un déspota, de la variedad razonablemente ilustrada, y uno de sus primeros actos como rey fue asegurarle a Wellington, a la llegada de este desde Viena, que todo el ejército holandés estaría a su disposición. Solamente había una condición: el príncipe heredero de Holanda, otro Guillermo, mandaría las tropas holandesas-belgas y también tendría un mando aliado de relevancia.

La casa principesca de Orange-Nassau había huido de Holanda al ser esta invadida por Francia y el joven Guillermo había sido educado en Berlín antes de unirse al ejército británico en 1811, donde fue instantáneamente ascendido a teniente coronel y nombrado ayudante de campo de Wellington en la Península. Coronel ese mismo año, regresó a Inglaterra en 1812 para convertirse en ADC del príncipe regente y ser ascendido a general de división en 1813 a la tierna edad de veintiún años. Quizá no resulte necesario decir que sus habilidades militares se limitaban a lucirse en cenas y bailes, siendo conocido como «Billy el Esbelto» o «Billy el Dulce» por quienes lo querían y como «Billy el Apestoso» o «la joven rana» por quienes no. Desgraciadamente, se había llegado a convencer a sí mismo de que era un general de verdad, lo cual tuvo desgraciadas consecuencias durante la campaña para aquellos que estaban nominalmente bajo su mando. 13

Ningún comandante, por competente que sea, puede mandar un ejército por sí solo: necesita un estado mayor. El propósito de este, de los oficiales de estado mayor, es poner en práctica las ideas del comandante. Napoleón decide marchar contra Moscú. El estado mayor calcula cuántas tropas serán necesarias, que serán apoyadas por tantas piezas de artillería; cuántos carros de equipo han de reunirse; las rutas que utilizarán las diversas unidades; cuánta munición de repuesto será necesaria; de dónde vendrán las provisiones; dónde habrá que crear hospitales y otra miríada de detalles que han de ser resueltos antes de que un solo soldado pueda moverse. El estado mayor siempre está ahí para ser criticado, a menudo injustamente, pues cuando las cosas salen mal resulta sencillo acusar a los anónimos «ellos», sentados en sus confortables tiendas, castillos, caravanas o refugios subterráneos en vez de aceptar personalmente parte de la culpa. 14 El estado mayor tiene una serie de ramas que se encargan de los diversos aspectos de la guerra —operaciones, movimientos, intendencia, sanidad, ascensos y nombramientos, personal, inteligencia y demás— con oficiales dedicados a cada una de ellas. Al mando del estado mayor está, con títulos que varían según la nacionalidad, el jefe del estado mayor. Responsable de que todos los aspectos de un ejército funcionen de forma eficiente, el jefe del estado mayor es la mano derecha del

comandante y, caso de que uno quiera que las cosas del ejército se lleven como deben, resulta esencial que el jefe del estado mayor y el comandante tengan completa confianza el uno al otro y, si es posible, que se complementen mutuamente.

Hasta 1814, el jefe del estado mayor de Napoleón fue el incomparable Louis Alexandre Berthier. Nacido en 1753 y uno de los pocos oficiales superiores del ejército borbónico que permaneció en Francia y sobrevivió a la Revolución, se unió al ejército monárquico en 1766, inicialmente como topógrafo encargado de trazar mapas. Al destacar por su ojo para los detalles, a partir de 1787, como teniente coronel, fue empleado sobre todo como oficial de estado mayor y era el equivalente a un general de brigada de estado mayor cuando estalló la Revolución. Fue suspendido de empleo y sueldo durante un tiempo por un Directorio que se mostraba receloso de los motivos que pudiera tener un oficial de buena cuna, si bien no aristocrática, para querer servir a la República, pero lo reinstauró en 1795. Llamó la atención de Napoleón durante la primera campaña italiana y fue el primero en ser nombrado mariscal del Imperio tras la coronación de Napoleón en 1804. Desde 1805 hasta la primera abdicación fue el jefe del estado mayor de Napoleón, y convirtió la dirección estratégica general del emperador en directivas claras y detalladas. Si bien Napoleón le concedió poco crédito por ello, los esfuerzos de Berthier tuvieron gran parte de culpa en las victorias de Napoleón y mitigaron los resultados de sus derrotas. Nunca permitía que el emperador escribiera directamente a sus subordinados —la caligrafía de Napoleón era notoriamente mala y casi ilegible, lo que tendría un efecto directo en el resultado de la batalla de Ligny durante la campaña que se avecinaba—, reescribía las instrucciones del emperador y luego las enviaba por dos o tres rutas diferentes a sus destinatarios. En su exilio final, Napoleón admitió que: «Nadie podía reemplazar a Berthier». Como la mayoría de sus colegas, Berthier le juró fidelidad a Luis XVIII durante la primera restauración. No obstante, al contrario que ellos, no cambió de chaqueta para volver a unirse a su antiguo señor, sino que acompañó al rey en su huida hasta Gante y desde allí se fue al castillo de su esposa en Bamberg, al este de Alemania. Fue allí donde, el 1 de junio de 1815, mientras estaba asomado a una ventana del tercer piso observando a la caballería rusa que marchaba hacia el oeste, se cayó y se mató. Se han sugerido tanto el suicidio como el asesinato. La verdad, casi con seguridad, es que sencillamente se resbaló y perdió el equilibrio.

La pérdida de este soberbio oficial de estado mayor, con su prodigiosa capacidad para el trabajo duro y su habilidad para reducir las brumas de la guerra a lo esencial, fue un duro golpe. De haber estado Berthier del lado de Napoleón la campaña pudo haber

terminado de otro modo y, si bien este podría haber perdido la guerra igual —seguramente lo habría hecho—, quizá hubiera sido capaz de conseguir una paz negociada en vez de la completa y total derrota que sufrió en realidad. Así las cosas, Napoleón escogió como jefe de estado mayor al mariscal Nicolas Jean de Dieu Soult. Este había nacido en 1769, el mismo año que Napoleón y Wellington; pero ahí terminan todos los parecidos, pues Soult tenía escasa educación y se había alistado como soldado en la infantería borbónica con dieciséis años de edad. Al estallar la Revolución era un endurecido sargento. Con la ejecución o exilio de tantos oficiales del ejército, las oportunidades para Soult y otros como él eran inmensas, por lo que no tardó en convertirse en oficial, demostrando una considerable astucia táctica en las primeras campañas de la República Francesa. En 1794 era general de brigada (général de brigade) y en 1799 general de división (général de division) y fue nombrado mariscal, el séptimo en antigüedad, por Napoleón en 1804. En Italia, y después en la península ibérica, demostró ser un perfectamente adecuado comandante de campo y un inveterado saqueador; también poseía la habilidad para rehacer con notable rapidez a un ejército derrotado y disperso… algo en lo que alcanzó mucha práctica en España y Portugal, donde fue derrotado con regularidad por Wellington. Llevó a cabo una buena campaña de contención en los Pirineos y el sur de Francia en 1814 y, con la restauración, siguió los pasos de la mayoría de los demás mariscales uniéndose al rey Luis y convirtiéndose en su ministro de la Guerra, hasta que volvió a declararse en favor de Napoleón al regreso del emperador de Elba.

No obstante, Soult era una elección completamente inadecuada como jefe del estado mayor. Era competente como comandante de campo; pero, aunque no era culpa suya, nunca había sido formado como oficial de estado mayor, ni comprendía cómo se manejaba una campaña, algo bastante diferente a combatir en ella. Su inexperiencia en un cargo con el que estaba poco familiarizado se haría muy evidente en la campaña que se avecinaba.

También Wellington se encontraba sin el que había sido durante tanto tiempo su jefe de estado mayor, teniendo que arreglárselas con lo que pudo conseguir. 15 Su primera elección habría sido el hombre que había estado con él durante la mayor parte de la Guerra de la Independencia, George Murray, su jefe de estado mayor desde 1809 hasta 1814 excepto un año. Murray había servido con Wellington en Dinamarca, fue jefe de estado mayor de John Moore como teniente coronel durante la retirada hacia La Coruña y estuvo encantado de servir a Wellington en el mismo puesto, como coronel en 1809, como general de brigada en 1811 y como general de división en 1812. Hombre de gran habilidad, que podía motivar y entusiasmar a sus

subordinados, Murray era puntual en una época en la cual muchos no lo eran, tenía buen ojo para juzgar el terreno y se dice que tenía memoria de elefante. 16 Poseía la completa confianza de Wellington y la rara habilidad de meterse en la cabeza de su jefe y anticiparse a sus deseos, convirtiéndolos en órdenes operativas muy claras y luego asegurándose de que se llevaban a cabo. Por desgracia, a pesar de sus deseos y los de Wellington, Murray no estaba disponible en 1815; pues había sido enviado a Canadá como teniente general al final de las hostilidades en 1814 y no pudo regresar a tiempo.

De modo que, a su llegada a Flandes, Wellington se encontró con que el jefe del estado mayor del ejército anglo-holandés era el general de división sir Hudson Lowe. Lowe era un oficial con una experiencia inmensa, tanto operativa como de estado mayor; pero Wellington no lo aguantaba, al considerarlo un «maldito viejo tonto» (tenía la misma edad que Wellington) que no sabía leer un mapa. Lowe fue enviado a Génova para hacerse con el mando de una fuerza reunida a toda prisa que iba a colaborar con los austriacos y reemplazado por el coronel sir William Howe DeLancey. Si bien no podemos opinar sobre su habilidad para leer mapas, parece que Wellington fue bastante injusto con Lowe, quien había recibido informes favorables de, entre otros, John Moore y quien parece haber realizado cada tarea que le habían encomendado hasta entonces de un modo perfectamente satisfactorio. Pero Lowe no había servido con Wellington con anterioridad y DeLancey sí, y a Wellington le gustaba siempre rodearse de gente a la que conocía: aquellos que comprendían el modo en que el gran hombre trabajaba y a los que había entrenado para operar como a él le gustaba. 17

DeLancey había nacido en Nueva York en 1778, pero como su familia había sido monárquica, sus tierras y propiedades fueron confiscadas por los victoriosos rebeldes y ellos tuvieron que huir a Inglaterra. DeLancey se unió al ejército con dieciséis años como corneta (un rango de caballería equivalente a alférez) en el 16.º de dragones ligeros, convirtiéndose en teniente al año siguiente y capitán en el 80.º a pie un año después. Tras haber sobrevivido a la fiebre amarilla en las Indias Occidentales, regresó de nuevo a la caballería, esta vez en el 17.º de dragones ligeros y luego fue mayor en el 45.º a pie en 1799, a la edad de veintiún años. 18 Con un fino intelecto y buenas capacidades organizadoras, DeLancey no tardó en ser considerado como adecuado para el estado mayor y, desde 1802 hasta su muerte en Waterloo, solamente fue utilizado en esta capacidad. Formó parte del estado mayor de Wellington durante la Guerra de la Independencia como, sucesivamente, auxiliar adjunto al intendente general (deputy assistant quartermaster general) , asistente del intendente general (assistant quartermaster general) y adjunto al

intendente general (deputy quartermaster general) . 19 Para los escasos lectores poco familiarizados con los títulos de estado mayor del siglo XIX , esto significa que DeLancey trabajó para George Murray y pasó de estar tres grados por debajo de él como mayor, a dos grados como teniente coronel y, por último, como su adjunto inmediato como coronel. Fue nombrado caballero al cierre de las hostilidades en 1814 y enviado a Flandes como adjunto de sir Hudson Lowe, antes acceder al puesto de intendente general (jefe del estado mayor) cuando Lowe fue despedido.

Mientras tanto, el nombramiento del jefe del estado mayor de Blücher fue una decisión brillante del rey Guillermo de Prusia. El viejo mariscal de campo era un líder inspirador, lleno de energía pese a sus años y con muchas ganas de vérselas con los franceses. Lo que se necesitaba como jefe del estado mayor era alguien con la cabeza fría, alguien que pudiera transformar la vorwärts de Blücher en algo práctico y que actuara como freno del entusiasmo de su superior, no fuera a ser que este se desmandara. August Neidhart, graf (conde) von Gneisenau, poseía justo las cualidades necesarias para contrarrestar el en ocasiones irreflexivo ímpetu del comandante del ejército. Tenía una considerable experiencia como comandante de campo y también como oficial de estado mayor. Había servido en un regimiento alemán en el ejército británico en Norteamérica durante la revolución de allí, tras lo cual fue trasferido al servicio prusiano y fue un miembro influyente del movimiento para la reforma del sistema militar prusiano tras las derrotas de Jena-Auerstädt. Se convirtió en el jefe de estado mayor de Blücher como general de división en 1813 y su relación es un excelente ejemplo de cómo la simbiosis comandante-jefe del estado mayor debe funcionar: ambos confiando plenamente en el otro, ambos reforzando los puntos fuertes del otro y compensando sus debilidades. Al contrario que en el sistema británico, el reglamento del ejército prusiano estipulaba que, de quedar incapacitado el comandante del ejército, lo sucedería el jefe del estado mayor, y Gneisenau era muy capaz de cumplir con las funciones de un comandante en jefe, como quedaría demostrado durante la campaña.

Del mismo modo, el nombramiento del hombre adecuado como jefe del estado mayor del príncipe de Orange era vital: este carecía de experiencia de mando de nada superior a una garita, de modo que su jefe de estado mayor sería el comandante efectivo del ejército; pero tendría que tener el suficiente tacto como para no dejar que el príncipe se diera cuenta de ello. El oficial escogido fue Jean Victor, barón de Constant Rebecque, un suizo que era la tercera generación de su familia que servía en el ejército holandés. Nombrado alférez en la Guardia Suiza francesa (borbónica), apenas pudo salvar la vida cuando la muchedumbre atacó las Tullerías en 1792. Seguidamente

entró al servicio de los holandeses y cuando el país fue invadido por Francia, alternó entre los ejércitos prusiano y británico, siéndole concedido un doctorado honorario por Oxford durante una de sus estancias en el segundo de ellos. Como mayor, Rebecque se convirtió en oficial de estado mayor (esencialmente una niñera) del príncipe de Orange cuando este era ADC en la Península. En 1813 se convirtió en teniente coronel holandés y ese mismo año también en coronel. Tras la abdicación de Napoleón en 1814 se le encomendó la tarea, como general de división, de organizar el ejército del nuevo Reino Unido de los Países Bajos. Como la mayoría de los oficiales y casi todos los regimientos holandeses habían servido en el ejército francés, el nuevo ejército holandés fue organizado según el sistema galo más que el británico y, si bien Rebecque, como un muy competente e inteligente oficial que era, conocía el modo británico de hacer las cosas, esto causó algunos problemas a Wellington a la hora de mandar un ejército internacional.

Además de al estado mayor personal de un comandante, era normal destacar un oficial de enlace en los ejércitos Aliados. En el cuartel general de Wellington estaba el general de división (Generalmajor) Philipp Friedrich Carl Ferdinand freiherr von Muffling, [20] mientras que su contrapartida en el lado de Blücher era el coronel sir Henry Hardinge. Ambos eran eminentemente adecuados para su papel, era mantener a cada comandante al tanto de lo que hacía y que pensaba el otro. Muffling, otro sajón de cuarenta años en 1815, entró al servicio de Prusia con quince años de edad y se unió al estado mayor general en 1804 en el departamento de topografía, encargado de dibujar mapas. Se trasladó al estado mayor operativo en 1806, cuando sirvió con Blücher en la campaña de ese año, sirviendo con él de nuevo en 1813, cuando ya era general de división. No se llevaba bien con Gneisenau, en parte porque este culpaba de la derrota de Jena a unos malos mapas; pero como hablaba inglés, tenía mucha experiencia y había establecido una excelente relación con Wellington, estaba bien equipado para el trabajo.

Henry Hardinge, de treinta y tres años, era igual de capaz y el candidado adecuado para hacer de enlace con Blücher. Hijo de un párroco, se unió a los Queen's Rangers en Canadá como alférez en 1799 con quince años de edad, [21] antes de ser transferido como teniente al 4.º a pie en 1802. Capitán en 1804, asistió al curso de dieciocho meses en el departamento superior de la Real Academia Militar en High Wycombe en 1806. Se trataba de la recién creada antecesora de la Escuela de Estado Mayor, a la que asistieron muy pocos oficiales, no solamente porque no era obligatoria, sino porque había que pagar la matrícula y muchas de las clases, así como textos de las listas de lectura, se daban en francés. Tras aprobar el examen

final en High Wycombe, Hardinge se unió a Wellesley (como seguía llamándose por entonces) en Portugal como oficial de estado mayor a las órdenes de Murray y luego sirvió a Moore en ese mismo puesto todo el camino hasta La Coruña. Tras un corto período en Inglaterra fue ascendido a comandante para unirse luego al estado mayor del ejército portugués —mandado por un oficial británico, William Carr Beresford—, convirtiéndose en teniente coronel (portugués). Al regreso de Wellesley a Portugal en la primavera de 1809, Hardinge fue asignado a él para actuar como su oficial de estado mayor portugués y fue ascendido a teniente coronel en el ejército británico. Presente en la mayoría de las principales batallas de la Guerra de la Independencia, permaneció en el estado mayor hasta 1814, cuando recibió el mando de una brigada portuguesa para las escasas batallas que hubo en el sur de Francia. Fue uno de los representantes militares que acompañaron a Wellington en el Congreso de Viena y fue nombrado caballero en enero de 1815.

Estos fueron los hombres que planificarían y dirigirían la próxima campaña.

1 En la actualidad, la casa de Dublín es un hotel muy elegante y a los huéspedes se les dice con orgullo que la habitación en la que pernoctan es en la cual nació el futuro duque de Wellington. Prácticamente todas las habitaciones del hotel han sido, en un momento u otro, descritas de esta guisa; pero uno no puede enfadarse con ellos por intentarlo.

2 Si bien cuando fue nombrado rector de la Universidad de Oxford en 1834 —a pesar de su evidente falta de credenciales académicas— su discurso de aceptación tuvo que ser realizado en latín, que casi con completa seguridad hizo que alguien escribiera por él.

3 Los oficiales del ejército británico (probablemente de todo el mundo) son calificados anualmente por sus superiores. El informe recoge los progresos del oficial durante el año anterior y realiza recomendaciones sobre su idoneidad para ser ascendido y para ocupar ciertos puestos, incluido el de ADC. Los informes de este autor por lo general hablaban de él favorablemente, excepto cuando se refería a su idoneidad como ADC, respecto a lo cual todos los informes decían: «No». En una ocasión el «no» estaba subrayado. De todos modos, nunca quiso ser un ADC.

4 Sorprendentemente quizá, solo a partir de 1928 se prohibió a los oficiales presentarse al Parlamento o participar en política del modo que fuera. A los oficiales del Ejército Territorial se les sigue permitiendo presentarse al Parlamento y no se les exige que dimitan si son elegidos.

5 No obstante, resulta difícil ver la relevancia que pudiera tener tocar el violín en sus perspectivas de futuro; a menos, evidentemente, que fuera un pésimo violinista e insistiera en tocar cuando tenía compañía.

6 Citado por Peter Burroughs, *Oxford dictionary of national biography* , Oxford University Press, Oxford, 2004.

7 El coronel del regimiento era (y sigue siéndolo) un oficial superior, por lo general alguien que ha servido en él y con la tarea de mirar por sus intereses. En esta época era alguien tremendamente poderoso, de hecho el propietario, que pagaba a los oficiales y los soldados, proporcionándoles los uniformes y otras necesidades a partir de subvenciones del gobierno a tal propósito. Tenía la última palabra en cuestiones como vestuario y nombramiento de oficiales. En 1815 sus poderes habían sido considerablemente reducidos y el peculado y los beneficios personales casi eliminados. Hoy día no se ocupa del dinero

público, pero sigue teniendo la última palabra respecto a los oficiales que se unen y dirige la política de los fondos privados del regimiento.

8 En el ejército británico actual, un oficial puede esperar convertirse en teniente o estar recién ascendido a capitán con veinticuatro años, pero este es el inconveniente de un ejército en tiempo de paz con una carrera predeterminada. En ambas guerras mundiales no resultaba raro que los comandantes de batallón fueran veinteañeros. En la Primera Guerra Mundial, Harold Alexander, posteriormente mariscal de campo conde Alexander, mandó un batallón de la Guardia irlandesa con veinticuatro años, fue teniente coronel con veintiséis y general de brigada con veintisiete, mientras que en la Segunda Guerra Mundial, Michael Carver, posteriormente mariscal de campo barón Carver, mandó un regimiento de tanques (el equivalente a un batallón) con veintiocho y una brigada con treinta.

9 A pesar de que en su primer año consiguió el premio del rector por unos versos latinos.

10 Se podía sentar en la Cámara de los Comunes de Westminster porque su condado era de la nobleza irlandesa más que de la inglesa.

11 La lista del ejército, publicada anualmente (en ocasiones cada seis meses) por el gobierno, contenía (y contiene) los nombres y detalles de todos los oficiales del ejército por regimiento, rango y veteranía.

12 Un cipayo es un soldado indio de infantería. Procede del persa y se encuentran variantes en árabe, hindi, urdu y nepalí.

13 Guillermo era un homosexual que no había salido del armario, o posiblemente alguien que jugaba con ambas barajas, y fue chantajeado por ello. Posteriormente, a partir de 1840, demostraría ser un rey efectivo y querido con el nombre de Guillermo II.

14 Este autor ha sido tanto oficial de estado mayor como de regimiento. Mientras lo fue de estado mayor aseguraba que las unidades no comprendían el panorama general y cuando mandaba tropas se enfurecía con el estado mayor por no tener ni idea de las condiciones en las que se encontraban los que estaban dando el callo. Por lo general, estaba equivocado en ambas ocupaciones. Siempre ha sido así.

15 El título del oficial superior del estado mayor de muchos ejércitos de la época, incluidos el británico y el prusiano, era intendente general. Algo confuso para oídos modernos, pues en la actualidad el intendente general se encarga de los suministros y el equipo, en vez de las operaciones. Originalmente no había oficial de estado mayor de operaciones, de las que se encargaba el comandante; pero como las responsabilidades del intendente general incluían el traslado de tropas y llevarlas al campo de batalla adecuado en el momento preciso estaba unido a dirigir la batalla, el intendente general se convirtió también en el responsable de operaciones. Para evitar confusiones, en el libro se utiliza el moderno «jefe del estado mayor».

16 Dado que los elefantes pasan la mayor parte de su vida comiendo y defecando, el autor de estas líneas nunca ha comprendido por qué se supone que poseen una memoria soberbia. ¿Qué es lo que tienen que recordar?

17 Lowe se casó con la hermana de DeLancey tras la batalla de Waterloo, cuando este ya estaba muerto. Hubiera tenido un lugar más favorable en la historia militar de no haber molestado a Napoleón, y a casi todo el mundo, como gobernador de Santa Elena durante el exilio allí del emperador.

18 En el ejército británico actual, un chico realmente brillante que está claro llegará lejos puede ser un comandante de peso con treinta años. La mayoría consiguen este rango entre los treinta y dos y los treinta y cuatro años.

19 En terminología moderna: SO_3 G_3 , SO_2 G_3 y subjefe de estado mayor.

20 Aproximadamente equivalente a un «barón» británico (y en ocasiones así llamado), *freiherr* es el segundo rango de la nobleza alemana, situado por encima de *ritter* (equivalente a «caballero») y por debajo de *graf* (*earl* en Gran Bretaña y «conde» en el resto de países); normalmente es hereditario.

21 La edad mínima para ser oficial era dieciséis años, pero la norma no se aplicaba a los regimientos coloniales.

4. LOS OFICIALES

Entre la toma de la Bastilla en julio de 1789 y 1793, cuando Francia le declaró la guerra a casi todo el mundo, había desaparecido el 75 por ciento de los oficiales del ejército francés prerrevolucionario: bien ejecutados, bien arrojados a prisión si no tenían suerte, o tras haber huido al extranjero si tenían algo más de fortuna. De trescientos generales, solamente quedaban cinco; eran considerados con grandes sospechas y solamente uno, Kellermann, sobrevivió hasta la época napoleónica. El general de división Adam Philippe, conde de Custine, puede que se diera cuenta de que su título lo podía convertir en blanco de los luchadores de clase del Directorio. Había servido en el ejército monárquico en la guerra de los Siete Años y en la Guerra de la Independencia norteamericana y era gobernador de Tolón cuando estalló la Revolución Francesa. Cuando se consideró que como comandante del Ejército del Norte no había actuado con suficiente vigor contra los austriacos en Bélgica en 1793 fue llamado a París, acusado de traición y guillotinado. Su sucesor fue Jean Nicolas Houchard, que había comenzado su carrera militar con dieciséis años de edad en el Real Regimiento Alemán y destacó por haber acabado con un alzamiento antifrancés en Córcega con considerable, y eficaz, brutalidad. Houchard derrotó al príncipe de Orange en Menen y al duque de York en Dunquerque; pero no pudo rechazar a los austriacos. Llamado a París, compartió el mismo destino que su predecesor. Si bien ejecutar oficiales superiores que se considera que han fallado es un modo de estimular a los demás, como dijo Voltaire, el resultado fue una reluctancia a hacer nada sin órdenes del centro y una nueva hemorragia hacia Inglaterra o Prusia de oficiales prerrevolucionarios. Al final, matar generales terminó por ser considerado contraproducente, lo mismo que la presencia de representantes del Comité de Seguridad Pública en cada formación del ejército. Se suponía que estos se encontraban allí para asegurarse de la lealtad del ejército; pero, al carecer de experiencia castrense, frecuentemente interferían y a menudo resultaban ellos mismos responsables de desastres, de los cuales, por supuesto, culpaban a los generales.

Con la excepción de unos pocos oficiales del antiguo ejército monárquico que sobrevivieron a los excesos del Terror, no había un grupo de líderes formados para el ejército de la república. La solución fue ascender a suboficiales veteranos que habían servido a los Borbones y a voluntarios de los diferentes ejércitos y milicias que hubieran demostrado algún talento. Como primer cónsul, Napoleón reabrió las academias militares; pero si bien estas podían producir un abundante suministro de alféreces, pasarían muchos años antes de que pudiera haber un cuerpo de oficiales plenamente formado, de modo que mientras tanto el ejército confiaría en exsargentos.

Napoleón creó veintiséis mariscales, los comandantes del ejército y los cuerpos de ejército. De los cuales, once habían sido suboficiales en el ejército monárquico, siete habían comenzado sus carreras como voluntarios en formaciones revolucionarias y solamente ocho habían sido oficiales antes de la Revolución, de los cuales únicamente uno, el ya mencionado Kellermann, había sido un oficial superior. Sargentos y capitanes son esenciales —no puedes dirigir un ejército sin ellos—, pero no son intercambiables. En términos muy amplios, los oficiales crean la política y la dirigen, mientras que los sargentos la ponen en práctica. El entrenamiento, la forma de pensar y la experiencia de los oficiales y los sargentos son muy diferentes y, con raras excepciones, no resulta sencillo que los unos hagan el trabajo de los otros. No solamente la mayoría de los oficiales superiores del ejército francés anterior a 1815 eran exsuboficiales, sino que faltaba un grupo de oficiales de estado mayor formados, los gerentes militares que se aseguraban de que la campaña se desarrollara como el comandante quería o deseara. Los mariscales franceses —y los oficiales— demostraron una gran valentía personal y no le tenían miedo a nada; pero a menudo carecían de conciencia estratégica y táctica y eran incapaces de abstraerse de la situación inmediata para apreciar el panorama general. Esta ausencia de oficiales de estado mayor formados era la principal debilidad del ejército napoleónico.

André Masséna era un ejemplo del típico ascenso napoleónico. Nacido en 1758, se quedó huérfano a temprana edad, se convirtió en grumete de un barco mercante y en 1775, con diecisiete años, se alistó en el ejército borbónico. Tras catorce años de servicio era el equivalente a sargento primero de una compañía. Dejó el ejército regular al estallar la Revolución y fue elegido teniente coronel de voluntarios, al tiempo que conseguía encargarse de un puesto de verduras y realizar algo de contrabando a la vez. En 1793 Masséna era général de brigade y llamó la atención de Napoleón en Italia cuando fue ascendido a général de division . Se convirtió en mariscal en 1804. Participó en numerosas campañas en el norte de Europa, en Portugal y en España, con gran valentía, pero escasa sutileza. En la batalla de

Busaco (Portugal), el 27 de septiembre de 1810, continuó enviando divisiones hacia arriba de una empinada escarpadura contra las tropas anglo-portuguesas de Wellington bien situadas en una posición defensiva preparada. Los hombres de Masséna fueron rechazados cada vez, retirándose en confusión, y cada vez los volvió a enviar de nuevo. No realizó ningún intento por evitar los ataques frontales maniobrando de flanco y el resultado fue una derrota abrumadora. Del mismo modo, en Fuentes de Oñoro, en mayo de 1811, su único pensamiento fue organizar ataques frontales y cuando se dio cuenta de que podía superar el flanco derecho de Wellington ya era demasiado tarde... otra derrota.

En 1815, también al nivel del regimiento estaban los exsuboficiales bien representados entre los capitanes y comandantes, muchos de ellos del ejército napoléonico más que del monárquico; pues cada hombre del primero en verdad llevaba en su mochila un bastón de mariscal si sobrevivía y era lo bastante bueno. Aquí el problema era menos grave, pues los comandantes de compañía y de batallón solamente tenían que obedecer órdenes y su capacidad para tener iniciativa individual era limitada. Un ejemplo típico de ellos es el capitán Jean-Roch Coignet. Nacido en la pobreza en 1776, hizo sus pinitos con la trata de caballos antes de alistarse en 1779. Cabo en 1807, sargento en 1809 y, tras haber aprendido por su cuenta a leer y escribir, ascendido a alférez (sous lieutenant) en 1812. Coignet luchó en cuarenta y ocho batallas, sobrevivió a la retirada de Moscú y, ahora como capitán, fue jefe de carretas (oficial de transporte) en el cuartel general de Napoleón durante la campaña de Waterloo. 1 Había muchos como él.

El jefe del estado mayor de Napoleón era, como ya hemos visto, un exsargento, Soult. Como su adjunto y comandante de operaciones, contaba con Michel Ney, nacido, como muchos de los protagonistas de la campaña, en 1769, segundo hijo de un tonelero. Ney se alistó en el regimiento monárquico Colonel Général des Hussards en 1787 y fue ascendido al equivalente de sargento primero del regimiento en 1792, el año anterior a que el rey Luis fuera enviado a la guillotina. Ascendido posteriormente ese mismo año a sous lieutenant y luego elegido capitán de voluntarios, fue brigadier en 1796, general de división en 1799 y mariscal en 1804. Contaba con una inmensa experiencia en cuanto a participar en batallas: resultó herido en cinco ocasiones, había sido prisionero de guerra de los austriacos y mandó la retaguardia durante la espantosa retirada de Rusia en 1812. Encabezó el grupo de mariscales que convenció a Napoleón para que abdicara en 1814. Conocido por sus soldados como Le Rougeaud debido al color rojo de sus cabellos, era un soberbio comandante de batallón, de brigada e incluso de división; pero carecía de la capacidad intelectual para llevar una campaña importante.

Los comandantes de cuerpos de ejército de Napoleón para la campaña de Waterloo fueron los generales de división Jean-Baptiste Drouet, conde d'Erlon, que dirigía el I cuerpo, un excabo de cincuenta años del ejército monárquico que había sido elegido capitán en 1793 por voluntarios revolucionarios; Honoré Charles Reille, II cuerpo, cuarenta años, que tenía catorce cuando se convirtió en soldado de la Guardia Nacional; Dominique Vandamme, III cuerpo, cuarenta y cinco años, sargento del ejército monárquico cuando estalló la Revolución (de él fue de quien Napoleón dijo que si hubiera dos como él ordenaría a uno ahorcar al otro); Étienne Maurice Gérard, IV cuerpo, cuarenta y dos años, que se había unido a la Revolución como voluntario en 1791; Georges Mouton, conde de Lobau, VI cuerpo, cuarenta y cinco años, era uno de los catorce hijos de un panadero y se había alistado como soldado al comenzar la Revolución; Rémi Joseph Isidore Exelmans, II cuerpo de caballería, cuarenta años, que se había alistado como soldado con dieciséis años en 1791; François Étienne Kellermann, III cuerpo de caballería de reserva, cuarenta y cinco años, hijo del mariscal Kellermann, el único general prerrevolucionario que había prosperado bajo la República y el Imperio; y Édouard Jean-Baptiste Milhaud, IV cuerpo de caballería de reserva, treinta y nueve años, hijo de un campesino que había sido elegido sous lieutenant durante la Revolución. Inicialmente más un político que un soldado, Milhaud pidió la muerte del rey, se convirtió en un entusiasta exponente del Terror y en un protegido de Marat, y suerte tuvo de no caer junto a Robespierre. Fue parte importante del golpe de Estado que llevó a Napoleón al poder como primer cónsul, tras lo cual se concentró en cuestiones militares y, quizá de forma algo sorprendente dados sus antecedentes, se convirtió en uno de los más competentes comandantes de caballería. Al mando de la artillería se encontraba el general de división Charles Étienne François Ruty, cuarenta y un años, caballero cadete de la academia de artillería que recibió su despacho de oficial en 1793 y que pasó toda su carrera en esta arma.

Todos estos hombres poseían una experiencia tremenda; habían luchado por toda Europa y llevaban las cicatrices de numerosas batallas. Creían personalmente en Napoleón, eran tremendamente valientes y tenían un gran carisma personal; pero la mayoría estaban aterrorizados de su comandante en jefe y emperador, se mostraban reluctantes a desviarse de las órdenes una vez recibidas —incluso cuando se volvía evidente que la situación había cambiado— y carecían del entrenamiento y la educación necesarios para adoptar una visión estratégica en vez de una inmediata y táctica. Los oficiales del ejército de Napoleón durante la campaña de Waterloo eran, por

tanto, una mezcla de oficiales superiores que habían cambiado de chaqueta sin problemas en dos ocasiones, aquellos con media paga o sin ella que habían sido dados de baja durante la restauración, unos pocos que habían conseguido evitar ser dados de baja y los caballeros cadetes de las academias de oficiales, que habían recibido sus despachos al regreso de Napoleón tras solamente un mes de entrenamiento. Los oficiales veteranos podían argumentar, y lo hicieron, que con su abdicación Napoleón los había liberado de su juramento de lealtad; pero eso no tuvo demasiado éxito con los oficiales menos veteranos que llevaban once meses desempleados, de modo que había una corriente subyacente de desconfianza que a menudo significaba que errores, accidentes o incompetencia se sospechaba que eran traición.

Mientras el ejército francés carecía de clases, no sucedía lo mismo en el británico. Aquí, la mayoría de los ascensos en la caballería y la infantería, hasta el rango de teniente coronel incluido, se obtenían comprándolos, un sistema que continuó hasta 1871. Si bien para nuestro moderno punto de vista puede parecer escandaloso que el mando de los soldados del rey pudiera obtenerse comprándolo, el sistema no era tan inicuo como pudiera parecer. Su lógica era similar a la aplicada a alguien que quiera ingresar en la junta de una sociedad anónima, para lo cual ha de comprar acciones de la empresa. Si bien los orígenes del sistema de compra son oscuros, parece que comenzó a formalizarse tras la restauración de Carlos II, cuando reclutar, entrenar y equipar regimientos se encargó a notables, que para poder recuperar su desembolso ofrecían puestos de oficial en esos regimientos a cambio de un pago. En 1815 ya llevaba largo tiempo regulado por el Estado, más que por particulares. Era el ejército que había ejecutado al rey Carlos I, el ejército que había traído de vuelta a su hijo del exilio y el ejército que había depuesto a Jacobo II. La compra proporcionaba al oficial una participación en el sistema y un compromiso con el orden establecido, que por lo tanto era menos probable que se sintiera tentado a derribar, además de impedir que el rey llenara el ejército con sus favoritos, como Jacobo II había intentado hacer. 2 Al menos en teoría, el sistema de compras impedía la manipulación parlamentaria del ejército; pero como muchos oficiales superiores también eran miembros del Parlamento, no se podía descontar por completo la interferencia de los ministros o

patrones.

El duque de York, el segundo hijo del rey Jorge III, tuvo una ignominiosa carrera como comandante de campo; pero en modo alguno fue todo culpa suya y, cuando su padre lo nombró comandante en jefe del ejército británico, en contra de los consejos de la mayoría de sus generales, se convirtió en uno de los grandes reformadores militares. En la campaña de Flandes de 1793-1795 había sido dolorosamente consciente de los males que acosaban al ejército y, una vez acomodado en el Horse Guards, 3 comenzó a enderezarlos. No habría más coroneles niños: los padrinos modernos les regalan un barril de oporto a sus ahijados (o, dado su precio, es más probable que sea una botella); entonces no era infrecuente que le compraran un rango de teniente coronel. Durante algún tiempo, la edad mínima para recibir un despacho de oficial, ampliamente ignorada, eran los dieciséis años; ahora se obligaría a cumplirla, con un límite superior de dieciocho años. 4 Las peticiones para los despachos de oficial se realizarían al comandante en jefe por medio de su secretario militar, un oficial en activo en vez de, como hasta ahora, mediante el secretario de guerra, un nombramiento político que a menudo era notoriamente corrupto. Habría un tiempo mínimo de servicio para un oficial en un rango antes de poder comprar el siguiente y se crearían academias militares, aunque casi nadie asistiera a ellas.

Un joven que quisiera unirse al ejército como oficial tenía que ser capaz de leer y escribir con una cierta soltura y estar certificado por un oficial con el rango de mayor o superior, o por un magistrado u otra persona de nivel semejante, como adecuado en todos los aspectos para recibir el despacho de oficial; un modo indirecto de asegurarse de que el candidato no comía los guisantes con el cuchillo. Armado con estas referencias, el joven caballero presentaba su candidatura al secretario militar y era colocado en una lista de espera. Una vez se presentaba una vacante, ya fuera por muerte, retiro o ascenso, se requería al joven aspirante que presentara el precio de un rango de alférez (en la infantería) o de corneta (en la caballería) ante un agente acreditado. Había unos diecisiete agentes —el número fluctuó ligeramente—, cada uno responsable de un grupo de regimientos y, además de encargarse de la adquisición de rangos, administraban los fondos del regimiento, se aseguraban de que los oficiales y los hombres fueran pagados y gestionaban cualquier otra transacción que afectara al regimiento. Eran los depositarios de las compras de rangos. Si la vacante se producía porque alguien en posesión de un primer despacho era ascendido, entonces el agente acreditaba la cuenta de ese oficial y el candidato era «gaceteado» como oficial con despacho; es decir, su nombre aparecía listado en la London Gazette , que desde 1665 era (y sigue siéndolo) el boletín oficial del gobierno británico en

el cual han de aparecer algunas noticias legales.

Una vez en su puesto, con ciertas restricciones, un oficial podía ir comprando su ascenso por el escalafón hasta alcanzar el rango de teniente coronel. Solamente podía comprar un rango si había una vacante; tenía que estar certificado por su comandante como adecuado para el ascenso y el duque de York dispuso que un oficial tenía que servir al menos dos años como subalterno (cadete/corneta y teniente) antes de ser ascendido a capitán y que tenía que tener al menos seis años de servicio como oficial antes de convertirse en mayor. 5 En 1809 los plazos se alargaron hasta los tres años como subalterno, siete años de servicio antes de ascender a mayor, incluidos al menos dos como capitán, y nueve años de servicio para ser teniente coronel. Cuando en un regimiento surgía una vacante, se ofrecía primero al más veterano de ese regimiento del rango inferior. Si ese oficial lo deseaba y podía permitirse la compra, entonces presentaba al agente la diferencia —«el escalón»— entre su rango actual y al que iba a ser ascendido y era adecuadamente «gaceteado» con su nuevo rango. Si, por ejemplo, un mayor se retiraba o compraba el rango de teniente coronel, entonces el capitán más veterano podía convertirse en comandante, el teniente más veterano en capitán y el alférez o corneta más veterano en teniente. Si el más veterano no quería o no podía permitirse la compra, entonces la vacante era ofrecida al segundo en veteranía y así. Si nadie podía comprar el rango, entonces la vacante podía salir del regimiento. No obstante, a pesar de la experiencia del joven Arthur Wellesley, por lo general los ascensos se mantenían dentro del regimiento; si bien el duque de York se reservaba el derecho a nombrar oficiales al mando de entre el grupo de tenientes coroneles disponibles.

Un oficial podía cambiar de regimiento intercambiando su lugar con un oficial del mismo rango en otro regimiento, si bien ambos pasaban entonces al último lugar de la lista de veteranía de su rango en el nuevo regimiento. Muy a menudo, el intercambio se producía porque un oficial no quería servir en un determinado puesto donde su regimiento iba a ser desplegado, mientras que era allí donde el otro quería servir, aunque lo más probable es que hubiera recibido una suma de dinero por aceptar el intercambio. Cuando un oficial se retiraba podía «venderlo todo» y al hacerlo recuperar todo el valor de su despacho de oficial y conseguir así una importante suma para invertir o vivir de ella.

El coste de los rangos y subsiguientes promociones variaba entre las diferentes armas del servicio. Los de los guardias a pie eran los más caros, seguidos por los de la caballería de la guardia real, que eran más caros que los de la caballería de línea, que costaban más que los de la infantería de linea. La lista de precios oficiales vigente en la

época de Waterloo era la siguiente: 6

Rango	Guardias a pie		Caballería de la G. Real		Caballería de línea		Infantería de línea	
	Precio total	*Escalón*	*Precio total*	*Escalón*	*Precio total*	*Escalón*	*Precio total*	*Escalón*
Teniente coronel	6.700 £	400 £	5.200 £	950 £	5.350 £	1.100 £	3.500 £	900 £
Mayor o comandante	6.300 £	3.300 £	4.250 £	1.150 £	4.250 £	1.100 £	2.600 £	1.100 £
Capitán	3.000 £	1.500 £	3.100 £	1.350 £	3.150 £	1.785 £	1.500 £	950 £
Teniente	1.500 £	600 £	1.750 £	150 £	1.365 £	262,50 £	550 £	150 £
Alférez (inf.) Corneta (cab.)	900 £	900 £	1.600 £	1.600 £	1.102,50 £	1.102,50£	400 £	400 £

Estas cifras significan poco a menos que las podamos comparar con los salarios de la época y con precios actuales. La paga del ejército por entonces se expresaba (como se sigue haciendo) como una tasa diaria y los salarios anuales para los oficiales de la infantería de línea eran:

Teniente coronel 369,56 libras
Mayor o comandante 310 libras
Capitán 191,62 libras
Teniente 118,62 libras
Alférez 95,81 libras

Los oficiales de los guardias y la caballería recibían una paga superior a los de la más humilde línea. En 1815 un teniente de los guardias conseguía 142,71 libras al año, comparadas con las 118,62 libras de un teniente de línea. La paga de los guardias, la caballería y los tenientes coroneles permaneció inalterable entre 1793 y 1815, mientras que otros oficiales de línea vieron su paga aumentada en casi un 50 por ciento para los subalternos, 11 por ciento para los capitanes y un 20 por ciento para los comandantes.

Una comparación con el impuesto sobre la renta puede proporcionarnos una estimación del verdadero valor de esos salarios. El impuesto sobre la renta fue introducido por el primer ministro William Pitt en 1799 para sufragar la guerra, con la promesa de que sería abolido tras ella. 7 Se acordó que solamente los acomodados debían pagarlo y cualquiera que ganara menos de 60 libras al año estaba exento. Para 60 libras empezaba con dos peniques antiguos por libra, una tasa del 0,83 por ciento, que se iba incrementando gradualmente hasta que quienes ganaban 200 libras y más pagaban 2 chelines por libra, es decir, el 10 por ciento. Como se puede ver, un teniente y un capitán no vivían mal, mientras que los comandantes y

superiores podían describirse como pudientes.

El total neto necesario de 3.500 libras para alcanzar el rango de teniente coronel (distribuido a lo largo de varios años) equivalía a 9,47 años de salario en ese rango. El salario de esa misma cantidad de años en ese rango en el 2012 sería de 668.213 libras, una suma inmensa, incluso aunque hoy día los tenientes coroneles estén (ligeramente) mejor pagados en términos reales que sus equivalentes del siglo XIX . Por lo tanto, otro papel de los agentes del ejército era prestar dinero a los oficiales para que compraran sus primeros despachos o los ascensos. El interés pagado por la suma prestada dependía de lo seguro que se considerara que fuera el préstamo: en tiempo de paz la garantía era el despacho del oficial; pero como el despacho no era propiedad heredable y desaparecía con el poseedor de este, en tiempos de guerra los intereses eran mayores. El interés bancario durante el período que nos interesa era del 5 por ciento, 8 de modo que resulta razonable estimar una tasa de interés de, digamos, el 6 por ciento en tiempos de paz y quizá del 10 por ciento en tiempos de guerra. Devolver el préstamo en tiempos de paz era por supuesto posible, pero estaba lejos de ser sencillo, y muchos oficiales languidecían como tenientes y capitanes incapaces de conseguir los recursos para ascender más. En tiempos de guerra había oportunidades para amasar riquezas legalmente tomando parte en la captura de una ciudad o fortaleza enemiga o un convoy de equipaje. Cualquier dinero o propiedad vendible capturada era dividida, con la parte mayor yendo a parar al Estado y el resto dividido pro rata entre los captores, del mismo modo que las presas de la Royal Navy. En 1799, el coronel Arthur Wellesley mandó la brigada de reserva durante el asalto de Seringapatam, en la segunda guerra Mysore. Su parte del botín fue de 4.000 libras, más que suficiente para pagar a los diversos acreedores que le habían prestado el dinero para comprar su rango de teniente coronel.

Un problema constante para quienes tenían que administrar el sistema de compras era el pago de precios «superiores a los reglamentados». En estos casos, un oficial que quería retirarse o comprar un ascenso pedía una suma adicional al precio establecido. Era algo completamente ilegal y el duque de York estableció que cualquier oficial sorprendido solicitando o pagando por encima del precio regulado sería, tras ser juzgado por un consejo de guerra, destituido y perdería su rango —y, por tanto, no podría conseguir ningún dinero al venderlo— yendo la mitad del dinero al informador. A pesar de este estatuto para soplones, la práctica continuó.

En octubre de 1808, el teniente John Orrok, que servía en el 33.º a pie en la India, escribió a su padre que un tal mayor Quin había dicho que vendería siempre y cuando obtuviera 5.000 libras además del

precio completo de su despacho de oficial. El precio establecido para el rango de mayor era de 2.600 libras y la diferencia entre el rango de mayor y el de capitán, el escalón, de 1.100 libras. El capitán Lambton pagó 3.000 libras además del escalón y consiguió la vacante del mayor, mientras que Orrok encontró 2.000 libras por encima del escalón de 950 libras y consiguió el puesto vacante de capitán que dejaba Lambton. Si bien Orrok era el séptimo en el escalafón de tenientes, ninguno de los que se encontraban por encima de él podían permitirse la compra. Orrok decía que había un teniente del regimiento, entonces en Inglaterra, que tenía el dinero; pero que como había sido enviado a casa bajo arresto probablemente no fuera un competidor. 9 A pesar de la flagrante ilegalidad de esta transacción, Orrok fue animado a encontrar el dinero por su oficial al mando, el teniente coronel Arthur Gore. 10 En cambio, al capitán Robert Crauford — Black Bob , el famoso comandante de la División ligera, resultó muerto en la toma de Ciudad Rodrigo en 1812 cuando era general de división—, le ofrecieron por su capitanía 2.500 libras por encima del precio regulado, lo cual rechazó, insistiendo en que solamente aceptaría la cantidad sancionada por el soberano. 11

Mientras la compra era la norma, había todo tipo de excepciones. En la artillería o los ingenieros no había compras. Si bien los oficiales de infantería y caballería podían esperar aprender el oficio mientras lo practicaban, aquellos que se hacían cargo de grandes cantidades de explosivos, bien para ponerlas dentro de cañones o para hacer volar cosas, y que necesitaban entender cuestiones técnicas, como colocar cañones de asedio o construir puentes, tenían que saber lo que estaban haciendo. Los candidatos a despachos de oficial en estas armas, por tanto, asistían a la Real Academia Militar de Woolwich, inaugurada en 1741, para un curso que duraba entre dieciocho meses y dos años, con los ingenieros pasando allí seis meses más. La edad de los candidatos tenía que estar entre los catorce y dieciséis años al ingresar, tener una altura mínima de 1,45 metros y «conocer bien las fracciones normales, ser capaces de escribir con buena mano y haber estudiado sus latines en la escuela». 12 Se recomendaba, aunque no era obligatorio, que quienes ingresaban tuvieran algunas nociones de la lengua francesa. A partir de ahí los ascensos se realizaban por estricta antigüedad, lo cual puede parecer un sistema más justo, pero en realidad tenía grandes desventajas, una de ellas era que mientras la compra permitía a hombres de verdadera habilidad alcanzar rangos superiores mientras eran lo bastante jóvenes y estaban en forma como para hacerle justicia al rango, muchos de los oficiales de artillería e ingenieros eran, si bien no lo bastante ancianos como para andar babeando sobre sus chalecos, sí demasiado viejos y demasiado gordos y bajos de forma como para ser excesivamente útiles. Dado que los oficiales de la real artillería y

los reales ingenieros conseguían su puesto inicial en el escalafón como subalternos a partir de su posición en los exámenes finales antes de recibir sus despachos, una diferencia de un puesto o dos podía significar una espera de varios años cuando se trataba se ascender… un poderoso incentivo para estudiar. El problema de los oficiales más veteranos, demasiado viejos como para resultar de utilidad, significó que el oficial que en la práctica, si no de nombre, mandó la artillería de Wellington en las últimas etapas de la Guerra de la Independencia fue Alexander Dickson, de treinta y seis años, capitán, comandante provisional y teniente coronel en el ejército portugués para darle alguna influencia. El cargo normalmente hubiera sido ocupado por un oficial con al menos el rango de general de división. Del mismo modo, su ingeniero jefe fue Richard Fletcher, un mayor, teniente coronel provisional y finalmente teniente coronel antes de resultar muerto en el asedio de San Sebastián en 1813. 13

Los primeros despachos podían entregarse sin compra cuando se estaban creando nuevos regimientos, además, a un oficial de la milicia que se pasaba al ejército regular llevando con él un número determinado de reclutas podía serle concedido un rango gratuito. 14 El teniente John Kincaid, adjunto al 1.er batallón del 95.º de fusileros en Waterloo, un escocés que había sido teniente en la milicia de North Yorkshire, obtuvo un despacho de oficial gratis en el 95.º en 1809 como alférez al traer con él voluntarios de su milicia. 15 A los pajes de la reina —hijos adolescentes de la nobleza seleccionados para atender a la reina y escoltar su comitiva en ocasiones señaladas— se les concedían primeros despachos de oficial gratuitos en los guardias, lo mismo que sucedía con aquellos que destacaban en los exámenes finales de la Real Academia Militar, que estuvo situada en Great Marlow desde 1802 hasta 1812, cuando fue trasladada a Sandhurst. Los graduados de la academia a quienes no se concedía un despacho de oficial gratuito tenían prioridad a la hora de la compra. Los huérfanos de oficiales muertos en acción también podían recibir primeros despachos de oficial gratuitos a discreción del comandante en jefe.

Un sargento podía recibir un primer despacho de oficial gratuito bien por valentía o por buenos servicios continuos. Al contrario de la opinión popular actual, había bastantes de ellos, y en Waterloo en torno al 10 por ciento de los oficiales de servicio en los regimientos habían sido ascendido desde las filas. 16 Estaban especialmente solicitados como adjuntos en los batallones de línea. Hoy día el adjunto es el oficial de estado mayor del batallón, responsable de que la política del comandante se ponga en práctica, así como de supervisar las ceremonias y la disciplina. Lo que hoy día es instrucción ceremonial, donde los batallones forman divisiones y marchan en

columnas de compañías para formar en línea antes de detenerse, era la táctica de 1815: las evoluciones necesarias en el campo de batalla para colocar a la unidad en el lugar adecuado en el momento preciso y descargar sobre el enemigo la mayor capacidad de disparo posible. Esto requería saberse un gran número de palabras de mando y en muchas ocasiones un exsargento podía conocer mejor las palabras y acciones que ponían en marcha que un oficial con una formación convencional.

En tiempos de guerra, un ascendido desde las filas podía continuar su carrera por los rangos libres de compra comandando un pelotón suicida. Cuando un fuerte o una ciudad fortificada estaba siendo asediada, había tres modos mediante los cuales los atacantes podían conseguir entrar: por encima, por debajo o a través. «Por encima» significaba trepando, colocando escalas contra las murallas para que las tropas al ataque subieran por ellas; un método muy peligroso si los defensores estaban mínimamente atentos, pero fue trepando como las tropas británicas entraron en Badajoz en 1812. «Por debajo» significaba excavando minas bajo las murallas y luego quemando el entibado, de tal modo que se hundieran tanto el túnel como las murallas que había sobre él; una tarea larga y difícil, y por lo general imposible si el objetivo estaba construido sobre roca, como Ciudad Rodrigo, tomada en 1812. «A través» significaba bombardear las murallas con cañones de asedio —de 24 o 32 libras— hasta que se creaba una brecha, mediante la cual los atacantes podían intentar entrar. Una vez creada la brecha y cuando los ingenieros la consideraban «practicable» —lo cual significaba que podía ser subida por un soldado sin utilizar las manos—, se necesitaba que un pequeño grupo de soldados se apoderara de la brecha y la conservara para permitir que el cuerpo principal entrara y derrotara a la guarnición que la defendía. Ese grupo de hombres era conocido en inglés como forlorn hope («vana esperanza»), un término muy adecuado procedente del holandés verloren hoop («sin esperanza») y el oficial que lo mandaba era ascendido un rango sin necesidad de comprarlo si sobrevivía, lo que con frecuencia no era el caso. En Badajoz, las últimas palabras del mayor Peter O'Hare, del 95.º de fusileros, mientras encabezaba el pelotón suicida contra la brecha fueron: «Teniente coronel o fiambre en un par de horas». Para O'Hare fue fiambre, mientras que el teniente de veintidós años John Gurwood, del 52.º de infantería ligera, que encabezó el pelotón suicida en Ciudad Rodrigo, acabó con solamente una herida superficial en la cabeza, recogió su capitanía y estuvo con su regimiento en Waterloo. [17]

El sargento ascendido a oficial podía serlo si se producía una vacante por muerte; pero, una vez se declaraba la paz, muy pocos

tenían el dinero para progresar más y, en las décadas de 1820 y 1830 hubo muchos tenientes y capitanes muy viejos que, al no haber adquirido sus rangos, según las normas existentes entonces no podían venderlos hasta haber cumplido veinticinco años de servicio. Si bien en servicio activo un exsuboficial podía encajar y ser respetado por sus conocimientos y habilidad, en tiempos de paz muchos encontraban difícil encajar en el comedor de oficiales y, según la declaración de Wellington a un comité de investigación en 1842, muchos se daban a la bebida.

Otro método de conseguir un ascenso gratuito era «reclutar para el rango», lo que significaba que un hombre que reuniera un número de hombres equivalente a una compañía recibía un despacho de oficial. Solamente se recurría a este sistema cuando el ejército necesitaba reclutas desesperadamente (es decir, muy a menudo); pero era muy impopular entre los oficiales que ya estaban en servicio, pues permitía al recién llegado desbancar a todos los que ya tenían el rango de teniente o alférez. Mientras tanto, un sistema un tanto desesperado de conseguir el rango de oficial gratis era alistarse como un caballero voluntario. Se trataba de hombres jóvenes, incapaces de reunir el dinero de un despacho de oficial o de conseguir uno gratis, que servían como soldados sin paga (si bien comiendo con los oficiales) con la esperanza de demostrar la suficiente habilidad como para conseguir una vacante de alférez producida por una muerte. En tiempos de paz, por supuesto, no era un método muy rápido de convertirse en oficial y parece que hubo muy pocos, caso de que hubiera alguno, en el ejército en Waterloo.

Una peculiaridad del sistema era el doble rango que ostentaban los guardias, que como tropas personales del monarca tenían rangos regimentales y del ejército. Esto significa que los capitanes de los guardias que servían con sus regimientos eran comandantes de compañía con paga de capitán; mientras que fuera del regimiento eran tenientes coroneles, tratados y pagados como tales. Del mismo modo, los tenientes eran capitanes o mayores en el ejército —dependiendo de su veteranía—, los alféreces tenientes, mientras que los comandantes eran coroneles en el ejército y los tenientes coroneles, generales de división. Esto puede resultar confuso, pues a menudo se dice que «en Waterloo murieron seis tenientes coroneles de los guardias», cuando en Waterloo solamente hubo cuatro batallones de guardias, y un batallón es mandando por un teniente coronel. En realidad, uno de esos tenientes coroneles era capitán de regimiento y ADC de Wellington, mientras que los otros cinco eran comandantes de compañía en sus batallones de guardias con el rango de capitán regimental. El doble rango fue abolido en 1871 como parte de una serie de reformas del ejército realizadas por Edward Cardwell, el

secretario de Guerra de Gladstone entre 1870 y 1874.

Dado que los despachos de oficial y los ascensos estaban estrictamente regulados desde el Horse Guards, la única influencia sobre los ascensos que podía tener en el campo de batalla un comandante era cuando un oficial resultaba muerto en acción y cuando enviaba a un oficial a casa llevando despachos. Como los despachos de oficial no eran propiedad heredable y desaparecían con su poseedor, la vacante podía ser ocupada sin comprarla, y la costumbre dictaba que, cuando esto sucedía estando en servicio activo, el comandante local de las fuerzas podía ocuparla con un oficial a sus órdenes que lo mereciera escogido por él. Técnicamente, el comandante podía ascender a cualquiera, siempre y cuando estuviera cualificado por el tiempo y las recomendaciones; pero en la práctica solía ir a parar al siguiente en el escalafón. Evidentemente, cuando más alto en ese escalafón estuviera situado el oficial fallecido más ascensos libres de compra producía su muerte, de ahí que el brindis habitual en los comedores de oficiales fuera (y es): «Por una plaga repentina y una guerra sangrienta». Si bien esos ascensos tenían que ser aprobados en el Horse Guards, esta aprobación casi siempre se producía. Tras una batalla exitosa, el comandante en jefe escribía un detallado informe de la acción, el cual era enviado a Inglaterra y entregado al gobierno y el rey. Por tradición, el oficial que entregaba el despacho recibía un ascenso de un rango, libre de compra, y por lo general los comandantes seleccionaban a un oficial prometedor que carecía de efectivo para adquirir su siguiente rango.

Una vez que un oficial adquiría el rango de teniente coronel, ya no había más compras y los ascensos se producían estrictamente por veteranía. Siempre y cuando un hombre viviera lo suficiente, se convertiría en general, si bien esto no es algo tan serio como pudiera parecer; pues si bien podía conseguir un alto rango, no necesariamente tenía empleo y, si no lo tenía, no recibía la paga. Antes de su primera incursión en la Península en 1808, Wellesley era general de división. El gobierno, y el Horse Guards, consideraban que la expedición merecía un teniente general al mando. No obstante, había veintiocho generales de división más veteranos que Wellesley y el principio de la veteranía era sagrado, dado que hacía desaparecer cualquier posibilidad de patronazgo o corrupción. La solución consistió en ascenderlos a todos, lo cual sucedió, y no emplear sino a unos pocos; de hecho, solamente Henry lord Paget, un oficial de caballería y posteriormente marqués de Anglesey, tuvo un papel importante en la guerra. 18 Lo importante era convertirse en teniente coronel lo antes posible, lo que con suerte y habilidad aseguraría el empleo como oficial más veterano a una edad lo bastante joven como para ejercer el mando como tal.

De nuevo en contra de lo que generalmente se cree, los oficiales del ejército de Wellington (en realidad, más correctamente, del ejército del rey Jorge) no procedían de la aristocracia. Con la excepción de los guardias y unos pocos de los más elegantes regimientos de caballería, la mayoría de los oficiales eran de clase media. No eran el producto de los colegios privados (eso sucederá en la época victoriana) ni de las universidades; más bien habían sido educados en escuelas secundarias y eran hijos de profesionales liberales: médicos, abogados, hombres de Iglesia [19] y nobleza de pequeños terratenientes. En torno al 20 por ciento de todos los oficiales del período entre 1790 y 1830 fueron escoceses, lo cual tuvo poco que ver con las cualidades marciales de estos —por grandes que estas puedan ser— y mucho con que la educación en Escocia era mucho mejor que en Inglaterra. [20] Un estudio realizado en 1818, tras Waterloo, pero probablemente relevante para el período, estudió entre otras cosas las ocupaciones de los padres de los oficiales y se encontró con que el grupo más amplio de las ocupaciones era el de oficial del ejército, de modo que en cierto sentido los oficiales del ejército eran miembros de una oligarquía que se autoperpetuaba.

Una miraba somera a la Lista del Ejército en 1815 parece negar la afirmación de que los oficiales no pertenecían a la nobleza. Muchos generales eran pares y la mayoría de los coroneles, caballeros; pero, con escasas excepciones, estos títulos de nobleza y de caballero fueron conseguidos mediante el servicio activo, en vez de como se conseguía originalmente en Prusia la categoría de junker. A menudo, un coronel era nombrado caballero o se le concedía el título de comendador de la Orden del Baño (CB), mientras que un general de división ciertamente sería nombrado caballero y un general exitoso llevado a la nobleza. El coronel Wellesley se convirtió en el coronel sir Arthur Wellesley KB (caballero de la Orden del Baño) en septiembre de 1804; el teniente general sir Arthur Wellesley se convirtió en vizconde Wellington de Talavera en agosto de 1809; como general se convirtió en conde Wellington en febrero de 1812 y en marqués de Wellington en septiembre de ese mismo año y, como mariscal de campo, se convirtió en duque de Wellington en mayo de 1814.

Muchos oficiales eran católicos. Si bien a los católicos se les permitía unirse al Ejército como soldados desde 1741 (aunque se venían alistando desde mucho antes) seguían teniendo prohibido por ley ostentar cualquier «cargo que les diera beneficios bajo la corona», lo que significaba que no podían ser oficiales en la Royal Navy o el ejército y no podían convertirse en miembros del Parlamento o en funcionarios. Estas leyes llevaban en vigor desde la llamada Revolución Gloriosa de 1688, cuando el rey católico Jacobo II fue depuesto y reemplazado por su hija María y su yerno Guillermo de

Orange, que eran protestantes. 21

No obstante, el Ejército es una organización pragmática que quería hombres que supieran llevar el negocio y si resulta que estos eran católicos, pues bien, no importaba siempre que no lo hicieran demasiado evidente. Cada pocos años se aprobaba en el Parlamento una ley de compensación que protegía al ejército de haber quebrantado la ley al nombrar católicos como oficiales, por lo general presentada en lo más profundo de la noche, cuando no había muchos parlamentarios presentes y unida a algún tipo de legislación sobre algún tema que no interesaba a nadie, como el equivalente de entonces a las energías renovables actuales. Por lo tanto, como una de las pocas salidas de un caballero católico era el ejército, en las familias y colegios católicos se desarrolló la tradición de encontrar oficiales para el ejército; una tradición que ha continuado hasta el día de hoy, excepto que hoy día no hay ninguna prohibición que impida a un católico ejercer ningún cargo, excepto los de primer ministro y monarca. En el 2012 los católicos eran solamente algo más del 8 por ciento de la población del Reino Unido, pero lo eran el 20 por ciento de los oficiales del ejército, con los colegios de Downside, Douai, Ampleforth, Stoneyhurst y otros que proporcionaban un flujo constante de candidatos a Sanhurst.

Por anacrónico que nos pueda parecer hoy día a nosotros —como les parecía a algunos incluso entonces— el sistema británico producía un cuerpo de oficiales efectivo. Evidentemente, había oficiales vagos, incompetentes e incluso cobardes; pero eran pocos y en 1815 ya habían sido erradicados, bien por mera presión de sus pares, persuasión, traslados a teatros no operativos o —raras veces— expulsiones propiamente dichas. 22 En los primeros días de la Guerra de la Independencia incluso hubo casos de oficiales en los que no se confiaba que fueron encontrados muertos tras la batalla con una bala de mosquete en la espalda. Los hombres que se convertían en oficiales habían sido criados convencidos de que estaban destinados a dirigir —en la sociedad, en la política, en la Iglesia, en la gerencia de propiedades o en el ejército— y nunca se les hubiera ocurrido que no lo estuvieran. Era una creencia que llevaban bien dentro y, en una época en la que muy pocos se consideraban tan buenos como sus señores, el sistema de clases sociales se repetía en el ejército en la relación oficial-soldado. Los oficiales generales británicos eran más capaces de pensar estratégicamente que sus equivalentes franceses porque sus horizontes mentales no estaban limitados por el tiempo pasado entre las filas o —al menos durante los primeros días de la Revolución— por el miedo a ser ejecutados si se equivocaban. De igual modo, los oficiales menores de Wellington dependían menos del ejército para ganarse la vida que sus homónimos franceses y, por lo

tanto, estaban más preparados para tener iniciativa, incluso si a menudo eso les valía una severa reprimenda por parte del duque. Además, un estudio de los orígenes y antecedentes de los oficiales británicos en los años anteriores a Waterloo demuestra que eran exactamente el mismo tipo de personas que se alistan como oficiales hoy día, con la diferencia de que los oficiales actuales se convierten en tales tras una selección rigurosa y un entrenamiento intensivo, a mucha más edad, y no son nombrados caballeros a menos que tengan muchísima veteranía. 23

El ejército británico nunca había sido lo bastante grande como para necesitar el nivel de mando de cuerpo de ejército —en el campo de batalla el comandante puede encargarse con facilidad de mandar el limitado número de divisiones directamente—; pero ahora que Wellington estaba al mando del ejército aliado —el cual incluía holandeses-belgas, hanoverianos y otros— fue dividido en tres cuerpos de ejército. Dos de ellos serían mayormente de infantería con artillería como apoyo, mientras el tercero incluiría toda la caballería. Wellington nombró al príncipe de Orange para que mandara el I cuerpo de ejército, cumpliendo así el acuerdo con el rey de los Países Bajos de que su hijo recibiría un mando de importancia. Era el cuerpo de ejército que Wellington consideraba que realizaría la mayor parte de los combates y donde él personalmente pasaría la mayor parte del tiempo: el duque era muy consciente de la inexperiencia del príncipe y no tenía intención de permitirle que hiciera nada por iniciativa propia.

Para mandar el II cuerpo de ejército, Wellington seleccionó al teniente general lord Hill. Un hombre de Shropshire, Rowland Hill (barón Hill desde el final de las hostilidades en 1814) tenía cuarenta y tres años en 1815 y era uno de dieciséis hermanos, seis de los cuales, incluido él mismo, sirvieron en la guerra, bien al servicio de los británicos o de los portugueses. Adquirió un despacho de alférez en el 38.º a pie en 1790, con dieciocho años. El año siguiente se convirtió en teniente mediante compra y en 1792 se trasladó al 53.º a pie, siendo ascendido a capitán sin compra en 1793 al haber reclutado una compañía de infantería. En 1794 ayudó a Thomas Graham, 24 posteriormente general lord Lyndoch, a reunir el 90.º a pie, convirtiéndose en mayor y luego en el oficial al mando del batallón como teniente coronel, ambos ascensos libres de compra. Coronel en 1798 y general de división en 1805, sirvió en Egipto y en el estado mayor de sir John Moore, mandando una brigada en la retaguardia durante la evacuación de La Coruña. Se unió al ejército de Wellington en Portugal en 1809 y sirvió con él durante la guerra, primero como comandante de brigada y después de división. Su preocupación por el bienestar de sus hombres y su condena del lenguaje subido de tono le valieron el apodo de Daddy Hill («papaíto Hill»), que no era

demasiado apropiado; pues si bien se mostraba diligente a la hora de cuidar de sus tropas, también podía mostrarse despiadado en la consecución de un objetivo militar. Teniente general en 1811, nombrado caballero en 1812 y ennoblecido en 1814, era uno de los pocos generales en quienes Wellington confiaba con un mando independiente, sabedor de que seguiría estrictamente las instrucciones recibidas y no se entretendría en jueguecitos particulares; algo que demasiados oficiales se habían sentido inclinados a hacer, aunque para entonces la mayoría habían aprendido la locura que suponía interpretar las órdenes del duque de tal modo que se ajustaran a sus propias preferencias.

Al mando del cuerpo de ejército con la caballería estaba el teniente general conde de Uxbridge. A pesar de su título, no era el vástago de un largo linaje de antepasados nobles; había nacido Henry William Bayly en 1768, el mayor de doce hermanos, heredó el título de barón de un pariente lejano, se cambió el nombre y se elevó al condado de Uxbridge en 1784. Al estallar la guerra contra Francia reclutó un regimiento, el 80.º a pie, principalmente con sus arrendatarios galeses, y compró rápidamente su ascenso por entre los rangos permanentes, convirtiéndose en teniente coronel en 1795, cuando contaba con veintisiete años de edad y estaba al mando del 7.º de dragones ligeros. A pesar de su meteórico ascenso al mando de un regimiento, demostró verdadera habilidad —algo que no siempre era prerrogativa de los comandantes de caballería de la época— y tenía alguna experiencia, pues había mandado una brigada de infantería en Flandes en 1794 como el coronel (temporal) del regimiento que había reclutado. Lo hizo bien a las órdenes de sir John Moore en España y en la retirada a La Coruña, y junto a otro jinete de la frontera galesa, sir Stapleton Cotton (posteriormente mariscal de campo vizconde Combermere), probablemente fuera el más competente comandante de caballería de la época. A menudo, se achaca que no sirviera a las órdenes de Wellesley/Wellington en la Península al hecho de que abandonara a su esposa para fugarse con la del hermano pequeño de Wellington, un gran escándalo en su momento; pero es más probable que se debiera a que tenía más antigüedad que Wellington. 25 En 1815, cuando Wellington se había convertido en mariscal de campo y Uxbridge seguía siendo teniente general, esa dificultad ya no existía.

Para mandar la artillería, Wellington hubiera querido contar con uno de los comandantes de su artillería peninsular, pero no había ninguno disponible y le tocó al coronel sir George Adam Wood. 26 Wood se graduó en la Real Academia Militar de Woolwich en 1781, con catorce años de edad, y es indicativo de un sistema donde la promoción era estrictamente por antigüedad en vez de mediante compra que, a pesar de servir en numerosas campañas con distinción,

fuera alférez durante nueve años, teniente durante diez y capitán durante seis hasta que finalmente alcanzó el rango de teniente coronel en 1808, con cuarenta y un años, tras llevar en servicio activo veintisiete años. Fue nombrado caballero en 1812 y, tras haber servido en las campañas del norte de Europa en 1813 y 1814, fue ascendido a coronel brevet . [27] Como Wellington no conocía a Wood y tenía ideas muy firmes sobre la artillería, el comandante de la real artillería tenía, de hecho, escasa capacidad de decisión.

El ejército prusiano hacía las cosas de modo diferente. Antes de las reformas posteriores a Jena, si bien no había compras, los despachos de oficial en el ejército quedaban restringidos a los alemanes de familia noble, mientras que para la clase de los junker era obligatorio que sus hijos sirvieran en el ejército. No obstante, en el ejército reformado, los despachos de oficial estaban abiertos a todos los candidatos de mérito, dando así a las clases medias, hasta entonces excluidas, la posibilidad de participar en el sistema. En realidad, el patronazgo y las conexiones familiares contaban mucho; pero el sistema de entrenamiento prusiano aseguraba que en general los oficiales conocieran su oficio y, de hecho, fue el cuerpo de oficiales el que mantuvo unido durante la campaña de Waterloo a lo que por otro lado era un ejército muy inexperto. Al contrario que cualquier otro ejército de la época, los prusianos concedían gran atención al entrenamiento de los oficiales de estado mayor y, si bien el gran estado mayor no se formó hasta 1814, el entrenamiento para él había estado funcionando de forma formal en la Academia para jóvenes oficiales de la infantería y caballería de Berlín desde 1808. A los graduados de la Academia se les daba un puesto de «adjuntos» —oficiales de estado mayor— en todas las formaciones y se convertirían, como diría von Moltke en una era posterior, en el sistema nervioso del ejército. Como durante la ocupación francesa a los prusianos se les prohibió formar divisiones, tenían brigadas muy amplias —de entre ocho y diez batallones, comparados con los tres o cuatro de las británicas— con comandantes elegidos según su antigüedad. Esto no era tan malo como pudiera parecer, pues la admisión en los rangos superiores del ejército prusiano (de coronel para arriba) dependía de la educación.

Para la campaña de Waterloo, el ejército prusiano tomó bajo su ala a los ejércitos de los estados alemanes del norte, muchos de los cuales habían estado ocupados por los franceses durante muchos años y ahora habían sido absorbidos por Prusia. No todos estaban felices de encontrarse bajo mando prusiano —de hecho, los renanos, que se consideraban los más cultos de los alemanes, consideraban a los prusianos poco más que bárbaros— y el contingente sajón causaría tantos problemas que sería enviado a casa mucho antes de las batallas.

El ejército de Blücher estaba dividido en cuatro cuerpos de ejército. El I cuerpo de ejército estaba al mando del teniente general (generalleutnant) Hans Ernst Karl von Ziethen. De cuarenta y cinco años de edad, había destacado como líder de la caballería y oficial de estado mayor (por lo cual fue ascendido pronto a mayor). En Jena era coronel, general de división a partir de 1813 y teniente general en 1815. Poseedor de la Pour le Mérite , 28 la principal condecoración militar, y de la cruz de Hierro (tanto de primera como de segunda clase), 29 era uno de los pocos oficiales superiores que no fue degradado tras los desastres de 1806.

El general de división Georg Dubislav Ludwif Pirch mandaba el II cuerpo de ejército y se le suele conocer, siguiendo a los prusianos, como Pirch I, para diferenciarlo de su hermano menor, Pirch II, que era comandante de una brigada en el I cuerpo de ejército. Nacido en Magdeburgo en 1763, Pirch procedía de un largo linaje de oficiales del ejército prusiano. Alférez en 1780, capitán en 1795 y comandante en 1797, hasta entonces había pasado la mayor parte del tiempo en el estado mayor, lo que explica en parte su lento ascenso a capitán (cuando tenía treinta y dos años), aunque no está claro si ello se debió a que los comandantes no querían perder a su capitán de estado mayor (lo cual sucedería si era ascendido) o porque no había tenido la oportunidad de demostrar lo que era capaz de hacer al mando de tropas en el campo de batalla. Fue capturado en Jena en 1806 y pasó dos años como prisionero de guerra, antes de ser ascendido a teniente coronel al ser liberado y entregársele el mando de un regimiento. Era coronel en 1812 y se convirtió en general de división en 1813. Poseedor de la Pour le Mérite y de ambas clases de la cruz de Hierro, obtuvo el mando del cuerpo de ejército en mayo de 1815, después de que el anterior comandante, el teniente general Ludwig von Borstell, sufriera un consejo de guerra y fuera expulsado por el tratamiento dado a las amotinadas tropas sajonas.

El comandante del III cuerpo de ejército era el teniente general freiherr Johan Adolf von Thielemann. Un sajón nacido en Dresde en 1765, posee la distinción de haber conseguido alabanzas por su actuación luchando tanto a favor como en contra de Napoleón. Como Sajonia se opuso a Francia hasta 1806, Thielemann, que se había unido al ejército sajón en 1782, luchó contra los franceses, y cuando Sajonia se alió a Francia en 1806, luchó por Francia, siendo ascendido desde coronel hasta general de división y luego a teniente general en el mismo año, 1810. Dirigió una brigada de caballería en Borodino durante la campaña de Rusia en 1812, ganándose grandes alabanzas de Napoleón y el premio de freiherr del rey de Sajonia. En 1813 obedeció las órdenes de su rey y entregó sus tropas a los franceses, pero él se pasó a los prusianos y luchó por ellos en las campañas de

1813 y 1814, antes de convertirse en teniente general del ejército prusiano en 1815.

El IV cuerpo de ejército estaba mandado por uno de los generales de más antigüedad del ejército prusiano. Por debajo solamente de Blücher en Flandes y por encima de Gneisenau, el jefe del estado mayor, el general (general der infanterie) Friedrich Wilhelm Bülow, graf von Dennewitz, nació en 1755 y se unió al ejército prusiano como cadete con trece años de edad, recibiendo su despacho de oficial en 1773. Veinte años después seguía siendo capitán, pero cuando llegó la guerra y ganó la Pour le Mérite , comenzó a ascender. Coronel al mando de un regimiento (equivalente a una brigada británica) en 1807, general de división en 1808 y teniente general en 1813 al mando de una brigada, en 1814 fue nombrado general por el rey de Prusia, que también lo ennobleció como graf . Era conocido como un buen comandante militar, pero excesivamente directo, carente de tacto, sincero en sus opiniones y de genio vivo, que no haría sencillo para Gneisenau tratar con él. Extrañamente, quizá, porque las características no parecen complementarias, era un músico destacado.

Los prusianos tuvieron inmensos problemas para encontrar suficiente caballería para la campaña, sobre todo suficientes caballos. Inevitablemente, los tratantes de equinos duplicaron sus precios en cuanto supieron que el ejército estaba interesado, y en un momento dado, los prusianos tuvieron que amenazar a los vendedores polacos con que, a menos que cargaran un precio razonable, sus caballos serían requisados. 30 En parte como resultado de esto, no hubo caballería pesada prusiana en el ejército del Bajo Rin, solamente dragones ligeros, húsares y ulanos (lanceros). Los cuadros de organización prusianos otorgan a cada cuerpo de ejército una brigada de caballería (al igual que las brigadas de infantería, estas eran mucho más grandes que sus equivalentes británicos) y cada brigada de infantería tenía por lo general dos escuadrones a su mando para labores de descubierta y escolta. De modo que Blücher no tenía reserva central de caballería, al contrario que Napoleón y Wellington. Como era de esperar, los prusianos también tuvieron problemas para encontrar suficientes caballos para su artillería, pero el mando estaba a cargo de un experimentado oficial de treinta y seis años, el príncipe Friedrich Wilhelm Heinrich August de Prusia, un primo del rey que, como parte de la profunda reforma del ejército prusiano, había sido el responsable de la modernización del arma de artillería.

Un aspecto interesante del militarismo prusiano, posteriormente alemán (y de no haber sido militaristas, Mark Brandenburg y Prusia no hubieran sobrevivido), puede apreciarse mirando los nombres de los comandantes prusianos, al nivel de regimiento y por encima, en la campaña de 1815. Bock, Falkenhausen, Kleist, Krafft, Lettow, Luck,

Lützow, Manstein, Schulenburg, Schwerin, Seydlitz, Steinmetz, Stülpnagel, Sydow, Treskow, todos precedidos por el «von», son solamente algunos de los nombres que aparecen en el ejército de Blücher, y que vuelven a aparecer en 1870, en 1914 y en 1939. Los alemanes han sido siempre buenos soldados, quizá los mejores de Europa, y uno de los principales motivos ha sido que hubiera una casta hereditaria de oficiales para dirigirlos.

1 Jean-Roch Coignet, *Vingt ans de grogne et de gloire avec l'empereur* , Saint-Clair, París, 1965 (reimp.). Sus memorias, pese a haber sido escritas en 1831, mucho después del acontecimiento, ofrecen una fascinante, si bien un tanto adornada, perspectiva de la vida de un soldado de la Grande Armée.

2 No le sirvió de mucho. John Churchill, posteriormente primer duque de Marlborough, que fue sacado de la oscuridad por Jacobo, convertido en general y al que le concedió todo tipo de financieramente gratificantes sinecuras, se volvió contra su señor en cuanto le convino hacerlo.

3 Cuartel general y oficina del comandante en jefe, así llamado porque el edificio estaba orientado hacia el desfile de los guardias a caballo en Londres.

4 Hoy día la edad mínima para ingresar en la Real Academia Militar de Sandhurst es de dieciocho y la máxima, con algunas excepciones, es de veintiséis.

5 Hoy día, de nuevo con unas pocas excepciones para especialistas u oficiales ascendidos desde las filas, en el ejército británico un oficial se pasa cinco años como subalterno (alférez y teniente) y, como media, otros cinco como capitán antes de ser ascendido a comandante. Hay exámenes para el ascenso a capitán y comandante, mientras que los oficiales para ser ascendidos a comandante son elegidos por un comité. Los graduados universitarios pasan solamente dos años y medio como subalternos.

6 Las cifras de las compras y las pagas están tomadas de Charles James, *The regimental companion* , 3 vols., impreso para T. Egerton en la Military Library Whitehall, Londres 1800-1815 (publicación anual).

7 ¡Ja!

8 B. R. Mitchell, *Abstract of British historical statistics* , Cambridge University Press, Cambridge, 1962.

9 Alison McBrayne (ed.), *The letters of captain John Orrok* , edición del autor, 2008.

10 Gore había recibido el mando del 33.º de manos de Arthur Wellesley y, como general de división, resultó muerto en marzo de 1814 en Bergen op Zoom.

11 *The Gentleman's Magazine* , 1810, citado en Anthony Bruce, *The purchase system in the British army, 1660-1871* , Royal Historical Society, Londres, 1980.

12 General intendente adjunto J. McLeod, *Regulations for the admission of gentleman Cadets into the Royal Military Academy Woolwich* , sin fecha, pero se considera que de 1793.

13 El rango era permanente y no podía quitarse excepto por mandato real. Un rango en funciones daba a su poseedor la paga y privilegios del rango, pero podía requerírsele que volviera a su rango inferior si se trasladaba a un puesto no pensado para el superior. El rango provisional se concedía para un propósito concreto, en ocasiones por poco tiempo, y conllevaba los privilegios, pero no la paga.

14 La milicia era una fuerza de defensa nacional cuyo objetivo era que las tropas regulares pudieran ser utilizadas en el extranjero. Los despachos de oficial eran concedidos por el lord teniente del condado sin necesidad de comprarlos, mientras que las clases eran elegidas de forma obligatoria mediante sorteo, para reunir un número determinado de protestantes de cada condado. El último oficial que utilizó este sistema para unirse al ejército regular fue John French, posteriormente mariscal de campo conde French de Ypres, comandante de la Fuerza Expedicionaria británica desde 1914 hasta diciembre de 1915. Se

unió a la milicia de Suffolk en 1870 con esa idea en mente, si bien para cuando fue realmente transferido, las compras acababan de ser abolidas y la necesidad de llevar consigo reclutas hacía mucho que había pasado.

15 Los libros de Kindcaid, *Adventures in the rifle brigade* (Aventuras en la brigada de fusileros) y *Random shots of a rifleman* (Disparos al azar de un fusilero), publicados originalmente en 1830 y 1835 y reimpresos en numerosas ocasiones desde entonces, ofrecen uno de los mejores relatos sobre la vida militar en el ejército del rey Jorge, desde Walcheren hasta Waterloo.

16 Se trata del mismo porcentaje que encontramos hoy día en un batallón de la infantería británica de línea: dos intendentes y el MTO (oficial de transporte mecánico).

17 En 1837, como coronel retirado, publicó los despachos del duque de Wellington, doce volúmenes más un índice; una tarea enorme, la tensión de la cual se pensó que fue la causa de su suicidio en 1845.

18 Escribió una excelente historia de la caballería británica, una tarea repetida por su descendiente actual, Georges Charles Henry Victor Paget, marqués de Anglesey (*A history of the British cavalry, 1816-1919* , 8 vols., Leo Cooper, Londres, 1973-1996).

19 Este autor siempre se ha sorprendido por el elevado número de hijos del clero que se convertían, y se siguen convirtiendo hoy, en oficiales; quizá se trate de una reacción a eso de poner la otra mejilla y no decir palabrotas.

20 Algunas cosas no cambian.

21 Este autor considera que, a pesar de las restricciones emanadas de las Test Acts y de la Ley de Sucesión, Inglaterra no era anticatólica, sino antiextranjera, lo cual no es lo mismo. La Reforma de la década de 1530 tuvo mucho más que ver con el control —¿quién gobernaba Inglaterra, el rey o el papa?— que con la teología y no fue sino el final de una sospecha con cientos de años de antigüedad respecto a un papado dominado por los franceses. Lo que terminó con Jacobo II no fue su catolicismo —sus sucesores inmediatos fueron protestantes—, sino que cuando contaba una edad avanzada tuviera un hijo con su católica segunda esposa, María de Módena, lo cual generó miedo a una sucesión dominada por extranjeros. Después de todo, solamente ha habido un papa inglés.

22 Expulsar a alguien era difícil, porque un despacho de oficial era una propiedad personal de la que no se podía privar a alguien fácilmente. En España, incluso Wellington se mostró reluctante a despedir a oficiales superiores considerados incompetentes, pidiéndole a menudo al duque de York que les encontrara otros puestos en Gran Bretaña o Irlanda.

23 Hoy día, aproximadamente uno de cada tres tenientes generales (de los cuales no hay muchos) recibe el título de caballero. En 1815, todos los tenientes generales en activo en la Lista del Ejército eran caballeros de un tipo u otro.

24 Graham, nacido en 1748, era un terrateniente escocés cuya esposa fue retratada por Gainsborough. No tuvo ninguna conexión con el ejército hasta que llevó a su esposa al continente por motivos de salud, donde esta murió en 1792 (probablemente de «tisis»: tuberculosis). Su resentimiento ante el trato dado al ataúd de su esposa por unos revolucionarios franceses borrachos convirtió una chispa de interés militar en una llama de patriotismo, por lo que reclutó el 90.º regimiento a sus expensas, y así se convirtió en su coronel... un rango provisional. A pesar de tomar parte en varias campañas, el Horse Guards no se desvió de las normas y se negó a convertir el rango en permanente. Solamente tras su actuación en la retirada hacia La Coruña y un supuesto deseo expresado por sir John Moore en su lecho de muerte que enterneció al duque de York lograron que Graham se convirtiera en general de división en 1810, con carácter retroactivo a 1803. Bajo Wellington, en la Península, fue un muy competente comandante de división.

25 Ambos se convirtieron en generales de división en 1802 y en tenientes generales en 1808, pero Uxbridge estaba cinco puestos por encima en el escalafón (si bien habría tenido que esperar mucho más de no haber querido el Horse Guards ascender a Wellesley, y con él a

todos esos generales de división más veteranos que él).

26 Dickson, su oficial de artillería preferido, estaba en Norteamérica; pero regresó justo a tiempo para Waterloo. Como por fuerza había regresado a su rango real de capitán, no fue sino el segundo al mando de una tropa (batería) de seis piezas durante la batalla... una especie de bajón tras haber mandado 8.000 hombres, 4.000 caballos y 200 piezas de artillería en la Península. No obstante, Wellington le concedió el mando del tren de asedio que apoyó a los prusianos en su avance hacia Francia tras Waterloo.

27 Un ascenso *brevet* era un modo de reconocer la habilidad: el hombre recibía el rango y las prestaciones (aunque no la paga), pero seguía empleado en puestos de su rango anterior (en este caso teniente coronel). Fue abolido en el ejército británico a comienzos de la década de 1960.

28 Creada por Federico el Grande en 1740, la *Pour le Mérite* se entregaba a los oficiales por un «excepcional logro personal». A menudo es comparada (erróneamente) con la cruz Victoria, que solamente puede ser otorgada por valentía frente al enemigo. En 1842 se instauró una versión civil, que todavía existe. La versión militar desapareció con la abdicación del último rey-emperador Hohenzollern en 1918.

29 Creada por Federico Guillermo III de Prusia en 1813 como una condecoración al valor, fue abolida, junto con el resto de las condecoraciones militares alemanas, en 1945. Recientes intentos del ejército alemán por reinstaurarla han fracasado debido a las (equivocadas) alegaciones de que era una medalla nazi. Si la gente estudiara historia...

30 Los polacos siempre tuvieron debilidad por Napoleón y le proporcionaron algunas de sus mejores tropas. Fue el primero en darles una Constitución y, si bien el Gran Ducado de Varsovia era un Estado cliente francés, dio a los polacos mucha más independencia de la que habían tenido hasta entonces.

5. LOS SOLDADOS

Durante la primera encarnación de Napoleón como emperador, su ejército era multinacional. Evidentemente, la columna vertebral de este era francesa; pero había regimientos de holandeses, belgas, húngaros, italianos, polacos y alemanes de la Confederación del Rin. Ahora esos contingentes estaban sirviendo con los Aliados y, con unas pocas excepciones —polacos, unos pocos húngaros y algún alemán que otro—, el ejército era por completo francés. Bastante más de la mitad de los soldados eran veteranos, bien los que servían en el reducido ejército de la restauración borbónica o veteranos licenciados que habían servido con Napoleón antes de su primera abdicación y se habían alistado de nuevo en cuanto habían podido; de estos últimos había unos 75.000. Otros eran prisioneros de guerra liberados de Dartmoor, de carracas en el Támesis, de España y Rusia. En torno a 200.000 prisioneros de guerra habían regresado después de abril de 1814, si bien muchos de ellos médicamente no eran aptos para el servicio.

En lo que resultaba raro para el ejército francés, menos de la mitad del Ejército del Norte, como fue bautizado el ejército galo para la campaña que se aproximaba, eran reclutas obligatorios. El ejército Borbón anterior a 1789 estaba formado por profesionales, muchos de los cuales no eran franceses en absoluto, sino suizos, que tenían entre ocho y veinte años. La recluta obligatoria, el «impuesto de sangre», fue introducida por la Revolución. Siempre fue impopular y las fugas eran muy habituales. Si bien la resistencia violenta, con palizas a los gendarmes enviados a realizar la leva, había disminuido, los desertores y evadidos podían estar seguros de recibir comida y cobijo, sobre todo en las zonas rurales. Técnicamente, todo varón de entre dieciocho y cuarenta años de edad tenía que registrarse y los solteros de entre veinte y veinticinco años de edad (ampliados hasta los treinta años tras el regreso de la isla de Elba) eran elegibles para ser llamados a filas; pero como no todos eran necesarios, el número requerido era elegido mediante sorteo en cada zona. Como primer cónsul y luego emperador, hasta 1814 Napoleón, o mejor dicho su Administración, llamó a filas a 2,5 millones de franceses, de los cuales solamente en

torno a 1,3 millones sirvieron realmente en el ejército. No todos los ausentes eran «no presentados»: algunos no pasaban los rudimentarios exámenes médicos (o pagaban a los doctores para no pasarlos), algunos se valieron de falsificadores que vendían certificados de licenciamiento, algunos se casaron tras quedar registrados y algunos no alcanzaron la altura mínima. Un hombre escogido mediante sorteo podía evitar el servicio pagando una multa, que variaba entre 1.800 y 4.000 francos, o entre 76 libras y 160 libras al cambio de la época, y luego encontrando y pagando a otro para que ocupara su lugar. Si bien tanto los revolucionarios como Napoleón consideraban la recluta obligatoria un medio de distribuir la carga de la guerra de forma uniforme entre toda la nación, en realidad solamente los pobres eran reclutados. A su regreso de Elba, Napoleón prometió no volver a instaurar el reclutamiento obligatorio; pero cuando sus intentos de paz quedaron en nada, no tuvo muchas más opciones, describiéndolo como algo que detestaba, pero que aseguraba la seguridad del Estado. La «quinta» de 1815, aquellos nacidos en 1797, suponía 150.000 hombres si todos se incorporaban. En la práctica, durante todo el período napoleónico, en torno a uno de cada quince habitantes rurales ingresó en las filas, y en torno a uno de cada siete en zonas urbanas, donde evadirse era más difícil. En tiempos de paz —en realidad solamente la corta Paz de Amiens, entre marzo de 1802 y mayo de 1803— el período de servicio de los reclutas variaba entre uno y cinco años, mientras que en tiempos de guerra era indefinido… hasta el final de las hostilidades.

Si bien los exsoldados estaban razonablemente bien equipados, los reclutas obligatorios llamados en abril y mayo de 1814 carecían de todo excepto de lo que llevaban consigo cuando se unieron a sus regimientos. Las fábricas de Francia funcionaron magníficamente a la hora de producir uniformes, equipo y armas. Solamente en París eran entregados cada semana 1.250 uniformes y 1,5 millones de cartuchos. Para cuando comenzó la campaña, la mayoría de los hombres tenían al menos un par de botas, una chaqueta azul y un chacó. Si bien hubo regimientos de línea destinados como batallones de entrenamiento para los nuevos reclutas, había poco tiempo para ello y la mayoría de los regimientos situaron a sus reclutas directamente en las compañías de línea existentes, con un soldado veterano destinado a entrenarlos. Inevitablemente, los veteranos tenían poca paciencia con los novatos: los abusos abundaban, a muchos les timaron al llegar las pocas monedas que tenían, muchos eran esos inocentes campesinos a los cuales se enviaba al almacén del intendente con instrucciones de «recoger un perchero» y la mayoría se quedaban con la boca abierta con las historias de gloria y proezas en campañas cobradas y batallas luchadas, sin duda adecuadamente adornadas. Sucedía lo mismo en

todos los ejércitos... y sigue sucediendo en algunos.

Dado que el ejército prerrevolucionario había sido relativamente pequeño, había pocas barracas, por lo que el directorio tuvo que hacer uso de iglesias, conventos y monasterios, de los cuales habían sido expulsados sus legítimos habitantes. Los reclutas se encontraron estabulados en esos insalubres y estrechos acomodos de ventanas diminutas, esperándose de ellos que compartieran un jergón en un suelo enlosado de piedra con al menos un compañero; además, dado que el mobiliario original había sido saqueado o utilizado como combustible, no había nada donde sentarse excepto montones de paja; claro, que tampoco es que los reclutas tuvieran mucho tiempo para sentarse. Una opción más saludable era un campamento de tiendas, y así es como fueron acomodadas muchas de las unidades en torno a París, al igual que lo fueron los hombres de la recientemente ampliada Guardia Nacional que habían sido absorbidos por el ejército. Pero la vida en las barracas, ya fuera en conventos o en tiendas, no era saludable y la mayoría de los soldados estaban encantados cuando los ordenaron que marcharan al frente. Mientras tanto, el entrenamiento para los reclutas pos-Elba solamente pudo ser rudimentario: marchas para fortalecer los pies y acostumbrar la espalda a cargar con el peso del propio equipo colgado de correajes de cuero blanco, alguna instrucción básica en movimientos de batalla y prácticas de disparo con el mosquete. Como la pólvora y disparar resultaban caros, a los hombres se les entregaron tacos de madera en vez de pedernal, de modo que pudieran practicar la carga y el disparo sin realmente llegar a hacerlo.

El organigrama normal para una compañía de infantería de línea y un escuadrón de caballería era de cinco sargentos, diez cabos, ciento cuatro soldados y dos tamborileros o cornetas. Los suboficiales siempre eran regulares y, por lo general, tenían una larga hoja de servicios; de hecho, en muchos casos los ascensos, teóricamente solo por méritos, eran por antigüedad. En el ejército monárquico, el rango de suboficial era señalado por el tipo de cordón que llevaba un soldado, o el color del encaje de sus charreteras; pero esto resultaba confuso en un ejército ciudadano, por lo que se introdujo un sistema mucho más sencillo y evidente, según el cual los cabos llevaban un galón rojo con la punta hacia arriba por encima del puño, los sargentos uno dorado y los sargentos primeros dos dorados, un sistema cuyo principio no tardaron en copiar los británicos. En teoría, la paga de los soldados era razonablemente buena, siempre y cuando llegara. Un sargento regular de infantería recibía 1,69 francos al día, o 24,67 libras al año, mientras que los emolumentos anuales de un soldado normal ascendían a 9,05 libras. Lo cual podemos comparar con las 111,80 libras del salario anual de un capitán, bastante menor

que las 191,62 libras de un capitán británico, y las enormes 1.600 libras para un mariscal. 1 Los reclutas recibían considerablemente menos.

La disciplina en el ejército francés de Napoleón era menos aleatoria de lo que lo había sido en los ejércitos revolucionarios. Los hombres podían ser ejecutados por un pelotón de fusilamiento, pero este parece haber sido el castigo recibido por oficiales sospechosos de deslealtad más que por sus soldados debido a ofensas puramente militares. No obstante, algunos de los castigos del antiguo ejército borbónico seguían existiendo. La crapaudine requería que al felón se le ataran las piernas a los muslos y fuera dejado tumbado durante un período de tiempo determinado, mientras que la barre implicaba atar al hombre a un armón de artillería y dejarlo al aire libre sin comida ni agua; un hombre podía ser sentenciado también al silo , o confinamiento en condiciones desagradables, el cual podía no ser más que un agujero cavado apresuradamente en el suelo. Si bien en algunos aspectos de la disciplina militar los franceses, al representar una muestra más amplia de la sociedad que sus equivalentes británicos, se comportaban mejor, la incidencia de las violaciones era considerablemente más alta en el servicio francés. Esto puede que se debiera a que el soldado británico dejado a su albedrío tendía a buscar y consumir grandes cantidades de alcohol primero, antes de que su pensamiento se volviera hacia las mujeres, mientras que las ambiciones francesas eran al contrario.

La elite del ejército napoleónico era la Guardia Imperial. Formada originalmente para proteger al Directorio, pasó de Consular a Imperial y, a pesar de haber sido reducida en importancia y tamaño por la restaurada monarquía, se las había ingeniado para mantener sus tradiciones y brío, si bien gran parte de él no se veía, al menos mientras los monárquicos estaban mirando. Una vez regresado Napoleón, la Guardia recuperó su categoría, si bien no su tamaño original, que en 1813/1814 había llegado a ser de casi una tercera parte del ejército. Los requisitos para ingresar en la Guardia eran estrictos. Para la Vieja Guardia los hombres debían tener diez años de servicio, incluido servicio en operaticiones, y haber sido calificados de «excelentes». Para la flor y nata, el 1.º y 2.º regimientos de granaderos de infantería de la Vieja Guardia y el 1.º y 2.º regimientos de granaderos a caballo, los hombres tenían que medir al menos 1,80 metros de altura (si bien en etapas posteriores este requisito fue relajado unos 5 centímetros aproximadamente, sobre todo para la caballería cuando los caballos pesados eran difíciles de encontrar). Las patillas de boca de hacha con bigote eran obligatorias, así como una coleta atada con un lazo negro. Tanto la infantería como la caballería llevaban un alto sombrero de piel de oso con una placa de metal con

el águila y las insignias napoleónicas, y eran los únicos en el ejército francés que mantenían el engrasado y empolvado del cabello. La Guardia era casi un ejército independiente en sí misma, con infantería, caballería, artillería e ingenieros propios, estando dividida en Vieja, Media y Joven Guardia, dependiendo de la duración de su servicio; la Vieja Guardia proporcionaba los batallones de infantería ligera, si bien no está claro si la expresión «Media Guardia» era una nomenclatura oficial o sencillamente un término coloquial para el 3.º y 4.º regimientos. Antes de la primera abdicación de Napoleón, la Guardia también tenía una función de entrenamiento, con regimientos de línea rotando por la Guardia antes de retornar a la línea con sus estándares mejorados; pero antes de Waterloo no hubo tiempo de reintroducir esta costumbre.

Los soldados rasos de la Guardia recibían más paga que los sargentos del resto del ejército —912,50 francos, o 36,50 libras al año — y los comandantes de regimiento de la Vieja Guardia eran brigadieres en vez de coroneles. Tenían un uniforme de mejor calidad, y mucho más caro, que el de ninguno e incluso un mosquete especial con placas muy pulidas en cachas y culata. No solamente la paga era considerablemente mejor que en de las unidades de línea, también sus raciones, barracas y todo tipo de prestaciones y privilegios eran muy superiores a las de cualquiera, lo que naturalmente dio lugar a un considerable resentimiento y celos. Para el resto del ejército, los hombres de la Guardia eran «los Inmortales», que no morían porque no luchaban. Esto no era del todo justo, pues la Guardia siempre era conservada como reserva, para arrancar una victoria, o al menos un empate, de un desastre inminente, o para administrar el golpe definitivo en caso de que la batalla pareciera estar punto de decantarse a un lado u otro. Cuando luchaban lo hacían con gran valentía y una tenacidad casi fanática, con lealtad personal al emperador más que al Estado. Para la inminente campaña, la Guardia reunió veintidós batallones de infantería, cuatro regimientos de caballería y noventa y seis piezas de artillería, de doce-libras y de ocho-libras. La Guardia sería la última en deponer las armas en Waterloo.

Para el ejército británico nunca resultó sencillo encontrar soldados y, a pesar de que no había recluta obligatoria para el ejército regular, esto no significa que no hubiera otros medios de obligar, muchos de ellos económicos. Las autoridades tenían que confiar en la persuasión,

y ocasionalmente en la coerción, para atraer a suficientes hombres como para formar el número de unidades necesarias para luchar en la guerra. Gran Bretaña tenía un imperio, que necesitaba guarniciones repartidas por el mundo, de modo que, al menos sobre el papel, el ejército siempre fue mayor del necesario solamente para luchar con los franceses. Conseguir soldados no era, como lo es hoy, una responsabilidad centralizada, sino que correspondía a los regimientos, que adoptaban diversos sistemas para tentar a los hombres a alistarse. El método más simple y habitual era enviar grupos de reclutadores por las ciudades y pueblos para hacer llamamientos al patriotismo, la avaricia, el escapismo, el amor por la aventura o simplemente la necesidad económica para conseguir el número de hombres necesarios. Por lo general, cada grupo consistía en un sargento, un tambor y dos o tres soldados veteranos, con un oficial al mando general en el condado.

Uno de los mitos más comunes sobre el ejército británico del período es que sus filas estaban repletas de criminales, inútiles, simplones y otros semejantes procedentes de las capas más bajas de la sociedad, conducidos al servicio cuando estaban borrachos o siendo engañados para que aceptaran el penique del rey mediante algún subterfugio. Si bien resulta indudable que había varios de este tipo en cada regimiento, también había hombres motivados por los atractivos de la vida militar, la perspectiva de aventura o que querían ver mundo. Los grupos de reclutamiento frecuentaban las cervecerías porque estas eran el centro de la vida social de aquellos a quienes esperaban alistar y ciertamente hubo casos de hombres atiborrados de bebida para convencerlos de que se alistaran. Los requisitos eran relativamente pocos: el hombre no debía estar ya en el ejército de la reserva (la Milicia, los Fencibles [defensores], los Voluntarios y la Yeomanry [caballería]), no tener más de treinta y cinco años de edad para la infantería de línea y la caballería (veinticinco para los guardias y la artillería) y medir al menos 1,63 metros de altura (1,73 metros para los guardias y la artillería). Dentro de las veinticuatro horas siguientes a aceptar alistarse, la persona debía presentarse ante un magistrado y declarar que deseaba hacerlo por su propia voluntad, que la decisión la había tomado estando sobrio y que no había sido sometido a ninguna amenaza. Esta era una de las reformas puestas en práctica por el duque de York para terminar con viejas costumbres como la de deslizar una moneda en la jarra de cerveza de un hombre de modo que, según la ley, había «cogido el penique» y por lo tanto tenía que alistarse, o hacer que un hombre se emborrachara tanto que el sargento reclutador pudiera afirmar que había aceptado alistarse a pesar de que el hombre no recordara haberlo hecho.

Una vez un hombre había confirmado que realmente quería ser un soldado, debía pasar por el médico. Los requisitos médicos eran extremadamente laxos. Si bien se suponía que el potencial recluta era examinado en busca de todo tipo de achaques, incluidos la oftalmia, hernias, reumatismos y «miembros dañados», muchas de las condiciones que hoy día impedirían a un hombre alistarse —mala vista, sordera, pies planos, falta de inteligencia, mojar la cama, etc., etc.— eran obviadas, siendo el único requisito médico rigurosamente aplicado que el hombre tuviera cuatro incisivos, dos arriba y dos abajo. Esto se debía a que los movimientos para cargar el mosquete requerían rasgar el cartucho con los dientes; si a un hombre le faltaba uno de los incisivos no podía cargar el mosquete y, por lo tanto, era inútil. En una época en la cual apenas se pensaba en la higiene dental y la cura de un dolor de muelas consistía en arrancar el diente responsable, los jóvenes con pocos o ningún diente eran cosa normal. Incluso con revisiones médicas extremadamente laxas, hasta el 30 por ciento de los voluntarios eran rechazados por razones médicas. 2 La población de las islas británicas en los primeros años del siglo XIX era intrínsecamente enfermiza.

Una vez pasados el magistrado y el médico, un hombre podía alistarse por siete años o veintiuno, siendo la opción de los siete años una concesión solamente para tiempos de guerra. Un indicio de lo insegura que encontraban la vida civil los potenciales reclutas de la época es que entre 1811 y el final de la guerra solamente el 10 por ciento firmaron por el período más corto. El recluta tenía derecho a una prima de reclutamiento de 10 guineas (10,50 libras) si firmaba por siete años y de catorce guineas (14,70 libras) si firmaba por veintiuno. Dos guineas se pagaban una vez el hombre firmaba, o ponía su marca, y el resto cuando llegaba al centro de instrucción de reclutas de su regimiento. Los reclutadores tenían que andar con cuidado con los bounty jumpers («atrapa primas»): hombres que cogían las dos guineas y luego desaparecían para realizar el mismo truco con otro grupo de reclutamiento. Aquellos que eran atrapados eran juzgados por un consejo de guerra (al haber firmado estaban sometidos a la ley militar) y quienes habían tentado su suerte demasiadas veces corrían el riesgo de ser ejecutados por un pelotón de fusilamiento. 3

Muchos de los reclutas —quizá la mayoría— procedían de las clases más bajas de la sociedad, pero esto no los convertía en malos soldados entonces y tampoco lo hace hoy. Los hombres procedentes de un entorno sin estructura aceptan bien los límites; les gusta saber dónde se encuentran estos, qué les está permitido hacer y qué les está prohibido. Hombres rechazados por la sociedad, que no pueden encontrar trabajo en la vida civil, que intentan desesperadamente salir adelante en una época de contracción económica, encuentran todos

que el ejército se convierte en su familia: si nadie los quiere, al menos el ejército sí. Los hombres cumplían con su deber —y al final aguantaban y morían en la línea— no por el rey y el país, pues ni el rey ni el país habían hecho nada por ellos, sino por el regimiento, sus camaradas, sus oficiales —a quienes, en este momento de la guerra, ya conocían y en los cuales confiaban— y por puro orgullo profesional.

Una vez dicho esto, resulta innegable que había una proporción de manzanas realmente podridas en el grupo, hombres que eran incorregibles y solamente podían ser mantenidos controlados hasta cierto punto mediante una disciplina brutal y el uso frecuente de los azotes. John Colborne, que sirvió durante la Guerra de la Independencia y en Waterloo al mando del 52.º de infantería ligera pensaba que había en torno a cincuenta hombres en cada batallón que eran criminales reincidentes; a algunos de ellos los magistrados les habían dado a elegir entre unirse al ejército o ir a la cárcel; otros eran borrachos, ladrones, contrabandistas o falsificadores igual de irreformables. Eran estos, decía, los hombres que iniciaban todos los actos de vandalismo, quienes instigaban el saqueo, quienes abusaban y explotaban al campesinado local y cuyo ejemplo llevaba al crimen a otros soldados que por lo demás eran de buen comportamiento. [4] En ocasiones, los excriminales podían ser un activo: cuando las raciones escaseaban había gran demanda de furtivos para atrapar liebres y cazar pájaros y, cuando al avanzar por Francia en 1814 Wellington se enteró de que los franceses no aceptaban los dólares de plata españoles, fue capaz de encontrar cuarenta «monederos» (falsificadores de moneda, una ofensa capital) entre las filas que pudieron fundir las monedas españolas y producir monedas de cinco francos francesas (hicieron su trabajo tan bien que ni siquiera hoy puede un experto diferenciar su creación del artículo genuino). No obstante, la mayoría de los crímenes militares tenía —y sigue teniendo — su origen en el consumo excesivo de alcohol.

Uno de los problemas en los primeros días de la guerra con Francia era que el ejército regular estaba en competencia directa por los reclutas con el Ejército de la Reserva y sus diferentes tipos de unidades: la Milicia, los Fencibles (defensores), los Voluntarios y la Yeomanry (caballería). En 1815 había dos tipos de milicia. La Milicia Regular, establecida mediante varias leyes de la Milicia en 1802, 1803 y 1808, era una fuerza reclutada obligatoriamente compuesta por los varones elegibles (entre dieciocho y treinta años de edad y, teóricamente al menos, protestantes) elegidos por sorteo. Tras pagar una multa de entre 20 libras y 30 libras un hombre podía encontrar un sustituto para que hiciera el servicio militar por él. La Milicia Regular era a tiempo completo, solamente podía servir en el Reino Unido y se suponía que era una fuerza de defensa interna que permitía

que las fuerzas regulares fueran enviadas al extranjero. Los hombres servían por cinco años, tras lo cual quedaban exentos hasta que les volviera a tocar el turno de nuevo. La búsqueda de sustitutos estaba muy extendida: de los 26.085 hombres incorporados en 1810, solamente 3.129 eran quienes habían sido elegidos por sorteo, el resto eran todos sustitutos. [5] La Milicia Local, fundada originalmente en 1808, cuando existía el (irreal) miedo a una invasión, era una fuerza voluntaria y a tiempo parcial restringida a servir en su propio condado; a sus miembros se les requería que cada año realizaran 28 días de entrenamiento militar. Los Fencibles formaban parte del ejército regular y estaban compuestos por voluntarios a tiempo completo; pero a sus regimientos se les requería servir solamente en el Reino Unido. Los Voluntarios eran exactamente eso: una fuerza a tiempo parcial creada en 1808 cuyos miembros estaban exentos del reclutamiento forzoso en la Milicia Regular. Si bien cada vez más absorbidos en la Milicia Regular, los Voluntarios tardaron mucho en desaparecer después de Waterloo y acabaron por convertirse en la Fuerza Territorial, el Ejército Territorial y, a partir del 2013, en la Reserva del Ejército. La Yeomanry era una caballería local a tiempo parcial que fue creada por primera vez con el miedo a la invasión de la década de 1790. Algunos de sus regimientos conseguían sus propios caballos y, por lo general, sus oficiales eran la nobleza terrateniente de la zona. Era utilizada con frecuencia para restaurar la ley y el orden, en una época en la que no existía una fuerza policial adecuadamente organizada.

Cuando la milicia se creó por primera vez, a sus miembros les estaba prohibido alistarse en el ejército regular; pero esta norma se abolió en 1805 y a partir de entonces la milicia fue una de las mejores fuentes de reclutas; de hecho, en Waterloo, casi el 50 por ciento de los soldados rasos eran exmiembros de la milicia. Un soldado de la milicia no podía alistarse como regular hasta haber servido un año en la primera y la gran ventaja para el ejército regular era que no solamente conseguía un recluta mejor, sino que este ya había recibido entrenamiento militar. En muchos casos se hacía formar a un regimiento de la milicia y representantes de varios regimientos regulares exponían las ventajas de sus diferentes cuerpos con la esperanza de convencer a los oyentes para que se unieran a ellos. Muchos de ellos lo hacían, siendo más habitual que lo hicieran no en su supuesto regimiento local, sino en otro, quizá por el principio de que «lo del otro siempre es mejor». Uno de los atractivos de pasarse desde la milicia al ejército regular era la prima de reclutamiento, que era superior a la de los reclutas que no tenían entrenamiento militar y variaba entre 16 libras y 40 libras, dependiendo de la necesidad de reclutas que hubiera en el ejército.

Otro método de obtener reclutas, si ben mucho menos satisfactorio, era privatizar el proceso a un contratista civil, quien por una tarifa proporcionaría las cantidades requeridas de hombres. Conocidos como crimpers , muchos de los personajes que conseguían el contrato con la oferta más barata eran de naturaleza dudosa y rozaban la criminalidad. Les convenía obtener tantos hombres como fuera posible en el menor tiempo y con el menor coste posible, lo cual incluía sobornar a médicos y magistrados para que aceptaran a hombres que eran completamente inútiles para el servicio militar. Muy a menudo, los hombres eran de muy escasa calidad y los crimpers no tenían escrúpulos en secuestrar vagabundos y huérfanos y mantenerlos bajo llave hasta obligarlos o convencerlos para que aceptaran el penique del rey y luego escamotearles gran parte de su prima de reclutamiento. No obstante, una vez se autorizó el alistamiento para la milicia, resultó mucho menos probable que para encontrar reclutas se contratara a crimpers y en 1815 estos habían desaparecido prácticamente.

Si bien en teoría la mayoría de los regimientos tenían una afiliación local a un condado concreto, esto tenía escaso efecto en su composición. Los regimientos reclutaban donde podían y la mayoría de los reclutas procedían de las regiones desfavorecidas del reino, en las que había escasas alternativas para escapar de la pobreza. Había gran cantidad de soldados irlandeses, y no solamente en los regimientos irlandeses. Cuando Thomas Graham, ayudado por Rowland Hill, reunió el 90.º regimiento a pie de Perthshire, muchos de sus soldados procedían de Perthshire; pero en 1796 de una fuerza total de 746 soldados, 165 eran ingleses y 95 irlandeses. 6 En Waterloo, en el 71.º de highlanders 83 hombres eran ingleses y 56 irlandeses. 7 Mirando las listas de reclutas de los regimientos que se embarcaron para la campaña de Waterloo, un gran número de los hombres tienen apellidos irlandeses. Evidentemente, algunos podían haber procedido de familias residentes desde hacía tiempo en Liverpool o en otras colonias de emigrados irlandeses, y algunos podían haberse alistado con nombres falsos, pero a partir de recuentos contemporáneos parece que al menos el 20 por ciento, y quizá considerablemente más, de los soldados del ejército británico de esa época eran irlandeses y católicos. (Los protestantes del norte no parecen haberse alistado con tanta diligencia como sus más desfavorecidos compatriotas del sur). Si bien para un soldado era una ofensa asistir a un servicio religioso en una iglesia católica en Inglaterra (aunque no en Irlanda), Wellington siempre permitió a sus hombres asistir cuando estaban en el extranjero; siempre y cuando, decía, no fueran allí «simplemente para mirar boquiabiertos». Es indudable que fue la composición religiosa de su ejército la que

convenció al anglo-irlandés protestante que era Wellington para apoyar la emancipación irlandesa y conseguirla en contra los deseos del rey y gran parte de la nobleza cuando fue primer ministro en 1829.

El otro grupo con gran representación en las filas del ejército eran los escoceses y, si bien muchos eran soldados por necesidad económica, tendían a comportarse mejor y ser más receptivos a la disciplina que los irlandeses, que tenían una inquietante tendencia a emborracharse y a dar rienda suelta a una violencia sin sentido. 8 La sociedad escocesa era menos móvil que la de Inglaterra y muchos regimientos escoceses seguían teniendo oficiales locales, a quienes los soldados conocían. Se decía que si un soldado escocés se comportaba mal, el peor castigo que podía aplicársele era colgar su nombre en la puerta de la iglesia presbiteriana de su pueblo.

Por tanto, el ejército de la época no era en ningún sentido representativo de la nación, en el modo en que sí lo era el de Napoleón, aunque sus componentes contaban con un amplio espectro de orígenes diferentes. Aparte del elemento criminal, había aprendices que huían de maestros exigentes, chicos escapando de padres excesivamente estrictos, granjeros aburridos de ir tras el arado, amantes despechados y quienes escapaban de matrimonios forzados, ayudantes de tendero, pastores, tejedores, parados urbanos y, al menos en un caso, un actor fallido. Había incluso algunos caballeros voluntarios: hombres con estudios y buena cuna que estaban pasando por momentos difíciles, por lo general debidos a la bebida o el juego, o ambos, que se habían alistado como la única alternativa a morirse de hambre o para poder escapar de sus acreedores. Solamente un número muy reducido lo hizo bien, pero podían ser útiles escribiendo cartas para sus camaradas analfabetos o como escribanos de la compañía (uno por cada una de ellas)... si bien pocos fueron utilizados como tales, debido a la tentación de malversar los fondos de la compañía, pues mantener las cuentas de esta era responsabilidad del escribano.

Una vez un recluta había sido legalizado formalmente, era conducido al centro de instrucción de reclutas del regimiento o, caso de que fuera un exmiliciano, directamente al regimiento si estaba en el Reino Unido o a una unidad de tránsito mientras esperaba ser transferido al extranjero. El nivel de entrenamiento variaba mucho entre los centros de instrucción. En algunos era muy bueno, al estar al cargo de suboficiales y oficiales que conocían lo que se traían entre manos; en otros, en el mejor de los casos era rudimentario y en el peor, brutal y poco compasivo, al estar en manos de incompetentes, inválidos y quienes querían evitar el servicio activo. El recluta tenía que aprender la disciplina militar, a obedecer las órdenes sin rechistar,

a realizar movimientos tácticos, a mantener su equipo, a marchar cargando en torno a 20 kilos además de su arma y munición, 9 y a manejar su arma. Al contrario que los ejércitos europeos, los británicos prestaban mucha atención a la mosquetería, con prácticas regulares de tiro tanto individuales como en fuego de pelotón.

Un hombre que demostrara ser capaz, leal y competente en lo profesional podía ser ascendido a suboficial. En cada batallón había un sargento mayor. Equivalente al suboficial mayor (regimental sergeant major) , era el suboficial superior del batallón 10 y la mano derecha del comandante en todas las cuestiones relativas al bienestar, la disciplina y los ascensos de los soldados y suboficiales. El personal de una compañía incluía un sargento primero (colour sergeant) , tres sargentos y tres cabos primeros. El rango de sargento primero fue instituido en 1813 y era el equivalente a los actuales sargento primero y brigada todo en uno. Si bien en teoría el sargento primero actuaba como escolta del estandarte en combate, era más habitual que la tarea fuera delegada en los sargentos que habían molestado al sargento mayor, pues era uno de los puestos más peligrosos a ocupar en una batalla. Los británicos habían copiado el sistema francés de indicar el rango mediante galones, pero en el caso británico apuntados hacia abajo. El sargento mayor llevaba cuatro galones en el antebrazo; el sargento primero uno solo coronado por espadas cruzadas, la bandera Unión Jack y la corona real; el sargento tres galones y el cabo primero dos. El rango de cabo (lance corporal) todavía no había sido instituido, si bien muchos regimientos reconocían la necesidad de un nivel de transición entre soldado y suboficial y habían nombrado a «hombres escogidos», que actuaban y cobraban como soldados primeros y que se convertirían en cabos en cuanto hubiera una vacante.

La paga de un soldado variaba dependiendo del arma del servicio a la que se hubiera alistado. La caballería era pagada mejor que la infantería y los guardias más que los de línea. La paga para la infantería de línea —el grueso del ejército— en época de Waterloo era:

Sargento mayor 54,75 libras
Sargento primero 42,55 libras
Sargento 32,92 libras
Cabo primero 23,94 hasta 26,93 libras dependiendo
de la duración de su servicio
Tambor 20,54 libras
Soldado 17,95 hasta 20,95 libras dependiendo

del servicio

Los soldados de los guardias recibían un penique viejo más al día (0,41 libras, o 1,49 libras al año) y los cabos primeros y soldados de la caballería cobraban en torno al doble que los de la infantería de línea.

Para colocar estos sueldos en perspectiva, en 1815 un carpintero de navío en Plymouth ganaba 86 libras al año, un albañil en Londres 82 libras (pero en Glasgow solamente 51 libras), un buen carpintero 45,50 libras, un tejedor de algodón en Belfast 35 libras (pero un tejedor de lino en Inglaterra 19,50 libras), un marinero mercante formado 33 libras y un jornalero agrícola soltero 15,33 libras . 11 No obstante, estas cifras no cuentan toda la historia, pues suponen que el hombre estaba trabajando todo el año. De hecho, las tarifas de los carpinteros y albañiles eran por día, de modo que a un salario han de restárseles los domingos y los días que no trabajara. Del mismo modo, algunos oficios —jornalero agrícola y marinero, por ejemplo— recibían alojamiento y comida gratis y los trabajadores agrícolas recibían una prima con la cosecha. No obstante, tras las deducciones por la comida (2,33 libras al año) y «necesarios» —esas prendas de ropa y equipo que el servicio no proporcionaba gratis (2,93 libras al año)— y un chelín al año (0,05 libras) para mantener el Hospital de Chelsea, un soldado raso, que era pagado incluso por los domingos y recibía alojamiento, no salía mal parado en la comparación con sus pares de la vida civil. Pero, al contrario que estos, podía merecerse una pensión de 7,50 libras al año tras catorce años de servicio y, dependiendo del rango, entre 36,50 libras para un sargento mayor y 18,25 libras para un soldado raso tras veintiún años. Los hombres que quedaban inválidos para el servicio debido a heridas antes de alcanzar el punto en el cual se les podía pagar una pensión recibían entre 3,72 libras y 11,20 libras al año, dependiendo del grado de invalidez. 12

La disciplina en el ejército estaba regulada por la Ley de Motines de 1803, que proporcionaba base legal para los diferentes artículos de guerra que eran aplicados en el Reino Unido, y no solamente en el extranjero, como era el caso hasta entonces. Las ofensas incluidas y los posibles castigos eran draconianos: tras ser juzgadas por un consejo de guerra, una amplia variedad de ofensas que iban desde el motín a la deserción, desde el saqueo hasta golpear a un superior, desde desobedecer órdenes hasta ayudar al enemigo, podían suponer la pena de muerte, si bien algunas de ellas solamente si eran cometidas estando en servicio activo. Se aplicaba bien mediante un pelotón de fusilamiento o por ahorcamiento. La organización que podía sentenciar a un hombre a muerte y ejecutarlo sumariamente era la de los «prebostes» (provost) , los antecesores de la policía militar, caso de que sorprendieran a un hombre en el acto de cometer una ofensa capital. En la práctica era raro que se aplicara la pena capital.

Wellington no ejecutaba a los desertores, a no ser que se pasaran al enemigo, como tampoco los prebostes colgaban sumariamente a los saqueadores a menudo, por mucho que Wellington tronara en contra del pillaje (sobre la base de que alienaría a la población local y la volvería contra los británicos). En la Península un hombre fue ahorcado por sodomía y, dado que es una actividad que necesita de dos participantes, podemos suponer que el otro fue un civil y como tal no sometido a la ley militar británica.

El procedimiento de la ejecución se prescribía con gran detalle. Las unidades de la brigada del hombre eran formadas en un cuadro hueco y un destacamento de fajina desfilaba cargando el ataúd del condenado, seguido por el prisionero escoltado por hombres de su propio regimiento, luego un capellán, tras el cual venía el pelotón de fusilamiento de (por lo general) doce soldados del regimiento del hombre mandado por un sargento, con el capitán preboste el último. Todo el grupo desfilaba a lo largo de la línea de tropas reunidas mientras la banda tocaba la «Marcha fúnebre» del oratorio de Haendel, Saul . Entonces el prisionero era colocado en el lado abierto del cuadrado, con las manos atadas a la espalda, los ojos vendados y se le ordenaba que se arrodillara. Las órdenes al pelotón de fusilamiento, situado a diez pasos, se daban por lo general mediante señas con la mano y, de no resultar muerto de inmediato, el condenado era rematado con una pistola por el capitán preboste. A continuación, el cuerpo era colocado dentro del ataúd y todos los formados desfilaban despacio ante el cadáver, ordenándose a los reclutas que pasaran lo más cerca posible de él; presumiblemente a modo de advertencia para su futura conducta. 13

Si bien los soldados podían ser encarcelados, esto era raro, porque un hombre en la cárcel se libraba del servicio y estaba fuera de peligro, lo que podía haber sido el motivo para cometer la felonía, de modo que el castigo más habitual eran los azotes. Los hombres podían ser sentenciados a recibir hasta 200 azotes por un consejo de guerra general, 150 por un consejo de guerra de distrito y 100 por un tribunal de regimiento. De nuevo, el batallón del hombre era hecho desfilar y el bellaco atado a un «triángulo», que originalmente se formaba con las alabardas de los sargentos, pero como en 1815 muchos sargentos ya no llevaban alabardas, a menudo era hecho ex profeso de madera. La sentencia era cumplida por tambores utilizando un «gato de nueve colas», un azote con un corto mango de madera y nueve cuerdas con nudos, cada una de 40 centímetros de longitud, mientras un oficial médico asistía a la escena. El castigo por lo general se aplicaba a la espalda del hombre, pero en el caso de uno que hubiera sido azotado recientemente y cuya espalda no estuviera en condiciones de recibir más, podía ser en las nalgas. Los azotes eran

contados en alto por el tambor mayor y cada veinticinco azotes se cambiaba de tambor. En algunos regimientos se exigía al hombre azotado que pagara el gato utilizado con él y en el caso de felones realmente malos, los tambores mayores alternaban tambores diestros y zurdos para administrar el castigo más a conciencia.

Los soldados de infantería británicos llevaban guerreras escarlatas y pantalones gris claro. En la práctica, con los encargos de los uniformes dejados a los contratistas, quienes utilizaban a los proveedores más baratos, la calidad variaba enormemente y, por lo general, era mala. Tras unas pocas semanas de campaña la guerrera escarlata era más bien de un rojo ladrillo herrumbroso y los pantalones llevaban las manchas del tinte escarlata, que había empezado a desteñirse con las primeras lluvias. Las botas no se entregaban como botas izquierdas o derechas, sino como botas y cada hombre hacía sus propios agujeros para los cordones con un clavo o una lezna si no conseguía convencer a un zapatero remendón para que lo hiciera por él. 14

Lo peor de todo eran los correajes. Se trataba de un amasijo de correas y hebillas de las que colgaban la cartuchera, la funda de la bayoneta, la botella de agua, la bolsa de pan y una mochila. Estaban hechos de ante blanco y tenían que mantenerse blancos mediante aplicaciones de arcilla para cerámica; lucían muy elegantes en los desfiles, pero con sus cinturones cruzados y sus correas bien apretadas eran tremendamente incómodos y restringían los movimientos, a menos que se llevaran flojos, que era como hacían muchas unidades después de años de guerra, al menos cuando no desfilaban. La mochila Trotter de reglamento, bautizada con el nombre de su inventor, era de lona lacada a la que tiras de cuero volvían rígida. Si bien el señor Trotter, con su tienda en el Soho, era proveedor del ejército (y fue conducido ante diferentes comités parlamentarios en varias ocasiones y acusado de corrupción por sus métodos y productos), dependía del coronel del regimiento elegir al proveedor, si bien todos los modelos eran aproximadamente el mismo que el de Trotter. Todo podía ser pulido y hacer que tuviera un aspecto muy elegante, pero dependiendo del proveedor iban desde lo meramente incómodo de llevar a la pura tortura; de hecho, muchos soldados veteranos sufrían «pecho de Trotter», un problema respiratorio originado por los años que el pecho se había visto constreñido por las correas de la mochila. Los soldados veteranos también se identificaban fácilmente por las pequeñas manchas negras en forma de diminutas picaduras que llevaban en la mejilla derecha, originadas por la combustión de la pólvora en la cazoleta cuando disparaban el mosquete.

En Waterloo también participó como parte del ejército británico la legión alemana del rey. Cuando Jorge I ascendió al trono británico en

1714 como el primero de la dinastía Hanóver y el pariente protestante más cercano a la reina Ana, que murió sin descendencia que la sobreviviera, mantuvo el electorado de Hanóver. Tropas hanoverianas sirvieron bajo mando británico en Gibraltar y en un momento dado en la India. En 1803, Francia invadió Hanóver y sumó ese Estado al reino de Westfalia, para ser gobernado por Jerónimo, el hermano más pequeño de Napoleón. Este tenía la esperanza de que el ejército hanoveriano se alistaría en la legión hanoveriana; pero sufrió un desengaño, pues excepto unos pocos la mayoría optó por continuar la guerra desde Inglaterra, donde fueron transportados por la Royal Navy. Hasta que se decidiera qué hacer con ellos, al principio se propuso alojarlos en la isla de Wight; pues la ley inglesa prohibía estacionar tropas extranjeras en la mayor de las islas británicas. Cuando se argumentó que, por muy extranjeros que fueran, eran súbditos del mismo rey, fueron ubicados primero en Bexhill (Sussex), luego en Lymington (Hampshire) y después en varias ciudades de la costa sur. Formaron la legión alemana del rey, una de las mejores tropas del ejército británico, la cual sirvió durante toda la Guerra de la Independencia. Según pasaba el tiempo, el suministro de soldados hanoverianos disminuyó y al final se permitió que cualquier alemán se alistara en ella, pero no se consintió que su excelencia disminuyera. Mandada por sus propios oficiales y equipada, vestida y pagada exactamente igual que las tropas británicas, estaba en el proceso de ser devuelta al ejército hanoveriano cuando Napoleón regresó del exilio; en Waterloo proporcionaron dos batallones de infantería ligera, ocho de infantería de línea, cuatro regimientos de caballería y ocho piezas de artillería.

Otros alemanes que lucharon bajo mando británico fueron los del recientemente constituido ejército hanoveriano, con diecisiete batallones de infantería, un regimiento de caballería y doce piezas de artillería, además del contingente de Brunswick. Karl Wilhelm Ferdinand, duque de Brunswick y Luneburgo, resultó mortalmente herido en la batalla de Jena-Auerstädt y cuando los franceses incluyeron Brunswick en el reino de Westfalia, el nuevo duque, Friedrich Wilhelm, se exilió en Austria. Cuando Austria regresó al combate en 1809, el duque hipotecó su principado de Oels, reunió un contingente de tropas y se abrió paso luchando por territorio francés hasta la desembocadura del Weser, donde él y sus hombres fueron evacuados hasta Inglaterra por la Royal Navy. Al quedar desabastecidos de su fuente de reclutas en Brunswick y como los mejores de los alemanes se unían a la legión alemana del rey, los Brunswick-Oels quedaron reducidos a reclutar lo que pudieron: prisioneros de guerra, polacos, holandeses y, de hecho, cualquier europeo que hablara alemán. Tenían reputación de desertar, pero en

la Península lucharon bien y en Waterloo proporcionaron ocho batallones de infantería, un regimiento de caballería y dieciséis piezas de artillería. Finalmente, el contingente Nassau proporcionó en Waterloo ocho batallones de infantería. No se ha de confundir con Orange Nassau, que luchó formando parte del ejército holandés; Nassau era un Estado alemán de la Confederación del Rin. Como los de Nassau sospechaban de los motivos prusianos, decidieron luchar bajo mando británico en vez de prusiano.

Si bien a partir de 1815 el Reino de los Países Bajos incluía a Bélgica, los ejércitos holandés y belga tenían orígenes diferentes y en Waterloo seguían estando separados, con las unidades belgas fijándose en la legión belga, creada por los austriacos, y los holandeses en las tradiciones que habían heredado de los franceses. Como ya hemos visto, ambas naciones habían estado bajo control francés durante casi veinte años, luchando por Napoleón la mayor parte del tiempo, de modo que las lealtades estaban un tanto entremezcladas. La situación no vino a mejorar con las guerreras azules que llevaba el ejército holandés —el color se confundía con demasiada facilidad con el azul francés— ni tampoco por el hecho de que algunas unidades no hubieran recibido todavía sus nuevos uniformes y en Waterloo siguieron llevando el equipo francés con el único añadido de una escarapela naranja en el sombrero. La organización, la tácticas y las insignias de rango eran francesas, pero al observarlas de cerca se podía ver que las unidades holandesas llevaban, algo que quizá generara confusión, chacós austriacos, mientras las belgas uno similar al de las tropas británicas. La mayoría de los soldados del ejército de Holanda eran reclutas obligatorios, mientras que la mayoría de los suboficiales de mayor antigüedad eran profesionales. El idioma de las unidades holandesas era el holandés y el de las belgas francés, haciendo difícil la comunicación con ellas o entre ellas.

Los soldados del ejército prusiano en la campaña de Waterloo todavía no habían demostrado su valía, si bien tenían un cuadro de oficiales y suboficiales veteranos para endurecerlos. El ejército prusiano reclutaba según el sistema Krümper . Diseñado para permitirles una mayor reserva de soldados entrenados del que permitían los ocupantes franceses, el sistema se basaba en la recluta obligatoria de hombres durante un período de tiempo relativamente corto, licenciando cada mes a cinco hombres de cada compañía para recibir a cinco reclutas nuevos. Las compañías de infantería prusianas contaban con 150 hombres, de modo que un soldado serviría durante treinta meses antes de ser destinado a la reserva. Un sistema similar funcionaba para la artillería y la caballería. Esto significaba que los prusianos podían mantener su tratado con Francia, el cual limitaba el ejército prusiano a 42.000 hombres, al mismo tiempo que evadían sus

restricciones. El sistema demostró utilidad cuando para la campaña de Waterloo los prusianos reunieron 130.000 soldados, siendo aproximadamente la mitad de las unidades landwehr , es decir, de milicianos que habían completado sus treinta meses de servicio con el ejército de campo. Muchos de ellos estaban oxidados y algunos se habían pasado la mayor parte de sus treinta meses en el cuartel; pero todos estaban motivados por un genuino patriotismo y, si bien tras Ligny hubo una deserción en masa, aquellos que se quedaron estaban confusos por los resultados de una derrota y la perspectiva de otra.

La disciplina del ejército prusiano de 1815 estaba muy lejos de la brutalidad de la de la era de Federico, durante la cual un hombre podía ser ejecutado por lo que en cualquier otro lugar hubieran sido consideradas faltas menores, azotado sin piedad, sentado en una silla de montar con pesos atados a los pies u obligado a «correr el guantelete» entre una doble fila de soldados, cada uno de los cuales apalearía al desgraciado mientras intentaba abrirse paso entre ellos. Ahora los soldados prusianos podían ser fusilados, pero solamente por ofensas muy serias, como el motín. No eran azotados, pero sí golpeados con una caña, lo cual tenía lugar en privado y bien en la espalda o las nalgas. Los prusianos consideraban el proceso disciplinario británico como cruel en extremo.

Unos 14.000 soldados del ejército prusiano que estaba estacionado en Flandes eran del contingente sajón. Sajonia había sido el último Estado alemán en continuar luchando por Napoleón y a muchos sajones no les gustaban y desconfiaban de los prusianos, no deseando estar a sus órdenes. Del mismo modo, muchos prusianos sospechaban de la lealtad sajona. A Blücher cada vez le preocupaba más que el contingente sajón cambiara de bando, de modo que decidió fragmentarlo y colocar brigadas sajonas en cuerpos de ejército prusianos. La reorganización se realizó con escaso tacto y en mayo de 1815 la situación explotó en un motín sajón a gran escala. Algunos sajones incluso atacaron el cuartel de Blücher y el anciano gran hombre tuvo que salir por la puerta de atrás. Blücher le dijo al rey de Sajonia: «Restauraré el orden aunque tenga que fusilar a todo el ejército sajón». 15 El orden fue restaurado rápidamente y solamente cuatro sajones fueron ejecutados por un pelotón de fusilamiento. Uno de los batallones sajones más seriamente afectado fue hecho desfilar ante sus camaradas y el estandarte de su regimiento quemado en frente de ellos. Dado que el estandarte había sido bordado personalmente por la reina de Sajonia, esto no hizo demasiado por mejorar las relaciones prusiano-sajonas, y el contingente entero fue enviado a casa.

Estos eran los hombres que lucharían en la campaña de Waterloo. Su entrenamiento y motivación variaban mucho, así como los métodos y tradiciones de sus ejércitos. Muchos no tenían experiencia en combates intensos, mientras que otros habían luchado por toda Europa y más allá. Cualesquiera que fueran sus diferentes historias y ambiciones, la inmensa mayoría luchó bravamente por una causa en la cual creían, haciéndolo a las órdenes de comandantes que no solamente tenían experiencia en la guerra, sino que eran muy conscientes de que para ellos esta campaña solamente podía tener dos resultados: gloria y riqueza para los vencedores, derrota e ignominia para los perdedores.

1 Por lo general, un mariscal era comandante de un cuerpo de ejército. Su equivalente en el ejército británico, un teniente general, recibía 1.383 libras y, al contrario que el mariscal, no era probable que lo incrementara con su botín.

2 Michael Crumplin, *Men of steel. Surgery in the Napoleonic wars* , Quiller Press, Shrewsbury, 2007.

3 El fusilero Benjamin H arris en sus memorias tal cual se las contó a Henry Curling, publicadas por primera vez en 1848 y reimpresas muchas veces desde entonces, recientemente editadas por Christopher Hibbert (Windrush Press, 2000); cuenta cómo una de sus primeras tareas como soldado entrenado en 1802 fue formar parte del pelotón que fusiló a un *bounty jumper* .

4 G. C. Moore-Smith, *The life of John Colborne, field marshal lord Seaton GCB etc.* , John Murray, Londres, 1903.

5 Ian F. W. Becket, *Britain's part-time soldiers. The amateur military tradition 1558-1945* , Manchester University Press, Manchester, 1991.

6 Alexander Martin, *Records of the 90th regiment of Perthshire light infantry 1795-1880* , publicado originalmente en 1880, reimpreso por Pravana Books en el 2008.

7 Sir Charles Oman, *Wellington's army 1809–1814* , Edward Arnold, Londres, 1913.

8 Véase la tercera nota de la página 147.

9 Aproximadamente el mismo peso que carga un soldado hoy día, si bien ahora está mucho mejor distribuido por su cuerpo.

10 No un oficial técnico, lo que no llegaría hasta 1879.

11 Todas las cifras tomadas de sir Arthur Lyon Bowley, *Wages in the United Kingdom in the nineteenth century* , Cambridge University Press, Cambridge, 1900.

12 Todas las cifras tomadas de Charles James, *The regimental companion* , 3 vols., impresos para T. Egerton en la Military Library Whitehall, Londres 1800-1815 (publicación anual).

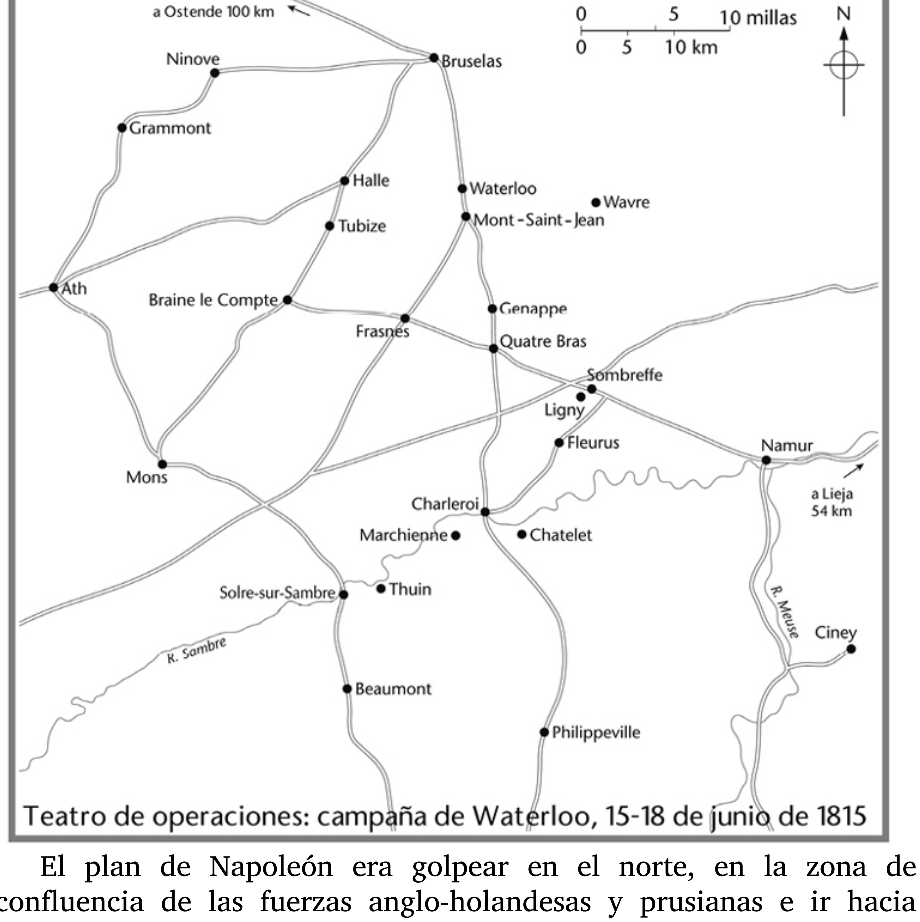
13 El procedimiento es descrito en Henry Marshall, *Military miscellany, comprehending a history of the recruiting of the Army, military punishments etc., etc.* , John Murray, Londres, 1846.

14 Uno de los muchos escándalos relacionados con los suministros del ejército tuvo que ver con un envío de botas entregado al ejército en España en el año 1810, que se deshicieron en cuanto quienes las llevaban cruzaron un arroyo. El contratista les había puesto a las botas suelas de cartón pintado de negro.

15 Roger Parkinson, *The life of Blücher, man of Waterloo* , Purnell, Londres, 1975.

6. EN ORDEN DE BATALLA

Tras el 2 de junio de 1815, cuando el Congreso de Viena declaró oficialmente a Napoleón un fuera de la ley, no cabía ninguna duda de que habría una guerra. Napoleón lo había sabido desde el primer momento, pero había pasado por el proceso de buscar la paz para aplacar a esas secciones de la opinión pública francesa que no querían regresar a los años de lucha. Ahora que la guerra era inevitable, el plan de Napoleón era golpear a los únicos ejércitos que se encontraban estacionados en las fronteras francesas, el de los anglo-holandeses y el de los prusianos. Si podía cogerlos antes de que tuvieran tiempo para reunirse, sería superior en número a cada uno de ellos y podría derrotarlos por separado. Si permitía que se reunieran, el ejército combinado sobrepasaría ampliamente en número al Ejército del Norte y el resultado podía ser por completo diferente. Pese a todo el esfuerzo por reunir y equipar nuevas formaciones, el ejército francés era frágil. Era patriótico, estaba impulsado por su lealtad al emperador y resentido por el trato recibido durante el breve período de la restauración; pero seguía existiendo una atmósfera de desconfianza entre aquellos que habían permanecido leales al emperador y habían estado en el paro o peor hasta el regreso de Napoleón y aquellos que habían jurado lealtad a los Borbones y se habían beneficiado con ello. Napoleón necesitaba una victoria y la necesitaba rápidamente. Cualquier retraso innecesario no solamente daría a los austriacos y los rusos tiempo para acercarse a la frontera francesa, sino que también permitiría que se enconaran las sospechas y daría ánimos a los monárquicos en casa y a los indecisos en el ejército. No obstante, una victoria temprana consolidaría su posición en el ejército y el Estado, y muy bien podría provocar una rebelión en Bélgica, muchos de cuyos habitantes no habían sido infelices como franceses y ahora no estaban especialmente felices de ser holandeses.



Teatro de operaciones: campaña de Waterloo, 15-18 de junio de 1815

El plan de Napoleón era golpear en el norte, en la zona de confluencia de las fuerzas anglo-holandesas y prusianas e ir hacia Bruselas, apoderándose de los cruces de caminos y las carreteras laterales que comunicaban a los dos ejércitos aliados. Entonces, tras haber impedido que sus dos oponentes se reunieran, los derrotaría de uno en uno. Su primer oponente seguramente serían los prusianos, pues Blücher era mucho más agresivo que el por lo general cauto Wellington; pero avanzando en dos alas con una reserva siguiéndolo en el eje central, Napoleón mantenía la flexibilidad necesaria para atacar a cualquiera de ellos y utilizar la reserva para infligir el coup de grâce , si es que este era necesario. El elemento sorpresa era esencial: el ejército francés tenía que estar bien dentro de Bélgica y en posesión de las vitales carreteras entre Wellington y Blücher antes de que los Aliados se dieran cuenta de que estaban siendo atacados. Evidentemente, sería imposible ocultar el movimiento de semejante cantidad de tropas; lo que era importante era ocultar dónde y cuándo tendría lugar el ataque.

Desde mediados de mayo, Napoleón había estado pidiendo informes sobre el estado de los ríos y canales en la zona entre

Charleroi y Mons, y a los ingenieros se les había pedido que reunieran el equipo para montar puentes, así que está claro que desde ese momento había decidido pasar a la ofensiva en vez de luchar una guerra defensiva en territorio francés. Si bien el impulso principal sería hacia el norte atravesando Bélgica, la defensa del resto de Francia no podía descuidarse, por lo cual el emperador ordenó un despliegue preventivo contra una temprana llegada de los rusos, los austriacos o cualquiera otro que pudiera decidir unirse a esta séptima coalición aliada. Los generales Clausel y Decaen tendrían a sus órdenes 14.000 hombres entre los dos en Burdeos y Toulouse para vigilar la frontera española; el mariscal Suchet con 23.000 hombres y el mariscal Brune con unos escasos 5.000 estarían acuartelados en Lyon y la Riviera para bloquear el avance austriaco desde Italia; el general Lecourbe con 8.500 en el Jura vigilaría cualquier movimiento de la hasta entonces neutral Suiza; mientras que el general Rapp, con 23.000 acuartelados en Estrasburgo vigilaría el este para controlar cualquier despliegue ruso o austriaco. El mariscal Davout estaría al mando de París con una guarnición de 20.000 hombres y el general Lamarque tendría 10.000 hombres a lo largo del Loira para encargarse de cualquier levantamiento monárquico en Bretaña. Además, había unos 30.000 solados repartidos en guarniciones y fortalezas fronterizas por todo el país.

El ejército que Napoleón le había quitado a los Borbones contaba en torno a los 200.000 soldados, se habían unido unos 100.000 veteranos y exprisioneros de guerra y la recluta obligatoria de 1815 terminaría produciendo 150.000 soldados, de modo que cuando se restan todas las formaciones defensivas, Napoleón contaba —al menos sobre el papel— con en torno a 305.000 hombres disponibles para una acción ofensiva. Su problema era que muchos de los exprisioneros de guerra no se encontraban en condiciones físicas de soportar los rigores de la campaña y solamente unos pocos de los reclutas de 1815 estarían listos a tiempo para las operaciones de junio… y si el plan de noquear y dejar fuera de la guerra a Gran Bretaña y Prusia antes de que los rusos y austriacos se dejaran sentir quería funcionar, no podía permitirse esperar más allá de junio. De modo que Napoleón pudo reunir en torno a 123.000 hombres para el Ejército del Norte, si bien solo incluyendo a las guarniciones de las fortalezas de la frontera belga, pero ahora la campaña podía comenzar. Iba a consistir en dos pares de batallas combinadas: Quatre Bras y Ligny el 16 de junio de 1815 y Waterloo y Wavre el 18.

Algunos de los nombramientos de Napoleón resultan difíciles de comprender. Suchet, ascendido a mariscal en 1811, fue uno de los generales franceses más competentes en la Península, al ser no solamente un soldado efectivo, sino uno que comprendía que el

respeto a la cultura y religión locales era esencial para conseguir, si no el apoyo, al menos la conformidad de la población. Aragón, donde Suchet estuvo al mando, fue la única provincia donde no hubo una despiadada guerra de guerrillas contra los ocupantes. Hubiera sido un comandante de campo mucho más efectivo que D'Erlon. Del mismo modo, Davout había demostrado ser un buen comandante de ejércitos y parece que habría sido una mejor elección que Grouchy para mandar el ala derecha. Lo único que cabe pensar es que fueron la habilidad de Davout como organizador y su completa fiabilidad política las que hicieron que Napoleón lo dejara como ministro de Guerra y gobernador de París, con la responsabilidad añadida de organizar, entrenar y enviar a los últimos grupos de reclutas forzosos.

El 6 de junio fueron enviadas las órdenes a los diferentes comandantes detallando los despliegues para la inminente campaña. Dado que el elemento sorpresa era esencial, a partir del 7 de junio las fronteras quedaron cerradas y no se permitió que nadie entrara o saliera de Francia, el correo se detuvo, se prohibió a los pesqueros que abandonaran puerto y los simpatizantes franceses en Bélgica —de los cuales había muchos— comenzaron a difundir falsos rumores sobre el paradero del emperador y los movimientos de diferentes unidades militares. El ejército se reuniría a escasa distancia de la frontera franco-belga al sur de Charleroi. Los dos cuerpos de ejército que formarían el ala izquierda, el I cuerpo de D'Erlon desde Lille (a 100 kilómetros de distancia) y el II cuerpo de ejército de Reille desde Valenciennes (a 50 kilómetros) se dirigirían a Solre-sur-Sambre; el ala derecha, el III cuerpo de ejército de Vandamme desde Mézières-en-Vexin (a 130 kilómetros) y el IV cuerpo de ejército de Gérard desde Metz (a 210 kilómetros), se concentraría en Philippeville, mientras que la reserva de la Guardia Imperial al mando de Mortier y el VI cuerpo de ejército de Lobau vivaquearían al norte y el sur de Beaumont respectivamente. Los cuatro cuerpos de caballería de reserva, al mando de Grouchy, estarían diseminados entre Beaumont y Walcourt, a una distancia de unos 15 kilómetros y era esencial si se quería encontrar suficiente forraje para todos los caballos.

Hubo problemas para reunir a tantos hombres de tantas unidades en el lugar correcto en el momento adecuado y con todo su equipo. En parte esto se debió a la falta de experiencia de Soult en el estado mayor. Envió órdenes de marcha a los comandantes de las tropas mediante un único mensajero (Berthier hubiera enviado tres, todos por rutas diferentes) y los mensajeros se perdieron o retrasaron. Se olvidó de enviar órdenes de cualquier tipo a todas las tropas de caballería de Exelmans, que por fortuna estaban en la zona y solamente se dieron cuenta de que algo estaba pasando cuando llegaron otras unidades. A pesar de todo esto, el 14 de junio todos

estaban en posición, distribuidos en un frente de 32 kilómetros y sin que los aliados tuvieran ni idea de las intenciones de Napoleón.

En cuanto al emperador, abandonó París a las 4.00 horas del 12 de junio para llegar a Laon, a 140 kilómetros de distancia, a mediodía. Recorrió otros 115 kilómetros para alcanzar Avesnes-sur-Helpe el 13 de junio y 40 kilómetros más para acabar en Beaumont el 14 de junio. Napoleón había viajado 295 kilómetros en menos de tres días en una diligencia por caminos que eran poco más que sendas, repletos de baches y poco adecuados para la suspensión del vehículo imperial. Pudo dormir muy poco y el agotamiento debe de haber tenido un papel crucial en su actuación de los siguientes cuatro días, si bien las fuentes contemporáneas francesas afirman que disfrutaba de una salud perfecta. Tras llegar a Beaumont, se dirigió a la reserva y los representantes de los otros cuerpos le recibieron con una arenga típicamente napoleónica que apelaba al honneur , la gloire y la necesidad de defender la patrie contra las depredaciones de la coalición inglesa, que había desdeñado sus ofertas de paz. A continuación ordenó que el avance se iniciara el día siguiente, 15 de junio, con Ney —quien todavía no se había reunido con el ejército, pero de quien se informaba que estaba de camino— mandando el ala izquierda, Grouchy la derecha y el propio emperador la reserva. Grouchy era el miembro más reciente del mariscalato, habiendo sido ascendido por Napoleón el 15 de abril de 1815 como recompensa por haber acabado con un alzamiento monárquico en el Midi, donde capturó al duque de Angulema, sobrino de Luis XVIII. Grouchy era un excapitán del ejército borbónico prerrevolucionario y un comandante de caballería incuestionablemente competente, por encima de la media incluso, si bien había servido brevemente en la artillería y también había tenido un mando en la infantería. El problema es que era tranquilo y cachazudo, carente de imaginación cuando lo que se necesitaba era iniciativa, brío y hacer las cosas con cierta gracia.

Del otro lado de la colina, como Wellington solía decir, los prusianos y los anglo-holandeses estaban desplegados a lo largo de 240 kilómetros y con una profundidad de entre 32 y 64 kilómetros. Blücher tenía su cuartel general en Namur, sobre sus líneas de comunicación con los estados alemanes y Prusia, con el IV cuerpo de ejército de Bülow en Lieja, 40 kilómetros al este-noreste, el III cuerpo de ejército de Thielemann en Ciney, a 21 kilómetros al sureste, Pirch y el II cuerpo de ejército estaban en Namur con Blücher y el I cuerpo de ejército de Ziethen al norte de Charleroi, en el extremo derecho prusiano y en contacto con la izquierda de Wellington. El cuartel general de Wellington se encontraba en Bruselas con su reserva de dos divisiones británicas y los contingentes de Brunswick y Nassau; el I cuerpo de ejército del príncipe de Orange y su cuartel general estaban

en Braine-le-Comte, a 22 kilómetros al sur-suroeste de Bruselas; el II cuerpo de ejército de Hill estaba acantonado en Ath, a 48 kilómetros al suroeste y la caballería estacionada entre Grammont y Ninove, 22 kilómetros hacia el este. Al mismo tiempo, había guarniciones, principalmente holandesas, a lo largo de las líneas británicas de comunicación hasta los puertos de Ostende y Amberes, por medio de los cuales llegarían refuerzos y suministros y mediante los cuales Wellington evacuaría sus tropas si tenía necesidad de ello. Ambos ejércitos aliados estaban desplegados teniendo en mente: primero, invadir Francia cuando los rusos y los austriacos estuvieran en posición; segundo, defenderse contra un ataque desde Francia, el cual al principio no se consideró probable; y, por último, asegurar las líneas de comunicación hasta la costa del Canal para los británicos y hasta Berlín para los prusianos. Napoleón, por medio de sus fuentes de inteligencia dentro de Bélgica, conocía de modo aproximado la disposición de los ejércitos aliados y sabía que la línea de demarcación entre los anglo-holandeses y los prusianos corría justo al oeste de Charleroi. Calculó que cada ejército necesitaría al menos un día para concentrarse y tres día para reunirse. No tenía intención de concederles esos tres días.

Ambos comandantes aliados tenían problemas. Blücher tenía a sus sajones revoltosos y a unos soldados muy inexpertos, mientras que Wellington estaba al mando de un ejército que hablaba cuatro idiomas, utilizaba armas distintas —cada una con sus propias necesidades de munición— y contaban con una organización y tácticas diferentes, además de unos procedimientos operativos muy distintos. Había disputas respecto al escalafón y la cadena de mando y una cierta frialdad por parte de los prusianos sobre la posición de los estados alemanes que habían proporcionado contingentes a Wellington; unos contingentes que los prusianos consideraban que deberían estar con sus compatriotas alemanes. El duque tuvo que emplear todas sus considerables habilidades diplomáticas para convencer a Blücher de que una invasión conjunta antes de que todos los aliados estuvieran en posición no sería una buena idea, y esforzarse todavía más para evitar que el príncipe de Orange montara su propia invasión con el ejército de los Países Bajos. Dado que las líneas de comunicación de una fuerza de invasión se irían alargando y alargando cada vez más y tenían que ser protegidas, por lo cual habría que dejar guarniciones en ciudades y fortalezas en la retaguardia del avance, una empresa semejante no hubiera tenido éxito y se habría quedado sin tropas antes de que la batalla principal —probablemente en algún lugar al norte de París— pudiera tener lugar.

Wellington tenía más parásitos de los que necesitaba, pues prácticamente todo el mundo en Inglaterra sin nada que hacer quería

acercarse a ver la función. Dijo que tenía un ejército «infame» y también «un estado mayor muy inexperto». 1 Esto no era el ejército de la Guerra de la Independencia, una máquina de matar muy bien entrenada y afilada; pues, en la línea de los gobiernos británicos de entonces y de ahora, gran parte de este había sido disuelto sin pensar en el futuro y gran parte de lo que se había conservado estaba en Norteamérica, donde la guerra comenzada en 1812 acababa de terminar. Una vez dicho esto, es posible que la inexperiencia de las tropas británicas se exagerara un poco, sin duda para meter presión al gobierno y que reclutara más tropas. De hecho, de los treinta y un batallones de infantería británica a sus órdenes, dieciséis habían estado en la Península y, de los otros quince, todos excepto cuatro de sus regimientos habían tenido al menos un batallón allí. Evidentemente, los batallones veteranos de la Península contarían con un número elevado de reclutas inexpertos; pero habrían tenido oficiales aguerridos, con suboficiales y soldados veteranos bien acostumbrados a combatir (y derrotar) a los franceses. Del mismo modo, en el proceso normal de intercambiar cargos entre los batallones, cuyos regimientos habían estado representados en la Península, habrían tenido al menos algunos hombres experimentados. De los dieciséis regimientos británicos de caballería presentes, toda la caballería ligera (nueve regimientos) había estado en la Península y, de los siete regimientos pesados, dos (el 2.º de Life Guards y el 1.º de dragones) habían estado allí, si bien ahora tendrían una buena ración de nuevos reclutas.

En los días previos al comienzo de la campaña propiamente dicha, era evidente que algo se estaba cociendo: las patrullas de Ziethen informaron haber visto el humo de miles de fuegos de campamento lejos hacia el sur, mientras que la caballería de Wellington informó del movimiento de grandes cuerpos de tropas de oeste a este; pero, si bien hubo algunos desertores franceses, ninguno de ellos tenía información concreta sobre lo que estaba sucediendo. Hubo un informe de que el emperador estaba en Avesnes el 13 de junio, como de hecho estaba, pero ¿se trataba de él realmente o de un doble con la intención de confundir las cosas? Y, de ser él ¿estaba contemplando un ataque hacia Bruselas o un movimiento de flanco para cortar a los británicos el acceso a los puertos del Canal? Nadie se dio cuenta de que todo el Ejército del Norte se encontraba a escasos kilómetros de la frontera franco belga y listo para atacar.

A las 3.00 de la mañana del 15 de junio, los soldados de Francia se arrastraron fuera de sus alojamientos y vivaques para formar en regimientos y escuadrones. Las ruedas de los cañones fueron envueltas en tela de arpillera para reducir el ruido sobre las carreteras adoquinadas y luego desnudadas cuando la artillería pasó a caminos

de tierra batida; el habitual desayuno tranquilo fue obviado y los hombres guardaron cuatro días (algunas fuentes mencionan la improbable cantidad de ocho días) de pan en sus voluminosas mochilas de piel de cabra. El ejército se desplazó en tres columnas, con doce regimientos de caballería y los ingenieros con su equipo para puentes al frente. Todo empezó bien, pero hubo problemas de tráfico, con unidades tropezando con la retaguardia de las que tenían delante; la velocidad fue mucho menor de lo que se había pensado en el terreno lleno de colinas, con sus carreteras de tierra y bosques. Reille, en la columna de la izquierda, encontró una resistencia mayor de la esperada contra los prusianos del general de división Steinmetz —parte del cuerpo de ejército de Ziethen— en Thuin, en el Sambre, y también tuvo que pelear por Marchienne, más cerca de Charleroi. Solamente cuando el propio Napoleón adelantó a la Guardia dio Ziethen orden de retirarse luchando. La columna derecha, dirigida por el IV cuerpo de ejército de Gérard, quedó consternada y confusa cuando, al llegar a Châtelet, el comandante de su división de vanguardia, el general de división Louis August Victor Bourmont, dijo que se iba a adelantar para hacer un reconocimiento y se pasó rápidamente a los prusianos.

Bourmont había empezado su vida militar como uno de los últimos oficiales en recibir su despacho en la Garde Française monárquica. Cuando estalló la Revolución, se unió a la Chouanerie, un grupo guerrillero monárquico en la Vendée; pero cuando recayeron sobre él sospechas de haber tomado parte en una conjura para ponerle una bomba a Napoleón en 1800, las cosas se pusieron demasiado feas para él y huyó a Suiza. Una amnistía en 1807 hizo que se uniera al estado mayor de Junot en Portugal, sirviendo hasta ser nombrado general de división en 1814. Tras la primera abdicación de Napoleón se declaró con entusiasmo en favor de los Borbones, para luego ofrecer de nuevo sus servicios al emperador. Bourmont no ocultó que no le gustaba Napoleón personalmente y muchos oficiales franceses lo miraban con gran recelo, por lo cual aconsejaron a Napoleón que no hiciera uso de sus servicios. El que lo hiciera es una muestra del deseo de Napoleón por curar viejas heridas y unir la nación, lo cual resulta bastante razonable; pero colocarlo al mando de la división de vanguardia quizá fuera ir demasiado lejos.

Mientras galopaba hacia las posiciones prusianas, Bourmont ordenó a su ADC que regresara al ejército francés con una carta que tenía preparada. En ella aseguraba al emperador que había hecho lo que había hecho para evitar el derramamiento de sangre francesa y que no lucharía en las filas del enemigo. Finalmente fue conducido ante Blücher, quien lo trató de «sucio perro» y su revelación de los planes franceses fue de escasa ayuda ahora que la batalla había

comenzado. De cualquier modo, Blücher había ordenado al ejército prusiano que se concentrara en Sombreffe, a unos 11 kilómetros al este de la carretera de Charleroi-Bruselas. Su jefe de estado mayor, Gneisenau, había enviado jinetes para que llevaran las órdenes a los comandantes de cuerpos de ejército y mientras sus intenciones quedaron muy claras para Ziethen, Pirch y Thielemann, sus órdenes para Bülow estaban redactadas de un modo tan educado y diplomático que no indicaban que hubiera gran urgencia. Evidentemente, Gneisenau estaba por debajo de Bülow en el escalafón, quien era conocido por perder los estribos con facilidad, de modo que dado el tono del despacho, Bülow no vio necesidad de apresurarse. Esto tendría considerables consecuencias en el resultado del primer choque entre los ejércitos.

A pesar de sus problemas, el avance de los franceses fue razonablemente bien. El primer gran obstáculo físico, el río Sambre, fue cruzado con facilidad —los prusianos no habían volado los puentes— y en torno a las 15.30 horas el mariscal Ney llegó y se hizo con el mando del ala izquierda. Las tres columnas continuaron avanzando y con las últimas luces del día el ala derecha de Grouchy, azuzada por el propio emperador, había alcanzado Fleurus, unos 3 kilómetros al sur-suroeste de Ligny, tras haber cubierto 32 kilómetros desde su punto de partida contra una firme acción dilatoria por parte de Ziethen. El propio puesto de mando de Ziethen en un molino en Fleurus estaba ahora ocupado por Grouchy, mientras él se situaba en lo alto de un túmulo funerario de la Edad del Hierro, La Tombe, situado más al norte. El ala izquierda francesa se había abierto camino luchando por Charleroi con relativa facilidad y marchaba a buena velocidad a través de Gosselies, expulsando a los prusianos a comienzos de la tarde. Seguidamente, Ney empujó a la caballería hacia delante por la principal carretera Charleroi-Bruselas hasta Frasnes-lez-Gosselies.

El 15 de junio, una vez que Blücher se dio cuenta de que sus puestos avanzados estaban siendo atacados, envió un mensaje a Wellington en Bruselas. Existe gran discrepancia entre los historiadores respecto a cuándo exactamente fue recibido este mensaje. Abundan las teorías conspiratorias, pero no hay motivo para dudar del propio informe de Wellington, donde dice que no fue hasta «la tarde del 15» cuando fue consciente por primera vez de que los franceses habían cruzado la frontera al sur de Charleroi. [2] De forma realista, el informe del primer encuentro en Thuin en torno a las 6.00 horas (como muy pronto) habría sido enviado al cuartel general del regimiento y luego de la brigada, lo cual habría requerido una hora probablemente; de allí las órdenes habrían tardado otra hora en llegar al cuartel general del cuerpo de ejército de Ziethen; y luego, hasta

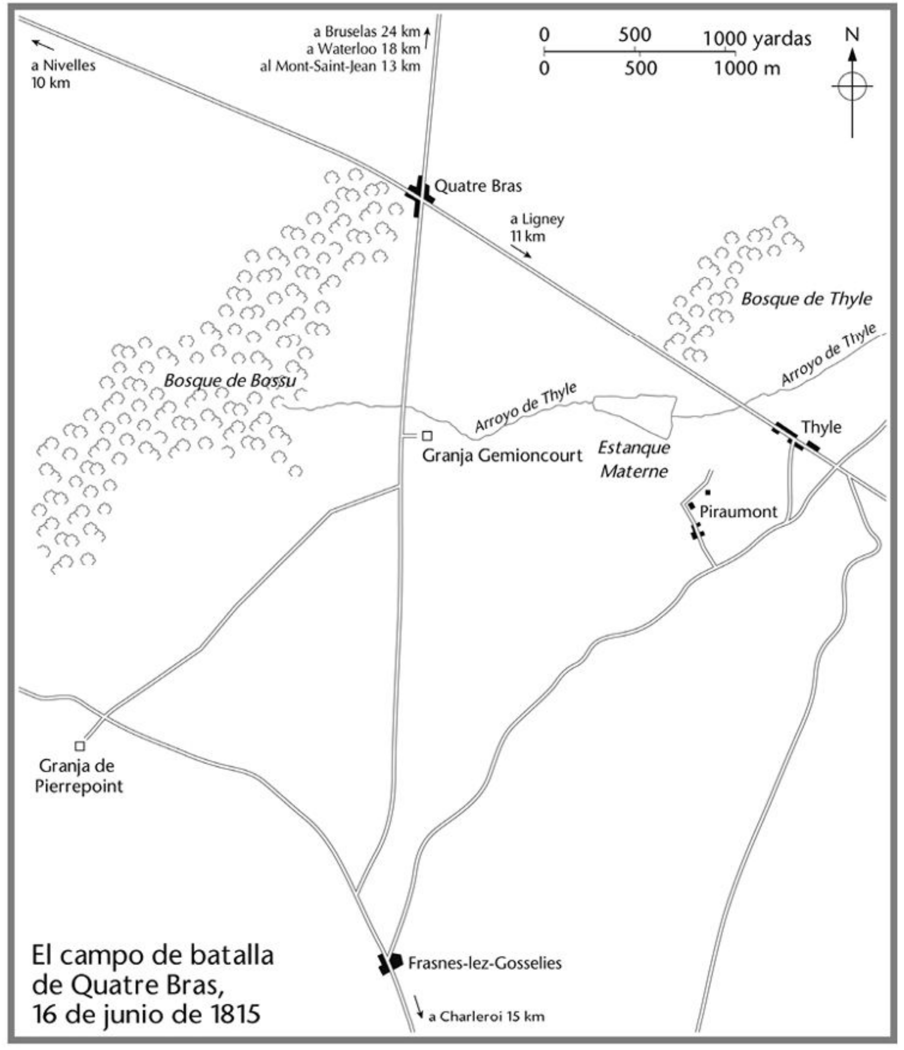
Blücher y Namur, 32 kilómetros a vuelo de pájaro, probablemente 48 kilómetros mientras el mensajero trota y medio galopa, 3 digamos que como poco cuatro horas, lo que nos lleva hasta el mediodía. Aquí la información habría sido evaluada y, cuando se hubiera confirmado que era genuina, se habría enviado un mensaje a Bruselas por la ruta de comunicación de la vía romana hasta Quatre Bras y luego al norte siguiendo la carretera, a 64 kilómetros de distancia, o unas cinco horas a caballo, con lo que habría llegado a Bruselas no antes de las 17.00 horas. Aquellos que piensan que podría haber llegado mucho antes no están familiarizados con el método militar de transmitir información, ni con las distancias que un caballo y un jinete pueden cubrir realmente en las condiciones de la época. Incluso utilizando un sistema de relevos a caballo, gracias al cual un jinete puede cambiar de montura una vez cada 16 kilómetros o así, solo habría acortado el viaje en unas dos horas como mucho.

Entre los puestos avanzados holandeses y las patrullas de caballería en la parte de la frontera que era responsabilidad de Wellington estaba claro que algo estaba pasando. La cuestión era saber el qué. Pequeños encuentros y escaramuzas habían sido habituales durante las semanas anteriores, de modo que ¿se trataba de más de lo mismo o presagiaba algo más serio? ¿El sonido de los cañones eran los prusianos de prácticas, como era su costumbre? Por si acaso, el general Constant Rebecque, el jefe del estado mayor del príncipe de Orange, ordenó que se incrementara el nivel de alerta y envió algunas unidades a sus puestos de alarma, mientras el príncipe marchaba a Bruselas a cenar con Wellington, que seguía desconociendo que se hubiera cruzado la frontera. El almuerzo, por entonces, se tomaba en torno a las 15.00, mucho más pronto que hoy día, en parte debido al deseo del general de no comer a la luz de las velas (la cena, por el contrario, se comía a la luz de las velas y a menudo era una comida sustanciosa). Ambos comandantes, así como los oficiales al mando y los oficiales de estado mayor cercanos a Bruselas, fueron invitados a un baile organizado por la duquesa de Richmond, esposa de Charles Lennox, cuarto duque de Richmond. Aristócrata escocés, Lennox se había unido al ejército como alférez en 1785 y, a pesar de que ahora era un general, no estaba en la lista de activos y no había ocupado un mando desde que fuera el oficial al mando del 35.º de infantería en 1789. 4 Si bien era el gobernador de Hull y Plymouth, de hecho vivía en Bruselas y el baile se celebró en su casa en la rue de la Blanchisserie. 5

En cuanto Wellington recibió las noticias de Blücher ordenó al ejército anglo-holandés que se concentrara en Nivelles, a 8 kilómetros al oeste de la carretera Charleroi-Bruselas y 24 kilómetros al sur de Bruselas. Con la perspectiva del tiempo vemos que las concentraciones

iniciales de los dos ejércitos aliados beneficiaron a Napoleón; pues se estaban alejando del eje del avance francés y permitiendo al emperador, si se movía con la suficiente rapidez, situarse entre ellos y poner en práctica su plan de derrotarlos por separado. Pero en 1815 nadie tenía esa perspectiva. La preocupación de Wellington fue su línea de suministros (y de retirada) hasta los puertos del Canal y a casa. Si bien ciertamente parecía que había un avance francés hacia Bruselas, ¿y si no era sino una finta? ¿Dónde se encontraba el verdadero punto de ataque? ¿Era posible que Napoleón estuviera maniobrando hacia el oeste, en dirección a Mons, para aislar a los británicos de la costa? Concentrarse en Nivelles permitiría a Wellington responder a cualquier movimiento parecido y, hasta que estuviera absolutamente seguro de hacia dónde se dirigía el principal avance francés y cuál era su objetivo, no arriesgaría su ejército.

Mientras tanto, la caballería de vanguardia del ala izquierda de Ney del ejército francés, que era la caballería ligera de la Guardia mandada por el general de división Charles Lefebvre-Desnouettes, 6 había alcanzado la aldea de Frasnes-lez-Gosselies y, tras continuar avanzando hasta dejarla atrás peleando con escaramuzadores del ejército holandés en retirada, se encontró de repente frente a una batería de cañones desplegada en una cima situada en ángulo recto con respecto a la carretera Charleroi-Bruselas. Era una batería holandesa de seis cañones de seis-libras y dos obuses de 140 milímetros al mando del capitán Adriaanus Bijleveld, que abrió fuego nutrido y detuvo el movimiento inicial francés. Como tras Bijleveld había muy poco excepto alguna infantería holandesa, que estaba comenzando a llegar de acuerdo con las órdenes de Rebecques de un mayor estado de alerta, el comandante de artillería decidió retirarse hacia el norte, hacia Quatre Bras.



El campo de batalla de Quatre Bras, 16 de junio de 1815

Quatre Bras («cuatro brazos») era una diminuta aldea en torno al punto donde se cruzaban la carretera que iba desde Charleroi hacia el norte, hacia Bruselas, y la vía romana en direccion este-oeste que comunicaba Sombreffe, donde se estaban concentrando los prusianos, y Nivelles, la ciudad hacia la cual había ordenado Wellington su ejército anglo-holandés. Como hemos visto, la ruta era importante para los Aliados como el único medio de comunicación rápido entre ellos. Quatre Bras era vital, pues si los franceses podían tomar y conservar el cruce de caminos, entonces cualquier intento aliado de combinar sus ejércitos sería, si no imposible, al menos sí un proceso muy largo y difícil. En un sentido muy real, este cruce de caminos era el objetivo que tenía que tomarse, y rápido, si se quería que el plan general francés llegara a funcionar. Era el momento de dejar a un lado las precauciones y hacer subir por la carretera a la infantería y tomar

el cruce de caminos… y si el alto mando francés hubiera pensado en ello se hubiera dado cuenta.

No fue así. El mariscal Ney actuó con inusual indecisión: envió en vanguardia un batallón de infantería para apoyar a la caballería; pero poco era lo que se podía ver debido a la cosecha de crecido maíz y a que estaba anocheciendo. Ney había luchado contra Wellington en la Península: había guiado a sus hombres ladera arriba contra y a través de los escaramuceadores británicos para llegar a la cima de una cresta, satisfecho por haber tomado la posición solamente para encontrarse la ladera contraria repleta de infantes de guerreras rojas disparando descarga tras descarga a corta distancia y llevando la muerte y la destrucción a sus atacantes. Solamente podemos suponer que Ney pensó que una simple batería de cañones y unos pocos infantes holandeses no podían ser lo único que Wellington había dispuesto para cubrir ese vital cruce de caminos. Debía de haber más oculto tras la cadena de colinas, atacar ahora que estaba cayendo la noche era suicida… era mejor esperar hasta el día siguiente. Cualquiera que fuera su razonamiento, Ney ordenó vivaquear para la noche. La posibilidad de utilizar la táctica napoleónica de la posición central y presionar hasta Bruselas se perdió y, a pesar de que nadie lo sabía todavía, excepto por un milagro, también la campaña.

El resto de la brigada de infantería aliada que se estaba desplazando hacia Quatre Bras estaba temporalmente al mando del coronel Bernhard de Sajonia-Weimar, el heredero de veintitrés años del gran ducado de Sajonia-Weimar-Eisenach, cuyo superior, el coronel Frederick van Gödecke, había recibido la coz de un caballo esa mañana. Estos hombres apenas eran comparables a la infantería británica y portuguesa a la que se había enfrentado Ney en Busaco. Uno de los batallones de línea de Sajonia-Weimar estaba armado con mosquetes británicos, la mayoría de los cuales eran viejos y habían sido reacondicionados con prisas, otro con el mosquete francés, de menor calibre, mientras que los escaramuceadores, un batallón jäger (ligero), estaban equipados con rifles de cuatro calibres diferentes. Su mando tendría que preocuparse de que su intendente le suministrara munición de seis tipos diferentes.

Wellington había insistido en asistir al baile de Bruselas, pues su no presencia habría sido percibida como un ataque de pánico. De modo que no fue hasta que su oficial de enlace prusiano le trajo informes de que había combates en el sur y de que el propio Napoleón y elementos de la Guardia Imperial habían sido identificados positivamente —unos informes apoyados por la llegada de un oficial del estado mayor del teniente general sir Wilhelm Kasper Ferdinand von Dörnberg, comandante de la 3.ª brigada de caballería en Mons— cuando Wellington pudo estar seguro de que la principal ofensiva

francesa se dirigía realmente hacia el norte, hacia Bruselas, y no intentaba rodear el flanco británico en Mons. El despacho de Dörnberg informaba de que no había fuegos de campamento delante de él, de que las tropas que se encontraban en el lado francés de la frontera eran todos guardias nacionales y de que de toda la caballería gala se había desplazado hacia el este. Wellington envió a varios ADC y ordenanzas de dragones para ordenar a las unidades que mantuvieran la posición mientras el jefe del estado mayor, DeLancey, preparaba órdenes operativas diciéndole a cada formación adónde dirigirse, concentrando el ejército en Quatre Bras e invirtiendo las órdenes previas de ir hacia Nivelles.

Antes, la brigada de Sajonia-Weimar había recibido órdenes de ir a Nivelles, pero él y el teniente general Henri-Georges Perponcher-Sedlnitzky, comandante de la 2.ª división de los Países Bajos, decidieron ignorar la orden y concentrarse en Quatre Bras. Indudablemente, cualquier escrúpulo que pudieran haber tenido por desobedecer una orden quedó mitigado por su recuerdo de una instrucción publicada por el coronel Wellesley en 1803, en la cual recordaba a sus oficiales que podía darse una orden que, «por circunstancias desconocidas por la persona que la daba en el momento de darla, resultaba imposible de cumplir». Perponcher también pasó la orden a la otra brigada de su división, la del general de división Willem Frederick van Bijlandt, cuyas fuerzas consistían en un batallón de línea belga (de habla francesa), tres batallones de la milicia holandesa, un batallón jäger holandés y una batería de cañones. Estas acciones de Perponcher y Revecque fueron críticas para la subsiguiente batalla.

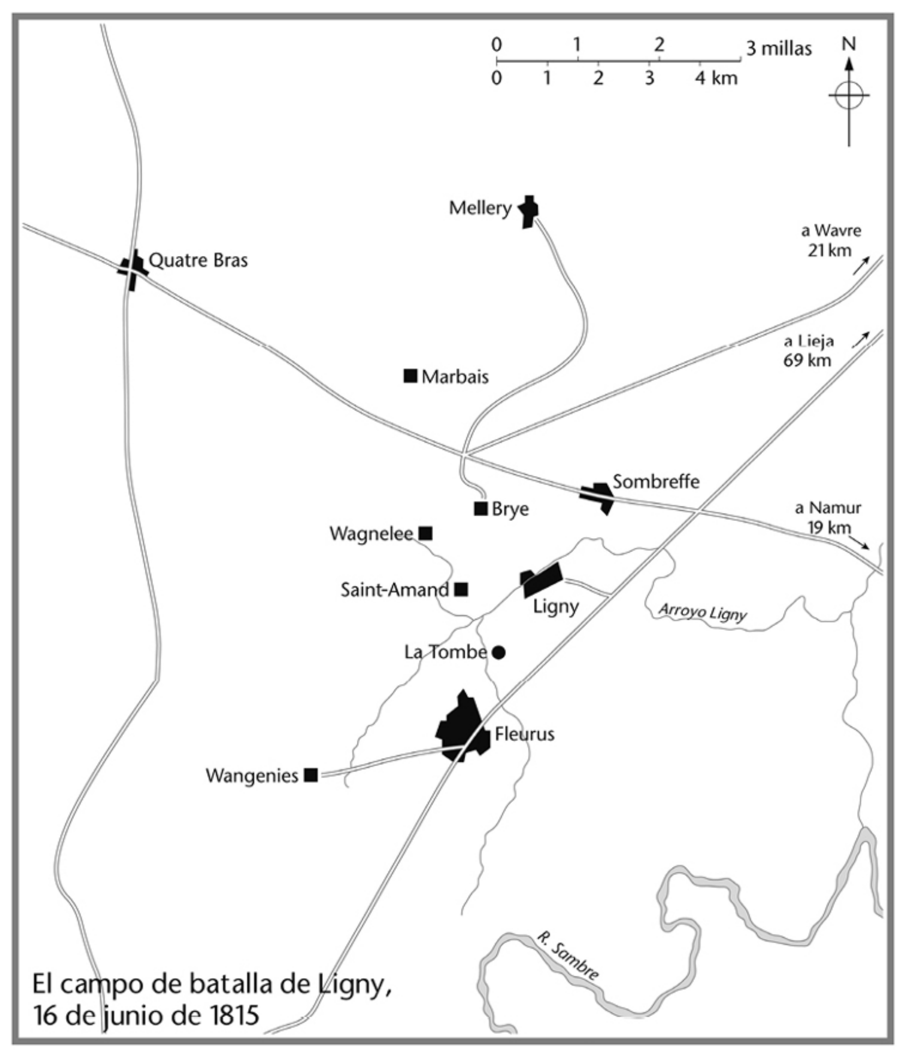
Mientras Napoleón cabalgaba de vuelta a Charleroi para pasar la noche, y a pesar del fracaso de Ney a la hora de cortar la carretera de Bruselas —algo que resulta posible incluso que no supiera—, debía estar razonablemente satisfecho con los progresos del día. Su ejército había cubierto 48 kilómetros en contra de una oposición más decidida de lo que se había esperado, los ejércitos de sus enemigos no estaban todavía concentrados y aún les faltaba mucho para reunirse. Seguramente pensó que su plan todavía era factible y que al día siguiente podría derrotar a uno de sus oponentes y luego volverse contra el otro. Las órdenes de esa noche a Ney le decían que a la mañana siguiente continuara progresando y, si bien los apologistas de Ney han afirmado que la contradictoria naturaleza de las diferentes órdenes recibidas —¿debía tomar Quatre Bras o avanzar hacia Bruselas?— debió de confundirlo, como soldado experimentado que era, Ney debería de haberse dado cuenta de que tomar y conservar el cruce de caminos e impedir a los ejércitos aliados reunirse era una prioridad. Evidentemente, los ejércitos aliados no se unieron en este

momento de la campaña, ni lo intentaron tampoco; pero si Ney hubiera demostrado un mayor sentido de la urgencia, el plan francés podía haber tenido una posibilidad de funcionar.

La infantería, la caballería y los cañones británicos y holandeses-belgas estuvieron marchando toda la noche —la reserva de Bruselas, otros de Nivelles y de Mons, todos camino de Quatre Bras—mientras a 11 kilómetros hacia el este tropas prusianas estaban llegando a las cercanías de Sombreffe. Se había convertido ahora en una carrera contra el reloj, pues si los franceses se movían y atacaban por el norte hacia Quatre Bras antes de que las tropas puestas en marcha por Wellington llegaran allí, se habrían desecho con facilidad de la única división de Perponcher. Tras haber aprobado las órdenes escritas por DeLancey, consiguió robar unas cuantas horas de sueño, antes de ser despertado por la llegada del propio general Dörnberg, quien enfatizó lo dicho en su despacho previo. El duque y su estado mayor inmediato abandonaron Bruselas en torno a las 7.00 horas del 16 de junio y se encontraron con el príncipe de Orange en Quatre Bras. El príncipe llevaba allí desde aproximadamente las 6.00 horas y estaba supervisando el despliegue de los batallones de la brigada de Bijlandt, que continuaba llegando. Explicó al comandante en jefe que los franceses todavía no habían realizado ningún movimiento y que, aparte de algún intercambio intermitente de fuego entre piquetes y una escaramuza menor cuando los holandeses-belgas rechazaron a una patrulla de caballería francesa y reconquistaron parte del terreno que habían perdido el día anterior, todo estaba tranquilo. Wellington cabalgó por la línea de defensa holandesa-belga, se declaró satisfecho y luego cabalgó 10 kilómetros por la vía romana hacia el este para encontrarse con Blücher.

El comandante prusiano se había dado cuenta de que el ataque francés vendría desde Fleurus y había colocado el cuerpo de ejército de Ziethen en una especie de semicírculo en torno al arroyo de Ligny, con su izquierda en la ciudad de Ligny, su centro en Saint-Amand y su flanco derecho en Wagnelée. El arroyo en sí mismo no era un obstáculo —un infante podía saltarlo con facilidad—, pero su valle era pantanoso y sería un problema para la artillería y los vehículos con ruedas. El arroyo también era probable que frenara cualquier ataque de caballería y, dado que era un rasgo visible del terreno, era un límite evidente que darle a las tropas. Cada pueblo, aldea y grupo de edificios de granjas estaba siendo fortificado, con las carreteras bloqueadas con muebles sacados de las casas, carros de granja volcados y árboles caídos, mientras los soldados realizaban aspilleras en los muros y tejados de las casas para cubrir todas las posibles vías de acceso, con baterías de cañones situadas para apoyar a los defensores. El de Ziethen, al ser el cuerpo de ejército más cercano a la

zona de concentración, fue el primero en llegar, seguido por el II cuerpo de ejército de Pirch, al cual Blücher ordenó que se apostara en la ladera sur de la aldea de Brye, desde donde tenían a la vista el arroyo de Ligny. El último cuerpo de ejército en llegar antes de que comenzara la acción fue el de Thielemann —el majestuoso avance de Bülow significaba que no llegaría hasta que la cercana batalla hubiera terminado— y fue colocado a la izquierda de Pirch, entre Sombreffe y Mazy, 7 kilómetros al este. De modo que Blücher estaba cubriendo un frente de unos 19 kilómetros, con los 32.000 hombres de Ziethen con una brigada de caballería a su mando manteniendo el saliente del arroyo de Ligny, apoyado por los 33.000 soldados de Pirch y los 25.000 de Thielemann en el terreno elevado por encima del arroyo. Detrás de Pirch y Thielemann había dos brigadas de caballería y todos juntos los prusianos contaban con 312 piezas de artillería, incluidas algunas de doce-libras. A primera vista, deberían de haber sido bastante para cualquier cosa que los franceses pudieran enviarles, sobre todo porque solamente había cuatro puentes sobre el arroyo y un valle pantanoso que pudieran soportar el paso de la artillería.



Wellington llegó a Brye en torno al mediodía. Él y Blücher se encontraron en un molino de viento, demolido hace ya mucho tiempo, al sur de la aldea. Wellington le comentó al mariscal de campo prusiano que tener al grueso de sus tropas formado en la ladera ascendente las convertiría en un blanco muy tentador para la artillería francesa y le sugirió que las desplazara a la ladera contraria. Una posición en una ladera contraria, una de las posturas defensivas favoritas de Wellington, significaba que los hombres podían arreglárselas ellos mismos y descansar lejos fuera de la vista del enemigo y del fuego directo. En la ladera frontal habría escaramuzadores a cubierto para avisar de algún avance; pero la fuerza atacante no podría ver a las tropas contra las cuales se suponía que se estaban enfrentado hasta que hubiera llegado a la cima de la cresta, cansada e insegura respecto a cuál era realmente su objetivo. Se cree que Blücher replicó: «A mis chicos les gusta ver a su enemigo»;

pero el verdadero motivo de su despliegue fue casi con seguridad que las deserciones serían mucho más difíciles desde esta ladera, mientras que escabullirse sería relativamente sencillo en la ladera contraria. Blücher era muy consciente de que para muchos de los soldados prusianos esta sería su primera experiencia de combate. Wellington aseguró a Blücher que, si era atacado, él vendría a ayudarlo «siempre que no me estén atacando a mí». Los amantes de las teorías conspirativas han exprimido a fondo esta reunión, afirmando que Wellington prometió ayuda sin reservas y que luego deliberadamente abandonó a los prusianos a sus propias fuerzas. No importa que no exista motivo alguno para que Wellington hubiera deseado que los prusianos fueran derrotados; la conversación fue recogida tanto por el coronel Hardinge, oficial de enlace de los británicos con los prusianos, como por su homólogo, el general de división Muffling, para quien la afirmación de Wellington estaba muy clara: ayudaría si podía. Y, como vamos a ver, no pudo.

Mientras tanto, en el lado francés reinaba la confusión. Parece que Napoleón había reconsiderado su idea inicial de que su primer objetivo tenían que ser los prusianos y, ciertamente, Ney parece haber tenido la impresión de que Napoleón y la poderosa reserva vendrían a ayudarlo en su marcha hacia Bruselas. De hecho, había una plétora de órdenes yendo hacia ambas alas, y escritas de la mano del propio emperador, algo que, dada su práctica ilegibilidad, Berthier no habría permitido nunca. Con ello volvemos a tener pruebas de un mal trabajo de estado mayor en el cuartel general imperial y la posible causa del, de otro modo, inexplicable retraso de Ney a la hora de actuar durante la mañana del 16 de junio, cuando de haberse movido con las primeras luces del día todavía habría podido recorrer un buen trecho de la carretera de Bruselas, con el cruce de Quatre Bras en su bolsillo, antes de que los refuerzos de Wellington hubieran llegado.

Para cuando Ney comenzó a desperezarse —mucho antes de la orden final de Napoleón, que dejaba claro que debía tomar Quatre Bras— la mayoría de la 2.ª división holandesa de Perponcher se encontraba colocada. Al oeste de la carretera de Bruselas estaba la brigada de Sajonia-Weimar, en el bosque de Bossu, que partía hacia el sur desde el cruce hasta justo la cadena de colinas y se quedaba a unos 90 metros o así de la carretera. 7 Podían vigilar una granja grande en su flanco derecho, Pierrepoint (hoy día un club de golf), donde los franceses estaban cómodamente instalados, y podían ofrecer fuego de cobertura a la batería de cañones, que seguía estando desplegada a ambos lados de la carretera. Parecía una posición fuerte —cualquier comandante se mostraba (y se muestra) cauteloso a la hora de atacar en un bosque—, pero la brigada solamente tenía diez balas por hombre para los mosquetes y rifles, y nadie estaba seguro de adónde

habían ido a parar sus carros de municiones.

Al este de la carretera estaban los batallones de Bijlandt, alguno de los cuales habían estado marchando toda la noche, con su cuartel general y dos batallones en la granja de Gemioncourt. Esta se encontraba a unos 640 metros al sur del cruce y era una casa señorial construida de forma sólida con graneros adyacentes; era propiedad de la diócesis local y por entonces probablemente tuviera doscientos años de antigüedad, habiendo sido construida para defenderse en una época en la cual el reñidero de Europa era todavía más inestable que en 1815. Como artillería de apoyo para Bijlandt estaba llegando otra batería, lo que daba a los holandeses-belgas un total de dieciséis cañones. Una sección de la caballería prusiana de los húsares silesios, que habían resultado separados de su regimiento y se habían añadido a los holandeses, se marcharon con estrépito hacia Sombreffe, al haber sabido por Wellington dónde estaba el ejército prusiano.

En este momento, por lo tanto, todo lo que había entre Ney y Quatre Bras eran nueve batallones de infantería, bastante inexperta, y dieciséis cañones. Al haber perdido a su prestada caballería prusiana, y bien consciente de la preponderancia de los jinetes franceses en la zona, el príncipe de Orange envió a un ADC a Braine-le-Comte, a 22 kilómetros hacia el este, para ordenar que viniera la brigada de caballería ligera del general de división Jean-Baptiste van Merlen, formada por el 6.º de húsares holandeses y el 5.º de dragones ligeros belgas. Van Merlen había servido en la caballería francesa de la Guardia Imperial y debería, pensó el príncipe, saber cómo enfrentarse a sus antiguos camaradas, pero tardaría al menos cuatro horas antes de que pudiera llegar a Quatre Bras.

La indecisión de Napoleón respecto a qué enemigo debería atacar primero quedó resuelta mediante un mensaje de Grouchy, el cual decía que los prusianos, en vez de retirarse hacia el norte, se estaban agrupando en la cadena de colinas de Sombreffe y preparándose para ofrecer batalla. Napoleón cabalgó hasta Fleurus y desde un molino de viento del pueblo estudió la posición prusiana con su catalejo. Esta era su oportunidad: regresaría a su plan inicial y a partir de en torno a las 11.00 horas el emperador dio órdenes para atacar a los prusianos. El plan, como todos los buenos planes, era sencillo: la caballería de Pajol y Exelmans hostigaría el ala izquierda prusiana y le impediría apoyar a su centro, que sería atacado por los cuerpos de ejército de Vandamme y Gérard. Una vez que el cuerpo general de los prusianos estuviera siendo atacado e incapaz de maniobrar, Ney, habiendo atacado la carretera de Bruselas arriba y hecho retroceder cualquier cosa que se aproximara, enviaría al menos un cuerpo de ejército por la vía romana desde Quatre Bras para golpear la retaguardia del ala derecha prusiana. Esto haría que los prusianos retrocedieran a lo largo

de la carretera hacia Lieja, lejos de Wellington y hacia Alemania. El propio Napoleón estaría cerca con la Guardia, listo para reforzar si fuera necesario. Dado que el cuerpo de ejército de Gérard seguía estando algo retrasado y la Guardia acababa de salir de Charleroi, el ataque comenzaría en torno a las 14.30 horas. Cuando todo estuviera listo, Napoleón dispondría de unos 51.000 infantes, 12.000 jinetes y 210 cañones con los que enfrentarse a 82.000 infantes prusianos, con 8.000 jinetes y 312 cañones; en modo alguno la superioridad de tres a uno estipulada por los libros de texto, pero con la Guardia en reserva, el apoyo de Ney y la expuesta posición de los prusianos, seguramente sería más que suficiente.

En Quatre Bras, Ney finalmente se movió. En torno a las 14.00 horas envió tres divisiones y 20.000 hombres del cuerpo de ejército de Reille, apoyados por la división de caballería del general de división Hippolyte-Marie-Guillaume Piré —unos 2.000 jinetes, incluida una brigada de lanceros— y dos baterías de cañones hacia la cadena de colinas al sur de la granja de Gemioncourt, en la que se encontraban la brigada de Bijlandt y una batería de artillería, con los hombres de Sajonia-Weimar a su derecha, en el bosque de Bossu. Los holandeses-belgas lucharon con fiereza, pero al final la cantidad comenzó a imponerse y, si bien los franceses pudieron avanzar poco por el bosque de Bossu —aunque para empezar, tampoco presionaron mucho por ese flanco—, al final pudieron expulsar a los hombres de Bijlandt de Gemioncourt y capturaron dos de sus cañones. Algunos de esos soldados se dirigieron al bosque de Bossu; pero la mayoría, aún en unidades formadas, comenzaron a retirarse hacia el norte, a lo largo de la carretera y hacia el cruce de caminos, formando un cuadro para rechazar a la caballería francesa que los perseguía. Los franceses casi consiguen el premio gordo de atrapar al príncipe de Orange: casi, pero no del todo, pues el príncipe tenía un caballo árabe muy bueno, y muy rápido, regalo del zar, que llevó a su amo de regreso a Quatre Bras. [8]

A pesar de todos los estudios y la planificación, la suerte sigue teniendo su parte en cuestiones militares y fue la buena suerte tanto como cualquier otra cosa lo que llevó a Wellington hasta Quatre Bras desde Ligny justo cuando los hombres de Bijlandt estaban llegando por la carretera desde Gemioncourt. Entre el príncipe de Orange y el duque no tardaron en tener a los holandeses-belgas reunidos y formados de nuevo en el cruce de caminos, en el momento en que llegaron a Quatre Bras los primeros hombres del ejército aliado a quienes se había ordenado dirigirse allí, la caballería de van Merlen que el príncipe había mandado a buscar antes. Seguidos de cerca por unidades de la 5.ª división de infantería británica al mando del teniente general sir Thomas Picton, que consistía en siete batallones de infantería británica y seis compañías del 95.º de fusileros, todos los

cuales eran veteranos de la Península, cuatro batallones de landwehr hanoverianos y dos baterías de artillería, una británica y otra hanoveriana. Tras los fusileros, el primero en llegar fue el 1.er batallón del 28.º de infantería y, mientras la caballería de van Merlen mantenía a raya a la de Piré, el duque dio instrucciones a Bijlandt para que pusiera a su brigada en columna y avanzara por la carretera para retomar la granja de Gemioncourt. Los seguiría el 20.º, que se quedaría de guarnición en la granja una vez hubieran expulsado a los franceses.

Evidentemente, Wellington sabía que si una brigada no podía conservar la granja de Gemioncourt, una brigada no podría volver a tomarla e incluso si por alguna casualidad pudieran, un mero batallón no podría mantenerla, ni siquiera un batallón británico de veteranos. Y, de hecho, no pudo, pero la operación, que llegó a 140 metros de la granja, supuso intercambiar vidas holandesas y belgas por tiempo; un tiempo que Wellington utilizó para desplegar los batallones de Picton, que estaban llegando al cruce de caminos tras una marcha de 32 kilómetros desde Bruselas. Los fusileros fueron enviados hacia el este para anclar el flanco izquierdo. Se les dijo que adoptaran posiciones en el pueblo de Piraumont, pero se encontraron con que los franceses ya estaban allí, de modo que se pusieron a cubierto en la aldea de Thyle —al este de Étang Materne, o estanque Materne, un estanque artificial excavado para proporcionar agua a los animales, aunque lo bastante grande como para suponer un obstáculo para cualquier intento francés de rodear el flanco izquierdo aliado— y en lo que los británicos llamaban el bosque de Cherry, que se encontraba al norte de Materne y al norte de la carretera. A salvo en Thyle y en el bosque, los fusileros podían detener a cualquiera que saliera desde Piraumont y en torno el extremo oriental de Materne, pues sus 400 rifles les permitían matar franceses a mucha más distancia que el alcance del mosquete francés. Era una posición excelente que, si aguantaba, anclaría el flanco izquierdo de Wellington.

Al considerar que el flanco derecho en el bosque de Bossu estaba asegurado, al menos por el momento, por hombres de Sajonia-Weimar, lo siguiente que hizo Wellington fue enviar a los batallones de Picton según iban llegando a lo largo de una línea diagonal desde el cruce de caminos hasta el estanque Materne, mientras las baterías de cañones se apostaban a ambos lados del cruce de caminos. Para cuando los franceses acabaron con el avance de Bijlandt y el 28.º, había una línea de infantería de casacas rojas que se extendía desde el estanque Materne hasta el cruce de caminos. De este a oeste eran el 79.º y el 32.º a pie de la brigada del general de división sir James Kempt y luego el 3/1.º, el 2/44.º y el 42.º a pie del general de división sir Denis Pack, con el 92.º en torno al propio cruce de caminos. Justo

detrás de la carretera se encontraba la brigada hanoveriana como apoyo.

En este punto de la batalla de Quatre Bras, el campo abierto al este de la carretera de Bruselas estaba plantado con maíz y centeno crecidos hasta 2,50 metros de altura y a través de los cuales resultaba imposible ver nada. Solamente los oficiales a caballo podían ver o ser vistos, y solamente las puntas de las bayonetas caladas podían decirle a un observador dónde se encontraban según se dirigían a sus posiciones. Los franceses lanzaron entonces columnas de infantería desde la zona de Gemioncourt hacia el cruce de caminos. Los batallones de Picton avanzaron en línea hasta que alcanzaron el límite del centeno, desde donde podían ver avanzando a los franceses y, con una serie de descargas de mosquete a corta distancia los enviaron de vuelta por donde habían venido. Evidentemente, fue con un coste, pues cuando la infantería británica salió del centeno quedaron bajo el fuego con botes de metralla de la artillería francesa y se les ordenó que regresaran a su posición original sin haber podido recoger a todos sus heridos. Para aquellos que habían sido alcanzados por las balas francesas la situación empeoró mucho, puesto que los tacos ardiendo de la mosquetería británica habían incendiado los rastrojos y muchos de los heridos, incapaces de moverse, resultaron quemados vivos.

La caballería ligera y los lanceros franceses pudieron progresar poco contra los hombres de Picton, en parte por la dificultad de moverse por entre el centeno y también por las bien dirigidas descargas de mosquetería a corta distancia. Un grupo de lanceros consiguió meterse entre batallones y detrás del 44.º, que estaba situado a unos 274 metros al este de la carretera principal. No había tiempo de formar un cuadro, de modo que el oficial al mando ordenó al flanco trasero que ofreciera la cara y pronto las descargas de los mosquetes rechazaron a los lanceros, excepto a uno que consiguió a lancear en la mandíbula al oficial que llevaba el estandarte del rey e intentó llevárselo. El oficial era el alférez Christie, un sargento ascendido y un duro veterano de muchas batallas. No soltó el estandarte y su escolta de sargentos derribó y mató al lancero. Christie sobrevivió a Quatre Bras y Waterloo, a pesar de una horrible herida que lo desfiguraba. Se licenció con media paga en octubre de 1815 y viviría un largo y honorable retiro, no volviendo a tener nunca que pagarse una copa mientras contara la historia de cómo salvó el estandarte; una historia que indudablemente se iría volviendo más audaz y espeluznante cuantos más vasos de ginebra se consumieran.

Mientras tanto, el siguiente grupo en llegar al cruce de caminos fue el contingente de Brunswick, formado por el propio duque de Brunswick con el 2.º de húsares de Brunswick y unos 600 hombres, junto a un escuadrón de lanceros y cinco batallones de infantería. La

caballería fue enviada en vanguardia para mantener a los jinetes franceses a raya mientras la infantería se dispersaba para apoyar a los defensores del bosque de Bossu, para reforzar a los fusileros en Thyle y para reforzar la línea de Picton. Uno de los batallones de Brusnwick resultó severamente castigado por la caballería francesa y una carga de su propia caballería no alcanzó su objetivo. El duque resultó herido cuando estaba intentando reunir a sus húsares al sur del cruce de caminos. La bala, probablemente de un bote de metralla o posiblemente de una carabina o pistola de la caballería francesa, atravesó su hígado y lo derribó del caballo. Solamente vivió unos minutos más y el mando de su contingente pasó a su segundo, el coronel Olfermann.

Según pasaba el día, más y más de las tropas de Wellington iban llegando y Ney se desesperaba más y más. Tras fracasar un ataque de infantería con apoyo de la caballería contra el flanco izquierdo británico, el mariscal ordenó una carga directa de la caballería pesada por la carretera para tomar el cruce de caminos. El general de división François Étienne Kellermann, que mandaba el III cuerpo de reserva de la caballería le encargó la tarea a la 2.ª brigada (coraceros) de la 11.ª división de caballería del general de división Samuel Fançois L'Héritier. Los coraceros eran hombres grandes sobre caballos grandes, acorazados por delante y por detrás que blandían largas espadas rectas, lo bastante pesadas como para abrirle el cráneo a un hombre de un solo golpe. El propio Kellermann encabezó la carga de cinco escuadrones, cada uno formado por unos cien hombres y oficiales, y casi lo consiguió; de hecho, de haber estado presente su segunda brigada de coraceros, muy bien podría haberlo hecho, pero esta brigada se había visto seriamente retrasada al cruzar el Sambre y estaba a muchos kilómetros de distancia. El fracaso de la carga se debió a los disparos de precisión desde el bosque de Bossu realizados por los hombres de Sajonia-Weimar, al fuego de artillería de los cañones británicos y hanoverianos desde ambos lados del cruce de caminos y, finalmente, a las descargas de la infantería de Brunswick y británica desde el cruce de caminos. El propio Kellermann resultó herido y su caballo muerto y solamente evitó ser capturado al colgarse de la muserola de dos de los caballos de sus soldados y regresar así a Gemioncourt.

Entonces se produjo una crisis en Thyle, que los fusileros se vieron obligados a ceder, retrocediendo hasta el bosque de Cherry, desde donde podían seguir protegiendo la izquierda de Wellington. Fue mientras este estaba en Thyle, supervisando el cambio de despliegue de los fusileros cuando el príncipe de Orange ordenó a la recién llegada 5.ª brigada británica de la 3.ª división de infantería británica del teniente general Charles (Karl) Alten que avanzara por la carretera

hacia la granja de Gemioncourt para bloquear cualquier futuro movimiento de la caballería francesa por el relativamente buen camino (para los caballos) que era la carretera y la zona despejada entre la carretera y el bosque de Bossu. El comandante de la brigada, el general de división sir Colin Halkett, que como su comandante de división hacía poco que era un oficial de la legión alemana del rey, condujo a sus cuatro batallones carretera abajo y los formó a ambos lados de esta en cuadros de batallón. Se trataba de un movimiento perfectamente sensato, y cuatro batallones formados en cuadro con las cartucheras llenas eran más que suficiente para detener cualquier nuevo tanteo de la caballería; pero el príncipe de Orange no quedó contento. Cabalgando hasta sir Colin, le ordenó que colocara a sus batallones en línea. Presumiblemente, el príncipe consideraba que un batallón en línea podía producir mucha mayor cadencia de fuego y sería un blanco menor para la artillería francesa, lo que era cierto, pero no de lo que se trataba. Cuando Halkett puso reparos, señalando que la amenaza procedía de la caballería, el príncipe dijo que no veía ninguna —era imposible que lo hiciera, pues esta se estaba formando fuera de la vista, detrás de la granja de Gemioncourt— y repitió su orden.

Hoy día, una orden evidentemente estúpida de un superior sería obviada; 9 pero el 16 de junio de 1815 era una orden procedente de un oficial superior, nada menos que el comandante del cuerpo de ejército, y el hijo de un soberano aliado por añadidura, por más que apenas le hubieran quitado los pañales. Como cabía esperar, Halkett cabalgó hasta sus batallones y les ordenó ponerse en línea. Era justo lo que los franceses habían estado esperando y no desperdiciaron la oportunidad. El resultado fue catastrófico. El 2/69.º fue rebasado y su estandarte capturado (la única vez que uno de ellos fue perdido por un batallón a las órdenes de Wellington), mientras que el 33.º y el 2/73.º fueron ahuyentados en desorden hasta el bosque de Bossu. Solamente el 2/30.º, veteranos peninsulares, reaccionó con rapidez. Al haberlas visto de todos los colores con anterioridad, giraron su retaguardia, realizaron varias descargas regulares, formaron un cuadro cuando la primera oleada de jinetes hubo pasado y se retiraron ordenadamente hasta el bosque de Bossu. Para entonces Wellington había regresado de Thyle. Fue a medio galope hasta el límite del bosque, desmontó, le tiró las riendas de su caballo a un ADC y reprendió a los oficiales del 33.º —el regimiento que había mandado durante muchos años y cuyo coronel había sido— diciendo que esperaba algo mejor de ellos. La brigada no tardó en volver a estar formada, esta vez en cuadros.

Si bien la dispersión de la brigada de Halkett fue el punto bajo de la batalla para los Aliados, la potencia de Wellington no dejaba de aumentar. La escasez de munición quedó resuelta con la llegada de

carros al cruce de caminos, y la división de los guardias británicos estaba de camino. Ney solamente tenía el cuerpo de ejército de Reille y parte del cuerpo de caballería de Kellermann. Debería haber podido lanzar a la operación a los 20.000 hombres del cuerpo de ejercito de D'Erlon, pero no pudo, porque D'Erlon no estaba disponible para Ney, ni de hecho tampoco para Napoleón.

En Ligny, la batalla había comenzado poco después de que se disparara el primer tiro en Quatre Bras. Empezó bastante bien, con la caballería francesa persiguiendo a las patrullas montadas prusianas hasta que retornaron a su cuerpo principal y la infantería atacando los pueblos de Saint-Amand y Ligny. Se trató de huesos más duros de roer de lo que los franceses habían esperado. En Saint-Amand, tras haber sido rechazados varias veces —en una ocasión el contraataque prusiano estuvo encabezado por el propio Blücher—, los franceses solamente consiguieron asegurar el pueblo tras desplegar la división de reserva de Vandamme. Lo mismo sucedió en Ligny, donde uno de los puntos fortificados al borde del pueblo solamente pudo ser tomado con engaños, cuando un soldado alsaciano de lengua alemana afirmó estar desertando a los prusianos. Según más y más soldados prusianos eran absorbidos por la batalla, y según la artillería francesa causaba más y más estragos entre los hombres desplegados en la ladera frontal del terreno elevado, fue el momento para que Ney interviniera contra la derecha y la retaguardia prusianas. No obstante, no había ni rastro de Ney; pues todavía no había recibido la orden de que enviara a un cuerpo de ejército.

Lo que pasó entonces es objeto de mucha confusión: los mensajes escritos se han perdido, los recuerdos se contradicen y todos los comandantes relevantes se echan la culpa los unos a los otros. Lo cierto es que Napoleón quería que la reserva de Ney —el cuerpo de ejército de D'Erlon— se desplazara hasta Ligny para envolver la derecha y la retaguardia prusianas.

Una teoría sostiene que el emperador envió al general de brigada de veintinueve años Charles-Angélique-François-Huchet Labédoyère con un mensaje para Ney diciéndole que enviara a D'Erlon. Labédoyère era de origen aristocrático, pero abrazó la Revolución con fervor y era un gran (y ruidoso) admirador de Napoleón. No era un gran comandante de campo, sino un ADC profesional que sirvió como tal a varios mariscales de campo, hasta que, como coronel, los recién restaurados Borbones le dieron el mando de un regimiento de línea. Uno de los primeros en pasarse con su regimiento a Napoleón en marzo de 1815, fue ascendido y nombrado ADC del propio emperador. De camino hacia Quatre Bras, Labédoyère vio la columna de D'Erlon, cabalgó hasta su comandante y le dijo que se dirigiera a Ligny. No hizo lo que debería haber hecho, ir primero hasta el mariscal Ney.

Obedientemente, D'Erlon se puso en camino y en algún momento del final de la tarde los hombres del cuerpo de ejército de Vandamme informaron de una columna de tropas detrás de la izquierda francesa. ¿Eran los prusianos? Todas las acciones se detuvieron mientras se enviaban jinetes a identificarlos. Eran, evidentemente, los hombres de D'Erlon; pero en el ínterin, Ney, temiendo un contraataque, se dispuso a echar mano de D'Erlon, para encontrarse con que el I cuerpo de ejército estaba de camino hacia Ligny, sin ni siquiera pedir permiso. Furioso, el mariscal envió a un ADC ordenando a D'Erlon que regresara a Quatre Bras de inmediato. Según el principio de obedecer siempre la última orden, D'Erlon hizo dar media vuelta a sus hombres y comenzó a desandar el camino hacia Quatre Bras.

Otra teoría dice que Napoleón envió un mensaje escrito ordenando a D'Erlon que marchara hacia Wagnelée, en el extremo derecho de la posición prusiana. Esto tiene sentido, porque un cuerpo de ejército completo que desembocara en Wagnelée ciertamente habría sobrepasado el flanco prusiano y se habría colocado detrás de él, lo que hubiera significado la derrota para Blücher. No obstante, la caligrafía de Napoleón era tan mala que D'Erlon leyó Wagenies en vez de Wagnelée, un pueblo completamente diferente situado a 2,5 kilómetros al suroeste de Fleurus y detrás del flanco francés, no del prusiano. Cualquiera que sea la verdad de la cuestión, el hecho es que D'Erlon y sus hombres se pasaron el 16 de junio marchando adelante y atrás entre Quatre Bras y Ligny sin disparar ni un tiro y sin provecho de ningún tipo.

En Quatre Bras, con la llegada de la división de los guardias, Wellington sobrepasaba en número a Ney en todas las armas excepto la caballería. Los guardias fueron enviados al bosque de Bossu, según llegaron consiguieron expulsar a los franceses del límite sur y recapturar la granja de Pierrepoint, mientras la infantería de Picton y la hanoveriana hacían retroceder a los franceses hasta la granja de Gemioncourt y más allá. Un testarudo destacamento de infantería francesa aguantó denodadamente en una casa con jardín casi en el cruce de caminos; pero al llegar una carga del 92.º, los highlanders de Gordon estuvieron encantados de abandonar su expuesta posición en torno al cruce de caminos. La carga fue encabezada por el general de división Edward Barnes, que era el intendente en jefe, un oficial superior del estado mayor que no tenía motivo alguno para estar en el frente; pero que no pudo resistirse a conseguir alguna experiencia en el campo de batalla. Resultó herido ligeramente, pero el oficial al mando de los Gordons fue muerto. Según se acercaba el atardecer, los franceses no tenían nada más a lo que recurrir y, mientras los aliados retomaban todo el terreno que los holandeses-belgas se había visto obligados a ceder al comienzo del día, Ney aceptó que no podía hacer

nada más y regresó a Frasnes, desde donde había comenzado.

En Ligny, donde Napoleón había reunido a ambos cuerpos de ejército y a la Guardia Imperial, la experiencia finalmente se impuso. Destrozada por el fuego de artillería de los doce-libras franceses, la línea prusiana primero se combó y luego se rompió. La infantería francesa penetró por la brecha bajo la tremenda lluvia que había comenzado a caer y subió por la pendiente, para encontrarse con 2.000 jinetes de la caballería dirigidos por el propio Blücher. Una y otra vez los húsares y los ulanos cargaron, y una y otra vez fueron rechazados por una combinación de caballería francesa, artillería y fuego de mosquete; pero le dieron tiempo a la infantería prusiana, que se había quedado fuera, para salir del terreno de combate. Durante una de las cargas, el caballo de Blücher resultó muerto y cayó, atrapando al mariscal de campo debajo de él. La oscuridad se estaba acercando y, bajo la fuerte lluvia, ningún francés se dio cuenta de la figura medio inconsciente atrapada bajo un caballo. Solamente la rapidez con la que actuaron uno de sus ADC y un sargento de caballería permitió que el viejo guerrero fuera rescatado y sacado del campo de batalla para reunirse con los restos del roto ejército prusiano mientras este se retiraba en la noche. En torno a las 21.00 horas Napoleón pudo estudiar el terreno, vacío de prusianos excepto los muertos, los moribundos y los que estaban demasiado heridos como para escabullirse cojeando. A pesar de todos los problemas, el emperador había derrotado a uno de sus enemigos y ahora solamente tenía que preocuparse de los anglo-holandeses. Él y su estado mayor se retiraron a Ferme d’en Haut, en las afueras de Ligny, para pasar la noche.

Wellington informó de que las bajas británicas y hanoverianas en Quatre Bras fueron 29 oficiales y 321 clases e individuos de tropa muertos, 126 oficiales y 2.254 clases e individuos de tropa heridos y 4 oficiales y 177 clases e individuos de tropa desaparecidos. Informó que los oficiales desaparecidos probablemente estuvieran muertos, mientras que la mayoría de los individuos de clases y tropa desaparecidos probablemente habían sido llevados heridos a la retaguardia y se reincorporarían. El informe también hablada de diecinueve caballos muertos, catorce heridos y uno desaparecido. [10] Los holandeses-belgas informaron de 1.500 bajas, de las cuales en torno a 500 probablemente fueran muertos, mientras que las bajas de Brunswick fueron en torno a los 200 muertos, incluido su duque. El 3.er batallón del 1.º a pie, los Royal Scots, perdió 200 hombres entre muertos y heridos de una fuerza de en torno a los 650; el 42.º y el 92.º en torno a 300 cada uno; el 79.º más de 300 y los dos batallones del 1.º de guardias a pie en torno a 500 hombres entre ambos. Los franceses perdieron aproximadamente los mismos hombres. En Ligny

hubo 16.000 bajas prusianas, muertos, heridos y desaparecidos, además de perder veintiún cañones. Las bajas francesas estuvieron en torno a las 11.500.

Recapitulando, el 16 de junio de 1815 los franceses habían impedido que el ejército anglo-holandés se uniera a los prusianos; pero un chapucero trabajo de estado mayor, órdenes confusas y tardanzas les habían privado de la abrumadora victoria que deberían haber conseguido. Wellington había estado lento en reconocer de dónde venía el principal ataque francés y solamente gracias a que el príncipe de Orange y los generales Rebecque y Perponcher se dieron cuenta de la importancia del cruce de caminos de Quatre Bras se impidió un potencial desastre el 15 de junio. E incluso así, si Ney hubiera atacado temprano la mañana del 16 de junio, habría podido conseguir muchas cosas. Napoleón no alcanzó en absoluto a poner en ación al VI cuerpo de ejército de Lobau, lo que habría marcado diferencias en cada una de las batallas. Tal cual tuvo lugar todo, cada flanco pensó que el otro venía en su ayuda y el fracaso a la hora de dejar claro a Ney que tenía que enviar a D'Erlon demostró ser crucial. Impidió que este situara su cuerpo de ejército en la retaguardia de los prusianos para obligarlos a retirarse hacia Prusia, en vez de permitir que actuaran como lo hicieron. Este fue un factor principal que contribuyó a la derrota francesa en Waterloo, que se produjo dos días después.

Mientras la lluvia caía a cántaros, los tres ejércitos se lamieron las heridas mientras pensaban en sus siguientes movimientos.

1 Teniente coronel John Gurwood, *The dispatches of field marshal the duke of Wellington* , 12 vols., John Murray, Londres, 1837.

2 *Ibid* .

3 Y no, no es posible hacer galopar al caballo durante 48 kilómetros.

4 Había ascendido a teniente coronel comprando los rangos en cuatro años, antes de las reformas del duque de York, que estipulaban al menos siete años de servicio —después diez—, antes de poder conseguir ese rango. Después fue ascendido por antigüedad, pero nunca tuvo un mando (y por lo tanto no recibía paga).

5 Y no, como afirman hoy día los habitantes de Bruselas, en el Ayuntamiento.

6 Un exsoldado de caballería, Lefebvre-Desnouettes era general de división cuando fue capturado en Benavente, durante la retirada hacia La Coruña en diciembre de 1808, convirtiéndose en prisionero de guerra en Cheltenham, donde se le unieron su esposa y su hijo, rompiendo la palabra dada para escaparse a Francia y llegar a tiempo de la aventura rusa de 1812. Tras la segunda abdicación de Napoleón en 1815, Lefebvre fue sentenciado a muerte *in absentia* por los Borbones, pero escapó a Norteamérica. Tras ser amnistiado, se puso de camino a Francia, pero se ahogó cuando su barco naufragó frente a Kinsale.

7 Un requisito legal para ponerle las cosas difíciles a los salteadores de caminos. En la Inglaterra medieval, la regla era a un disparo de flecha desde la carretera.

8 Relatos contemporáneos dicen que era un semental, lo cual es poco probable. Los caballos enteros raras veces son lo bastante domables como para ser utilizados en un entorno operativo. Probablemente fuera un castrado.

9 En el batallón del autor, se decía «concordar y evadir».

10 *Ibid* .

7. LA CRISIS SE AVECINA

Durante el 16 de junio, mientras la batalla proseguía con furia en Quatre Bras y Ligny, el tiempo alternó entre calor achicharrante y tormentas de verano. Por la tarde se transformó en un aguacero casi continuo, lo que convirtió las vidas de los heridos y los hombres en retirada en más miserables todavía de lo que lo hubieran sido de otro modo. Blücher, aún medio inconsciente, fue llevado a caballo a una casa en el pueblo de Mellery, a 8 kilómetros al norte de Sombreffe. Quedarse atrapado bajo un caballo muerto bajo una fuerte lluvia no es nada que favorezca la salud de un anciano de setenta y tres años, [1] y dice mucho en favor de las salutíferas propiedades de una dieta a base de cebollas, tabaco, café y ginebra que el mariscal de campo no tardara mucho en preguntar por el estado de su ejército. Este había sido dispersado en Ligny, con individuos y pequeños grupos abriéndose camino desde el campo de batalla lo mejor que podían; pero se trataba de un ejército con un estado mayor alemán y el jefe del mismo, Gneisenau, había enviado a oficiales de estado mayor, ADC y jinetes a cada cruce de carreteras, cada desvío de cada camino y a cada aldea con detalles de un punto de reunión al que los rezagados de cada batallón, regimiento y batería de cañones tenían que llegar. Una vez reunidas, las unidades tenían que marchar hacia el norte, hacia Wavre.

Si Gneisenau se hubiera salido con la suya habrían marchado hacia el este, camino de Lieja y luego a casa: no se fiaba de los británicos y estaba convencido de que se retirarían de Europa e irían de vuelta a Inglaterra si convenía a sus intereses hacerlo… como hubieran hecho sin duda de no haber visto Wellington otra alternativa; pero Blücher había dejado claro que, si eran expulsados del campo de batalla en Ligny, el ejército mantendría el contacto con los anglo-holandeses y eso significaba ir al norte, no hacia el este. Si Ney o D’Erlon hubieran sido capaces de conseguir lo que Napoleón quería de ellos al comienzo del día —caer sobre el ala derecha prusiana— entonces Blücher no habría tenido más remedio que ir hacia el este y fue este fallo de comunicación, en todos los sentidos, lo que quizá fue la clave de la final derrota francesa.

Pero, por el momento, Wellington desconocía la suerte corrida por los prusianos. Lo último que había oído, en torno a las 18.00 horas, fue cuando un oficial enviado por Blücher informó de que seguían bajo un fuerte ataque, pero que esperaban aguantar hasta la caída de la noche —en ese momento la batalla se hubiera interrumpido; en una época anterior a los teléfonos, las radios y los mapas precisos nunca se realizaban operaciones nocturnas de ninguna magnitud—. Unidades del ejército anglo-holandés todavía seguían llegando a Quatre Bras y, a pesar de que ya no las necesitaba allí, Wellington no canceló sus instrucciones: la orden de dar media vuelta no hubiera supuesto ningún problema para los británicos, que se limitarían a quejarse y volver caminando por donde habían venido; pero para algunos de los contingentes aliados, cuya moral era frágil, una orden semejante podía interpretarse como la señal de una derrota y habría permitido que se extendiera el pánico. En cualquier caso, intentar que las columnas de carros de municiones, ambulancias, cañones, caballos y hombres en marcha dieran la vuelta por la noche era una receta segura para el caos. Según iban llegando, a los batallones y regimientos se les asignaban zonas para vivaquear e hicieron todo lo posible para dormir bajo la lluvia al tiempo que hacían todo lo que podían por los heridos que no habían sido llevados todavía a los puestos médicos y el hospital de Bruselas. Durante toda la noche hubo fuego esporádico por parte de piquetes de ambos bandos, pero ninguno realizó ningún movimiento ofensivo.

En este punto, Wellington parece haber intentado pasar a la ofensiva al día siguiente, en combinación con los austriacos, de modo que él y su estado mayor cabalgaron hasta Genappe, unos 3 kilómetros al norte, para pasar la noche en el Hotel Roi d'Espagne. Con las primeras luces del 17 de junio, una patrulla de caballería acompañada por uno de los ADC de Wellington, el capitán y teniente coronel Alexander Gordon, del 3.º de guardias a pie, 2 cabalgó hasta Ligny y se encontró el terreno plagado de muertos y heridos de la caballería prusiana y francesa. Gordon regresó hasta Wellington y su informe fue confirmado por un oficial de estado mayor prusiano, quien llegó para entregar un mensaje de Blücher diciendo que su ejército se estaba reagrupando en Wavre y que, si bien no podría realizar ningún movimiento ofensivo ese día, estaría listo para hacerlo al día siguiente.

Wellington se encontraba entonces en gran peligro. Si se quedaba donde estaba, corría el riesgo de quedar aislado de sus líneas de comunicación (y de la ruta de escape hacia el Canal); si Blücher se había retirado al norte, él debía hacer lo mismo. De hecho, había cierta urgencia, puesto que si Napoleón se lanzaba contra él ahora mismo, o lo sorprendía en plena retirada de sus tropas, podía sufrir

una derrota de la que no podría reponerse. Cualquier preocupación que pudiera haber tenido al respecto no tardó en quedar despejada por el general de división Muffling: había luchado contra Napoleón y aseguró a Wellington que no existía ninguna posibilidad de que los franceses comenzaran pronto: se les permitiría tomar su desayuno con calma y sería muy poco probable que comenzaran a desperezarse mucho antes del mediodía. El coronel DeLaney comenzó entonces a escribir órdenes para la retirada, que Wellington dijo sería hacia Mont-Saint-Jean, una cadena de colinas 6,5 kilómetros al sur de la aldea de Waterloo, o a la propia Waterloo. Mientras tanto, se envió un mensaje a los prusianos diciéndoles que Wellington pretendía adoptar posiciones en la cadena de colinas de Mont-Saint-Jean y presentar batalla allí, siempre que Blücher pudiera apoyarlo con al menos dos cuerpos de ejército. Si Blücher no podía apoyarlo, Wellington tenía intención de abandonar Bruselas y plantear una batalla defensiva más allá, en el camino hacia Amberes.

La retirada era, y es, una de las fases más difíciles de la guerra, sobre todo si se realiza en contacto con el enemigo. A menos que haya un control muy firme, resulta muy sencillo que se convierta en una huida. El secreto radica en órdenes claras que especifiquen exactamente cuándo debe abandonar cada unidad su posición y la ruta precisa que debe seguir, prestando particular atención al control del tráfico en los cuellos de botella: cruces de caminos, puentes, pueblos y similares. Idealmente, las unidades en retirada deben intentar interrumpir todo contacto con el enemigo; pero si esto no resulta posible, debe haber una retaguardia decidida cuya tarea es rechazar al enemigo en persecución para permitir que el cuerpo principal del ejército quede libre.

En este caso, mientras que individualmente para los soldados que se apresuraban a interrumpir el contacto con los franceses la retirada parecía caótica, de hecho estaba meticulosamente planeada y soberbiamente controlada por DeLancey y su estado mayor. Los convoyes de heridos y equipaje fueron enviados los primeros, en torno a las 10.00 horas, seguidos por las unidades en la retaguardia del frente, para darle la impresión a Ney de que el ejército aliado todavía seguía en posición en Quatre Bras. Según los batallones recién llegados se acercaban al cruce de caminos, atendiendo a las órdenes del día anterior de concentrarse allí, eran conducidos a la línea del frente mientras las unidades a las que relevaban se escabullían por la carretera de Bruselas. Todo esto tenía lugar bajo una lluvia a cántaros y, mientras los intendentes de algunos batallones se las arreglaron para conseguir algo de comida para sus hombres, la mayoría de ellos no lo lograron, debido al estricto control del tráfico que convirtió la carretera en un camino de dirección única hacia el norte. No obstante,

la mayoría de los soldados se las arreglaron para conseguir su ración de licor —una pinta de vino o un tercio de pinta de espirituosos al día, en Flandes por lo general ginebra, pues esta se podía conseguir de forma fácil y barata en Holanda— y como el comercio no se interrumpe solamente porque haya una guerra, el 95.º de fusileros encontró a un granjero que les vendió jamones, mientras otros regimientos se sirvieron de los servicios de los proveedores de brandy que aparecieron junto a la carretera. [3] El cuerpo principal del ejército comenzó a moverse en torno a las 11.30 horas, con los batallones de infantería marchando por la carretera, flanqueados por la caballería en dos columnas. La retaguardia estaba al mando del comandante del cuerpo de ejército de la caballería, el teniente general conde de Uxbridge, y estaba formada por el 7.º de húsares, la real artillería a caballo y el 95.º de fusileros, con la caballería pesada de los Life Guards y los guardias reales a caballo —los «Oxford Blues», como se los conoce en el ejército— como apoyo. Uxbridge recibió instrucciones de permanecer en posición tanto como fuera posible, pero evitar un enfrentamiento serio. En otras palabras, tenía que contener y retrasar a los franceses; pero retirar la retaguardia antes de que los franceses pudieran montar un ataque serio contra ella. Algo que Uxbridge hizo con brillantez.

Que la retirada pudiera llegar tan lejos sin ser inquietada se debió en gran parte al letargo de Ney y a un malentendido por parte de Napoleón. Para el emperador, los prusianos habían sido derrotados de forma rotunda —patrullas habían informado de que corrían por la carretera hacia Namur— y no habían sido capaces de reunirse con Wellington, quien sin duda se había retirado hacia Bruselas, o incluso hacia los puertos del Canal. No fue hasta media mañana cuando quedó claro que el tráfico en la carretera hacia Namur era de equipaje no esencial y desertores y que el grueso del ejército prusiano se había retirado en realidad hacia el norte. Finalmente Grouchy recibió permiso para seguirlos, pero un mensaje posterior suyo a Napoleón identificando el área de concentración prusiana como Wavre —los prusianos habían escogido esta población porque en la oscuridad de la noche anterior fue la única ciudad que pudieron identificar en sus muy básicos mapas— no recibió respuesta. De haberle ordenado Napoleón que se interpusiera entre los prusianos y los anglo-holandeses, lo que podría haber hecho con facilidad, y detener su unión, o al menos retrasarla, el resultado de la batalla de Waterloo —en el caso de que hubiera llegado a tener lugar— podría haber sido muy diferente. Sin embargo, Grouchy siguió a los prusianos hacia el norte, en vez de desplazarse hacia el oeste de Wavre.

Cuando Napoleón envió patrullas por la vía romana hacia Quatre Bras —o Quatre Chemins, como la llamaban los franceses— quedó

asombrado al encontrarse con que todavía había allí tropas aliadas, pues las patrullas no pudieron acercarse lo suficiente como para ver que la retirada había comenzado. Era una posibilidad de derrotar al segundo de sus enemigos y, reuniendo a su estado mayor, se dirigió a Quatre Bras. Llegó a Marbais, a medio camino entre Ligny y Quatre Bras, en torno a las 13.00 y alcanzó la carretera a Bruselas poco después, para encontrarse a los hombres de Ney sentados al borde del camino cocinando y haciendo poco más, sin indicios de tropas aliadas en el cruce de caminos. Napoleón estaba disgustado y se lo hizo saber a Ney, ordenándole que mandara al hasta ahora intacto, si bien con dolor de pies, cuerpo de ejército de D'Erlon en su persecución. Según las memorias de D'Erlon, publicadas mucho después del acontecimiento (y mucho tiempo después de la muerte de su autor), Napoleón le dijo: «Francia ha quedado defraudada. Vaya, mi querido general, sitúese a la cabeza de la caballería y persiga a la retaguardia con vigor». 4 Para cuando D'Erlon estuvo en condiciones de marchar, hacía mucho tiempo que Wellington se había ido y la situación se transformó en una carrera: ¿podría llevar Wellington su ejército de regreso a Mont-Saint-Jean y colocarlo en una posición defensiva antes de que sus hombres fueran atrapados en marcha por los franceses en su persecución?

El tiempo, por desagradable que fuera, ayudó a Wellington. Evidentemente, había estado diluviando toda la noche y aún seguía lloviendo. Los infantes tenían trapos, calcetines viejos o cualquier tipo de tela disponible envolviendo los percutores de sus mosquetes, de tal modo que pudieran seguir disparando; pero recargar solamente podría hacerse a cubierto, pues de otro modo la pólvora vertida en la cazoleta se la llevaba la lluvia o quedaba tan mojada que no se prendía. El terreno estaba tan empapado que los caballos se hundían en el barro hasta los espolones y todo lo que no fuera un laborioso trote quedaba fuera de la cuestión. La artillería no podía moverse por fuera de la carretera, pues si lo intentaba las ruedas de los cañones se hundían en el barro e incluso tiros de seis caballos apenas podían moverlos. Esto significaba que la caballería y artillería francesa en persecución estaban confinadas a la carretera y no podían realizar un amplio movimiento de flanco, que habría cortado la retirada de los anglo-holandeses.

El 95.º de fusileros fue el último en retirarse. Primero se detuvieron en el pueblo de Genappe, con la intención de resistir allí si fuera necesario, y no tardaron en encontrarse haciendo disparos de precisión contra los lanceros franceses que venían por la carretera haciendo estrépito. Se retiraron luchando por el pueblo y cuando los lanceros desembocaron por el extremo septentrional de Genappe, fueron atacados por el 7.º de húsares, animado por el propio

comandante de la caballería, Uxbridge. Contra los lanceros, los húsares salieron peor parados; pero la situación la salvó una carga del 1.º de Life Guards, que persiguió a los franceses de regreso por donde habían venido antes de continuar la retirada. Este patrón se repitió durante todo el día: los fusileros se apostaban en cada cadena de colinas utilizando para cubrirse lo que pudieran encontrar, la artillería a caballo desenganchaba sus armones y la caballería quedaba en retaguardia; en cuanto aparecían los franceses, los cañones disparaban, los fusileros hacían disparos de precisión y los franceses se veían obligados a intentar desplegarse fuera de la carretera y, una vez que lo habían hecho, los cañones eran unidos a sus armones y se retiraban, mientras los fusileros se escabullían cubiertos por la caballería. Los fusileros quedaron impresionados por el 1.º de life guards, que los apoyó de cerca y cargó contra cualquier cosa que pareciera una amenaza. Inicialmente, el encargado de la intendencia, el teniente John Kincaid, estaba preocupado porque, a juzgar por el número de soldados enviados hacia la retaguardia, parecía haber un desmesurado número de heridos entre los Life Guards, hasta que descubrió que no eran las heridas, sino las manchas de sus chaquetas, las que hacían que los hombres fueran retirados del frente como «inadecuados para ser vistos en un desfile». 5 Si bien los Life Guards habían estado en la Península durante el último año de la guerra, ese había sido su primer servicio activo desde las guerras de Malborough: los estándares de vestimenta de la guardia del rey en Londres tenían que mantenerse.

Wellington había decidido que adoptaría posiciones en la cadena de colinas de Mont-Saint-Jean y que, dependiendo del apoyo prusiano, allí presentaría batalla. Durante todo el día, los oficiales de estado mayor reconocieron las posiciones que habrían de adoptar los batallones y regimientos según fueran llegando y, en algunos casos, se clavaron estacas de madera en el suelo para marcar dónde deberían estar las líneas frontales. Los carros cargados de heridos llegaron los primeros y fueron enviados a los hospitales de Bruselas, mientras que los carros del equipaje y las municiones fueron enviados a la aldea de Waterloo, a 6,4 kilómetros al norte de Mont-Saint-Jean. Tras las unidades administrativas llegaron la caballería y luego las baterías de artillería, a las que se ordenó adoptar posiciones a lo largo de la cadena de colinas. Wellington ha sido criticado a menudo por expertos en artillería por dispersar sus cañones, en vez de concentrarlos al modo francés; pero los franceses siempre tenían suficientes piezas como para montar grandes baterías y aún así les sobraban para apoyar divisiones individuales; los británicos siempre andaban cortos de cañones y a la fuerza estaban obligados a distribuirlos a lo largo de la línea. A partir de aproximadamente las 16.00 horas, los batallones y

regimientos, los cañones y los grupos de oficiales de estado mayor comenzaron a llegar por la carretera hasta la cadena de colinas de Mont-Saint-Jean, para ser conducidos desde la carretera hasta las posiciones de combate que Wellington había planeado para ellos. Los hombres estaban mojados, cansados, hambrientos y mugrientos. Algunos de los soldados más jóvenes habían perdido las botas en el barro que les llegaba hasta los tobillos y, según se hundían en el empapado suelo para un breve descanso antes de registrar la zona en busca de madera para combustible, pocos se imaginaban que era allí donde se detendrían y allí, al día siguiente, donde combatirían en la batalla decisiva de la campaña.

Más al este, el mariscal Grouchy —con un total cercano a los 30.000 hombres en el III cuerpo de ejército de Vandamme, el IV de Gérard y la caballería de Pajol y parte de la de Exelmans, además de una mezcla de baterías a pie (seis de cañones y dos de obuses) y baterías a caballo (cuatro de cañones y dos de obuses), un total de noventa y seis cañones— había realizado escasos progresos. Se había malgastado mucho tiempo investigando la carretera hacia Namur y para cuando Grouchy había puesto en marcha su ala a lo largo de la ruta que los prusianos habían tomado realmente, hacia Wavre, ya estaba avanzado el día. Un despacho enviado a Napoleón demuestra que Grouchy no estaba seguro de si los prusianos estaban dirigiéndose a Bruselas (¿para qué habrían hecho algo así?) o si pretendían reunirse con Wellington. A las 18.00 horas del 17 de junio, Grouchy solamente había llegado hasta Gembloux, a 13 kilómetros de Ligny y a 19 de Wavre, y fue allí, a pesar de quedar todavía tres o cuatro horas de luz diurna, donde vivaqueó para la noche. Si bien no fue hasta las 20.00 horas cuando toda su infantería llegó a Gembloux, no hay muchas excusas para que cuando menos el mariscal hubiera mandado a su caballería a hostigar a los prusianos en retirada. Según el capitán Charles François, oficial ordenanza del general de división de cuarenta y seis años Marc Nicolas Louis Pécheux, comandante de la 12.ª división del IV cuerpo de ejército de Gérard, hubo muchas discusiones entre los generales de Grouchy sobre qué hacer a continuación. 6 Muchos pensaban que el avance era penoso e innecesariamente lento, Vandamme dijo que no confiaba en su propio jefe de estado mayor y otros consideraban que la posición del emperador, frente al ejército británico-holandés, era peligrosa.

En la mañana del 17 de junio, el ejército prusiano era de nuevo una fuerza coherente, con las brigadas y cuerpos de ejército que habían luchado en Ligny habiendo reunido a sus hombres desperdigados. Blücher llegó a Wavre en torno a las 6.00 horas, habiendo pasado cabalgando junto a vitoreantes columnas de sus hombres que también se dirigían hacia allí. Todavía seguía habiendo

unos siete u ocho mil hombres desaparecidos, bien desertores o rezagados que el estado mayor no había conseguido encontrar. La reacción de Blücher fue que si los hombres no querían combatir, entonces estaba mejor sin ellos. El I cuerpo de ejército de Ziethen fue el primero en llegar y recibió instrucciones de vivaquear en la aldea de Bierge, al oeste de Wavre y al norte del río Dyle. 7 Los siguientes en llegar fueron Pirch y el II cuerpo de ejército, a los cuales desplegaron al norte de Sainte-Annte. Seguía habiendo algunas dudas respecto al paradero de los carros de municiones —vitales si el ejército tenía que estar reabastecido a tiempo para luchar al día siguiente—, pero al final llegaron en torno a las 17.00 horas. Ahora al menos dos cuerpos de ejército podían presentarse en el campo de batalla. El II cuerpo de ejército de Thielemann llegó tarde, pues había habido algunos retrasos en que le llegaran las órdenes de desplazarse hasta Wavre; pero cuando el grueso de su cuerpo de ejército apareció en torno a las 20.00 horas, sus tropas fueron dispuestas en torno al Château de la Bawette, al norte de Sainte-Anne. Su retaguardia, situada para asegurarse de que los franceses no pudieran interferir con la retirada, no llegó hasta el día siguiente temprano.

Hubo algunas dudas sobre dónde estaban Bülow y el, por el momento intacto, IV cuerpo de ejército; pero finalmente Thielemann consiguió establecer comunicación con él y le pasaron las órdenes de dirigirse a Wavre evitando a los franceses de camino. Cuando los hombres de Bülow comenzaron a llegar durante la tarde fueron enviados a Dion-le-Mont, a 5 kilómetros al sureste de Wavre. Ahora el ejército prusiano podía organizarse y prepararse para futuras operaciones. El equipo y las raciones escaseaban —los franceses habían capturado muchos de los carros de provisiones—, pero en general las cosas estaban mejorando. A Ziethen se le ordenó que mantuviera la línea del río Dyle bajo observación constante. En la mejor de las situaciones el Dyle era un obstáculo formidable, pero las pesadas lluvias habían convertido su valle en un cenagal y si los franceses atacaban Wavre solamente podrían cruzar por los puentes, que podían ser defendidos vigorosamente.

En torno a las 18.00 horas del 17 de junio, Napoleón había aceptado que no iba a alcanzar al ejército de Wellington en marcha; de hecho, estaba más preocupado de que este se le escapara y lo privara de una nueva victoria al día siguiente. En este punto, Napoleón parece haber descartado por completo a los prusianos: eran una fuerza gastada e, incluso si se estaban retirando hacia el norte en vez de regresar a Alemania como esperaba, no podían interferir… y si lo intentaban Grouchy no tardaría en detenerlos. Cuando, hacia el anochecer, la caballería francesa informó de que los ingleses parecían estar tomando posiciones en Mont-Saint-Jean, Napoleón le dijo al

general de división Milhaud, comandante del IV cuerpo de caballería, que enviara a algunas unidades de caballería ligera directamente hacia ellos por la carretera de forma atropellada. Una tormenta de artillería procedente de toda la cadena de colinas confirmó que los ingleses estaban presentes con fuerza. El «general cipayo» (como Napoleón llamaba a Wellington) había cometido, pensaba, un importante error táctico: había colocado su ejército de espaldas hacia el bosque de Soignés, impenetrable para los cañones y cualquier vehículo con ruedas. Caso de que el general inglés pensara en retirarse más, no podría, y quedaría inmovilizado contra el bosque y derrotado por la mañana.

Napoleón, como estaba previsto, ordenó a su ejército que tomara posiciones en la última cadena de colinas antes de Mont-Saint-Jean. La cual se encontraba unos 1.400 metros al sur de esta y quedaba señalada por una hostería, La Belle Alliance, que se encontraba en su centro, junto a la carretera principal hacia Bruselas. Napoleón situó su cuartel general en la granja de Le Caillou, unos 1.400 metros al sur de La Belle Alliance. Él y su estado mayor inmediato estaban cómodos y calientes, lo que no podía decirse de su escolta, un batallón de la Guardia Imperial, cuyos miembros llegaron penosamente cubiertos de barro y tuvieron que acampar en una huerta, con poca protección contra la lluvia. Para el resto del ejército francés se trató de una noche larga y desagradable. Dispuesto en fila como estaba a lo largo de la única carretera que llegaba, atestada de cañones y carros, su progreso fue tortuosamente lento. Algunas memorias mencionan que el barro se pegaba a las colas de los gabanes, añadiendo más peso aún a la impedimenta de los infantes.

Cuando Wellington llegó a Flandes en abril para hacerse cargo del mando del ejército anglo-holandés, su prioridad fue planear una invasión coordinada de Francia con los prusianos, los austriacos y los rusos. No obstante, al ser un soldado que no descuidaba ninguna contingencia, también había considerado la posibilidad de que Napoleón golpeara primero, por lo cual había trazado varias opciones en cooperación con Blücher y los prusianos. Wellington había reconocido varias posibles posiciones defensivas, incluida la cadena de colinas de Mont-Saint-Jean. También consideró la cadena de colinas de La Belle Alliance, a lo largo de la cual se estaba reuniendo el ejército francés; pero la había rechazado al no contar con una ladera contraria lo bastante larga como para ocultar el ejército aliado y carecer de flancos que pudieran protegerse. En una defensa lineal —y en esta época la defensa implicaba encontrar un terreno adecuado y alinearse a lo largo de él— el principal riesgo de un defensor eran sus flancos, los cuales el atacante intentaría sobrepasar, colocarse detrás o hacer que la línea se plegara al atacarlos.

En muchos sentidos, la posición de Mont-Saint-Jean permitió la típica posición wellingtoniana. Era una cadena de colinas en forma de creciente lunar de unos 3 kilómetros de largo, con una ladera contraria que, aparte de un corto espacio en su centro, corría a todo lo largo de la cadena y con flancos que podían ser defendidos para impedir cualquier intento de sobrepasarlos por parte de los franceses. Al contrario de lo que pensaba Napoleón, el bosque de Soignés no era un obstáculo para retirarse, si es que llegaba el caso de hacerlo; de hecho, Wellington se había dado cuenta de que los árboles estaban lo bastante separados como para permitir el paso de los cañones por entre ellos. Una carretera menor sin asfaltar recorría toda la cadena de colinas; no era mucho más que un camino, pero lo bastante ancho como para los vehículos con ruedas y, lo más importante, los cañones. En el flanco izquierdo, o este, estaba la granja de Papelotte, que fuera construida, como Gemioncourt en Quatre Bras, en una época en la cual los ejércitos merodeando o los bandoleros armados eran cosa habitual y que si se defendía bien resultaría muy difícil de tomar. En el ala derecha, u oeste, había otra granja, Hougoumont, que también era fácilmente defendible, mientras que en el centro y a unos 170 metros por delante, o hacia el sur, de la línea que buscaba Wellington se encontraba La Haie Sainte, otro grupo de edificios de granja que podían convertirse en un trampolín para un ataque contra el centro caso de que fuera tomada por los franceses, por tanto tenía que ser conservada por los aliados. En el centro de la posición, la carretera hacia Bruselas pasaba por una abertura, lo que significaba que la pequeña carretera este-oeste que la cortaba quedaba hundida durante unos 90 metros hacia el oeste y proporcionaba un obstáculo para la caballería.

Durante toda la tarde, la noche y la madrugada del 17 al 18 de junio, mientras la lluvia seguía cayendo a cántaros, los británicos, holandeses-belgas y tropas aliadas alemanas fueron colocados en posición por oficiales de estado mayor y ADC. El procedimiento seguido era que cuando llegaba una división se le ordenaba que formara fuera de la carretera y el jefe del estado mayor de la división y de la brigada se presentaban ante uno de los oficiales de estado mayor de DeLancey, que los llevaban y enseñaban el terreno que la división iba a ocupar. 8 Seguidamente, estos regresaban y mostraban a los oficiales al mando y los adjuntos dónde iban a situarse sus hombres y se llevaba allí a los soldados. A continuación, los hombres apilaban las armas, dejaban sus mochilas y, si no tenían servicio de algún tipo, comenzaban a buscar madera con la cual hacer una fogata y hacerse la comida.

A pesar de que todo apuntaba a que el principal, o único, ataque francés sería hacia el norte, hacia Bruselas, Wellington seguía

preocupado por un posible movimiento de flanco vía Mons. Para contrarrestarlo, se situó al II cuerpo de ejército de Hill entre Tubize, a 14,5 kilómetros hacia el oeste, y Halle, a 3 kilómetros al norte de Tubize. Las tropas de Hill consistían en una división ostensiblemente británica, de cuatro batallones británicos y cinco hanoverianos, una división holandesa con cinco batallones regulares y seis de la milicia, una brigada «india» y un total de diecisiete cañones (de nueve y seis libras) y cinco obuses. La brigada india de seis batallones no estaba formada, como se ha asumido a menudo, por indios, sino por soldados holandeses alistados para servir en las colonias holandeses de las Indias Orientales y Occidentales Holandesas, en lo que hoy son Indonesia y las Antillas Holandesas (en el Caribe) respectivamente. Estas colonias habían sido devueltas a Holanda al final de las hostilidades en 1814, pero los regimientos reunidos para guarnicionarlas todavía no habían sido enviados a ultramar. En total se dispusieron en torno a 17.000 soldados de la fuerza de Wellington para ocuparse de una amenaza que no se materializó. Hill también tenía dos regimientos de caballería hanoveriana a su mando, unos 1.200 jinetes en total, de modo que podía mandar patrullas para dar aviso de un avance francés en su dirección, además de para mantener las comunicaciones con Wellington en Mont-Saint-Jean.

Si los franceses intentaban sobrepasar de flanco la posición de Wellington, la amenaza por su flanco derecho era mucho mayor que por el izquierdo. No solamente la izquierda era la dirección desde donde vendrían los prusianos, si es que venían, sino que toda la zona a la derecha de los franceses era una red de carreteras hundidas, algunas de ellas entre 4,5 y 6 metros por debajo del terreno circundante y, si bien la infantería podía rebasarlas con relativa facilidad, la caballería podía meterse en una pista y darse cuenta de que no podía salir, sin mencionar que los cañones no podrían cruzarlas. De modo que era muy improbable que Napoleón intentara envolver el flanco izquierdo británico-holandés, pero para asegurarlo Wellington situó en él a la brigada holandesa-belga de Sajonia-Weimar, en la granja de Papelotte y las casas y edificios de granja que la rodeaban, incluido el château de Fichermont, que se encontraba a unos 450 metros al sureste de Papelotte. La brigada había combatido bien en Quatre Bras el 16 de junio, manteniendo el bosque de Bossu durante todo el día y ahora había repuesto la munición para su variado armamento.

Como apoyo de Sajonia-Weimar, Wellington situó a la 4.ª y 6.ª brigadas de caballería, mandadas por los generales de división sir John Vandeleur y sir Hussey Vivian, respectivamente. Vandeleur, que en 1815 tenía cincuenta y dos años, era un anglo-irlandés procedente de una familia que llevaba mucho tiempo proporcionando oficiales al ejército británico. 9 Un oficial muy experimentado, inicialmente

estuvo en la infantería, pero como oficial de bajo rango y como oficial de campo sirvió tanto en regimientos de infantería como de caballería. Como coronel había comandado un regimiento y luego una brigada en la India y Wellington lo conocía, pues estuvo allí al mismo tiempo que él; como general de división, a partir de 1811 había mandado tanto una brigada de infantería como de caballería en la Península. Su 4.ª brigada de caballería en Waterloo consistía en tres regimientos de dragones ligeros, unos 1.300 hombres en total. Vivian, uno de los más jóvenes generales del ejército a sus treinta y un años, era un West Countryman que originalmente fue pasante de abogado, pero que abandonó su carrera en la abogacía para alistarse en el ejército como alférez en 1793. Tras haber ascendido pasando tanto por regimientos de infantería como de caballería, siendo teniente coronel mandó el 7.º de dragones ligeros en la retirada hacia La Coruña y como coronel una brigada de caballería en las últimas etapas de la Guerra de la Independencia. Era general de división desde junio de 1814 y su brigada en Waterloo consistía en tres regimientos de húsares, dos británicos y uno de la legión alemana del rey, unos 1.500 hombres en total. Excepcionalmente, Vivian se las apañó para conservar la real artillería a caballo que generalmente se le asignaba a cada brigada de caballería. Todas las demás brigadas de caballería habían perdido la suya para sumarla a la artillería sobre la cadena de colinas, pero Vivian contaba con la tropa de Gardiner de cinco seis-libras y un obús.

El flanco derecho de Wellington corría mucho más riesgo y, para protegerlo, colocó una guarnición en la granja Hougoumont y una división dentro y en torno al pueblo de Braine-L'Alleud, a unos 800 metros al noroeste de Hougoumont. La granja se encontraba a 275 metros por delante de la cadena de colinas y consistía en una casa señorial con una capilla aneja, estancias para el servicio, granero y almacenes en torno a un patio, todo ello rodeado por un resistente muro de ladrillo. Al este de la casa había una huerta para la cocina y, más allá, una huerta de árboles frutales, rodeada por un muro de ladrillo que corría por sus caras sur y este. Detrás de la granja había un camino rehundido o «vía cubierta» con un seto en paralelo. Había dos accesos principales al recinto, uno en el lado norte mirando a la cadena de colinas y el otro al sur. Al sur de la granja había un bosque, que más o menos se extendía en dirección sur a lo largo de unos 275 metros, si bien había una franja libre de unos 20 metros de anchura entre el lado sur del recinto de la granja y el muro de la huerta y los árboles. La granja y su huerta eran responsabilidad de las compañías ligeras de la división de los guardias. En esta había dos brigadas, cada una con dos batallones. Los batallones de los guardias eran mayores que los de línea, de modo que, a pesar de las bajas sufridas en Quatre Bras el 16 de junio, las cuatro compañías sumaban en torno a 400

entre oficiales y tropa.

Responsable de los edificios de la granja y al mando de todo el complejo Hougoumont estaba el capitán James Macdonnell, el oficial al mando de la compañía ligera del 2.º batallón de guardias Coldstream. [10] Con treinta y cinco años, era relativamente viejo para ser capitán (si bien como oficial de los guardias tenía el rango en el ejército de teniente coronel) y había sido teniente coronel en el 78.º de infantería antes de pasar al Coldstream como capitán y teniente coronel en 1809. En el edificio de la granja tenía a su propia compañía ligera y la compañía ligera del 2.º batallón del 3.º de guardias a pie. La defensa de la huerta quedó delegada en las compañías ligeras del 2.º y 3.º batallones del 1.º de guardias a pie a las órdenes del capitán (y teniente coronel) Alexander George Fraser, décimo sexto lord Saltoun de Abernathy en la nobleza escocesa. También él había comenzado en un regimiento de línea, siendo nombrado para el 35.º de infantería en 1802 con diecisiete años, cambiándose al 1.º de guardias en 1804, antes de conseguir el rango regimental de capitán en 1813. Además, dos batallones alemanes —uno reclutado en Lüneberg y otro en Nassau— y una compañía de fusileros hanoverianos fueron enviados al bosque. Fue bueno que los enviaran cuando lo hicieron, porque nada más llegar las tropas a la zona de Hougoumont tuvieron que rechazar un intento francés de salir desde el bosque y apoderarse de la granja. También ellos se habían dado cuenta de su importancia. Una vez en la granja, los hombres se instalaron en ella, creando aspilleras en los muros y el tejado y erigiendo una plataforma detrás del muro de la huerta para utilizarla para disparar. Se esparció paja sobre el suelo de la capilla, pues sería utilizada para llevar a los heridos, y se almacenaron municiones y agua.

Más hacia el noroeste, en el pueblo de Braine-L'Alleud se situó la 3.ª división de los Países Bajos, formada por doce batallones holandeses-belgas y dos baterías de artillería belga (doce seis-libras y cuatro obuses), al mando del teniente general de cincuenta años David-Hendrik Chassé. Chassé se había ganado su reputación en el ejército de Napoleón —era conocido como «le général bayonette» por su carácter agresivo— y no disfrutaba de la confianza de los generales que habían luchado contra Napoleón en vez de con él. Había luchado contra los británicos en la Península y su división estaba compuesta principalmente por milicianos y reclutas novatos en los cuales, a ojos de los británicos, no se podía confiar por completo. No obstante, tanto Chassé como su división lucharían bien para sus nuevos señores cuando terminaran siendo desplegados avanzada la tarde del 18 de junio.

Tras haber asegurado sus flancos, Wellington tenía que considerar

La Haie Sainte, delante de su centro, y allí colocó el 2.º batallón ligero de la legión alemana del rey, unos 400 hombres al mando del comandante Georg Baring y equipados con el fusil Baker. Baring tenía cuarenta y dos años en Waterloo y al principio de su carrera militar había sido alférez del ejército hanoveriano. Fue uno de los primeros oficiales de la LAR cuando se formó en Inglaterra y era un oficial competente y experimentado. Al otro lado de la carretera de La Haie, y a unos 45 metros al norte, había una cantera de arena donde Wellington colocó seis compañías —unos 400 hombres— del 95.º de fusileros, que actuarían como una defensa añadida contra un asalto sobre el centro anglo-holandés.

El resto de la infantería aliada estaba desplegado a lo largo de la cadena de colinas y por detrás de ella. La izquierda de Wellington estaba cubierta por la 5.ª y la 6.ª divisiones británicas, amalgamadas bajo el mando del teniente general sir Thomas Picton, pues el comandante de la 6.ª división, el teniente general sir Lowry Cole, había obtenido un permiso para ir a casarse y no estaba presente. 11 Picton, de cincuenta y siete años en 1815, había nacido en Haverfordwest (Pembrokeshire) y recibido su despacho de oficial con trece años, si bien no se unió al servicio activo hasta pasados dos años. Se hizo un hombre como soldado en las Indias Occidentales, convirtiéndose en gobernador de Trinidad después de que esta fuera capturada a los españoles, aprendiendo español y consiguiendo una amante mestiza con la mitad de sus años, con la cual tuvo cuatro hijos. A su regreso a Inglaterra fue acusado de permitir que se arrancara mediante tortura una confesión a una joven mujer acusada de robo. El tribunal encontró que, como gobernador británico, había permitido un acto ilegal; pero como estaba administrando la ley española, que permitía la tortura, no hubo intento de dolo. Mandó la 3.ª división en el ejercito de Wellington en la Península y fue uno de sus generales más competentes. Wellington lo describió como un «diablo duro y malhablado», pero añadía que nadie hubiera cumplido mejor con su deber. Si bien un disciplinario estricto, Picton prestaba escasa atención a las regulaciones de vestimenta y raras veces llevaba uniforme, apareciendo frecuentemente en el campo de batalla vestido de civil o con una mezcla de prendas, una costumbre copiada por sus oficiales, de modo que el cuartel general de su división comenzó a ser conocido por el resto del ejército como el «estado mayor andrajoso y resistente». Al final de la guerra de 1814 se había retirado a sus tierras y, cuando lo llamaron de nuevo, accedió a servir solamente si era bajo el mando directo de Wellington y de nadie más. Se dice que tuvo una premonición de su propia muerte y es innegable que hizo un nuevo testamento antes de partir de Inglaterra, dejando 1.000 libras a cada uno de sus cuatro hijos trinitarios. 12 De hecho, ya había sido herido

por una bala de mosquete en Quatre Bras que le había roto varias costillas. Si bien sufrió considerables dolores, no se lo dijo a nadie excepto a su ADC, que le vendó el pecho. 13

La división recrecida de Picton consistía en tres brigadas británicas y dos hanoverianas; un total de diecinueve batallones, de los cuales once eran británicos —todos excepto el 1/27.º a pie (Inniskillings) veteranos de la Península— y ocho landwehr hanoverianos. Además, había añadido la brigada de cinco batallones holandeses-belgas de Bijlandt. El apoyo artillero de la división consistía en una batería británica y una hanoveriana, diez nueve-libras, cinco seis-libras y dos obuses en total. Wellington había colocado las brigadas personalmente y se había asegurado que las tropas menos experimentadas o menos fiables fueran colocadas donde había menos riesgo o al lado de unidades que eran conocidas por resistir lo que les echaran encima. Junto al cruce de caminos, el centro de la posición aliada, se encontraba la brigada de tres batallones británicos de Lambert. La brigada había llegado a las 10.30 de la mañana del 18 de junio. Habían marchado desde Gante tras haber cruzado el Atlántico desde Norteamérica, donde había terminado la guerra de 1812 y, como no habían tomado parte en Quatre Bras, los batallones contaban con su plantilla al completo.

Wellington situó la 3.ª división de infantería británica y la división de la Guardia a su derecha. A pesar de su nombre, de las tres brigadas de la 3.ª división solamente una era británica, si bien otra era de la legión alemana del rey, igual de buena. La tercera brigada era hanoveriana. El comandante de la división era el teniente general sir Charles (Karl) Alten, nacido en Hanóver y con cuarenta y un años en Waterloo. Originalmente oficial de los guardias a pie Hanoverianos, fue uno de los primeros oficiales de la LAR y tenía mucha experiencia con el ejército peninsular de Moore y Wellington, donde mandó la división ligera tras la muerte de Crauford en 1812. La división contaba con trece batallones: cuatro británicos, de los cuales solamente uno había estado en la Península; cuatro de la LAR, de los cuales dos eran veteranos peninsulares, incluido el 2.º ligero en La Haie Sante; y cinco hanoverianos. Como apoyo había dos baterías de campaña, una británica y la otra LAR, lo que sumaba diez nueve-libras y dos obuses. Pegada al cruce de caminos estaba la brigada de la LAR, luego la hanoveriana y luego la británica del general de división sir Colin Halkett.

Más allá de las tropas de Alten estaba la división de los guardias, con dos brigadas, cada una con dos batallones, mandada por el general de división sir George Cooke. 14 Con cuarenta y siete años en 1815, Cooke había entrado como oficial en el 1.º de los guardias a pie en 1784 y, excepto por períodos en el estado mayor, había pasado

todo su servicio en ese regimiento. General de división en 1811, en la Guerra de la Independencia había mandado tropas de Cádiz después de que Graham rompiera con el general español Manuel de la Peña. Los batallones de los guardias contaban con 1.200 hombres entre oficiales y tropa, comparados con los poco más de 800 de un regimiento de línea, de modo que la división contaba con unos 4.300 entre oficiales y tropa, a pesar de las bajas de Quatre Bras. La brigada de dos batallones del 1.º de los guardias a pie del general Maitland estaba colocada a la derecha de la brigada de Halkett y al lado de Maitland estaban el 2.º Coldstream y el 2/3.º de los guardias a pie del general de división sir John Byng. Los cuatro batallones estaban colocados de tal modo que tenían a la vista la granja de Hougoumont y apoyarla si fuera necesario. El apoyo de la artillería de Cooke consistía en una batería británica y una de la LAR, un total de diez nueve-libras y dos obuses.

Esta era la línea del frente de Wellington, pero había más infantería colocada en reserva. La 2.ª división de infantería británica, al igual que la 3.ª división de Alten y una brigada británica, una de la LAR y una hanoveriana, en total once batallones: tres británicos, todos veteranos peninsulares; cuatro LAR, dos de ellos veteranos peninsulares; y cuatro landwehr hanoverianos. Estaba situada en la retaguardia de los guardias, en el extremo de la carretera de Nivelles, junto a una brigada de tres batallones británicos (dos de ellos veteranos peninsulares) al mando del coronel Hugh Henry Mitchell, que había sido asignado a la 2.ª división y sacado del cuerpo de ejército de Hill en Halle El comandante de la división, el teniente general sir Henry Clinton, hijo de un general y con cuarenta y dos años en Waterloo, había comenzado como oficial en el 11.º de infantería en 1787, pasando después al 1.º de los guardias a pie. Poseía amplia experiencia en servicio activo en Flandes, las Indias Occidentales y la India, además de haber estado con Moore en la retirada hacia La Coruña. Un disciplinario estricto con el hábito de reprender a los malhechores en público, Clinton no siempre era popular entre los que se encontraban bajo su mando; pero era lo bastante competente y fue solicitado específicamente por Wellington para la campaña de Waterloo. Los contingentes de Brunswick y el Nassau alemán, a las órdenes de sus propios comandantes, el coronel Olfermann para los primeros y el general de división August von Kruse para los segundos, fueron colocados detrás del centro de la 3.ª división de Alten. Al igual que muchos de los oficiales aliados, Kruse había mandado a su regimiento en la Guerra de la Independencia como parte del ejército francés, hasta que su duque le dijo que cambiara de bando, lo que hizo en diciembre de 1813 cuando era evidente que el imperio francés estaba comenzado a desmoronarse. El total de la

infantería de Wellington sobre la cadena de colinas era de 53.000 hombres, un tercio aproximadamente de los cuales eran británicos.

En Waterloo, Wellington contó con veintinueve regimientos de caballería, diez de pesada (siete británicos y tres holandeses-belgas) y diecinueve de ligera (nueve británicos, cuatro de la LAR, cuatro holandeses-belgas y un hanoveriano). Las dos brigadas de caballería pesada estaban a ambos lados del cruce de caminos, la Brigada Household del 1.º y 2.º de Life Guards, los reales guardias a caballo (los Blues) y el 1.º de guardias dragones se encontraban por detrás de la brigada de la LAR del coronel Ompteda; mientras que la Brigada Union —así llamada porque contaba con un regimiento por cada país del Reino Unido— del 1.º de dragones (reales), el 2.º de dragones reales de britanos del norte (Royal North British Dragoons, o Scots Greys [grises escoceses]) y el 6.º de dragones (Inniskilling) se colocaron por detrás de la división de Picton. Los pesados holandeses-belgas estaban por detrás de la Brigada Household y la caballería ligera estaba aún más retrasada o apoyando a Sajonia-Weimar en el extremo izquierdo de Wellington (dos brigadas de seis regimientos en total) o detrás de la división de los guardias (dos brigadas de cuatro regimientos británicos y dos LAR). En total, en la cadena de colinas había presentes en torno a 13.000 jinetes.

Finalmente, alrededor a las 3.00 de la mañana del 18 de junio, llegó un mensaje del mariscal de campo Blücher desde Wavre: se pondría en movimiento para apoyar a su aliado con al menos dos cuerpos de ejército con las primeras luces. Ahora Wellington sabía que podía quedarse en la cadena de colinas y presentar la batalla allí.

A 1.300 metros hacia el sur, bajando una suave ladera y subiendo otra, el ejército francés se estaba desplegando en posición. Al haberse puesto en marcha mucho después que los anglo-holandeses el 17 de junio, muchas de las brigadas y regimientos no llegarían hasta bien entrada la mañana del 18 de junio. También ellos fueron conducidos a sus posiciones por el estado mayor de Soult, según las órdenes de Napoleón, mientras que el propio emperador se adelantó hasta tan lejos como La Belle Alliance varias veces durante la noche, preocupado aún porque Wellington pudiera escabullirse. Los miles de fuegos de campamento en la cadena de colinas opuesta lo tranquilizaron y, en un momento dado, envió al general de división François-Nicolas Haxo, nacido en Francia de origen húngaro e ingeniero jefe de la Guardia Imperial, a determinar si Wellington se estaba atrincherando o no. De hecho, no lo estaba; casi nunca lo hacía,

pues eso restringía su capacidad para mover las tropas desde una zona amenazada a otra. Satisfecho al ver que los anglo-holandeses pretendían presentar batalla en Mont-Saint-Jean, atrapados, creía él, contra el bosque de Soignés situado a su espalda, al tiempo que continuaba descartando al ejército prusiano, Napoleón regresó a Le Caillou para robar algunas horas de sueño, habiendo dado instrucciones a Soult de que la batalla comenzaría a las 9.00 de la mañana del 18 de junio. Tenía confianza en que conseguiría una nueva victoria.

En el flanco izquierdo francés estaba situado el II cuerpo de ejército del general de división Reille. Mientras los cuerpos de ejército de Wellington eran formaciones de compromiso, creadas con lo que había disponible, los cuerpos de ejército franceses tenían existencia formal, siendo ejércitos en miniatura que contaban con su propia artillería, ingenieros, cuerpo médico y tren de suministros. Reille tenía tres divisiones, cada una de ellas con seis seis-libras y dos obuses, una compañía de ingenieros y un destacamento del tren de suministros. En el extremo izquierdo estaba la 6.ª división de infantería, con trece batallones, mandada por el general de división príncipe Jerónimo Bonaparte, el hermano más pequeño del emperador. Jerónimo tenía treinta y un años en Waterloo y había pasado su carrera militar en la Guardia consular hasta que Napoleón lo convirtió en almirante y los transfirió a la armada. Al ser un completo ignorante en cuestiones navales y no gustarle la vida a bordo, Jerónimo abandonó el barco en Nueva York, entró en relaciones con una belleza local y se casó con ella. Napoleón se puso furioso y cuando la feliz pareja regresó a Francia anuló el matrimonio y envió a la embarazada y ahora exesposa de Jerónimo de vuelta a Baltimore con una amplia bolsa de oro. Subsiguientemente, fracasó como rey de Westfalia y como comandante de un cuerpo de ejército en la campaña de Rusia de 1812, Jerónimo se estaba abriendo camino cuesta abajo entre la jerarquía militar francesa, y si una palabra lo describía esta era «irresponsable». Napoleón era completamente consciente de las limitaciones de su hermano y había nombrado al general de división Armand Charles Guilleminot como su segundo al mando, a pesar de que los comandantes de división en el ejército francés no tienen segundo al mando. Guilleminot se había alistado como soldado al estallar la Revolución, recibió su despacho de oficial para un batallón de voluntarios y sirvió en Flandes, Italia y España; como general de división había mandado un cuerpo de ejército en la campaña de Rusia. Era considerado sensato y prudente, estando su nombramiento destinado a frenar cualquier iniciativa temeraria de su jefe nominal.

En el centro del cuerpo de ejército estaba la 9.ª división de

infantería del general de división Maximilien Sébastien Foy. De cuarenta años de edad y entre los mejores generales del ejército francés, Foy fue uno de los últimos cadetes prerrevolucionarios en ser admitidos en la academia de artillería en La Fère, donde recibió su despacho de oficial en 1792. Tenía una experiencia inmensa, tras haber servido en el norte de Europa, Italia y Turquía, además de como comandante de división en Portugal y España. Se negó, por principios, a convertirse en un ADC honorario de Napoleón cuando este asumió el trono y esto quizá explique por qué nunca se convirtió en mariscal, dado que era mucho mejor soldado que la mayoría de quienes recibieron ese honor. Había sido herido catorce veces (recibiría la décimo quinta herida en la batalla que estaba a punto de comenzar) y después escribió un excelente —y notablemente imparcial— relato de la Guerra de la Independencia desde la perspectiva francesa. Sus divisiones contenían once batallones.

Al lado de la división de Foy, y la más próxima a La Belle Alliance, estaba la 5.ª división de infantería, al mando del general de división de treinta y ocho años Gilbert Désiré Joseph Bachelu. A pesar de sus orígenes de clase media (su padre era abogado), Bachelou era un republicano ferviente y se alistó como soldado en los Ingenieros al estallar la Revolución, no tardando en recibir su despacho de oficial en la Infantería. En Egipto estuvo al mando de un batallón, restauró las fortificaciones de las Indias Occidentales Francesas, actuó como jefe del estado mayor de Soult, mandó una brigada en la campaña de Rusia y, tras ser nombrado general de división en junio 1813, luchó como tal en las campañas finales de 1813 y 1814 en el norte de Europa. En su división había nueve batallones.

El flanco derecho francés estaba cubierto por el I cuerpo de ejército de D'Erlon, con cuatro divisiones. Al lado de la carretera y justo delante de taberna de La Belle Alliance estaba la 1.ª división de ocho batallones del general de brigada Joachim Quiot du Passage. Quiot, de cuarenta años, originalmente el general de brigada de más antigüedad de la división, estaba sustituyendo al general de división Allix de Vaux, que no se había presentado. Junto a la de Quiot estaba la 2.ª división de nueve batallones del general de división François-Xavier Donzelot. Con sus cincuenta y un años, Donzelot era uno de los comandantes de división franceses más mayores en Waterloo y el que menos experiencia reciente tenía. Nombrado oficial del ejército borbónico en 1785, sobrevivió a la Revolución y participó en las primeras batallas en Europa. General de división a partir de 1801, llegó a Egipto justo a tiempo para rendirse a los británicos. Su servicio activo en el norte de Europa vino seguido por su nombramiento como gobernador de las islas jónicas. A partir de 1808 tuvo su base en Corfú, donde permaneció, sobreviviendo al bloqueo de la Royal Navy

y aguantando tras la abdicación de Napoleón en 1814 hasta que Luis XVIII le ordenó que entregara las islas a los británicos.

La siguiente en la línea era la 3.ª división del general de división Pierre-Louis Binet de Marcignet, con sus ocho batallones. De cincuenta años de edad y general de división desde 1807, Marconet era otro exoficial del ejército borbónico que se había unido como oficial cadete en 1781 y había recibido su despacho a tiempo para combatir en los últimos dos años de la independencia norteamericana, cuado los desagradecidos colonos pusieron objeciones a que se les pidiera que contribuyeran modestamente al coste de su propia defensa. Como teniente, apoyó la Revolución Francesa y fue herido dos veces en las primeras batallas antes de ser licenciado por tener sangre noble. Dieciocho meses después, desaparecido el Directorio, fue rehabilitado y sirvió en Europa, España e Italia.

La 4.ª división de infantería de D'Erlon, de ocho batallones, fue estacionada en el extremo derecho, a unos 360 metros de la grande Papelotte, mandada por el general de división Pierre François Joseph Durutte. Hijo de cuarenta y ocho años de un comerciante de éxito, Durutte recibió una buena educación y se alistó como soldado en un batallón de voluntarios revolucionario, no tardando en ser ascendido a oficial. Sirvió en numerosos puestos, tanto mandando tropas como, gracias a su educación, como oficial de estado mayor. Fue ascendido a general de división en 1803, pero su carrera sufrió un retroceso temporal en 1804, cuando como firme creyente en el republicanismo se negó a firmar un documento que expresaba el apoyo de los oficiales del ejército al ascenso de Napoleón al trono. Tras dos años en la inopia como gobernador de Elba, sin embargo, regresó como comandante de división en Italia y luego en Rusia. Desde 1814 era gobernador de la fortaleza de Metz, que mantuvo hasta que finalizó la guerra. Al igual que la mayoría de sus contemporáneos, sirvió bajo la Restauración antes de unirse de nuevo a Napoleón.

En reserva, inmediatamente después de La Belle Alliance y a ambos lados de la carretera se encontraba el VI cuerpo de ejército de Lobau, con dos divisiones de infantería, la 19.ª y la 20.ª, a las que se añadieron dos divisiones de caballería, la 3.ª y la 5.ª. La 19.ª, mandada por el general de división de treinta y siete años François Martin Valentin Simmer (herido ocho veces, había sido ascendido tras el regreso de Napoleón en abril de 1815), tenía nueve batallones, mientras que la 20.ª, bajo el general de división Jean Baptiste Jeanin (otro nacido el mismo año que Napoleón y Wellington, 1769), solamente tenía cuatro.

Inmediatamente detrás del VI cuerpo de ejército y en su habitual papel de último recurso, estaba la Guardia Imperial, encabezada no por su comandante habitual, el mariscal Mortier, que había sufrido un

ataque de ciática, sino por su jefe de estado mayor, el general de división Antoine Drouot. Drouot tenía cuarenta y un años en 1815 y, a pesar de sus humildes orígenes (su padre era panadero) se las había ingeniado para conseguir una educación de primera clase mediante el procedimiento de aprobar numerosos exámenes de acceso en los mejores colegios religiosos. Poco después del estallido de la Revolución, aprobó el acceso en la academia de artillería y recibió su despacho de oficial allí tras solamente un mes de entrenamiento. Sirvió en el norte de Europa y luego fue enviado a reunirse con la flota del almirante Villeneuve como experto en cañones. A pesar de ser propenso a atroces mareos sobrevivió a la carrera de Villeneuve hasta las Indias Occidentales, destinada a atraer a la Royal Navy lejos del Canal. Se perdió por muy poco la batalla de Trafalgar, al ser llamado para unirse a la Grande Armée justo antes de que la flota saliera de Cádiz en octubre de 1805, si bien el barco en el que habría estado, la fragata de cuarenta cañones Hortense , fue de las que consiguió escapar de regreso a Cádiz. Durot sirvió entonces en España y la campaña de Rusia, siendo ascendido a general de división en septiembre de 1813. Acompañó a Napoleón a Elba y permaneció con él hasta su regreso a Francia en 1815.

La Guardia contaba con tres divisiones de infantería: la División de los grenadiers à pied, con cuatro batallones de la Vieja Guardia y cuatro de lo que era conocido (posiblemente de forma no oficial) como la Media Guardia (el 3.º y el 4.º regimientos de granaderos); la División de los chasseurs á pied, también con cuatro batallones de la Guardia Vieja y cuatro de la Media Guardia; y la División de la Joven Guardia con ocho batallones de infantería ligera. Los granaderos estaban al mando del general de división Louis Friant, de cincuenta y siete años y el más viejo de los comandantes de división franceses. Cabo en el ejército borbónico, fue elegido teniente coronel en el ejército revolucionario y sirvió en el norte de Europa y en la campaña de Rusia. Al mando de los chasseurs estaba el general de división Antoine Morand, de cuarenta y cuatro años. Abogado antes de la revolución, fue elegido capitán y luego teniente coronel de voluntarios, sirviendo en Flandes, los Países Bajos, Egipto y Rusia. General de división a partir de 1805, aceptó un título de caballero del restaurado Luis XVIII antes de cambiar de chaqueta de nuevo cuando Napoleón regresó de Elba. El general de división Philibert Guillaume Duhesme mandaba la división de la Joven Guardia. El hijo de treinta y nueve años de un abogado, había reunido con sus propios fondos un batallón de voluntarios revolucionarios y se le concedió el mando de este. La Revolución fue buena para él, en 1784, con solamente veintiocho años, fue ascendido a general de división. Un verdadero canalla, a pesar de ser un líder natural y valiente, luchó en las

primeras batallas de las guerras revolucionarias y después en Italia y España. Acusado de robo, tortura, asesinato, apropiación indebida de fondos y de saqueo en España, fue destituido pero sobrevivió. 15

La Guardia contaba con su propia reserva de artillería, con dieciocho doce-libras —los cañones de más potencia en Waterloo— y seis obuses de 300 milímetros. La división de caballería ligera de la Guardia, dos regimientos, uno de los cuales armado con lanzas, se colocó en la retaguardia del flanco derecho, mientras que la división pesada, con otros dos regimientos, estaba en la retaguardia del flanco izquierdo. De la caballería que no era de la Guardia, la 2.ª división con dos regimientos ligeros y dos de lanceros al mando del general de división Hippolyte-Marie-Guillaume Piré estaba en el extremo izquierdo, al lado de la división de Jerónimo Bonaparte, mientras que la 1.ª división de caballería, también con dos regimientos ligeros y dos de lanceros, estaba en el extremo derecho, apoyando a la división de infantería de Durutte. En apoyo de la reserva de Lobau estaban las divisiones de caballería del general de división Jean-Simon Domon (3.ª, tres regimientos ligeros) y el general de división Jacques Gervais Subervie (5.ª, un regimiento ligero y dos de lanceros). Por otra parte, el III cuerpo de caballería de la reserva de Kellermann, formado por dos divisiones con ocho regimientos de caballería pesada en total, estaba estacionado inmediatamente detrás del cuerpo de ejército de Reille en la izquierda francesa, mientras que el IV cuerpo de caballería de la reserva de Milhaud, con dos divisiones, cada una de cuatro regimientos de caballería pesada, estaba inmediatamente detrás del cuerpo de ejército de D'Erlon en la derecha. Para empezar, cada división de caballería contaba con una batería de artillería a caballo, sobre el papel seis seis-libras y dos obuses de 140 milímetros, si bien debido a la dificultad de conseguir suficientes caballos, algunas de las baterías solamente tenían cuatro seis-libras.

En total, sin contar el ala separada del ejército francés de Grouchy, Napoleón contaba en Waterloo con 103 batallones de infantería, comparados con los 84 de Wellington (sin contar con los separados bajo Hill); pero como el número de soldados en los batallones franceses variaba ampliamente, una mejor comparación sería decir que Napoleón contaba con unos 53.000 infantes que oponer a una cifra similar, o ligeramente inferior, por parte de Wellington. Napoleón tenía treinta y cuatro regimientos de caballería frente a los veintinueve de Wellington; pero como el número de escuadrones variaba en cada regimiento, había en torno a 15.000 soldados de caballería francesa comparados con los 13.000 de Wellington. Napoleón tenía 246 cañones, incluidos treinta y seis doce-libras (ocho en la Guardia y seis en cada uno del I, el II y el VI vuerpos de ejército), el resto eran seis-libras y obuses; mientras que Wellington

pudo reunir sobre el terreno 157 cañones, nueve-libras, seis-libras y obuses. En cifras totales, incluyendo artilleros, ingenieros, cornetas y similares, Napoleón tenía en Waterloo 78.000 hombres, enfrentados a unos 70.000 anglo-holandeses. 16 Considerando que Wellington no tenía intención de pasar a la ofensiva con lo que tenía en la mañana del 18 de junio y que Napoleón tendría que atacar para poder terminar con la batalla (y, según pensaba, con la guerra) antes de que se lanzara contra él una abrumadora superioridad numérica, no eran malas probabilidades a las que se enfrentaba Wellington, pero nada comparado a la aceptada relación de tres atacantes por cada defensor necesarios para triunfar. Evidentemente, estas posibilidades podían inclinarse de cualquier lado si Grouchy se desplazaba para unirse a Napoleón o si los prusianos aparecían para apoyar a Wellington. Por ahora, solamente el tiempo lo diría.

1 No es bueno para la salud a ninguna edad, como este autor puede atestiguar.

2 Como oficial de los guardias, era capitán mientras servía con su regimiento; pero era teniente coronel (con paga de tal) cuando estaba en comisión de servicios fuera del regimiento, como le sucedía al actuar de ADC.

3 Teniente coronel Willoughby Verner (ed.), *British rifle man. The journals and correspondence of major George Simmons, rifle Brigade, during the Peninsular War and the campaign of Waterloo* , A. & C. Black, Londres, 1899.

4 Citado en David Chandler, *The campaigns of Napoleon* , Weidenfeld & Nicolson, Londres, 1966.

5 Capitán sir John Kincaid, *Adventures in the rifle Brigade* y *Random Shots from a Rifleman* , edicion facsímil de la de 1909, reimpresión de las ediciones de 1830 y 1835, Richard Drew Publishing, Glasgow, 1991.

6 Capitán Charles François (trad. Robert B. Douglas), *From Valmy to Waterloo. The diary of a soldier of Napoleon* , Everett & Co., Londres, 1906.

7 Una línea fluvial que, irónicamente, se volvería familiar para los soldados británicos ciento veinticinco años después en la desbandada por evitar la arremetida alemana en la batalla de Francia en 1940.

8 Las brigadas tenían dos oficiales de estado mayor: el mayor de la brigada (a menudo un capitán) responsable del trabajo operativo del estado mayor, con un ayudante como capitán de estado mayor. Además había un comisario, un civil con rango militar para conferirle autoridad, responsable de las raciones y el transporte. El ADC del comandante de la brigada también ayudaba. El número de ADC dependía del rango y el cargo del comandante: si el comandante de la brigada era un general de división habría un ADC.

9 Siguen haciéndolo. Un descendiente mandó los guardias irlandeses en la campaña de Arnhem y, cuando este autor estaba al mando del centro de instrucción de reclutas *gurkha* a finales de la década de 1990, su homónimo en el CIR de los guardias en Pirbright era un Vandeleur.

10 En este momento, los regimientos que se convertirían después en los guardias granaderos y los guardias escoceses eran el 1.º y el 3.º regimientos de guardias a pie respectivamente. En origen, el regimiento de a pie de Monk, el 2.º o regimiento Coldstream de guardias a pie tenía este nombre desde 1670 en conmemoración de su cruce del río Tweed en Coldstream en 1660, al comienzo de la campaña que terminaría con la restauración del rey Carlos II.

11 Sin duda, la pregunta: «¿Qué hiciste durante la gran batalla, abuelo?» sería contrarrestada llevando la conversación hasta la Guerra de la Independencia, donde sir Lowry

tuvo un papel destacado.

12 Una suma muy atractiva, quizá equivalente hoy día a 200.000 libras, especialmente atractiva si uno está viviendo en una choza en una isla de las Indias Occidentales.

13 Hay poco que hacer con las costillas rotas, excepto esperar a que sanen. Este autor, habiéndose roto la mayoría de ellas a lo largo de los años, sobre todo al caerse de caballos, aconsejaría evitar toser, reír o el estreñimiento cuando uno tiene alguna fracturada.

14 La hermana de Cooke se convertiría en la madre de James Brudenell, el lord Cardigan conocido por la guerra de Crimea.

15 Dado que prácticamente cualquier comandante superior francés en España estuvo implicado en saqueos, corrupción y apropiación indebida de fondos, y algunos en asesinatos y torturas, es muy posible que se tratara de cargos falsos destinados a deshacerse de un competidor.

16 Cifras precisas de las fuerzas británicas en Waterloo pueden conseguirse en GURWOOD (*op. cit* .); de las prusianas en Peter Hofschröer, *The Waterloo campaign.The German victory* , Greenhill Books, Londres, 1999. Las cifras exactas para los franceses, holandeses y otros aliados menores son más difíciles. He confiado sobre todo en Mark Adkin, *The Waterloo companion* , Aurum Press, 2001, y en capitán W. Siborne, *History of the war in France and Belgium in 1815* , T. & W. Boone, Londres, 1848.

8. LA BATALLA POR EUROPA

En la noche del 17 al 18 de junio, el ejército prusiano se había reunido en y en torno a Wavre. Había perdido unos 30.000 hombres en la lucha antes de Ligny, en Ligny y con las deserciones tras la batalla. El I cuerpo de ejército de Ziethen había sido el peor parado y el II cuerpo de ejército de Pirch también había tenido bajas considerables. El III cuerpo de ejército de Thielemann ya estaba comprometido como la retaguardia, de modo que el IV cuerpo de ejército de Bülow, que no había tomado parte en la batalla de Ligny y, por tanto, contaba con su plantilla y equipo al completo, era el cuerpo de ejército lógico para encabezar el movimiento hasta Waterloo. Gneisenau, el jefe de estado mayor de Blücher, repartió órdenes durante la noche diciéndole a Bülow que saliera con las primeras luces y se dirigiera a Chapelle Saint-Lambert, a 11 kilómetros de Wavre. Estaría apoyado y precedido por la 1.ª brigada de caballería del coronel Von Schwerin (como todas las brigadas prusianas, en realidad tenía el tamaño de una división de cualquiera de los demás). Una vez allí, se desplegaría en formación de batalla y podría o bien desplegarse en el flanco izquierdo de Wellington o atacar la derecha francesa, dependiendo de cómo estuviera la situación cuando llegara allí. El siguiente en ir sería el II cuerpo de ejército de Pirch y finalmente Ziethen, dejando a Thienemann para asegurarse de que no había interferencia por parte de Grouchy.

A primera vista, Bülow —a pesar del hecho de que su punto de partida se econtraba a 3 kilómetros al sureste de Wavre y, por lo tanto, más alejado de Waterloo que las demás tropas prusianas— debería haber sido capaz de alcanzar Chapelle Saint-Lambert en cinco horas, pero de camino se encontró con todo tipo de problemas. Primero tuvo que cruzar el río Dyle, para lo cual solamente había un puente estrecho. Segundo, tuvo que cruzar por medio de Wavre, a la cual sus tropas de vanguardia terminaron llegando en torno a las 7.00 horas para encontrarse un embotellamiento de tráfico con carros de municiones, ambulancias, carros con raciones y el resto de la impedimenta sobre ruedas de un ejército bloqueando las estrechas carreteras. La cosa todavía se puso peor, porque se produjo un fuego

en la ciudad —no se sabe si al explotar un carro de municiones o porque los fuegos para cocinar de los prusianos se descontrolaron— frenando el avance todavía más. Una vez fuera de Wavre, el terreno era accidentado, cruzado solamente por senderos y con numerosos setos y valles de arroyos que cruzar. Si bien la lluvia había parado, el terreno estaba cenagoso y resbaladizo, lo cual dificultaba a los caballos arrastrar los cañones colina arriba y les hacía imposible frenarlos colina abajo. Los caballos tenían que ser desenganchados de los armones y los cañones atados a cuerdas de remolque y bajados por la colina por los soldados. Al final, los cañones más pesados, una batería de doce-libras, fueron abandonados. Todo esto requirió tiempo y, como los únicos mapas que tenían los prusianos era unos bocetos muy básicos producidos apresuradamente por los ingenieros reales británicos, navegar también resultó un problema. Eran más de las 10.00 horas cuando la última formación de Bülow, la 14.ª brigada (con tamaño de división) de infantería del general de división Von Ryssel pudo abandonar Dion-le-Mont, teniendo que dejar detrás dos batallones de infantería y un regimiento de húsares de la brigada de Schwerin para contener a la caballería de Exelmans, que le estaba pisando los talones, hasta que cruzó el Dyle.

La caballería de Schwerin alcanzó Capelle Saint-Lambert y luego continuó atravesando Lasne hasta alcanzar el Bois de París, desde donde el cuerpo de ejército podía ir bien hacia el noroeste para unirse a Wellington, cuyo flanco izquierdo estaba a 2 kilómetros y medio, o golpear la derecha francesa, a aproximadamente la misma distancia. Fue allí, en torno a las 14.30 horas, donde los prusianos tuvieron la primera baja de la batalla de Waterloo, cuando el coronel von Schwerin, que iba junto con su escuadrón de vanguardia, tuvo una escaramuza con algunos jinetes de la caballería francesa que iban de descubierta y resultó muerto de un disparo de un cañón de la artillería a caballo. Entonces, a partir de en torno a las 15.30 horas, las unidades del cuerpo de ejército de Bülow comenzaron a llegar al Bois de París, mientras la vanguardia del cuerpo de ejército de Pirch se dirigía hacia el flanco izquierdo anglo-holandés.

Antes, en Le Caillou, a la hora del desayuno, Napoleón había discutido la inminente batalla con su estado mayor y los comandantes superiores. Su intención original había sido empezar las operaciones con las primeras luces; pero durante la noche se había ido posponiendo en varias ocasiones hasta terminar en las 9.00 horas, e incluso esa hora de comienzo también sería pospuesta. Muchos relatos dicen que fue porque el general de división Ruty, al mando de la artillería del ejército, con el apoyo de Drouot, comandante de la Guardia Imperial y otro artillero, se quejó de que el terreno estaba demasiado húmedo como para permitir el despliegue de los cañones y

que, incluso si con mucho sudor y esfuerzo de hombres y caballos conseguían desplegarlos, las balas rasas se enterrarían en el blando suelo con el primer bote, en vez de resbalar por la superficie y acabar con fila tras fila de soldados enemigos. Esto es muy improbable. El propio Napoleón, artillero él mismo, no necesitaba que nadie le dijera cuál era el efecto del terreno blando sobre la artillería. Seguramente, el motivo real era que su ejército no estaba listo, y en algunos casos ni siquiera presente, a las 9.00, y no podía empezar la batalla hasta que lo estuviera. Los batallones franceses seguían esforzándose recorriendo la única carretera y, aunque ya no estaba lloviendo, caminar seguía resultando muy pesado y al llegar los hombres necesitaban secar sus armas y equipo, además de apañárselas para conseguir un apresurado almuerzo.

Así las cosas, fue en torno a las 11.00 horas cuando Napoleón dio sus órdenes finales, que venían a ser que, tras debilitarlo con la artillería de la gran batería, la infantería de D'Erlon atacaría el centro de la izquierda aliada, seguido por el cuerpo de ejército de Lobau y la Guardia Imperial, que haría un agujero en la línea de Wellington, quitaría de enmedio a esa chusma anglo-holandesa y marcharía sobre Bruselas. El ataque empezaría con una señal dada por el mariscal Soult, el jefe del estado mayor, y el ataque de D'Erlon vendría precedido por un ataque de diversión contra Hougoumont. Este último era un plan muy sólido: si la derecha de Wellington era amenazada, el duque tendría que reforzarla y solamente podría hacerlo, según la lógica de Napoleón, trasladando tropas desde su centro, debilitándolo así para el ataque de D'Erlon; pero los avisos de Soult, Ney, Reille y otros que habían luchado con él en la Península de que no era muy inteligente atacar de frente a tropas británicas en un posición defensiva fueron descartadas de un plumazo; como todos ellos habían sido derrotados por Wellington le tenían miedo, cuando resulta que Wellington era un mal general y las inglesas, malas tropas. Todo el asunto, afirmaba el emperador, no plantearía más problemas que tomarse el desayuno.

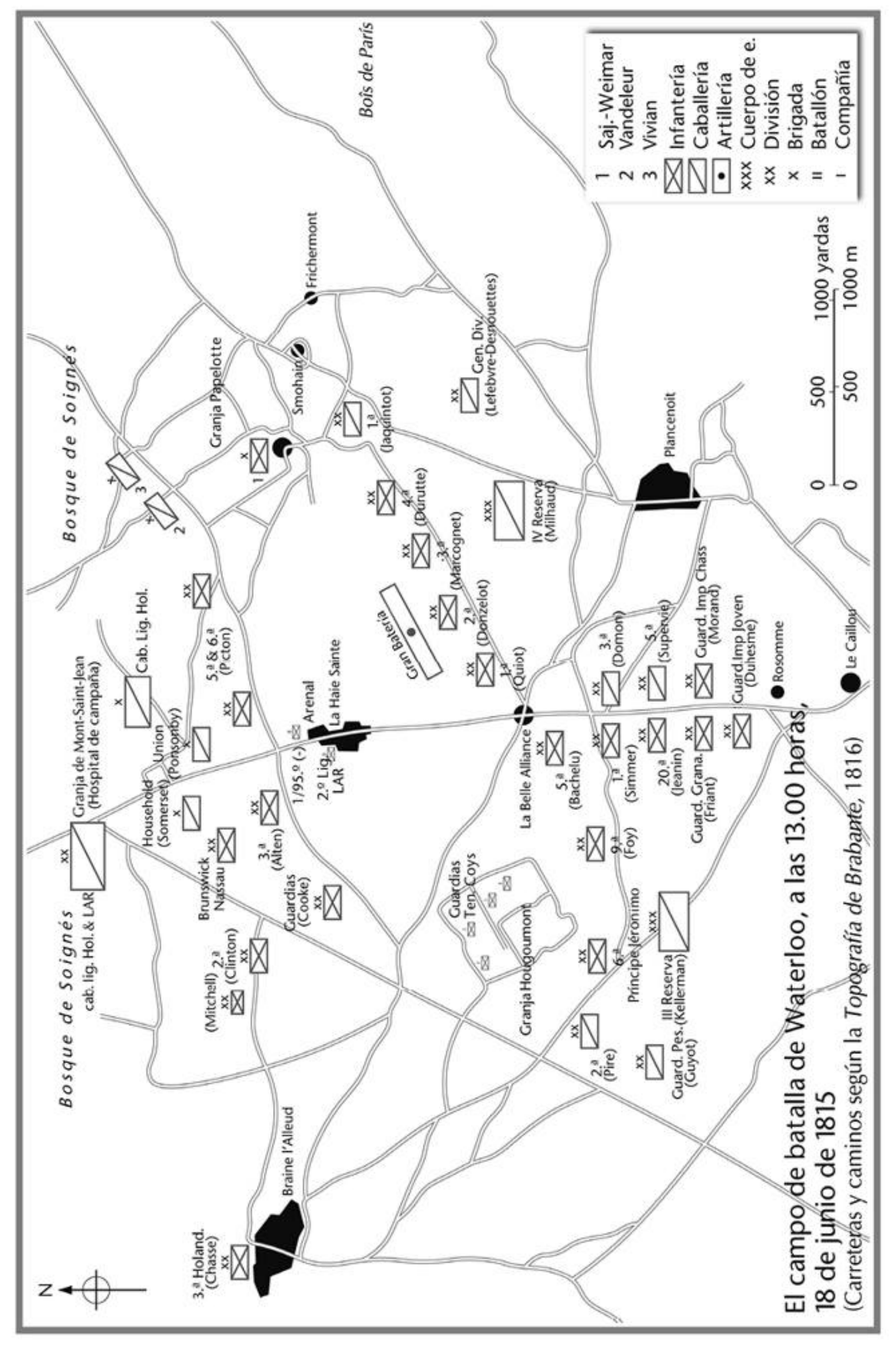
La artillería de la gran batería, situada delante de las divisiones de Quiot y Donzelot, consistía en la reserva de artillería de la Guardia Imperial, con sus dieciocho doce-libras, los seis doce-libras de D'Erlon, los cuarenta seis-libras de las divisiones de caballería y la artillería de las divisiones de Quiot y Donzelot, otros doce seis-libras. Hay cierto debate al respecto de cuántos de estos cañones fueron utilizados realmente. Para ser efectivos como batería, los cañones tenían que estar razonablemente cerca unos de otros; pero no podían estar rueda contra rueda porque entonces no habría sitio para que la infantería y la caballería se movieran entre ellos. Suponiendo una separación de 3,65 metros entre ellos, ochenta cañones habrían ocupado un frente

de 145 metros, de modo que es posible que fueran colocados en dos filas, en la cual la segunda estuvo formada por los doce-libras, situados a lo largo de la pista que corría por el frente francés (y que conducía hasta la granja Papelotte), con los más ligeros seis-libras más abajo de la colina en la fila frontal. Disparar por encima de un obstáculo no se solía hacer (si bien los británicos lo utilizaron en España en el asedio de San Sebastián), pero este puede haber sido el único medio de hacer que la batería fuera manejable sin restringir los movimientos de la infantería y la caballería. Sin embargo, en cualquier formación en la que estuviera desplegada la batería, el número de hombres, caballos (480 solamente para desplazar los cañones, sin contar los corceles de los oficiales, los caballos que arrastraban los carros, las forjas de los herreros y demás), los armones de artillería y los carros con munición extra habrían causado un enorme problema de control de tráfico, de modo que parece probable que los armones de artillería y los caballos fueran colocados detrás de la infantería de D'Erlon en la ladera contraria.

Los relatos contemporáneos sobre Waterloo ofrecen horas muy diferentes para el comienzo de la acción. Esto se debe en parte a que muchos de los participantes solamente conocían lo que estaba sucediendo en su frente inmediato —además de que había mucho maíz y centeno sin recolectar restringiendo la visión hasta que finalmente era aplastado—; también a que los relojes eran caros y solamente los oficiales los tenían, aquellos que podían permitirse semejante lujo. Evidentemente, no existían los pitidos de la BBC para poner los relojes en hora, de modo que quienes tenían reloj lo comparaban con el sol: cuando el sol estaba en lo más alto eran las 12.00 horas, si bien apreciar cuando el sol estaba realmente en lo más alto puede variar en dos horas o más. Quizá de forma un tanto extraña, parece no haber habido ningún intento por sincronizar los relojes, como se haría hoy. Sabemos que las órdenes de batalla de Napoleón fueron fijadas por Soult a las 11.00 horas. Dado que se necesitarían en torno a dos horas para que llegaran a todas las unidades y se adoptaran las últimas disposiciones, y que Napoleón inspeccionó a su ejército desplegado en la ladera delantera, parece muy poco probable que pasara nada antes de las 13.00 y probablemente la cosa tuviera lugar después; si bien hubo algunos encontronazos entre los escaramuceros de Durutte y los de Sajonia-Weimar en el extremo derecho francés, casi con seguridad mucho antes.

Cuando el emperador se situó en su puesto de observación en el terreno elevado justo al sureste de la taberna de La Belle Alliance, la artillería francesa comenzó su bombardeo preliminar. Dado que la infantería de Wellington se encontraba en la ladera contraria, tenían

poco a lo que apuntar, pero no necesitaban un blanco concreto: mientras sus disparos aterrizaran justo encima de la cadena de colinas anglo-holandesa le darían a algo. En la izquierda aliada, un frente de 1.650 metros, había seis brigadas que sumaban un total de algo más de 14.000 hombres. Contando con oficiales y supernumerarios, esto supone unos ocho hombres por metro de frente, lo cual implica que los batallones de infantería estarían desplegados casi con seguridad en columnas cerradas de compañías. Un batallón británico así formado contaría con nueve compañías de ochenta hombres, en una línea con dos filas, estando las compañías desplegadas una detrás de otra con una separación de 30 metros entre ellas. La décima compañía, la compañía ligera, inicialmente al menos, estaría adelantada en la cadena de colinas en orden de escaramuza. Los batallones holandeses-belgas contaban con una composición diferente a la británica, pero el principio era el mismo. La cuestión es que había muchísima gente desplegada con una gran profundidad detrás de la cadena de colinas: de forma muy aproximada se trataba de un área de 1.650 metros de largo por 250 de profundidad ocupada por hombres y, a pesar de que se les ordenó tenderse cuerpo a tierra, habría sido difícil par la artillería francesa no causar algún daño siempre que sus disparos cayeran dentro de ese rectángulo. Las matemáticas para el flanco derecho aliado, con sus seis brigadas, ofrecen seis hombres por metro de frente, de modo que el rectángulo que ocupaban era más pequeño, pero seguía habiendo un área muy grande para que los artilleros franceses dejaran caer sus disparos.



El campo de batalla de Waterloo, a las 13.00 horas, 18 de junio de 1815
(Carreteras y caminos según la *Topografía de Brabante*, 1816)

A lo que parece, los logros del bombardeo de artillería parecen haber sido diversos. Algunos batallones sufrieron considerablemente, mientras que otros parecen haber salido indemnes. Según un soldado del 7.º de infantería, en la brigada de Adam, detrás de la Guardia y cruzando la carretera de Nivelles, el bombardeo se prolongó durante

una hora y media y le costó al batallón sesenta hombres. 1 El teniente John Kincaid, adjunto del 95.º de fusileros, que estaba tras la cadena de colinas cerca del cruce de caminos, adelantado con tres de sus compañías en la cantera de arena, dice que una bala rasa «llegada de Dios sabe dónde, porque no fue disparada contra nosotros», le arrancó la cabeza al hombre que tenía a su derecha, pero no menciona más del bombardeo. 2 Muchos relatos contemporáneos no lo mencionan en absoluto. No obstante, parece que el bombardeo duró una media hora —si bien para aquellos que lo sufrieron, como ese soldado del 71.º, habría parecido mucho más largo— y en general parece no haber tenido demasiado efecto. Esto puede parecer sorprendente, dado la amplia zona del blanco, pero puede haberse debido al declinar de la calidad de la artillería francesa. Charles de Gaulle, en un resumen histórico del ejército francés, señaló que en Rusia se habían abandonado muchos cañones y que otros se habían perdido en las batallas de 1813 y 1814. 3 Además, en 1815 la industria del armamento estaba mal pagada y era ineficiente, lo que llevaba a una factura poco satisfactoria. Otros factores que contribuyeron habrían incluido el uso de madera no curada en la fabricación de los armones y ruedas de los cañones, además de la dificultad de conseguir suficientes artilleros expertos y caballos adecuados, sobre todo para los doce-libras. Además del declive en la capacidad y el equipo, la posición de las tropas aliadas en la ladera contraria, la altura de las cosechas —al menos hasta que fueron aplastadas— y las densas nubes de humo que se habrían quedado flotando en un día sin viento habrían hecho difícil que los comandantes de las baterías corrigieran su puntería viendo dónde caían sus disparos, lo que no les era posible. Muchos de los disparos, por lo tanto, deben haber caído en la ladera delantera o, como señaló un oficial de la división de Picton, pasado por encima de las cabezas de las tropas, quienes excepto los oficiales montados, estaban cuerpo a tierra.

Con el bombardeo de artillería en marcha, podía comenzar el ataque de distracción contra la granja de Hougoumont, mientras la infantería de D'Erlon se preparaba para atacar el centro de la izquierda aliada una vez que Wellington lo hubiera debilitado transfiriendo tropas al flanco derecho. La diversión le fue confiada a la división francesa del extremo izquierdo, la del príncipe Jerónimo, quien envió a la 1.ª brigada de siete batallones de infantería ligera del general de brigada Pierre-François Bauduin, que tenían que avanzar hacia el norte por el bosque y atacar la huerta y el muro del jardín, además de la entrada sur. Con cuarenta y siete años en Waterloo,

Bauduin se había unido al ejército revolucionario como teniente en 1792 y fue ascendido a comandante y recibido el mando de una batallón en el campo de batalla de Marengo en 1800, donde fue herido. Tras dos años en barcos con el almirante Villeneuve, regresó a servir en tierra en la campaña de Rusia y fue ascendido a general de brigada en 1813, antes de tomar parte en las batallas en el norte de Europa en 1813 y 1814. A pesar de haber sido condecorado por Luis XVIII, regresó a su antigua lealtad tras el retorno de Elba de Napoleón.

Cuatro mil hombres, encabezados por Bauduin, bajaron la ladera pisando con fuerza y penetraron en el bosque. Tuvieron pocos problemas para expulsar a los escaramuzadores de Lüneberg y Nassau, que estaban allí más a modo de sistema de alarma temprana que como una línea de defensa seria. A 20 metros de la puerta sur de la granja de Hougoumont los árboles se terminaban de repente dejando un terreno despejado. Era el matadero de los guardias y los alemanes de la granja y la huerta: a esa distancia, incluso el notablemente impreciso mosquete de ánima lisa no podía fallar y desde cada ventana y aspillera de los muros y el tejado, así como desde la plataforma de tiro detrás del muro de la huerta, se desencadenó una granizada de fuego. Detrás de cada hombre disparando había dos o tres cargando mosquetes y pasándolos hacia delante, y la primera oleada de soldados franceses desde la línea de árboles no llegó a ningún lado, con muertos y heridos salpicando el terreno despejado entre la granja y el bosque. Muy pronto una densa nube de humo negro oscureció tanto el objetivo como los blancos; pero todo lo que los defensores tenían que hacer era disparar contra el humo y era casi seguro que le darían a alguien. Los franceses no solamente tenían que enfrentarse al incesante repiqueteo de los mosquetes, sino que la batería de la real artillería a caballo de seis obuses del comandante Robert Bull, situada sobre la cadena de colinas, estaba dejando caer sus bombas en el bosque: correr hacia delante significaba morir por una bala de mosquete, retirarse implicaba correr el riesgo de morir por una bala de cañón. Demostrando gran valor, pero quizá poca inteligencia, los franceses continuaron lanzándose contra la tormenta de plomo de los defensores. Los pocos afortunados que consiguieron llegar hasta tan lejos como el muro fueron muertos a bayonetazos cuando intentaban treparlo y, cuando el propio Bauduin murió, el ataque se apagó. Un cuadro del Museo de Waterloo muestra al valiente general saliendo de la línea del bosque, montado en su caballo y blandiendo su espada. Si bien no lo sabemos con seguridad, es poco probable que Bauduin hubiera cabalgado por el bosque, siendo mucho más probable que lo hubiera cruzado a pie, con un ordenanza llevando a su caballo en algún punto por detrás de él. El resultado fue el mismo y hoy día hay una placa en el muro de la

huerta que conmemora al primer general muerto en Waterloo.

Tras haber fracasado la primera brigada, el príncipe Jerónimo lanzó a la segunda, otros seis batallones de 3.500 hombres a las órdenes del general de brigada Jean-Louis Soye, quien tras recoger de camino a los supervivientes de la brigada de Bauduin esta vez demostró algo más de sutileza al dirigirse hacia el oeste, pasando de flanco la granja y asaltando la entrada norte, que estaba abierta. Dejarla así no era tan tonto como parece, pues el acceso a la entrada principal de la granja —que eso es lo que era— constituía el camino por el cual el reabastecimiento de municiones podía enviarse y los heridos ser evacuados. Aparentemente, hubo un conductor de carro —el cual puede haberse llamado Brewer o Brewster [4] y puede haber sido un soldado del Real tren de carromatos (los «Newgate Blues») [5] o un civil contratado por el comisariado— que con gran valor conducía un carro desde arriba de la cadena de colinas hasta la granja abajo, donde entraba por la puerta norte; allí arrojaba barriles de munición de mosquete fuera del carro, subía heridos en él y al galope —más probablemente al trote ligero— volvía a subir la colina.

La lucha en el lado oeste de la granja era dura, con los restos del 1.º Légère (infantería ligera) de Bauduin intentando alcanzar la puerta abierta. El comandante del regimiento, el coronel Amédée Louis Despans-Cubières, que había sumido el mando de la brigada al morir Bauduin, estaba bien en punta, todavía sobre su caballo y acuchillando casacas rojas con su sable. Cubières, que con veintinueve años era uno de los comandantes de regimiento más jóvenes, era un aristócrata que había sobrevivido a la Revolución (su padre era marqués y había estado un tiempo encarcelado). Se alistó como soldado en 1802, fue nombrado oficial en 1804 y ascendió con rapidez ayudado por el hecho de que en Rusia le mataron tres caballos mientras los montaba, tras lo cual pasó de capitán a coronel en un año, 1813. Finalmente, acuchilló a quien no debía, el sargento mayor del 2/3.º de los guardias, Ralph Fraser, un nativo de Glasgow que se había alistado en 1799. Fraser desmontó a Cubières, se apoderó de su caballo y lo metió dentro de la granja. Cubières, que llegaría a convertirse en general de división durante la monarquía de julio y murió en 1853, siempre afirmó que Fraser le había dejado con vida por decencia humana. Casi con seguridad, la verdad es que hacerse con un buen caballo francés resultaba mucho más interesante para Fraser que matar a su jinete.

En esta ocasión, algunos de los hombres de Soye consiguieron introducirse en el patio de la granja por la puerta abierta. Su líder era un teniente de zapadores cuyo nombre se dice era Legros, si bien que este fuera su apellido verdadero o un apodo (a decir de todos era un gigante, y «Legros» significa «el grande») no lo sabemos. También es

llamado L'Enfonçeur , «El que se lanza a la carga», que indudablemente es un apodo y estaba armado con un hacha de zapador. Entrando al asalto en el patio blandiendo su hacha y seguido por la infantería francesa pudo haber sido decisivo de haber sido capaz de mantener abierta la puerta durante el tiempo necesario como para que hombres suficientes entraran y desequilibraran la balanza; pero la situación fue salvada por el capitán Macdonnell, quien al ver el peligro, junto con otros dos oficiales y un puñado de suboficiales, consiguió cerrar la puerta. Ahora la cosa se convirtió en una pelea callejera, con puños, culatas, bayonetas y cinturones, hasta que los cuarenta o así franceses que habían entrado en el patio estuvieron muertos o moribundos. Solamente sobrevivió uno, un niño tambor a quienes los hombres de la Guardia consideraron demasiado joven para matar y que se pasó el resto del día sentado en un rincón sollozando, no por la sangre y el caos, sino porque un miembro de los guardias había aplastado su tambor.

En vez de ser la diversión que se suponía tenía que ser, el ataque contra Hougoumont se convirtió ahora en un fin en sí mismo que absorbió cada vez más y más tropas para nada. De vez en cuando, un ataque especialmente vigoroso podía llevar a algunos hombres dentro de la huerta, tras lo cual una o dos compañías de los batallones parientes sobre la cadena de colinas eran enviados abajo para expulsarlos y restaurar la situación; si en algún momento parecía que los franceses estaban a punto de tomar todo el complejo, entonces eran enviadas abajo tropas de las brigadas más cercanas hasta que el peligro había pasado. En un momento dado, la granja fue incendiada, una situación peligrosa para los defensores que dio lugar a que Wellington enviara un mensaje a Macdonnell. Escrito a lápiz sobre una piel de asno, 6 decía:

> Veo que el fuego ha pasado desde el pajar hasta el tejado del *château* . No obstante, debe mantener a sus hombres en esas partes a las cuales el fuego no alcanza. Preocúpese de que no se pierdan hombres debido a la caída del tejado o los suelos. Después de que hayan caído ocupe los muros derruidos dentro del jardín; sobre todo, si resultara posible para el enemigo disparar a través de las maderas en el interior de la casa. 7

Legible, perfectamente puntuado —hasta el punto de utilizar un punto y coma— y gramaticalmente correcto, el mensaje demuestra la extraordinaria habilidad de Wellington para permanecer tranquilo y centrado cuando todo a su alrededor era ruido y confusión.

La mayoría de las fuentes suponen que el fuego fue iniciado por un proyectil francés, si bien es más probable que fuera un proyectil del

mayor Bull que se quedó corto o, simplemente, un taco ardiendo de mosquete que cayó sobre la paja o el heno que salpican todas las granjas. Había un pajar frente a la puerta sur y el fuego parece haber empezado allí para luego extenderse por los edificios y el château . Fue especialmente desafortunado para algunos de los heridos, que habían sido colocados en la capilla a la espera de ser evacuados cuando la paja sobre la que estaban se prendió fuego, quemando hasta morir a algunos de ellos. También quemó las piernas del crucifijo de tamaño natural que colgaba del muro de la capilla, 8 resulta evidente que se trató de un incendio importante, pero que finalmente pudo controlarse.

La batalla por Hougoumont duró todo el día, terminando por ocupar a las otras dos divisiones de Reille, las de los generales de división Bachelu y Foy, sin ningún resultado, pues los franceses nunca capturaron la granja. Wellington dijo después que Hougoumont fue la clave de la batalla de Waterloo, pero incluso si los franceses la hubieran capturado, eso solamente no les hubiera permitido sobrepasar el flanco derecho de Wellington, pues los habrían visto la infantería y la artillería sobre la cadena de colinas. Cualquier intento de los franceses por explotar la conquista de Hougoumont extendiendo su ala izquierda se habría topado con las tropas en Braine-l'Alleud y con el cuerpo de ejército de Hill hacia el oeste y más allá. Quizá lo que Wellington quiso decir es que Hougoumont ocupó a un tercio de la infantería de Napoleón durante todo el día, una infantería que de otro modo habría estado disponible para golpear el centro anglo-holandés más avanzada la batalla. Lo que resulta extraordinario es que la batalla por Hougoumont continuara cuando era evidente que Wellington no iba —no tenía necesidad— a reforzarla debilitando su centro. Una vez que esto se hizo patente, Napoleón debería haber frenado el ataque contra la granja, dejando quizá un par de batallones para mantener ocupada a la guarnición e impedir que esta fuera utilizada como trampolín para lanzar un ataque contra la izquierda francesa. El que Wellington no tuviera intenciones de lanzar un ataque semejante era, evidentemente, algo desconocido para los franceses.

La respuesta a por qué los franceses persistieron en Hougoumont se encuentra en el fracaso de Soult y sus oficiales de estado mayor a la hora de hacerse con el control de la batalla y saber qué estaba sucediendo. Desde el punto de observación de Napoleón y cuartel general táctico, por encima y detrás de la taberna de La Belle Alliance, ciertamente no resultaba posible ver Hougoumont; 9 pero un sistema de mando, control y comunicación adecuado debería haber mantenido informado al emperador de lo que estaba sucediendo allí. Ese sistema no existía, y si lo hizo no funcionaba adecuadamente, de modo que en vez de indagar por qué resultaba necesario enviar más y más tropas

contra un objetivo que estaba tan bien defendido, Reille simplemente siguió combatiendo en una batalla innecesaria. A nivel táctico resulta difícil comprender por qué para el asalto inicial de la brigada de Bauduin a la puerta sur no se llevó un único cañón para volarla. Incluso donde los árboles estaban demasiado próximos como para permitir el paso del cañón, los zapadores habrían abierto el camino y uno o dos cañonazos disparados desde el borde de la línea de árboles a una distancia de unos 20 metros habrían convertido la puerta de madera en astillas; unos pocos más hubieran demolido el muro de la huerta. Quizá Bauduin pensó que la captura de la granja sería algo sencillo y no quiso esperar a un cañón.

Si bien el ataque a Hougoumont no hizo que Wellington debilitara su centro, el ataque de la infantería francesa contra el centro y la izquierda anglo-holandeses tuvo lugar igual. Empezó media hora o una hora después del comienzo del ataque inicial contra Hougoumont y fue confiado al I cuerpo de ejército de D'Erlon, apoyado en la izquierda por la brigada de caballería pesada de coraceros del general de brigada Dubois, perteneciente a la 13.ª división de caballería, y a la derecha por la caballería ligera del general de división Jacquinot. Los objetivos eran la captura de La Haie Sainte y aplastar la izquierda de Wellington. La artillería de la gran batería cubriría el avance bombardeando la cadena de colinas.

En algún momento en torno a las 14.00 horas, los cañones franceses pasaron a fuego graneado, disparando tan rápido como los artilleros podían cargar sus cañones, disparar, devolver las piezas a su posición, pasar la esponja, cargarlo y disparar de nuevo. Fue en este punto cuando los hombres de Grouchy, que seguían marchando de forma relativamente marcial hacia Wavre y los prusianos, o donde pensaban que estaban estos, escucharon el creciente tempo del fuego de artillería y de nuevo les entraron dudas sobre lo que debían hacer. Según el capitán Charles François, que estaba en el cuerpo de ejército de Gérard, la infantería de Grouchy abandonó Gembloux hacia las 10.00 horas de la mañana del 18 de junio y alcanzó Walhain, a 8 kilómetros al norte, a las 13.00 horas, cuando escucharon el incremento del cañoneo en dirección a Mont-Saint-Jean a su izquierda. 10 François, que iba a la cabeza de la columna con el batallón de vanguardia, el 30.º de línea, dice que Grouchy mandó parar y que parecía ansioso, sin saber si cruzar el río Dyle o marchar hacia el sonido de los cañones para apoyar al emperador. Según Fançois, Grouchy llamó a sus oficiales para tener un consejo (y como oficial ordenanza del día del general de división Pécheux, comandante de la 12.ª división del IV cuerpo de ejército de Gérard, François habría estado presente) durante el cual pidió a sus comandantes que consideraran las opciones de marchar inmediatamente hacia Mont-

Saint-Jean para reforzar al emperador o atacar Wavre. Gérard y el comandante del II cuerpo de ejército de caballería, Exelmans, estaban a favor de unirse a Napoleón a toda velocidad, mientras que Vandamme, del III cuerpo de ejército, pensaba que debían seguir las órdenes de Napoleón de atacar a los prusianos. Evidentemente, los distintos mensajes enviados a Grouchy para que se desplazara hasta Mont-Saint-Jean no habían llegado, gracias al deficiente trabajo del estado mayor que envió los despachos mediante un único mensajero. François afirma que Grouchy dijo que, si bien estaba de acuerdo en que el emperador estaba completamente ocupado con los ingleses (como los franceses se refieren siempre al ejército anglo-holandés), si él se uniera a Napoleón y Blücher lo atacara entonces de flanco su ejército quedaría destruido. La decisión fue continuar hacia Wavre. 11

En el campo de Waterloo, la infantería de D'Erlon se preparó para avanzar contra la línea de Wellington. Primero tenían que atravesar la línea de cañones, lo que hicieron por batallones, moviéndose en fila dirigidos por sus oficiales al mando. Dado que nadie podía ver mucho a través de los bancos de humo y los diferentes pedazos y piezas de equipo de artillería que había que sortear, esto debió requerir cierto tiempo. Una vez las tropas llegaron a la altura de los cañones, estos dejaron de disparar mientras los batallones, brigadas y divisiones se disponían en formación para avanzar. Las divisiones atacarían escalonadas desde la izquierda; es decir, que se producirían una serie de sacudidas según las sucesivas divisiones golpeaban una tras otra la línea aliada, comenzando con la 1.ª división de infantería de Quiot. Como las tropas de la izquierda tenían más camino que recorrer que las de la derecha, los hombres de Quiot golpearían la línea aliada mientras la división francesa del extremo derecho, la 4.ª de Durutte, abandonaba su línea de partida. Las divisiones se movían en columnas de divisiones; es decir, cada batallón en una línea de tres filas y los batallones unos detrás de otros con un intervalo de 4,5 metros entre ellos. Una compañía de cada batallón se desplegaba de avanzadilla como voltigeurs (escaramuzadores). Alguien que estuviera observando una división de cuatro regimientos, con un total de ocho batallones, cada uno de 400 hombres (al haber separado la compañía ligera), vería una nube de unos 1.600 voltigeurs precediendo a un rectángulo de hombres de 120 metros de anchura por 70 metros de profundidad que contenía unos 3.000 soldados y cuatro águilas. 12 Como mantener esta formación era crítico para conservar el control, el avance no podía ser rápido, probablemente no más de 45 metros por minuto en terreno accidentado.

Una vez las divisiones habían atravesado la línea de cañones y estaban en columnas, podían empezar a moverse descendiendo la ladera, con los oficiales a caballo y los niños tambores marcando la

cadencia del paso. Cuando hubieran dejado atrás los cañones, estos podían volver a disparar por encima de la infantería. Al igual que con el bombardeo anterior, el efecto fue incompleto y, pese a resultar indudable que se produjeron bajas entre la infantería aliada cuerpo a tierra en la ladera contraria, estas no fueron significativas. Existe un considerable desacuerdo entre los historiadores sobre la posición concreta de la brigada de Bijlandt en este punto, la tercera brigada desde el cruce de caminos incluida en la división de Picton. Se alega que esta brigada, al contrario que todas las demás, estaba situada en la ladera frontal y por lo tanto sufrió mucho antes de acabar por salir corriendo. Esto se explica de varios modos que van desde que Wellington se había olvidado de ellos hasta que los había colocado allí deliberadamente para que atrajeran el fuego enemigo, con todo tipo de improbables teorías entre medias. Evidentemente, es un sinsentido: Wellington poseía un ojo increíble para los detalles y nunca podría haberse olvidado de toda una brigada y mucho menos exponerla deliberadamente al fuego enemigo. La verdad, más prosaica, es que si bien pudieron haber estado en la ladera frontal al principio de la mañana, llevando con ellos sus piquetes y centinelas, después los habrían hecho retroceder, si no Wellington, entonces su comandante de división, Perponcher o el jefe del estado mayor del duque, Constant Rebecque. Resulta inconcebible que hubieran seguido estando adelantados cuando la infantería de D’Erlon comenzó su avance y los informes que dicen lo contrario seguramente son resultado de las malas pasadas que la memoria puede jugarle al cerebro cuando este intenta después darle algún sentido a toda una serie de confusos y traumáticos acontecimientos.

Mientras la infantería de Wellington estaba cuerpo a tierra en la ladera contraria, fuera de la vista de los hombres de D’Erlon y los artilleros de la gran batería, los escaramuceros y la artillería aliada no lo estaban. La tecnología capaz de permitir el fuego indirecto —es decir, disparar a blancos que los artilleros no pueden ver— no existía todavía y tardaría casi un siglo en aparecer, de modo que las baterías de artillería a caballo y a pie estaban colocadas sobre la cima de la cadena de colinas o un poco adelantadas. Esto significa que eran vulnerables al fuego de la artillería francesa, pero también les permitía disparar contra la infantería de D’Erlon que se acercaba. La mejor oportunidad para hacerlo fue cuando los batallones franceses se abrían camino por entre su propia línea de cañones y formaban delante de ella, y continuó hasta que las columnas de divisiones habían descendido lo suficiente por la colina como para permitir que la gran batería comenzara a disparar por encima de ellas. Los cañones aliados, nueve y seis-libras, estaban disparando a su máximo alcance y, en terreno blando, acertar a una división en columna solamente

significaría matar a dos o tres hombres. Los botes de metralla disparados desde los obuses habrían sido más efectivos, al igual que las granadas, siempre que la mecha estuviera cortada adecuadamente, pero, al igual que los cañones, a 820 metros estaban al límite de su alcance. Como es evidente, una vez que los cañones franceses pudieran recomenzar sus disparos, la artillería aliada sería de nuevo vulnerable; pero, como siempre, el terreno blando significaba que una bala rasa tenía que alcanzar directamente a su blanco para ser efectiva, y los cañones franceses también estaban a su máximo alcance y así seguirían, mientras que la infantería francesa estaba marchando hacia la distancia ideal de la artillería aliada. Desde unos 365 metros aproximadamente, los cañones aliados podían cambiar y comenzar a disparar botes de metralla, un arma devastadora contra la infantería en filas cerradas, y todos los cañones y obuses continuarían disparando hasta que los franceses estuvieran al alcance de los mosquetes (90-140 metros); entonces los artilleros abandonarían sus posiciones y se escabullirían por detrás de la infantería, por lo general, cargando con una rueda para impedir que el enemigo se llevara con ellos el cañón.

Dado que le habría llevado a la división francesa de vanguardia veinte minutos llegar desde su línea de salida junto a la gran batería hasta situarse al alcance de los mosquetes de los hombres de Wellington, resulta difícil imaginar que consiguieran llegar, con todas las balas rasas, proyectiles, granadas y botes de metralla que les dispararon; pero en la izquierda aliada no había demasiados cañones ni obuses —una batería británica y dos baterías hanoverianas de cinco cañones y un obús cada una, y dos baterías holandesas-belgas de cuatro cañones cada una—, de modo que, a pesar del buen blanco que presentaban, veintitrés cañones y tres obuses no eran bastante como para detener, o siquiera frenar significativamente, a los aproximadamente 18.000 soldados de infantería que se acercaban. No obstante, no fue solo la infantería lo que los franceses tuvieron que soportar mientras caminaban por el valle y comenzaban a subir por la pendiente hacia los aliados, sino también las tres compañías del 95.º de fusileros que había dentro y en torno a la cantera de arena al otro lado de la carretera desde La Haie Sainte y los hombres de la propia legión alemana del rey. Ambas unidades, armadas con el fusil Baker, eran capaces de disparar con precisión contra los franceses mucho antes de que estos estuvieran a la distancia suficiente como para devolver el fuego. Desde el momento en el que los franceses alcanzaron el fondo del valle, los fusileros estuvieron seleccionando a oficiales, porte-aigles (portadores de águilas), porte-fanions (portaestandartes) y tamborileros. No obstante, a pesar de su destacado trabajo, la masa de hombres continuó, al parecer infrenable,

con el mariscal Ney y el general D'Erlon a caballo delante de la 3.ª división de Marcognet. Una vez que los franceses estuvieron al alcance de los mosquetes, el 95.º abandonó la cantera de arena y se escabulló hasta la cadena de colinas; su trabajo era hostigar y realizar disparos de precisión, no intercambiar descargas a corta distancia. Las líneas de escaramuza de las compañías ligeras de los batallones de infantería pudieron causar algunos daños antes de retirarse también, formando como la compañía de retaguardia de su batallón en columna, preparada para convertirse en la compañía izquierda cuando se pusieran en línea. La mayoría de los mosquetes de los escaramuzadores apuntaron contra la línea de escaramuza francesa, que también se retiró cuando su cuerpo principal se acercó a la cadena de colinas.

Entonces, la división francesa de vanguardia, la de Quiot, se dividió. La brigada de cuatro batallones de la izquierda, mandada por el coronel Claude Charlet, se desplazó para atacar La Haie Sainte, apoyada por los coraceros de Dubois, mientras que la segunda brigada, otros cuatro batallones bajo el mando del general de brigada Charles-François Bourgeois, se dirigió hacia la línea de la cadena de colinas. Consciente del riesgo para La Haie, Wellington envió a un batallón de la 1.ª brigada hanoveriana del general de división Kilmannsegge para reforzar la guarnición; pero salió a la desbandada a causa de los coraceros franceses y la infantería francesa comenzó a cruzar la huerta del lado sur de las edificios de la granja y se amontonó en torno a los muros. Los hombres de la brigada de Bourgeois y los de la división de Donzelot, detrás y a la derecha de Bourgeois, podían ver el seto ante ellos, pero no mucho más, a pesar de lo cual llegaron a él y comenzaron a abrirse paso. Hasta el momento, a pesar de las bajas durante el avance, la ventaja parecía estar del lado francés.

Y entonces el equilibrio comenzó a cambiar. El teniente general Picton estaba ordenando a sus hombres que se levantaran y se desplazaran hacia delante, mientras los batallones de vanguardia de las brigadas de Kempt —al lado del cruce de caminos— y Pack pasaron de columna a línea de filas, cubriendo cada una de ellas un frente de unos 365 metros. Entre medias estaba la brigada de Bijlandt, que quizá cubriera 180 metros. Fue el batallón de vanguardia de Donzelot el que llegó al seto, lo cruzó y avanzó hasta los holandeses-belgas, quienes dispararon una o dos descargas y, con la excepción de un batallón holandés que mantuvo su posición, comenzaron a retirarse, a pesar de las llamadas de la mayoría de sus oficiales. Si hemos de ser justos, habían resultado duramente batidos en Quatre Bras, muchos eran recientes veteranos del ejército francés, muchos también reclutas novatos y, en cuanto al resto, simplemente no tenían

el corazón en ello. Dicho esto, su retirada dejó un peligroso hueco en la línea aliada, que Donzelot no pudo capitalizar al impedírselo los batallones británicos a izquierda y derecha de la brecha, el 1/28.º y el 3/1.º de infantería cuando comenzaron a disparar lo que Wellington llamaba «descargas de relojería» de mosquetes coordinados. Esto detuvo a Donzelot durante algún tiempo, mientras que más hacia el oeste Bourgeois había detenido a su brigada para cambiar la formación desde columna a línea. De modo que fue sorprendido a media maniobra por el 32.º y el 79.º, cuyas descargas a una distancia de 45 metros difícilmente podían fallar. Fue probablemente por entonces cuando se cumplió la premonición de Picton. Montado sobre su percherón con cascos de corona peluda, con sombrero de copa y armado con un paraguas, estaba animando a sus hombres cuando le dio en la cabeza una bala de mosquete y cayó muerto al suelo. Su cuerpo fue llevado a la retaguardia. 13 Mientras tanto, con la acción en el centro izquierda aliado en pleno movimiento, la infantería del centro derecha, al darse cuenta de la amenaza de los 700 coraceros de Dubois, se colocaron en cuadro.

La lucha en torno a La Haie Sainte era feroz. Los hombres de Baring, ayudados por el 95.º de fusileros, había construido una barricada sobre la carretera de Bruselas y había creado aspilleras en el tejado y los muros; pero mientras los coraceros estuvieran en la zona, enviar refuerzos de infantería no era una opción sensata. No obstante, el avance francés había sido detenido y ahora presentaba una cierta confusión: era el momento de rechazarlo. El general de división lord Edward Somerset, al mando de la Brigada Household, estacionada detrás de la infantería al oeste de la carretera de Bruselas, había colocado a un subalterno de cada uno de sus cuatro regimientos sobre la cadena de colinas para mantenerlo informado de lo que estaba sucediendo. Somerset, nacido en 1776, el cuarto hijo superviviente del quinto duque de Beaufort, se había convertido en corneta en 1793 a la edad de diecisiete años, para ascender con rapidez entre los rangos y convirtirse en teniente coronel en 1800, la fecha más temprana tras los siete años de servicio que mandaba el reglamento. Había servido en la Península, estando presente en todas las batallas importantes, desde Talavera en 1809 hasta el final de la guerra en Tolosa en 1814, como teniente coronel, coronel y, a partir de 1813, general de división al mando de una brigada de caballería. Un oficial experimentado y sumamente competente, durante la mayor parte de la mañana Somerset tuvo a sus hombres desmontados y con las cinchas flojas; pero en ese momento, al saber lo que estaba pasando al otro lado de la cadena de colinas, hizo que los 1.200 hombres de su brigada montaran y formaran en dos líneas listos para actuar.

Al otro lado de la carretera, el general de división sir William

Ponsonby podía ver lo que estaba sucediendo delante de él y también ordenó a sus hombres que apretaran las cinchas y sobrecinchas y montaran. Ponsonby, que tenía cuarenta y dos años en Waterloo, había tenido una carrera más accidentada que su compañero el comandante de la caballería pesada. Recibió su despacho de alférez en 1793 y había pasado por tres regimientos de infantería diferentes como teniente y capitán, seguido por un período como comandante en los Fencibles irlandeses, antes de pasar a la caballería como teniente coronel en 1800. También él había servido en la Península, donde inicialmente había mandado un regimiento en la brigada de caballería pesada de Le Marchant, antes de tomar el mando de la misma tras la muerte de este en la batalla de Salamanca en 1812 y, como general de división desde 1813, mandándola hasta el final de la guerra.

Existe debate sobre quién ordenó cargar a la caballería pesada británica. Lord Uxbridge insiste en que se hizo bajo su exclusiva iniciativa, sin indicación de Wellington. Si bien este le había concedido a Uxbridge el mando general sobre la caballería, por naturaleza el duque no delegaba, de modo que parece poco probable que una decisión tan crítica la dejara a otros. Quién diera la orden carece de importancia: el caso es que las dos brigadas de caballería pesada recibieron orden de cargar y aprovechar el —probablemente temporal— desorden de la infantería francesa.

Al oeste, la Brigada Household se movió entre los huecos de los cuadros de infantería, salvó la carretera hundida en torno al cruce de caminos y cargó contra los coraceros franceses. «Carga» no es la palabra adecuada, pues fue realizada al trote, ya que el terreno estaba pesado y la distancia era corta; pero los 1.200 hombres de la brigada golpearon a los 700 franceses y tras un corto enfrentamiento, en el cual la ventaja británica del terreno en alto se vio contrarrestada por las corazas francesas (la caballería pesada británica no llevaba armadura), el cual implicó mucho choque de espada contra espada y espada contra armadura, el número se impuso y los franceses fueron rechazados. 14 Sin el apoyo de la caballería, la infantería de la brigada de Charlet en torno a La Haie Sainte quedó desesperadamente expuesta, de modo que los hombres de Somerset los atravesaron, poniéndolos en desbandada y acabando con quienes no podían ponerse a cubierto o correr lo bastante rápido. Después giraron a la izquierda sobre la carretera y contra el flanco de la brigada de Burgeois. Al este de la carretera de Bruselas, la infantería británica cerró filas para permitir que la Brigada Union pasara y forzara el seto y, con su comandante a la cabeza, también golpearon a los franceses de la división de Donzelot, que ya presentaba alguna confusión originada por las descargas de la infantería.

Sin tiempo para formar un cuadro para recibir a la caballería y

bajo el fuego de la infantería británica delante de ellos, el ataque de D'Erlon se disolvió en un desesperado intento de individuos dispersos por evitar las cuchilladas de las pesadas espadas rectas de la caballería, cuya sangre ahora hervía. La mejor protección para un soldado que no puede esquivar a un jinete que se lanza contra él es tumbarse: un jinete armado con una espada no puede alcanzar a un hombre tumbado en el suelo y se marchará en busca de un blanco más fácil. 15 No obstante, se necesita ser un soldado valiente y con confianza para hacerlo y la mayoría sencillamente corría. Contra un jinete en su persecución, un soldado a la carrera estaba razonablemente protegido. El chacó le protegía la cabeza, el cuello alto de su casaca el cuello, las charreteras los hombros y su macuto la espalda, 16 de modo que un jinete experimentado no malgastaba el tiempo acuchillando por detrás a un infante a la carrera, sino que lo sobrepasaba y le soltaba una cuchillada de revés con la espada para golpear la desprotegida cara y abrirle la cabeza.

Una vez que la caballería británica alcanzó a la infantería francesa, la carnicería fue notable: su pesada espada no estaba especialmente bien equilibrada, pero era larga —y pesada— y causaba unas heridas horribles. No era posible que la infantería francesa se quedara, de modo que individualmente o en pequeños grupos, en compañías o medias compañías, huyeron de vuelta por donde habían venido. Si la caballería se hubiera reagrupado y aguantado a pie firme, habrían rendido un importante servicio. Si bien no todos los hombres de D'Erlon habían sido puestos en desbandada —la división de Durutte acababa de abandonar la línea de salida y estaba intacta y gran parte de la división de Marcognet fue capaz de retirarse en buen orden—, no obstante, habían recibido una tunda; La Haie había sido salvada y el centro del flanco izquierdo de los aliados estaba intacto. Desgraciadamente, la caballería inglesa era más bien un arma del tipo «dispara y olvídate», que realizaba una carga magnífica y luego desaparecía por el horizonte en busca de botín, gloria o ambas cosas, no regresando hasta que la batalla había terminado. En esta ocasión, a pesar de los esfuerzos de los comandantes de brigada por enfriar su entusiasmo y de que los cornetas tocaron llamada una y otra vez, la mayoría ni se enteró y persiguió a la infantería francesa colina abajo y, cuando vieron la gran batería francesa, decidieron cargar contra ella también. Un soldado informó después que lo sobrepasó un oficial con la espada en alto gritando: «¡Hasta París!». En la Brigada Union, los reales dragones de britanos del norte, o grises escoceses, 17 a quienes se ordenó formar una segunda línea, se negaron a perderse la diversión y se movieron para quedar a la par de los escuadrones de vanguardia, capturando el águila del 45.º de línea de la división de Marcognet. De hecho, la mayoría alcanzaron la línea de cañones y

estaban pasándolo muy bien zurrando a los artilleros cuando llegó la inevitable represalia. Napoleón vio lo que estaba pasando y ordenó un contraataque de dos regimientos de lanceros y uno de húsares de la caballería ligera de Jacquinot, en el extremo de su flanco derecho francés, y cuatro regimientos de coraceros de la tropa de caballería de la reserva de Milhaud, estacionados detrás del centro de la derecha francesa.

La primera vez que los franceses experimentaron las lanzas fue a manos de los soldados polacos y rusos y, aunque había lanceros polacos en el ejército francés (principalmente en la Guardia Imperial), la mayoría de los regimientos de lanceros estaban compuestos ahora por franceses, si bien vestidos al modo polaco. La lanza tenía 2,70 metros de largo con una pica de acero y un astil de madera, pero como en una carga solamente era efectiva en manos de los hombres de la primera fila, únicamente en torno a un tercio de los soldados de los regimientos de lanceros tenían lanza, los demás llevaban carabinas y sables ligeros de caballería. Si bien la visión de una línea de lanceros a la carga debe de haber sido en verdad aterradora para los inexpertos, no era tan temible como parecía. Si un jinete a la defensiva conseguía evitar el primer envite y dejar atrás la punta de la lanza, todo lo que tenía el lancero para detener el sable que se le venía encima era el difícil de manejar astil de madera; además, si bien un lancero podía alcanzar, por supuesto, a un hombre tendido en el suelo, tenía que detenerse o al menos ponerse al paso antes de alancearlo, pues hacerlo al galope o a medio galope lo hubiera derribado del caballo. Del mismo modo, si un lancero conseguía ensartar a un jinete contrario, requería considerable habilidad extraer la lanza y continuar montado.

Los lanceros estaban entrenados para llevar la lanza bajo el brazo, pero en la práctica el mejor modo de utilizarla era sujetarla por el punto de equilibrio y dejar que el impulso hiciera el daño, tras lo cual el jinete giraba el cuerpo y la cabeza al tiempo que extraía la lanza. No «seguir la punta» significaba que el extremo de la lanza golpearía al lancero en la parte posterior de la cabeza, haciéndole besar el suelo. 18 Contra un infante de pie, el lancero tiene más alcance que el mosquete y la bayoneta; pero, igual que cuando la caballería era atacada por lanceros, si el infante conseguía esquivar el primer golpe, podía clavarle la bayoneta al jinete o al caballo. No obstante, contra una caballería que huye con caballos en peor forma la lanza era mortal y, en este caso, los lanceros pudieron llegar por detrás de los ingleses en sus ya cansados caballos y clavar la punta de sus lanzas en la espalda de sus oponentes.

Atacada por 2.500 jinetes franceses frescos, la caballería británica, desorganizada y con los caballos cansados, no tuvo más alternativa que intentar regresar a sus propias líneas tan rápido como pudo.

Desgraciadamente, eso no era demasiado rápido. En su huida por donde había venido, un comandante de brigada, Ponsonby, resultó muerto y otro, Somerset, escapó ileso; pero el mayor de su brigada, Smith, murió, así como tres de los siete oficiales al mando de regimientos, mientras otros dos resultaron heridos. De haber estado montando Ponsonby en su corcel principal es muy posible que hubiera sobrevivido; pero justo en el peor momento su mozo de cuadra se lo había llevado para darle una vuelta y Ponsonby había tenido que cargar con el rocín que había estado cabalgando durante la mañana. Subiendo la embarrada colina no tenía nada que hacer contra un lancero. En total, solamente en torno a la mitad de los hombres de las dos brigadas regresaron con sus caballos y en estado de combatir. Los otros fueron hechos prisioneros, heridos, muertos o llegaron sin sus caballos, y no hay nada más inútil que un jinete de la caballería pesada sin su caballo, o un caballo de la caballería pesada sin su jinete.

Fue mientras todo esto pasaba cuando Grouchy lanzó su ataque contra Wavre. Vandamme arrojó a la infantería de su III cuerpo de ejército contra los puentes defendidos por los prusianos de Thielemann; pero se trató de una operación completamente inútil, que no contribuyó en lo más mínimo a la situación estratégica de Napoleón, pues no tuvo efecto alguno en las actividades de los tres cuerpos de ejército prusianos que iban de camino a Waterloo. El capitán François dice que el ataque comenzó sobre las tres en punto y fue por esa misma hora cuando, a pesar de los problemas para trasladar un amplio número de tropas por terreno accidentado, la vanguardia de la infantería y la caballería prusianas se encontraba en el Bois de París lanzando una línea de escaramuzadores para asegurarse de que no eran interceptados por la caballería francesa del ala derecha del emperador. Pero esos jinetes se encontraban demasiado interesados en lo que estaba sucediendo en su frente como para darse cuenta de lo que sucedía en el bosque. De modo que probablemente fuera la vista de las tropas prusianas en las alturas de Chapelle Saint-Lambert, unos 6,5 kilómetros al noreste, lo que alertó a Napoleón de la inminente llegada de los prusianos. Desde el punto de vista del emperador esto era serio, pero no crítico: todavía podía derrotar a los ingleses y sus lacayos mucho antes de que los prusianos consiguieran intervenir.

1 John Howell, *Journal of a soldier of the* 71 *st or Glasgow regiment. Highland light infantry from 1806–1815* , William & Charles Tait, Edimburgo, 1819.

2 Kincaid, *op. cit.*

3 Charles de Gaulle (trad. F. L. Dash), *France and her army* , Hutchinson & Co., Hutchinson & Co., Londres, 1940.

4 El 3.º de guardias a pie creía que era el soldado Joseph Brewer, a quien posteriormente le permitió ser transferido a su regimiento, pero las fuentes son vagas.

5 De un modo un tanto injusto, no estaban muy bien considerados y en Waterloo tenían casacas escarlatas en vez de azules.

6 Los comandantes y sus ADC llevaban preparadas tiras sobre las cuales podían escribirse mensajes que luego el receptor borraba para poder escribir la respuesta.

7 Uno de los pocos mensajes que se conservan, este se encuentra en el Museo Británico.

8 El crucifijo fue robado, probablemente por encargo, en 2011. Hay gente por ahí que está muy enferma.

9 Un diagrama de intersección sobre un mapa moderno demuestra que, si los contornos han permanecido intactos y se quitaran los árboles, casi sería posible, pero en su momento habría sido poco probable, incluso sin las nubes de humo negro.

10 Probablemente fue más cerca de las 14.00 horas; pero, como ya se ha explicado, las referencias temporales en los relatos contemporáneos varían mucho.

11 François, *op. cit.*

12 Algunos regimientos tenían tres batallones, ocasionalmente cuatro, y la potencia de un batallón variaba; pero el principio era el mismo, aunque solamente el batallón más importante del regimiento, el 1.º, llevaba el águila.

13 Algunos relatos dicen que lo hicieron dos granaderos de los *highlanders* de la Guardia Negra, el 42.º, quienes robaron los anteojos de montura de oro del general. Debe tratarse de una oprobiosa calumnia contra un buen regimiento, pues el 42.º estaba en la brigada de Pack, sus buenos 460 metros más allá, y si algún *highlander* robó los anteojos solo pudo haber sido del 79.º, los *highlanders* de Cameron, que estaban en la brigada de Kempt y a unos pocos metros de donde cayó Picton.

14 La Household Cavalry fue equipada con corazas poco después de Waterloo, junto con un casco copiado del francés. Es el uniforme que luce hoy en las ocasiones ceremoniales.

15 Esta afirmación ha sido discutida: un historiador que, excepto por esto, es completamente digno de confianza ha dicho que como una espada tiene la misma longitud que un mazo de polo, con el cual es posible golpear una pelota que rueda por el suelo, por lo tanto, estocar a un hombre tendido no supondría ningún problema. Parece que el escritor jamás ha montado a caballo, manejado una espada o jugado al polo. A partir de experimentos personales, utilizando maniquíes, el autor ha comprobado que es posible alcanzar a un hombre tendido en el suelo con la espada si uno está en forma y es flexible, pero no cuando el caballo lleva toda la impedimenta de un jinete de caballería. Atados a diversas partes de la silla, entre otras cosas, había rollos de cuerda y estacas, un juego de herraduras de repuesto, una red de heno (llena a ser posible), raciones para el soldado y el caballo, el macuto del soldado con su equipo personal y la carabina de servicio en su funda de cuero, además de munición para la misma. Todo lo cual restringía notablemente los movimientos del jinete, de modo que inclinarse hacia delante lo bastante como para estocar a un oponente tendido en el suelo no hubiera sido posible.

16 Hoy día dejaríamos caer nuestra pesada carga antes de atacar; por entonces, hacerlo significaba que podía ser robado, si no por el enemigo, por alguien de otro regimiento. El soldado cargaba con todo lo que poseía como único medio de asegurarse de que conservaba sus magras posesiones.

17 Así llamados porque cabalgaban caballos grises, y continuaron haciéndolo. En la Primera Guerra Mundial, sus caballos fueron teñidos de marrón o negro con tintes vegetales para hacerlos menos llamativos. En 1815, el camuflaje no se tenía en consideración. El conocido cuadro *Scotland forever* , de lady Butler (de soltera Thompson) fue pintado en 1886, cuando su esposo estaba al mando en Aldershot. Se excavó una trinchera para que se sentara dentro con su caballete mientras un regimiento de caballería galopaba hacia ella. Un cuadro maravilloso, ciertamente, pero con un aspecto mucho más glorioso que la realidad.

18 Como este autor descubrió la primera vez que practicó el *tent-pegging* [deporte ecuestre que consiste en intentar ensartar con espada o lanza diferentes objetivos mientras se

va montado a caballo lanzado al galope *(N. del T.)*].

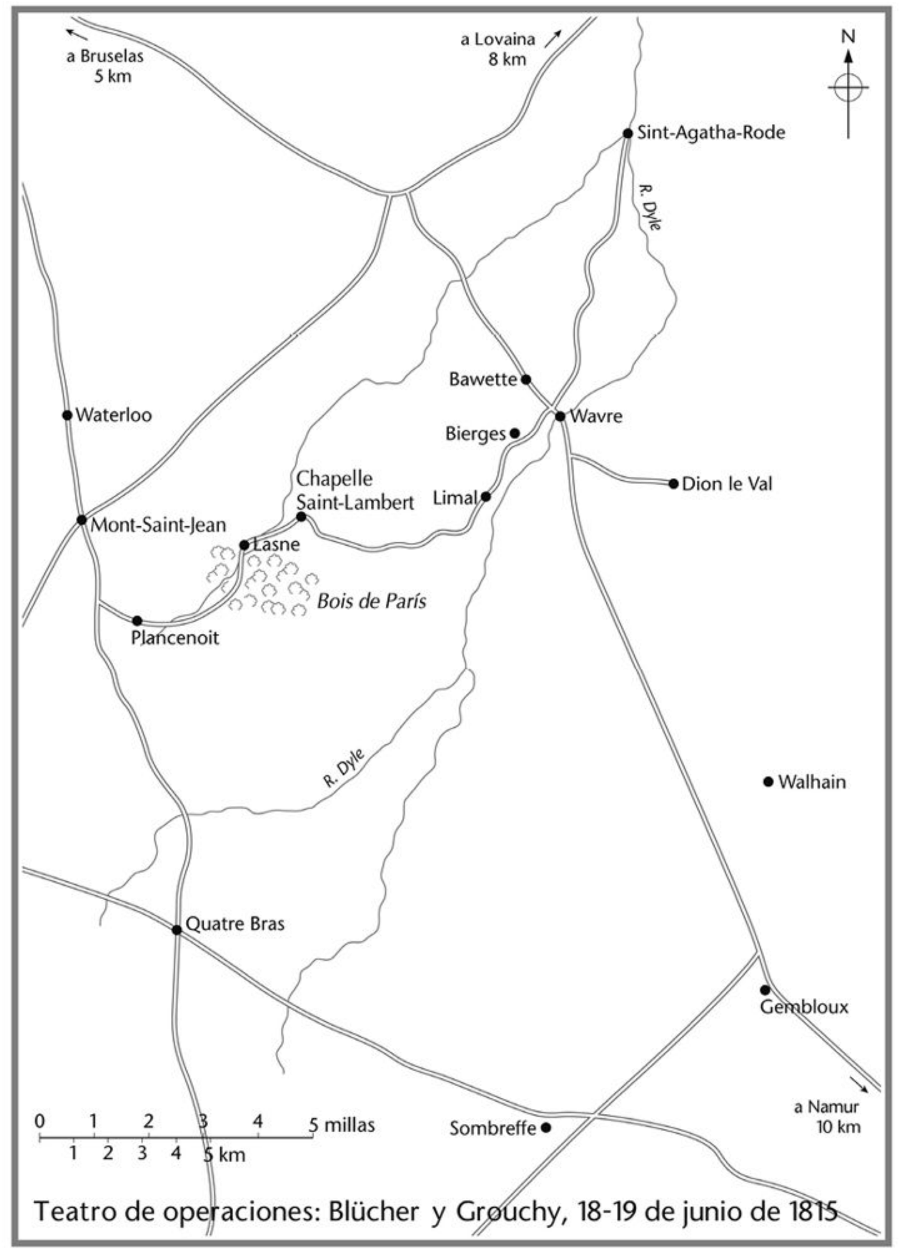
9. EL MOMENTO DECISIVO

En torno a las 15.30 horas, para Napoleón fue evidente que los prusianos estaban apareciendo por su derecha y que, a pesar de las cada vez más urgentes llamadas, que nunca llegaron a destino, a Grouchy no se le veía por ningún lado. Para un soldado normal que hubiera podido echar un vistazo entre el humo por encima de su hombro derecho, a casi tres kilómetros de distancia, el negro prusiano no resultaba sencillo de diferenciar del azul francés, y a todo el que tuvo la temeridad de preguntar se le dijo que las tropas en la lejana distancia eran las de Grouchy que venían de refuerzo. Como la infantería de Reille seguía completamente ocupada en la granja Hougoumont y la de D'Erlon se estaba recuperando tras haber sido rechazada por la división de Picton y la caballería pesada inglesa —una recuperación que consiguieron con notable rapidez, a pesar de las bajas sufridas—, la única infantería francesa que hasta ahora no había intervenido era la del VI cuerpo de ejército de Lobau, estacionado a ambos lados de la carretera de Bruselas al sur de La Belle Alliance, y la de la Guardia Imperial, aún más retrasada. No deseando desplegar a la Guardia hasta que no fuera absolutamente necesario, Napoleón ordenó al «Sr. Oveja», [1] como era conocido extraoficialmente, que se encargara de los prusianos que se acercaban.

Uno de los juegos de palabras más amables con el nombre de Lobau lo hizo Napoleón, que en una ocasión comentó: «Mon mouton est un lion» («Mi oveja es un león»). En esta campaña, sin embargo, Lobau fue de todo menos un león. Había sido lento y cauteloso durante el avance hasta el río Sambre el 15 de junio y ahora, en vez de avanzar hasta el Bois de París, donde por el momento solamente había caballería e infantería prusiana de vanguardia en una delgada línea de escaramuza, desplegó sus dos divisiones de infantería, la 19.ª de Simmer y la 20.ª de Jeanin, en una posición estática de bloqueo entre el pueblo de Plancenoit y el borde del bosque. Si Lobau se hubiera mostrado un poco más atrevido habría utilizado sus dos divisiones de caballería, las de Domon y Subervie, para deshacerse de los húsares y ulanos del difunto coronel Von Schwerin (Lobau tenía 3.000 hombres contra 1.200) y expulsarlos hasta el bosque, donde

habría podido sorprender a Bülow en línea de marcha y hacerlo retroceder, quizá hasta tan lejos como el valle del río Lasne, un afluente del Dyle. En cualquier caso, hubiera ganado un tiempo valioso; pero su despliegue no hizo nada para impedir que los prusianos se fueran reuniendo dentro y delante del Bois de París.

En otro lugar del campo de batalla continuaban las escaramuzas entre las tropas de Sajonia-Weimar en y en torno a la granja de Papelotte y la división de Durutte en el flanco derecho aliado. Durutte había salido prácticamente indemne al ser rechazado el cuerpo de ejército de D’Erlon, pero Sajonia-Weimar realizó una habilidosa defensa, abandonando granjas y aldeas periféricas cuando no tenía sentido seguir aferrado a ellas, pero manteniendo su posición en la propia Papelotte, apoyado por dos brigadas de caballería aliada en su retaguardia. En Hougoumont continuó la batalla con refuerzos aliados descendiendo desde la cadena de colinas cuando se requerían y retirándose cuando no, mientras que los ataques de elementos del cuerpo de ejército de D’Erlon contra La Haie Sainte eran casi continuos, hasta ahora sin éxito.



Teatro de operaciones: Blücher y Grouchy, 18-19 de junio de 1815

Fue en torno a media tarde cuando se dice que Napoleón se sintió enfermo y fue a recuperarse a la granja de Rosomme, justo detrás de su puesto de observación táctica y donde hoy se encuentra el memorial de Victor Hugo. Está claro que a las tropas no les hubiera sentado bien ver al emperador con molestias, aunque existen algunas dudas respecto a qué le había afectado tanto como para tener que ir y echarse un rato. Es cierto que estaba falto de sueño y que había recorrido muchos kilómetros por malas carreteras en vehículos con

mala suspensión o sobre la silla de montar y, como sabía perfectamente que esta era su última posibilidad de recuperar su antigua eminencia, el estrés mental debió de ser considerable. No obstante, solamente tenía cuarenta y seis años, la misma edad que el duque de Wellington y, si bien no había cuidado su cuerpo tanto como su adversario, debería haber sido capaz de soportar la tensión. Un especialista, tras un exhaustivo estudio de informes post mórtem, ha sugerido que Napoleón sufría de gonorrea y sífilis, entre los síntomas de esta última se cuentan los dolores repentinos y la pérdida temporal del equilibrio. Un informe dice que Napoleón resbaló sobre el terreno embarrado y tuvo que ser ayudado a ponerse de pie; pero una pérdida momentánea del equilibrio le puede ocurrir a cualquiera, sin importar su estado de salud. Cualquiera que fuera la causa de la incapacidad temporal de Napoleón dejó al mariscal Ney, comandante nominal del ala izquierda del ejército en Waterloo, sin la supervisión de su emperador, lo que significó otra mala lectura de la situación que tuvo serias consecuencias.

Quizá sea apropiado, en este punto de la batalla, comparar los estilos de mando de los dos principales protagonistas de la misma. Wellington se movía constantemente por el campo de batalla, comprobando personalmente que sus órdenes eran ejecutadas, viendo y siendo visto por sus comandantes subordinados y, lo que quizá era más importante, por los elementos no británicos de sus tropas. Está alerta, consciente de lo que está sucediendo en cada rincón del campo de batalla, lleno de energía dirigiendo la defensa: enteramente en su tarea y siendo visto mientras lo hace. Napoleón, por el contrario, parece contentarse con dejar que la batalla siga su curso sin intervención suya. Hace pocos esfuerzos por ver qué está sucediendo, las órdenes que da son poco claras y, excepto cuando va a la retaguardia a descansar, permanece en su puesto de mando, incapaz de influir en el curso de los acontecimientos con su presencia. Ya fuera porque su letargo fuera físico, mental o una combinación de ambos, se trata de un hombre viejo, con sobrepeso, en baja forma e incapaz de reunir la agudeza táctica que le había permitido ganar un montón de batallas y conquistar toda Europa. De algún modo, la vieja magia que había inspirado a miles de hombres y hecho que marcharan voluntariamente a la muerte por él había desaparecido.

De hecho, si bien el ataque de D’Erlon había sido rechazado, no lo

fue sin coste para los aliados y, aunque su artillería había resultado mucho menos efectiva de lo que los franceses habían esperado, también había causado bajas. A pesar de que la infantería en la ladera contraria de la cadena de colinas que ocupaba Wellington quedaba fuera de la vista de Ney, este podía ver vehículos arrastrados por caballos en la propia cadena de colinas y la parte superior de los estandartes de los regimientos moviéndose y, con lo nervioso que era, pensó que se trataba de los aliados retirándose. De hecho, lo que estaba observando eran ambulancias llevándose a los heridos desde el campo de batalla hasta el hospital, carros de munición retrocediendo para recargar y columnas de prisioneros y banderas dirigiéndose hacia la retaguardia.

Un batallón británico tenía dos estandartes: 2 el estandarte del rey, que era la Union Jack con una corona y el número del regimiento en el medio, rodeado por la «guirnalda de la unión», una corona de tréboles, rosas y cardos; y el estandarte del regimiento, que consistía en los colores del regimiento (azul, ante, verde, negro, blanco, gris o amarillo) con la Union Jack en la esquina superior izquierda. Cada estandarte era un cuadrado de 1,80 metros de lado de pesada seda de doble cara y era llevado en un asta de 3 metros de altura. En origen destinados a ser punto de reunión en batalla, según los años fueron pasando los estandartes adquirieron un significado místico y pasaron a representar el espíritu del regimiento e incluso eran consagrados antes de ser entregados al batallón. La captura del estandarte propio era considerada una horrible desgracia 3 y, en este caso, al darse cuenta de que las cosas se iban a caldear, los oficiales al mando tuvieron la sensata idea de decir a los encargados de los estandartes que se alejaran de la zona de peligro. 4

Habiéndose convencido a sí mismo de que la derecha aliada estaba retirándose, Ney envió un ADC a la brigada de caballería más cercana, la del general de brigada Pierre Joseph Farine du Creux, que tenía cuarenta y cinco años, se había alistado como voluntario en 1791 y fue elegido teniente tres años después. Deteniéndose delante de Farine, el ADC gritó que el mariscal Ney quería que avanzara sus dos regimientos de coraceros y se apoderara de la meseta, es decir, la cadena de colinas de la derecha aliada. Farine se mostró reluctante —había luchado contra los británicos en España y capturado y enviado a Inglaterra como prisionero de guerra, de donde se había escapado para regresar a Francia—; pero, frente a las órdenes llegadas de un mariscal de Francia, comenzó a mover sus escuadrones hacia delante. El comandante de división de Farine, el general de división Jacques Antoine Adrien Delort, que tenía cuarenta y tres años y cuya carrera militar había comenzado cuando se alistó en la Guardia Nacional en 1789, vio lo que estaba sucediendo, clavó espuelas a su caballo, fue

hacia delante y le dijo a Farine que se detuviera. Ante las protestas del ADC de Ney, Delort le dijo que Farine solamente obedecía órdenes de su comandante de división —él— y que él solamente aceptaba órdenes de su comandante de cuerpo de ejército, el general de división de treinta y nueve años Édouard Jean-Baptiste Milhaud. Un endurecido cínico, Milhaud no era alguien que fuera a seguir ciegamente las órdenes de Ney, por muy mariscal que fuera, sobre todo cuando esas órdenes llegaban de segunda mano hasta uno de sus subordinados y no hasta él.

El propio Ney, cada vez más agitado por la falta de acción a pesar de sus órdenes transmitidas por medio de un ADC, apareció y ordenó a Milhaud que cogiera todo el cuerpo de ejército, no solamente la brigada de Farine, y capturara la cadena de colinas de la que se estaban retirando los británicos. Milhaud puso reparos, atacar a tropas británicas de frente cuando estaban en una posición que habían elegido y utilizando la ladera contraria no era inteligente; en la Península ese modo de hacer había fracasado una y otra vez y muy bien podía hacerlo ahora. Ney, a pesar de sus propias experiencias en España, no quería saber nada y Milhaud, al final y reluctantemente, aceptó que no tenía más alternativa que hacer lo que le habían dicho. 5 Las dos divisiones del IV cuerpo de ejército de caballería de la reserva comenzaron a moverse colina abajo para formar en el valle. El cuerpo de ejército consistía en cuatro regimientos de coraceros, tres con cuatro escuadrones y uno con tres, un total de 3.000 jinetes, incluyendo las bajas sufridas por la división de Watier al apoyar el ataque de D'Erlon. Detrás de los regimientos de Milhaud estaba la división de caballería ligera de la Guardia Imperial, mandada por el general de división Lefebvre-Desnouettes, el antiguo residente en Cheltenham que había roto su palabra. Incapaz de dejar pasar la oportunidad de tomar parte, sin órdenes, Lefebvre siguió con su división de los chasseurs à cheval y los «lanceros rojos», 6 cada uno con cinco escuadrones o en torno a 2.500 oficiales y hombres.

El valle en el que iba a formar la caballería antes de avanzar y a través del cual tendría lugar el ataque era el hueco que había entre la granja de Hougoumont y La Haie Sainte, una distancia de 800 metros. Aunque ambos lugares estaban siendo atacados, y continuarían siéndolo, pensando que dejaran la distancia de un disparo de mosquete entre cada uno de ellos, la caballería disponía de un frente de unos 640 metros, si bien este aumentaría una vez dejaran atrás las dos granjas. Esto daría un frente de solamente 90 metros para cada uno de los siete regimientos. Un jinete necesita un mínimo absoluto de un 90 centímetros de espacio y, pese a que los tamaños de los escuadrones variaban desde los sesenta y cinco hombres del 6.º de coraceros a los 230 de los chasseurs à cheval de la Guardia Imperial,

el frente solo permitiría a los regimientos formar en una doble columna de escuadrones, cada escuadrón en dos filas. Un regimiento típico como el 1.º de coraceros tendría sus escuadrones primero y segundo uno al lado de otro en la primera línea, y el tercero y el cuarto, también uno al lado de otro, en la segunda línea. El frente del regimiento sería de 110 metros. En cambio, dispuestos en la misma formación, pero con su quinto escuadrón formando una segunda línea, los chasseurs à cheval ocuparían 210 metros. La cuestión es que no había mucho espacio para colocar a 5.000 hombres alineados para lanzar lo que Ney esperaba que sería el ataque que ganara la batalla. De hecho, algunas fuentes francesas afirman que los hombres estaban tan apretados que, cuando se movían, algunos hombres y caballos fueron levantados del suelo por la presión de los que estaban a ambos lados... ridículo, por supuesto, pero muy descriptivo.

A un joven soldado aliado que viera a la flor y nata de la caballería francesa formando sus regimientos y escuadrones en el valle a 365 metros de distancia por debajo de él la imagen le habría parecido a la vez magnífica y aterradora. Las pulidas corazas y cascos, si bien ya por entonces manchados de barro, resplandecían bajo el sol, las puntas de las lanzas brillaban, los guiones y gallardetes ondeaban bajo la ligera brisa, los espléndidamente acorazados oficiales al frente alineando a sus hombres... todo daba la impresión de ser un monstruo imparable que solamente tenía que cargar colina arriba para hacer huir a todo lo que se colocara a su paso. No obstante, unicamente unos pocos soldados aliados podían verlo: los escaramuzadores de las compañías de infantería ligera, los defensores de Hougoumont y La Haie Sainte que no estaban luchando en ese momento y los artilleros en la cadena de colinas. Para los artilleros parecía como si la Navidad y su cumpleaños hubieran venido de repente; pues, a pesar de que la gran batería francesa bombardeó la línea de cañones aliada por encima de sus jinetes, se necesitaba un disparo muy certero (y afortunado) para dañar a los cañones aliados a una distancia de casi kilómetro y medio, mientras que estos estaban disparando a una distancia de solamente unos 365 metros. Wellington siempre había considerado que su flanco derecho era el que más peligro corría, de modo que concentró en él su artillería. Había once baterías británicas y alemanas en el flanco derecho, y como una batería cubría La Haie Sainte, había diez baterías, o sesenta seis-libras y nueve-libras y obuses, para atacar a la caballería. Y vaya si la atacaron.

Una vez que los regimientos franceses estuvieron alineados en columnas de regimientos, el mariscal Ney se colocó en el centro del frente y se dio orden de desenvainar las espadas. Miles de hojas brillaron al sol y toda la masa se movió hacia delante. La sabiduría táctica para una carga de caballería «normal» dictaba que los hombres

debía hacer marchar a sus caballos al paso durante el primer cuarto de milla (400 metros), al trote durante el segundo cuarto, al medio galope para el tercero y al galope para el último. No obstante, en una batalla raras veces hay una situación «normal»: el terreno pesado (y el fondo del valle era poco menos que una ciénaga) y el centeno todavía sin aplastar hacían que los caballos hicieran poco más que ir al paso, que fue convirtiéndose en un trote lento según iban subiendo por la ladera. Un caballo trota a unos 13 kilómetros por hora en terreno liso, pero en esas condiciones apenas habrían conseguido 9, de modo que alcanzar la cima de la cadena de colinas habría llevado dos minutos, lo que dio a la artillería aliada tiempo de disparar tres o cuatro veces cada cañón. A esta distancia, las balas rasas habrían penetrado en la columna llevándose por delante hasta cuatro jinetes antes de caer al suelo y hundirse en el barro; los botes de metralla habrían causado incluso más daños, al igual que los proyectiles y las granadas. Aun teniendo en cuenta la degradación causada al disparar cuesta abajo, la artillería habría causado un considerable daño a la caballería francesa mucho antes de que esta alcanzara la cresta. Una vez la caballería llegó a distancia de disparo de carabina, los artilleros se retiraron, dejando los cañones donde estaban y colocándose bajo la protección de la infantería que tenían detrás, por lo general llevándose una rueda del cañón con ellos. [7]

La infantería aliada tuvo mucho tiempo para prepararse para lo que se avecinaba: si bien los hombres y oficiales de menor rango no podían ver más allá de la cima, los oficiales superiores, montados, sí podían y se ordenó a los batallones que formaran cuadros, un proceso que desde una columna tardaba un minuto. En un batallón de diez compañías, un cuadro era en realidad oblongo. Los lados largos contaban con seis compañías, mientras que los cortos tenían dos compañías cada uno. La compañía ligera, que estaría adelantada en la línea de escaramuza —y horriblemente vulnerable a la caballería—, era la última en llegar cuando el batallón formaba el cuadro y se convertía en las dos filas exteriores de uno de los lados cortos. Que fuera el lado largo o el corto del cuadro el que se enfrentara a la caballería dependía del terreno, de la posición de los otros batallones y de la formación en la que se encontraba el batallón antes de la orden: «Preparados para recibir a la caballería». En Waterloo, algunos batallones presentaron el lado corto a la caballería francesa y otros el largo. En un batallón que estuviera al completo, los lados cortos tendrían 24,5 metros de longitud (60 centímetros por hombre) y los lados largos 73 metros. La primera fila se arrodillaba con los mosquetes en un ángulo de 45 grados, con las culatas en el suelo y las bayonetas fijadas. La primera fila, por lo general, no disparaba, excepto en caso de emergencia; su tarea era, más bien, presentar un

muro impenetrable de bayonetas. Los disparos los realizaban la segunda y la tercera fila, con la cuarta rellenando los huecos causados por los hombres muertos o heridos. Los lados cortos disparaban por filas, lo que suponía una pausa de quince segundos entre cada descarga, o por columna, mientras que los lados largos disparaban por medias compañías con un intervalo de diez segundos. En el centro del cuadro estarían el oficial al mando, el asistente, el sargento mayor, el grupo con el estandarte —en caso de que no hubiera sido enviado a la retaguardia—, los tambores, los artilleros del cañón más cercano y algunos hombres libres como camilleros para poner a los muertos y heridos en el centro del cuadro donde no molestaran. Los oficiales y suboficiales estaban detrás de sus compañías, con los comandantes de la compañía montados a caballo para poder ver por encima de los hombres que tenían delante.

La habilidad requerida de los oficiales de las compañías y los suboficiales al mando de las medias compañías era saber cuándo dar la orden de abrir fuego. Disparar a demasiada distancia era inefectivo, mientras que esperar a que la caballería estuviera demasiado cerca significaba que un caballo muerto o moribundo podía chocar contra el cuadro, creando un hueco por el cual podían entrar otros jinetes. Si eso sucedía, como le pasó a un cuadro francés en la batalla de García Hernández en España, el cuadro estaba condenado. Los oficiales y sargentos con experiencia —y la mayoría de los oficiales y sargentos británicos la tenían— darían la orden de fuego cuando la caballería estuviera a 27 metros de distancia, y a los hombres se les diría que dispararan bajo para alcanzar al blanco mayor que suponía el caballo en vez del más pequeño que era el jinete.

Para cuando la caballería coronó la cima, los artilleros se habían retirado a los cuadros y los escaramuzadores se habían unidos a sus batallones. Según los franceses sobrepasaban la línea de artillería aliada se enfrentaron a veintisiete batallones en cuadros al oeste de la carretera de Bruselas, y al 1/27.º justo al este del cruce de caminos, pero también en cuadro. Los cuadros estaban dispuestos como en un tablero de damas, al tresbolillo, de tal modo que los soldados pudieran disparar sin dar a sus vecinos. Los franceses, que seguían al trote, continuaron y cuando se encontraron a una distancia de 27 metros los frentes de los cuadros comenzaron a escupir llamas y humo. A esa distancia, la carnicería entre los caballos fue considerable. Cayeron muertos, moribundos o malheridos, creando un obstáculo que los que venían detrás tenían que sortear. Ningún caballo cargará contra algo que no pueda saltar [8] y, por mucho que los jinetes clavaran espuelas, los caballos no se aproximarían a la línea de bayonetas. En vez de ello se desviarían a izquierda y derecha, con sus impotentes jinetes incapaces de hacer poco más que rodear una y otra vez los cuadros

blandiendo sus espadas. Ni siquiera los lanceros conseguirían demasiado y, si bien los jinetes de algunos escuadrones de caballería —cuyos caballos se negaron a avanzar— descargaron sus carabinas contra la infantería, esto causo pocos daños; pues, aparte de la escasa precisión inherente a la carabina con su cañón corto de ánima lisa, disparar desde un caballo en movimiento era sobre todo cuestión de a veces aciertas y a veces fallas, sobre todo fallas. Los caballos heridos que no habían caído es muy probable que desmontaran a su jinete o que se giraran de repente para intentar regresar por donde habían venido, causando confusión y añadiendo dificultades al avance de los restantes. Por lo menos, el pesado terreno impidió que los caballos salieran galopando sin control. Los tipos de freno utilizados en 1815, con sus muy largas curvas, detendrían a un elefante lanzado a la carga, aunque si se utilizaran hoy día —junto a las espuelas afiladas como cuchillas de afeitar por entonces habituales— implicarían una inmediata denuncia judicial de la RSPCA. 9

El soldado de pie o arrodillado en un cuadro vería poco después de dispararse la primera descarga. Después de ella solamente podía escuchar las órdenes de su oficial o sargento mientras recargaba su mosquete y esperaba la orden de volver a disparar contra el humo. Apretado hombro con hombro, incapaz de moverse excepto para manejar su arma, tendría que orinar y defecar donde estaba. El interior de un cuadro no era un lugar agradable donde estar: el horrible ruido de los caballos relinchando, los disparos propios y de los compañeros, el olor a huevos podridos de la pólvora quemada, los quejidos de los heridos arrastrados hasta el centro del cuadro, los berridos de los sargentos... todo tenía que soportarse. Muchos de los soldados británicos lo habían hecho antes y quienes no lo habían hecho tenían al lado suficientes veteranos para asegurarles que mientras se mantuvieran firmes, mientras realizaran los movimientos que los ejercicios de la instrucción les habían grabado en la cabeza, mientras dispararan bajo, no había nada que pudiera dañarlos. La desesperada sed causada por el salitre del cartucho mordido, el magullado y dolorido hombro debido al retroceso como una coz de mula del mosquete, los nudillos despellejados al atacar el cañón si la bayoneta seguía fija: todo podía ignorarse y superarse siempre que se siguieran los mecánicos movimientos de cargar, disparar y recargar. Para los soldados de algunos de los contingentes extranjeros que nunca habían experimentado la emoción y el terror de permanecer a pie firme mientras los inmensos caballos cargaban contra ellos, la tentación de romper filas y salir huyendo debe de haber sido abrumadora, y dice mucho de la fe que sus oficiales tenían en Wellington que los hombres siguieran en sus puestos y no abandonaran el campo de batalla.

Los manuales de táctica de todos los países reconocían que una infantería firme en cuadro era completamente inmune a las acciones de la caballería. El modo que esta tenía de encargarse de la infantería era cargar contra ella para obligarla a ponerse en cuadro, para luego retirarse y permitir que la artillería a caballo que debería ir siguiéndola de cerca abriera grandes huecos en el cuadro; huecos que seguidamente serían explotados por la infantería que también debería ir siguiéndola de cerca. Por lo tanto, lo que Ney debería haber hecho era que los comandantes de división de la caballería tuvieran sus complementos de artillería a caballo siguiéndolos de cerca y haber enviado la infantería detrás de la artillería. La artillería avanzó con la caballería, pero la operación estuvo mal gestionada: en algunos casos, las baterías de una división habían sido tomadas para incorporarlas a la gran batería, de modo que esa división o bien tenía que coger una batería que sus oficiales no conocían o avanzar sin ella. En cualquier caso, en lugar de retirarse una vez que fue evidente que el primer asalto había fracasado, permitiendo así que la artillería tuviera una línea de tiro despejada, la caballería continuó cabalgando en torno y por entre los cuadros, impidiendo que la artillería francesa que había coronado la cadena de colinas pudiera disparar. En las raras ocasiones que la artillería a caballo francesa tuvo la posibilidad de hacer fuego, lo hicieron causando daños considerables. A uno de los cuadros del 1.º de guardias a pie le abrieron un boquete en un lado y de no haber reaccionado su oficial al mando con rapidez rellenándolo con hombres de la retaguardia los lanceros que andaban merodeando a la espera de una oportunidad como esa se hubieran introducido por él. 10

La caballería francesa que se las arregló para pasar entre los cuadros sin daños fue contraatacada por la caballería aliada en la retaguardia. Los restos de las brigadas de caballería pesada Household y Union —junto con la caballería ligera británica y LAR de los generales Grant, Dörnberg y Arenschildt, así como la holandesa-belga de Collaert— parece que habían aprendido la lección de prolongar demasiado la persecución: en vez de ello realizaron cargas cortas y controladas para impedir que los ahora desordenados atacantes avanzaran más. Solamente uno de los regimientos de caballería aliada no cumplió con su deber, el de húsares del duque de Cumberland, esencialmente un regimiento aficionado de ricos caballeros hanoverianos que se traían sus propios caballos y equipo. Cuando Dörnberg les ordenó que avanzaran para hacerse cargo de la caballería francesa, no se movieron, rompieron filas y comenzaron a filtrarse hacia la retaguardia. A pesar de las llamadas tanto de Dörnberg como de Arenschildt, el oficial al mando de Cumberland, el teniente coronel Georg von Hake, se negó a reunir a sus hombres, que se alejaron tan rápido como sus caras monturas los pudieron llevar en dirección a

Bruselas, donde causaron una cierta alarma y desaliento al asegurar a todo el que quiso escucharles que la batalla estaba perdida. Posteriormente, Hake fue depuesto del mando y llevado ante un consejo de guerra en Hanóver, que ordenó que fuera degradado a soldado y separado del servicio, mientras que su segundo al mando, el mayor Mellzing, recibió una severa reprimenda por no haber sido capaz de impedir la defección del regimiento.

En cuanto a Ney, el mariscal no solamente fracasó al coordinar los movimientos de la caballería y la artillería; sino también al no apoyarlos con ninguna infantería. Lo más serio de todo es que en ningún momento intentó la caballería francesa sabotear los cañones aliados. Esto se hacía clavando un clavo de 15 centímetros en la chimenea del cañón, volviéndolo así inútil. Si el clavo estaba bien metido, no podía ser sacado en el campo de batalla y tenía que ser llevado al taller para que se horadara el metal en torno a la chimenea y se insertara desde dentro del cañón un cono de metal con una nueva chimenea. Por lo general, los jinetes llevaban clavos y mazas con este objetivo; pero o bien los franceses no los habían repartido o en el calor de la acción su caballería se olvidó de utilizarlos. En cualquier caso, no clavar los cañones cuando hubo amplia oportunidad para hacerlo expuso a la caballería a todavía más muerte y destrucción; pues, cada vez que los regimientos se retiraban para reformarse y volver a cargar, los artilleros aliados salían corriendo y les lanzaban una o dos descargas. Se debate sobre cuántas veces los jinetes franceses se retiraron y avanzaron de nuevo; pero lo que es indiscutible es que, cada vez que se retiraban, la gran batería pudo continuar su bombardeo contra la línea de cañones aliada. Y, a pesar de los cada vez más frenéticos llamamientos de sus oficiales —los cuales todos los relatos aliados dicen que se comportaron con extraordinaria valentía— para que avanzaran, los hombres de Milhaud y Lefebvre no pudieron progresar y Ney, reforzando el fracaso, añadió el III cuerpo de caballería de la reserva de Kellermann a la mezcla. Otros ocho regimientos de caballería pesada —dos de dragones, cuatro de coraceros y dos de carabineros (jinetes que llevaban una carabina bastante mejor que la del resto de la caballería), unos 3.500 hombres en total— que se lanzaron colina abajo hacia el valle y por la pendiente subieron la cadena de colinas. Con sensatez, Kellermann le había dicho al comandante de los carabineros que se mantuvieran cerca de Hougoumont como reserva, pero Ney no quiso saber nada de eso, de modo que los carabineros se unieron a la refriega. Al mariscal ya le habían matado varios caballos y estaba agotando rápidamente su establo de corceles; también corría de un lado a otro nervioso e ignorando la cadena de mando al berrear órdenes directamente a los comandantes de regimiento e incluso de escuadrón. No era modo de

dirigir una batalla.

Unos 9.000 hombres en total estaban ahora comprometidos para nada; virtualmente casi toda la caballería francesa, excepto la caballería pesada de la Guardia Imperial, dos divisiones con Lobau en el Bois de París y la división de Piré de dos regimientos de lanceros y dos de chasseurs à cheval asignados al cuerpo de ejército de Reille, que se movían cerca del extremo del flanco derecho de Wellington, pero no tomaron parte en esta acción. Si bien hubo significativas bajas británicas, causadas principalmente por la artillería a caballo francesa, ni un solo cuadro se rompió. Cuando algún batallón tenía tantas bajas que no podía mantener un cuadro él solo, se amalgamaba con otro batallón para formar un cuadro con él, en cambio, el 52.º de infantería ligera formó dos cuadros. Napoleón, que había regresado de Rosomme, estaba horrorizado: ¿cómo se podía haber enviado a la caballería contra la infantería sin su propia infantería de apoyo? Para cuando se encontró alguna infantería que enviar al frente ya era demasiado tarde. La caballería francesa, esa magnífica máquina, estaba rota y el pisoteado terreno delante y alrededor de los cuadros de infantería estaba sembrado de caballos muertos y moribundos, de jinetes muertos y desmontados, que eran reunidos y enviados como prisioneros a la retaguardia.

Ya eran las cinco en punto de la tarde y en el Bois de París Bülow tenía dos brigadas (divisiones en la práctica), las del general de división de cincuenta y tres años Michael Heinrich von Losthin y la del coronel de cuarenta y tres años Johann August Friedrich Hiller von Gartringen. Cada brigada tenía nueve batallones, un escuadrón de caballería anejo y una batería de artillería de campaña. También estaban presentes los dos regimientos de la caballería del difunto coronel Schwerin. Todavía tenían que llegar dos brigadas de infantería, dos brigadas de caballería y la reserva de la artillería. Originalmente, Bülow había pensado esperar a que llegara el resto de su cuerpo de ejército antes de dirigirse contra los franceses; pero al ver las masivas cargas de caballería con su telescopio y dándose cuenta de la precaria posición en la que se encontraba Wellington —y, a pesar de la carnicería provocada entre la caballería francesa, la situación de este era si no peligrosa, al menos arriesgada, con cada vez más de sus reservas enviadas hacia delante— decidió avanzar con lo que tenía. Dos batallones fueron enviados a conectar con Sajonia-Weimar y reforzar su posición en torno a Papelotte, mientras los restantes, precedidos por una pantalla de caballería, salieron del bosque y comenzaron a avanzar hacia el pueblo de Plancenoit, la aguja de cuya iglesia era visible y un punto evidente de referencia.

Plancenoit, tras el flanco derecho francés, era uno de esos pueblos construidos para la defensa durante las guerras de religión, con casas

fuertes y de muros gruesos reunidas en torno a una iglesia. Napoleón, siempre optimista, no había ordenado que se preparara para la defensa; pero a pesar de todo sería una verdadera fortaleza y un hueso duro de roer si se llevaba adecuadamente. La brigada en vanguardia de Bülow no tardó en deshacerse de los hombres avanzados de Lobau, de modo que el «Sr. Oveja», con total sensatez, retrocedió fijando su flanco derecho en Plancenoit y adoptando posiciones para cubrir el flanco derecho de Napoleón. La trabajosa batalla de Plancenoit estaba punto de comenzar. Fue también entonces cuando los elementos de vanguardia del cuerpo de ejército de Ziethen comenzaron a aparecer en el flanco izquierdo extremo de Wellington. Al principio hubo alguna confusión, pues el negro prusiano fue confundido con el azul francés; pero el general de división Muffling había sido enviado por Wellington para coordinar la llegada prusiana y se evitó un serio incidente de fuego amigo —o lo que los ejércitos modernos llaman «azul contra azul»—. 11 Desde el punto de vista de Napoleón, la decidida llegada de los prusianos era seria; pero todavía no era un factor decisivo. Aún había tiempo de derrotar a los ingleses antes de que la intervención prusiana cambiara las tornas y no tardó en parecer que eso era lo que realmente iba a suceder.

La Haie Sainte había estado bajo un ataque casi continuo durante todo el día. Una y otra vez los franceses habían avanzado, para ser rechazados una y otra vez por los fusileros del 2.º batallón ligero de la LAR. Durante la noche del 17 al 18 de junio, los hombres de Baring habían hecho todo lo posible para poner la granja en estado de defensa; pero sus esfuerzos se habían visto obstaculizados por la retirada de sus zapadores, que fueron a trabajar en la granja de Hougoumont. No obstante, habían conseguido aspillerar los muros y construir una barricada en la carretera de Bruselas. Lo que no habían conseguido era compensar la ausente puerta del lado oeste, que conducía al corral. No se sabe si nunca había habido una o si bien los soldados la habían utilizado como combustible durante la noche; pero era una debilidad de la defensa y seguiría siéndolo.

Desde la posición francesa, el complejo de La Haie Sainte consistía en una huerta de 27 metros de lado por 36 metros de fondo que corría paralela a la carretera, seguida por un granero y un muro, después el corral, tras él la casa y por último un jardín al fondo. El despliegue inicial de Baring consistió en situar tres compañías en la huerta, dos en los edificios y una en el jardín trasero a modo de reserva. Durante el asalto inicial francés, por la brigada de Charlet del cuerpo de ejército de D’Erlon, los defensores de la huerta fueron rechazados hasta el corral y en los ataques subsiguientes la infantería francesa se concentró en intentar forzar el camino por la entrada sin puerta del lado oeste. Esta fue defendida fieramente, hasta tal punto que los

cuerpos de diecisiete franceses muertos fueron apilados a modo de barricada en la entrada. No obstante, los hombres de Baring estaban teniendo muchas bajas, la mayoría fuera de la granja, en la huerta o junto a la puerta oeste, y en dos ocasiones se le enviaron refuerzos, una vez una compañía de la LAR y otra, un destacamento de infantería de Nassau. A veces, los franceses llegaron tan cerca que intentaron arrancarles los fusiles a los soldados que disparaban desde las aspilleras. En un momento dado, el tejado de paja de la granja se incendió, ya fuera deliberadamente por los franceses o por los tacos ardiendo de los fusiles del batallón, no lo sabemos, de modo que los calderos para cocinar que llevaban los soldados de Nassau fueron puestos en servicio para llevar agua desde el estanque hasta la casa en llamas.

En la incesante lucha por La Haie Sainte, los hombres de Baring se estaban quedando si municiones, a pesar de haber empezado el día con 60 balas por hombre. Se mandó a un oficial hasta el cruce de caminos para preguntar si se les podían enviar más, pero no llegó ninguna. Según pasaba la tarde se fueron enviando mensajes cada vez más desesperados, pero sin ningún resultado: no llegó ninguna munición. Finalmente, cuando los hombres de Baring se quedaron con tres o cuatro disparos cada uno, se volvió a enviar a un mensajero hasta la cadena de colinas para decir que si no eran reabastecidos inmediatamente de munición no podrían soportar otro ataque. La munición siguió sin llegar, pero sí lo hizo la infantería francesa apoyada por la caballería. A pesar de un desesperado trabajo con las bayonetas, una vez que los franceses subieron al tejado de la granja y se abrieron paso hasta el corral por entre la empalizada de sus propios conciudadanos muertos, los alemanes se vieron obligados a retirarse a la propia granja, tras lo cual el más sangriento tipo de guerra —de cerca y en áreas edificadas— no tardó en terminar. La infantería francesa limpió la granja de habitación en habitación sin dar cuartel y, para ser justo con ellos, cuando el enemigo no está más lejos que la longitud de una bayoneta es demasiado tarde para rendirse. Los supervivientes de la guarnición no pudieron hacer más que intentar salir por la puerta trasera y retirarse a la relativa seguridad de la cadena de colinas.

Fue mientras estaba teniendo lugar esta desesperada defensa de La Haie Sainte cuando la infantería sufrió otro desastre. Al ver que la granja estaba a punto de caer, el coronel Christian Ompteda, al mando de la 2.ª brigada de la LAR (la formación hermana a la de Baring), estacionada justo al oeste del cruce de caminos, recibió órdenes de contraatacar. Existen algunas dudas sobre quién ordenó el contraataque —algunos dicen que el príncipe de Orange en persona—; pero, sea como fuere, Ompteda dirigió personalmente al 5.º batallón

de linea, reclutado en la zona de Lüneberg, ladera abajo hacia La Haie Sainte. Dado el amplio número de coraceros franceses que pululaban por la zona, la formación sensata para realizar este movimiento hubiera sido un cuadro. Avanzar en cuadro no es sencillo, pero puede hacerse, si bien no con tanta rapidez como en columna o en línea; sin embargo, Ompteda desplegó al batallón en esta última formación. También se ha sugerido que fue el propio príncipe de Orange quien ordenó el avance en línea, repitiendo así su error de Quatre Bras dos días antes, o que la orden fue dada por su comandante de división, el teniente general sir Charles (Karl) Alten, que sin duda habría tenido más sentido común. El resultado fue completamente predecible y el final rápido. Ompteda fue muerto, su batallón aplastado y La Haie Sainte abandonada. Del total de en torno a 500 hombres que habían defendido la granja —el batallón de Baring más los refuerzos que le enviaron— solamente cuarenta o cincuenta seguían allí al final, ilesos y capaces de continuar. 12

Se han ofrecido diversas explicaciones respecto al fracaso a la hora de reabastecer de munición a Baring —y de haberlo sido casi con total seguridad habría podido aguantar— que van desde la incompetencia administrativa del escalafón administrativo y el intendente de su batallón o de su brigada gemela, hasta el informe de un carro de municiones de la LAR volcado de camino al campo de batalla. Como es lógico, la munición de fusil escaseaba más que la de mosquete, de mayor calibre y con el cual estaban armadas la mayoría de las tropas; pero el 1/95.º de fusileros, que también estaba armado con el fusil Baker, se encontraba a menos de cien metros al otro lado de la carretera y no tenía problemas de munición. Parece algo increíble que la LAR no pudiera obtener municiones de ellos; quizá los emisarios de Baring se toparon con un intendente que se negaba a entregarle nada a nadie que no fuera de su propio regimiento, cualquiera que fuera la situación. Semejantes chupatintas militares pegados a las normas eran y son pocos, pero existían y existen.

Fue durante el último intento por conservar La Haie Sainte cuando se utilizaron cohetes por primera y única vez en la campaña. Ese mismo año hubo varias baterías de cohetes en el contingente británico; pero Wellington ordenó que esas baterías guardaran sus cohetes y sacaran sus cañones. Wellington había visto los cohetes en la Península y, si bien en modo alguno un tecnófobo, no había quedado impresionado: eran demasiado imprecisos, tenían la peligrosa costumbre de girar y regresar volando hacia quienes los habían disparado y, en opinión del duque, hacían poco más que asustar a los caballos. Solamente el capitán Edward Charles Whinyates, de treinta y tres años de edad y comandante de una batería de artillería a caballo, se las arregló para conservar una sección de cohetes, así como cinco

seis-libras. Cuando Wellington supo que Whinyates se había quedado con sus cohetes y que le rompería el corazón abandonarlos se dice que el comandante de las fuerzas aliadas replicó: «Maldito sea su corazón, díganle que saque los cañones». Se necesitaba ser valiente para desobedecer una orden de Wellington; pero, en el clímax de la batalla por La Haie Sainte, Whinyates y sus hombres llegaron a pie al cruce de caminos, colocaron sus cohetes sobre y a través de la barricada sobre la carretera de Bruselas, encendieron la mecha azul y se retiraron. Los cohetes no afectaron al resultado; pero dispararlos debió de proporcionar un gran placer a Whinyates y sus coheteros. Su desobediencia no fue esgrimida en su contra y más tarde fue nombrado caballero y terminaría convirtiéndose en general.

Con los constantes ataques contra La Haie Sainte y la creciente efectividad de la artillería francesa según se iba secando el terreno, las bajas aliadas se iban acumulando. En el principal hospital de campaña, en la granja Mont-Saint-Jean, las pilas de brazos y piernas amputados iban creciendo tanto como las filas de heridos a la espera de atención médica. Los estándares de la medicina militar habían mejorado notablemente desde 1793, cuando a los oficiales médicos se les exigía que compraran sus despachos de tales y pagaran sus propios instrumentos. Por entonces no se requerían calificaciones formales para el puesto y los cirujanos aprendían sobre la marcha, por lo general, matando a la mayoría de sus pacientes. Las personas con la adecuada preparación médica no tenían interés ninguno en ingresar en el ejército, cuando podían ganar mucho más en la práctica privada de la medicina. Fue el duque de York, como comandante en jefe, quien insistió en que las cosas habían de mejorarse. De ahí que los oficiales médicos recibieran sus despachos sin comprarlos, se les proporcionara el equipo y se requiriera de ellos que estuvieran graduados en un colegio médico reconocido (al final, mayormente el de Edimburgo).

La mayoría de las heridas de combate las causaban las balas, las explosiones o las armas blancas. La bala de un mosquete de ánima lisa, al llevar una velocidad relativamente lenta, era improbable que causaran la muerte a no ser que alcanzaran un órgano vital. Los oficiales médicos eran hábiles metiendo una sonda para encontrar la bala y extraerla; el truco consistía en retirar los residuos introducidos por la bala dentro de la herida: restos de casaca y camisa, además de porquería varia. Si esto no se extraía la herida se volvía gangrenosa, lo que implicaba la amputación si era un miembro, o la muerte si era en el tronco. Por ese motivo se ven tantas cartas de oficiales que piden a sus familiares que les envíen camisas blancas de lino: una camisa limpia puesta antes de la batalla reducía el riesgo de infección. La tasa de supervivencia de los oficiales heridos era mejor que la de las clases

y tropa, no porque recibieran prioridad —las bajas eran tratadas en estricto orden de llegada al hospital, sin importar el rango—, sino sencillamente porque al soldado se le entregaban dos camisas, una que había vendido para beber y otra que no había sido lavada en mucho tiempo, de ahí que hubiera un riesgo de infección mucho mayor.

Los médicos de la época desconocían totalmente la sepsis, pero no la conmoción, cuando la presión sanguínea cae velozmente, lo que hace que los órganos vitales dejen de funcionar, de modo que si una amputación era necesaria tenía que hacerse con rapidez. Se suponía que los cirujanos eran capaces de cortar una pierna en menos de un minuto; algunos afirmaban que lo hacían en veinte segundos. El herido era sujetado por los fornidos ayudantes del cirujano y recibía un trago de ron a modo de anestesia y una trabilla de cuero para morder. La carne se cortaba con un instrumento en forma de hoz pequeña, el hueso se serraba, las arterias se cosían, un faldón de carne se cosía sobre el muñón y todo se cauterizaba con brea. Lo sorprendente es que en torno al 60 por ciento de las amputaciones de piernas a la altura del muslo sobrevivían y por debajo de él la tasa de supervivencia era del 75 por ciento. 13

No obstante, algunos procedimientos médicos eran primitivos y no tenían base científica ninguna. Durante el avance del cuerpo de ejército de D'Erlon, el teniente George Simmons, del 95.º de fusileros, estaba en una línea de escaramuza y al darse la vuelta para dar una orden a sus hombres fue herido en la espalda por una bala de mosquete francés. Esta le rompió dos costillas, le atravesó el hígado y se alojó en la parte baja del pecho. Inconsciente, permaneció tendido en el sitio hasta que la infantería francesa se hubo retirado, cuando su sargento lo encontró, lo colocó en un caballo perdido y lo llevó al hospital de Mont-Saint-Jean. Allí, el asistente de cirujano James Robson abrió la parte baja del pecho y le extrajo la bala. Seguidamente le sacó un cuartillo de sangre del brazo. El día siguiente, Simmons fue sangrado, y así todos los días hasta que el 3 de julio, mucho después de la batalla, se encontró vomitando y con mucho dolor e hinchazón donde había cortado el cuchillo del cirujano. La hinchazón fue abierta con una lanceta, lo cual vino seguido de más sangrías y con sanguijuelas (él dice que veinticinco) aplicadas a sus costados. Lo que resulta extraordinario es que, tras varias semanas de este bárbaro tratamiento, Simmons se recuperó y puedo regresar al servicio, si bien después tuvo que llevar un corsé, muriendo en 1858 con setenta y dos años. 14

Entonces, en torno a las 18.30 horas, se produjo el momento crucial de la batalla. Más y más de las reservas de Wellington habían sido llamadas para taponar el hueco en el centro y el mariscal Ney había ordenado a la artillería que avanzara hasta La Haie Sainte y enviado un ADC colina arriba hasta Napoleón pidiéndole que mandara de inmediato la infantería: ahí estaba la oportunidad de atravesar el centro anglo-holandés, envolver la línea y ganar la batalla antes de que los prusianos pudieran interferir. Pero Napoleón tenía problemas más acuciantes que atender, puesto que los prusianos estaban siendo una amenaza mucho mayor de lo que Wellington podía ser. Bülow había recibido órdenes de atacar el pueblo de Plancenoit, en parte para obligar a las tropas de Napoleón a alejarse de Wellington y en parte para conseguir una plataforma desde donde atacar la retaguardia derecha francesa. Desplegó los nueve batallones de la brigada de Hiller a la izquierda (sur) de la carretera que conducía desde el Bois de París hasta Plancenoit, y las brigada de Losthin —formada ahora por siete batallones, pues dos habían sido enviados a reforzar a Sajonia-Weimar en Papelotte— al norte, a la derecha de la carretera. Cada brigada iba precedida por su propio escuadrón de caballería y su batería de artillería divisional de seis seis-libras y dos obuses. El río Lasne, al sur del pueblo, pasaba por una quebrada profunda, de modo que la única opción era un ataque frontal. A unos 460 metros de Plancenoit, las dos baterías de la división fueron adelantadas, desenganchadas y comenzaron un bombardeo del pueblo que duró unos diez minutos. Entonces, seis de los batallones de Hiller, en columnas, atacaron el pueblo, mientras Losthin vigilaba el flanco derecho de su compañero general y entablaba combate con la segunda brigada de Lobau, que estaba a horcajadas en la carretera mirando hacia el este.

Si bien el pueblo de Plancenoit no había sido preparado para la defensa, era inmensamente fuerte y los altos muros del cementerio en torno a la iglesia le proporcionaron a los franceses una cobertura excelente y a la infantería prusiana un importante obstáculo que sobrepasar. En el pueblo había artillería francesa, que abrió fuego con botes de metralla, mientras que la lucha en los sótanos y habitaciones de las casas de piedra fue sangriento y brutal, siendo las bayonetas y las culatas de mosquete más efectivas que la pólvora y los disparos. Al final, después de treinta o cuarenta minutos de lucha, los prusianos de la brigada de Hiller se abrieron camino dentro de Plancenoit y los defensores supervivientes de Lobau se retiraron, con su otra brigada retirándose para evitar exponer su flanco derecho. Las balas rasas de

los prusianos que habían pasado por encima de Plancenoit rebotaron detrás del centro francés, sobre la carretera de Bruselas, donde la Guardia Imperial esperaba sin haber entrado todavía en esta batalla y, al hacerse evidente que el siguiente movimiento prusiano sería atacar la retaguardia francesa, se volvió imperativo retomar Plancenoit. El general de división Philibert Duhesme recibió órdenes de tomar su división de la Joven Guardia, con ocho batallones de infantería ligera de elite, y arreglar la situación. Duhesme, a pesar de haber sido retirado de España tras caer en desgracia, era recordado sobre todo por su conquista de Barcelona mediante una estratagema. 15 Luchó en las batallas de 1814 en el norte de Europa y se convirtió en inspector general de infantería durante la breve restauración borbónica, antes de unirse de nuevo a Napoleón y serle entregado el mando de la Joven Guardia.

La Guardia, con los restos de la división de Lobau, atacó Plancenoit desde el oeste y de nuevo la lucha en torno a la iglesia fue especialmente severa, resultando Duhesme herido en la cabeza (murió en Genappe unos pocos días después). Al final la Guardia consiguió expulsar a los prusianos del pueblo, solamente para que estos se reorganizaran y regresaran. Plancenoit no podía perderse —era crítico para que los franceses pudieran seguir manteniéndose en la cadena de colinas de La Belle Alliance—, de modo que el emperador envió a otros dos batallones, esta vez de la Vieja Guardia, como refuerzo. El primer batallón del 1.º de chasseurs à pied y el primer batallón de grenadiers à pied salieron de la carretera de Bruselas y se dirigieron a Plancenoit. Por el momento, los franceses podían aguantar.

Mientras tanto, el mariscal Grouchy estaba luchando en Wavre, a 13 kilómetros de distancia. Aquí los franceses seguían intentando sin éxito atacar el puente que conducía a la ciudad. En el gran esquema de las cosas no estaban consiguiendo absolutamente nada; los prusianos de Thielemann solamente tenían que mantener ocupado a Grouchy e impedir que se uniera a Napoleón, lo cual querían hacer la mayoría de sus oficiales superiores (o eso dijeron en las acusaciones y contraacusaciones que siguieron a la campaña). Ahora no había ni la más remota posibilidad de que Grouchy afectara al resultado de la batalla en modo alguno.

Fue entonces cuando llegó desde La Belle Alliance la petición urgente, histérica, de Ney de la infantería para aprovechar la captura de La Haie Sainte. «¿Infantería, dónde voy a conseguirla? ¿Acaso espera que la fabrique?», fue, supuestamente, la respuesta de Napoleón al desdichado ADC que trajo el mensaje. Y lo cierto es que al emperador le quedaba muy poca infantería. El cuerpo de ejército de Reille seguía golpeándose de forma inefectiva contra los muros de la granja de Hougoumont, los hombres de D’Erlon habían capturado La

Haie Sainte, mientras su ala derecha estaba combatiendo a Sajonia-Weimar y los cada vez mayores efectivos de los prusianos de Ziethen. El cuerpo de ejército de Lobau, la Joven Guardia y los dos batallones de la Vieja Guardia estaban inmovilizados en la lucha por Plancenoit y todo lo que quedaban eran doce batallones de la Vieja y la «Media» Guardia, entre 5.000 y 6.000 hombres en total. Aunque para eso estaba la Guardia: para arrancar la victoria de las garras de la derrota; y con ella Napoleón es posible que pudiera —solamente pudiera— ser capaz de cambiar el rumbo de la batalla, bastaba con que pudiera derrotar a Wellington antes de que los prusianos envolvieran su retaguardia. Era el último envite, una apuesta desesperada; pero era lo último que quedaba, la última posibilidad para la Europa bonapartista.

Uno de esos batallones seguía en Le Caillou, el alojamiento de la noche anterior, y dos fueron dejados en La Belle Alliance como retaguardia. Los nueve batallones restantes formaron en la cadena de colinas francesa y comenzaron a moverse pendiente abajo conducidos por Napoleón en persona. 16 Los disparos desde más allá de la derecha, desde la dirección de Papelotte y Plancenoit, se les dijo los hombres que eran un anuncio de la llegada de Grouchy, y resulta indudable que ver al emperador en persona a la cabeza de su Guardia levantó los ánimos franceses… un último empujón y la victoria sería suya. La Guardia alcanzó el valle y en una casa de campo, que sigue allí, estalló una discusión entre el emperador y su estado mayor. Napoleón, que tenía pocas consideraciones para con su vida (o la de cualquier otro), parece haber tenido realmente la intención de dirigir el ataque en persona, un ataque que salvaría a Francia; pero lo convencieron de que él era Francia y de que, si moría, el ideal imperial moriría con él. Le entregó el mando del ataque al mariscal Ney.

Uno de los grandes misterios que rodean este ataque final de la Guardia es por qué no se realizó directamente contra el cruce de caminos, en el centro de la línea aliada. Era el punto más débil de Wellington (si bien la llegada de Ziethen por el flanco izquierdo permitió que algunas tropas aliadas se desplazaran para rellenar los huecos) y se encontraba en el camino más corto desde La Haie Sainte, ahora en manos francesas. No obstante, la Guardia se desplazó en diagonal por el valle hasta su izquierda subiendo la ladera, hasta aparecer en la cima de la división de los guardias británicos y la brigada hanoveriana de Halkett. Puede que fuera porque la barricada no había sido demolida y las columnas estuvieran intentando evitarla y se desviaran demasiado de su camino; puede que los disparos de precisión del 95.º de fusileros los forzaran a bordear hacia su izquierda; o puede que fuera que Ney pensara que los ataques de

caballería a lo largo de toda la tarde y la lucha en Hougoumont habían debilitado seriamente esa parte del frente anglo-holandés. Sea como fuere, lo cierto es que fue la decisión equivocada... si es que decisión fue. 17

A pesar de que hasta el momento el ejército francés no había causado una gran impresión en los anglo-holandeses, los guardias que pisaban con fuerza mientras ascendían la ladera estaban confiados en que de nuevo triunfarían y conseguirían la victoria para su emperador. Habían esperado muy atrás del frente francés hasta que los llamaron y así se habían librado hasta ahora de los efectos de la batalla. Impresionantes con su gabanes y capas de piel de oso (si bien no con las guerreras y penachos de su uniforme de gala, que iban enrolladas en sus mochilas para vestirlas en el desfile de la victoria en Bruselas), mosquetes al hombro y con su banda tocando detrás de ellos, deben de haber visto poco; pues aunque el maíz y el centeno habían sido aplastados por los masivos ataques de caballería, solamente se veían las bocas de la artillería aliada e incluso estas estaban tapadas por los nuevos girones de humo negro escupidos según las balas rasas y después los botes de metralla abrían grandes agujeros en las columnas francesas, antes de que los artilleros abandonaran sus cañones y se retiraran a la retaguardia. Pero la Guardia podía resistir el castigo y siguió avanzando hasta que, cuando las columnas superaron la cima de la cadena de colinas, fueron recibidas por una escena de completa devastación: caballos muertos, caballos moribundos, jinetes heridos, terreno destrozado y todos los restos de la lucha de la tarde y, más allá, las líneas de los infantes británicos y hanoverianos vestidos de rojo poniéndose de pie.

Wellington, con esa extraordinaria habilidad suya para estar presente siempre (o casi siempre) en el momento crítico, había estado sentado en su corcel detrás de la división de los guardias, cuyos soldados habían estado cuerpo a tierra. «Ahora, Maitland, ahora tienes tu oportunidad», dijo el duque, y los dos batallones de Maitland, seguidos por los dos de Byng, comenzaron a lanzar descargas a una distancia de no más de 45 metros, seguramente menos. Si bien la leyenda militar británica dice que la Guardia Imperial fue hecha retroceder por los guardias británicos en solitario (con una ligera ayuda del 52.º de infantería ligera), hubo mucho más. Cuando menos, la columna francesa de la derecha consiguió avanzar algo desde la cima de la cadena de colinas; pues los tres batallones de Kruse de la brigada de Nassau, sobre todo soldados sin experiencia, pero dirigidos por oficiales que tenían mucha, también se encontraron realizando descargas defensivas, mientras que el 33.º de infantería de la brigada del general de división sir Colin Halkett recuperó toda la reputación que pudiera haber perdido en Quatre Bras.

Para entonces, la brigada de Adam, inicialmente en la reserva, había sido desplazada hacia delante a la derecha de los guardias británicos. De tres batallones y dos compañías del 3.er batallón del 95.º de fusileros, contenía el que probablemente fuera el batallón numéricamente más fuerte del ejército de Wellington, el 1.º del 52.º de infantería ligera, al mando del coronel sir John Colborne. [18] Si bien el sistema de compra de rangos por lo general funcionaba bien y, en 1815, los comandantes de brigada y división británicos eran hombres competentes y experimentados, no funcionó bien para Colborne, al menos no inicialmente. El padre de Colborne, un terrateniente de Hampshire, había perdido la mayoría de su dinero especulando en la bolsa y, aunque quedó el suficiente como para enviar a John, un hijo segundón, a Winchester, no lo hubo para comprarle un despacho de oficial. Afortunadamente, el conde de Warwick era amigo de la familia y le consiguió a John un despacho de alférez sin compra cuando tenía dieciséis años, en 1794. Casi de inmediato en servicio activo, obtuvo el ascenso a teniente de resultas de bajas de batalla y una capitanía en 1800, con veintidós años, ambos sin necesidad de comprarlos. Tuvo que esperar ocho años antes de ascender a mayor sin comprarlo como secretario militar de sir John Moore. Acompañó a Moore a España y de nuevo fue ascendido sin compra, esta vez a teniente coronel, gracias a las recomendaciones de Moore en su lecho de muerte. Sirvió con considerable distinción en la península y, si bien era solamente teniente coronel, mandó con éxito una brigada en diferentes ocasiones. Al final de las hostilidades, en 1814, fue ascendido a coronel y nombrado caballero en enero de 1815. Para desgracia de Colborne, a partir de teniente coronel los ascensos se realizaban por antigüedad y no estaban muriendo suficientes generales (y no porque ellos no dejaran de intentarlo) como para que las vacantes llegaran hasta tan abajo como Colborne. De haber sido capaz de comprarlo, hubiera sido teniente coronel lo bastante pronto como para haber sido general en 1810 o 1811, como ya lo eran algunos oficiales de su edad. Es indudable que Colborne hubiera sido un excelente general, al mando de una brigada o una división; pero, tal y como estaban las cosas, no sería general de división hasta 1825, si bien al final llegaría a ser mariscal de campo y par del reino.

Colborne vio lo que estaba sucediendo en su frente izquierdo y, por propia iniciativa, giró su batallón noventa grados, lo puso en línea y ordenó fuego a discreción contra el flanco izquierdo de la columna de la Guardia Imperial. Esto no carecía de riesgos, pues ahora el flanco derecho del 52.º estaba expuesto; había caballería francesa pululando por Hougoumont que podía cargar contra él y la Guardia francesa se detuvo momentáneamente para replicar con al menos una

descarga, que mató el alférez Nettles, que portaba el estandarte del rey, que se creyó perdido hasta que apareció bajo su cuerpo tras la batalla. En la historia del regimiento, publicada en 1860 y cuyo editor había entrevistado a Colborne (entonces lord Seaton), por entonces de ochenta y cinco años de edad, se afirma que el 52.º hizo retroceder a la Guardia Imperial hasta tan lejos como la carretera de Bruselas, donde los franceses corrieron como «una muchedumbre en Hyde Park», para seguidamente formar en columna y avanzar hacia el sur por la carretera, pasando la gran batería y deteniéndose delante de la retaguardia francesa, preparada en La Belle Alliance. Fue algún tiempo después cuando otros «regimientos rojos» llegaron para apoyar al 52.º. 19

Evidentemente, hay mentiras, malditas mentiras e historias de regimiento. Los relatos de quienes estaban allí (no solo el del oficial al mando) no son deliberadamente falsos, solamente aquello que los participantes creen que sucedió y, en el creciente atardecer y con las nubes de humo, sin duda creyeron que fue el 52.º quien ganó la batalla de Waterloo. Cualquier descripción de una batalla solamente puede ser un balance de probabilidades, pero con la Guardia Imperial bajo el fuego de la artillería según subía la ladera, para seguidamente encontrarse bajo el fuego a corta distancia de cuatro batallones de guardias británicos, dos batallones de la brigada de Adam y tres de Nassau, para a continuación recibir fuego de flanco también, no resulta nada sorprendente que se rompiera. Los observadores en La Belle Alliance, quienes oteaban ansiosos su última posibilidad de salvar algo, mientras a sus espaldas Plancenoit volvía a caer en manos de los prusianos de Bülow y los de Pirch avanzaban para apoyarlos, poco podían ver. Fue entonces cuando miembros de la Guardia comenzaron a salir del humo dando traspiés colina abajo… primero hombres solos, luego grupos pequeños y, por último, compañías completas. «La Garde recule!» , se escuchó. Los inmortales, la elite de la elite, la crème de la crème del ejército francés, habían sido derrotados, algo que ningún soldado francés en ese campo de batalla había visto antes. El ejército francés era quebradizo y se rompió con sorprendente rapidez. La Guardia estaba dispersa, las unidades que les habían dicho que eran las de Grouchy les estaban disparando: se escucharon gritos de traición, seguidos del « Sauve qui peut! ». En La Belle Alliance, lo que quedaba de la Guardia Imperial formó tres cuadros, con dos cañones y un puñado de jinetes como apoyo, para permitir que el emperador escapara… a caballo hasta Rosomme para luego trasladarse a un carruaje en el cual se apresuró hasta París.

En la cadena de colinas de Mont-Saint-Jean, el duque de Wellington alzó su sombrero y ordenó un avance general. La gran batalla había terminado.

1 Su nombre era Georges Mouton («oveja» en francés); pero era conocido oficialmente por tu título nobiliario, conde de Lobau, que había conseguido tras haber tenido una buena actuación en la campaña de 1809 contra los austriacos (Lobau es una isla del Danubio).

2 Los guardias tenían estandarte de coronel, de teniente coronel y de mayor, así como estandarte de compañía, mientras que los regimientos de fusileros (el 95.º y el 60.º) no tenían ninguno.

3 Hasta muy recientemente, el único regimiento británico que seguía en el orden de batalla que tenía sus estandartes exhibidos como un trofeo de guerra capturado eran los Royal Scots, cuyo cuarto batallón perdió los suyos en la batalla de Bergen op Zoom en 1814. Se pueden ver en el Museo de Les Invalides en París. Mientras tanto, los Royal Scots han sido incluidos en el Regimiento Real de Escocia.

4 Los estandartes fueron llevados a la batalla por última vez en 1881, durante la primera guerra de los bóers y en la actualidad solamente se lucen en ceremonias. No obstante, siguen contando con una muy alta consideración, siguen siendo consagrados y siguen siendo saludados por todos los rangos. Ahora solo tienen 106,7 × 91,5 centímetros y se llevan en un asta de 261,7 centímetros, lo que los vuelve mucho más sencillos de manejar. Cuando un batallón presenta armas, el estandarte del regimiento es bajado, pero el estandarte del rey solamente se baja ante el monarca reinante, su consorte y el heredero al trono.

5 Los indicios de que Napoleón no estaba presente en el campo de batalla se ven reforzados por el hecho de que Milhaud aceptó las órdenes de Ney sin apelar al emperador.

6 Cuyo 1.er escuadrón era polaco al completo y vestía de azul, pero estas son las inconsistencias que encantan a los observadores de *la vie militaire* .

7 Excepto los hombres de la tropa de Mercer, que se protegieron bajo sus cañones. Mercer pensó que el cuadro de infantería más próximo, el de Brunswick, era inseguro y podía ser presa del pánico si veían a los artilleros corriendo hacia ellos. A pesar del continuo paso de la caballería francesa, sus hombres no sufrieron daños, emergiendo para encargarse de los cañones cuando una oportunidad se presentaba.

8 Los lectores que cacen el zorro (la mayoría, me gusta pensar ingenuamente) saben que no tiene sentido galopar hacia un seto que el caballo decide que no puede saltar. Es muy posible que el jinete salve el obstáculo, pero sin su caballo.

9 En beneficio de los lectores que no sean británicos, la Royal Society for the Prevention of Cruelty to Animals (Sociedad para la Prevención de la Crueldad con los Animales) es una organización que hace un muy buen trabajo asegurándose de que los animales sean tratados con propiedad; también tiene tendencia a gastar grandes cantidades del dinero de sus seguidores enfrascándose en una guerra de clases contra manadas de raposeros.

10 Capitán Gronow, *The reminiscences and recollections of captain Gronow* , 2 vols., John C. Nimmo, Londres, 1892.

11 Hasta la Primera Guerra Mundial, los mapas británicos siempre mostraban la posición de las tropas amigas en rojo (los soldados británicos han llevados casacas rojas durante la mayor parte de su historia) y las tropas enemigas en azul (el enemigo por lo general habían sido los franceses). Con esta misma lógica, los mapas franceses utilizaban ese mismo código, pero invertido —enemigo de rojo, amigos de azul—. Cuando estalló la Primera Gerra Mundial se hizo evidente que si los ahora aliados ejércitos mantenían sus convenciones cartográficas podía resultar confuso (por decirlo con suavidad), de modo que los británicos cambiaron al sistema francés. Por tanto «azul contra azul» significa fuerzas amigas disparando las unas contra las otras.

12 General d e división barón VON BARING , *Hannoverian military journal* , parte ii , 1831.

13 El mejor estudio de los procedimientos médicos y quirúrgicos durante este período es Michael Crumplin, *Men of Steel. Surgery in the Napoleonic wars* , Quiller Press, Shrewsbury, 2007.

14 Tte. coronel Willoughby Verner (ed.), *British rifle man. The journals and correspondence*

of major George Simmons, rifle Brigade, during the Peninsular War and the campaign of Waterloo , A. & C. Black, Londres, 1899.

15 Convenció al gobernador español para que permitiera la entrada de una columna de franceses enfermos y heridos. Una vez dentro de las fortificaciones, los enfermos y heridos saltaron de sus camillas, sacaron mosquetes escondidos y dominaron a la guarnición.

16 Hay un considerable desacuerdo entre los historiadores (franceses, británicos y alemanes) sobre exactamente cuántos y cuáles batallones de la Guardia tomaron parte en este esfuerzo final y en qué formación. Lo que sigue es lo que a este autor le parece más probable, pero no considera que sea para rasgarse las vestiduras si está equivocado.

17 Hace algunos años, este autor llevó a cabo un experimento en el terreno de Waterloo utilizando un pelotón de sus propios soldados, que estaban allí tomando parte en un ejercicio con el ejército francés. Los gurkhas fueron formados en una columna (si bien mucho más pequeña que la francesa) y se les dieron instrucciones de que avanzaran por el centro aliado manteniéndose a la izquierda (oeste) de la carretera de Bruselas. Seguidamente se les dijo que se ataran sobre los ojos sus velos de camuflaje, restringiendo así su visión y reproduciendo así las nubes de humo negro que flotaban sobre el campo de batalla el 18 de junio de 1815. Se dio la orden de avanzar con paso firme y los hombres aparecieron muy cerca de donde lo había hecho la Guardia, pues si no es posible ver un punto de referencia la forma del terreno empuja a los caminantes hacia el oeste.

18 No había tomado parte en Quatre Bras y contaban con unos mil hombres entre oficiales, clases y tropa.

19 W. S. Moorsom (ed.), *Historical record of the 52nd regiment* , Richard Bentley, Londres, 1860.

10. EL FINAL

La batalla de Waterloo había terminado, pero la guerra no. Los batallones anglo-holandeses, a pesar de lo severamente mermados que se encontraban, avanzaron bajando desde la cima de la cadena de colinas y subieron hasta La Belle Alliance, donde los últimos cuadros de la Guardia Imperial se estaban retirando, deteniéndose de vez en cuando para realizar una descarga antes de desaparecer también en la oscuridad. Su último cuadro, el de los dos batallones del 1.er regimiento de chasseurs à pied , estaba al mando del general de brigada Jacques Pierre Étienne Cambronne, un gran bebedor con una capacidad igual de grande para soltar tacos, salido de entre la tropa. Dice la leyenda que cuando se le pidió que se rindiera, el heroico Cambronne replicó desde el interior del cuadro: «La Garde meurt, mais elle ne se rend pas» («La Guardia muere, pero no se rinde»). Otras versiones dicen que replicó: «Merde» («Mierda»), lo que resulta mucho más creíble. Desgraciadamente, ninguna de ellas es cierta, porque Cambronne, a pie, para entonces había sido capturado por el montado coronel Hugh Halket, comandante de la 3.ª brigada hanoveriana, que había cogido al desgraciado general por el galón.

Eran por entonces las nueve y media o las diez en punto y según el ejército aliado coronaba la cima se encontró con una escena de absoluto caos: carros de munición volcados, caballos sueltos, artilleros que intentaban llevarse sus cañones, infantes corriendo de aquí para allá tratando desesperadamente de escapar y el ocasional insensato, pero valiente, subordinado francés que blandía su espada desafiando al enemigo y que era rápidamente pasado a la bayoneta o abatido por un disparo. Ahora, lo importante era impedir que los franceses se detuvieran y se reorganizaran; tenían que ser mantenidos en marcha sin darles tiempo a que descansaran y se recuperaran. Una muchedumbre que huye es controlable; un ejército reconstituido todavía puede suponer un peligro. El ejército de Wellington, exhausto, escaso de munición, hambriento y sediento, no estaba en condiciones de perseguir a nadie, de modo que la tarea fue dejada a los prusianos, que llegaron con garbo desde Plancenoit, con las bandas de los regimientos tocando y marcharon tras los franceses, que se

apresuraban por la carretera delante de ellos. La mayoría de la infantería francesa podía ser ignorada sin peligro y dejada atrás o enviada a la retaguardia como prisioneros de guerra; pero seguía habiendo suficiente artillería a caballo y caballería como para que se formara el núcleo de una fuerza de combate si se les daba la oportunidad, de modo que se envió tras ellos a la caballería prusiana con órdenes de continuar hostigando a cualquier grupo de soldados franceses para impedir que se detuvieran para organizarse. Los escuadrones de caballería prusiana de vanguardia tomaron prestados los tamborileros de la infantería, los subieron a caballos y se los llevaron consigo. Al menor signo de que los franceses se estaban deteniendo, los tamborileros tocaban y los franceses, creyendo que la infantería enemiga estaba sobre ellos, se ponían en marcha. Fue en algún punto de la carretera de Bruselas, posiblemente cerca de La Belle Alliance, donde se encontraron Wellington y Blücher, sin duda felicitándose mutuamente y discutiendo qué hacer a continuación. Ambos generales iban montados a caballo y Wellington contó luego cómo Blücher lo abrazó, lo besó y exclamó: «Mein lieber Kamerad... quelle affaire!» .

En el hasta entonces campo de batalla podían comenzar las tareas de alimentar al ejército, encontrar sitio donde dormir y contar a los muertos. Se colocaron centinelas a intervalos para mantener alejados a los civiles de la zona, que acudían en tropel al campo de batalla una vez terminados los disparos esperando sacar provecho saqueando a los muertos y heridos. Los botones de plata de los uniformes de los oficiales podían suponer una bonita cantidad y la mayoría de los soldados llevaban encima todo lo que poseían, con el dinero oculto dentro de los chacós o cosido al forro de las guerreras listo para que alguien lo cogiera. Hay relatos de heridos que intentaron resistirse al robo de sus posesiones y acabaron con la garganta cortada.

Se tardó tres días en recoger a los muertos y heridos; los cuerpos del campo de batalla eran reunidos por destacamentos de fajina, identificados cuando era posible, desnudados y enterrados en fosas comunes. En total en Waterloo hubo 1.419 muertos británicos, quizá no muchos comparados con guerras posteriores; pero considerables para la época y más que los fallecidos en una batalla de un día en toda la Guerra de la Independencia —917 en Albuera, el 16 de mayo de 1811—. En total, el 28 por ciento del contingente británico fueron bajas y el 6 por ciento muertos. Las cifras para la LAR fueron similares (27 y 6 por ciento), siendo ambos quienes tuvieron los mayores porcentajes de muertos y heridos de cualquiera de los aliados del ejército anglo-holandés. Del resto, los prusianos en Waterloo sufrieron 13,5 por ciento de bajas, con 2,5 por ciento de muertos; los hanoverianos 18 y 3 por ciento; el contingente de Brunswick 11 y 3

por ciento; la brigada de Nassau 13,5 y 9 por ciento; y los holandeses-belgas 24 y 3 por ciento. Todos estos porcentajes son aproximados, pues incluyen a los desaparecidos, muchos de los cuales reaparecerían días después; además, las cifras de muertos no incluyen a aquellos que fallecieron de sus heridas días e incluso semanas después de la batalla. No obstante, en cifras redondas, en Waterloo los anglo-holandeses tuvieron 3.000 muertos y los prusianos 1.200.

El príncipe de Orange resultó herido en el hombro por una bala de mosquete durante el ataque final de la Guardia Imperial y, de los 840 oficiales británicos presentes, más de la mitad fueron bajas. En la 1.ª división británica (de los guardias), el comandante de la misma y dos de los cuatro comandantes de batallón resultaron heridos. En la 2.ª división, de tres comandantes de brigada uno fue muerto y otro herido, mientras que de los doce comandantes de batallón dos fueron muertos y tres heridos. En la 3.ª división, uno de los tres comandantes de brigada fue muerto y los otros dos heridos; por su parte, de los trece comandantes de batallón uno resultó muerto y seis heridos. En la 5.ª división, su comandante (Picton) fue muerto y dos de los tres comandantes de brigada heridos, con un muerto y siete heridos entre los doce comandantes de batallón. En la caballería británica las cifras fueron similares: en la Brigada Household dos oficiales al mando de regimientos fueron muertos y el tercero herido; en la Brigada Union, el comandante resultó muerto y de los tres oficiales al mando uno murió y otro fue herido. En la 3.ª y la 4.ª brigadas de caballería, dos de los tres comandantes de regimiento resultaron heridos; en la 5.ª, el comandante de la brigada y dos de los tres comandantes de regimiento fueron heridos; en la 6.ª, uno de los tres comandantes de regimiento resultó herido; y en la 7.ª, de los tres uno fue muerto y uno herido. El batallón más castigado fue el 27.º (Inniskilling), parte de la brigada del general de división Lambert, la cual estaba estacionada justo al este del cruce de caminos en el centro anglo-holandés. Aunque llegaron al campo de batalla tarde por la mañana, estuvieron sometidos a un constante fuego de hostigamiento por los escaramuceros franceses y, sin una ladera opuesta a la que poder retirarse, se pasaron gran parte de la batalla en cuadro y sufrieron mucho por el fuego de artillería. Al final del día, de los 740 entre oficiales, clases y tropa llegados al campo de batalla, 105 habían resultado muertos y 373 heridos o desaparecidos.

De los oficiales de estado mayor británicos de más graduación, lord Uxbridge perdió la pierna debido a una bala rasa; el intendente general (jefe del estado mayor) DeLancey resultó herido, probablemente también por una bala rasa, a causa de lo cual murió después; el encargado de la intendencia, el general de división sir Edward Barnes fue herido en Quatre Bras; y el secretario militar,

Fitzroy Somerset (posteriormente mariscal de campo lord Raglan y comandante en jefe en Crimea), perdió un brazo. La prueba de que un ADC no era el objeto de escaparate que es hoy es que de los ocho ADCs de Wellington, dos resultaron muertos: el capitán y teniente coronel sir Alexander Gordon, del 3.º de los guardias a pie, por la amputación fallida de una pierna, y el capitán y teniente coronel Charles Fox Canning, también del 3.º de guardias a pie, alcanzado por una bala de mosquete en el estómago. De los otros seis, solamente uno, el mayor Henry Percy, escapó ileso. Una vez más, la fortuna volvió a sonreír a Wellington, pues lo más cerca que estuvo de resultar herido fue cuando se bajó del caballo por la tarde y le dio una afectuosa palmada en las ancas, que fue respondida por una coz a dos patas que no le alcanzó en la cabeza por poco.

Los franceses, al haber sufrido una derrota catastrófica, tenían poco tiempo o ganas de recoger cifras precisas de sus bajas; pero la mejor estimación es que sufrieron entre 25.000 y 30.000 de ellas, contado muertos, heridos o hechos prisioneros, lo que significa un 30 por ciento de su fuerza original. De los cinco comandantes de cuerpos de ejército de infantería, uno, Lobau, resultó herido; de los doce comandantes de división, uno resultó muerto y siete heridos; y de los veintiocho comandantes de brigada y equivalente, tres murieron y ocho resultaron heridos. En la caballería francesa, seis de los diez comandantes de división resultaron heridos y, de los veinte comandantes de brigadas de caballería, uno murió y diez fueron heridos.

Wellington cabalgó de vuelta a su cuartel general en el pueblo de Waterloo y se sentó a redactar su despacho, en el cual informaba de la batalla y su resultado. Dirigido al conde Bathurst, secretario de Estado para la Guerra y las Colonias, pero pensado para ser leído por una audiencia más amplia, incluidos el primer ministro y el príncipe regente, es un informe directo, objetivo y carente de hipérboles. Contiene varios errores de cronología y localización, pero dado que su autor había dormido poco en los últimos tres días y tenía responsabilidades que pocos comandantes británicos hubieran tenido antes, ni después, apenas resulta sorprendente que errores menores se colaran mientras el duque intentaba proporcionar una narración coherente de una campaña de tres días que había incluido dos feroces batallas. Dado que solamente uno de los ADC de Wellington estaba vivo e ileso, fue a este, el mayor Percy, a quien se confió el despacho. Percy abandonó Bruselas a mediodía del 19 de junio con el despacho y dos águilas capturadas —la del 45.º de ligne , conseguida por los grises escoceses, y la del 195.º de ligne , conseguida por el 1.º de dragones reales, ambas capturadas en la carga de la Brigada Union contra la infantería de D'Erlon— y embarcó en una rápida balandra de

la Royal Navy en Ostende. Justo frente a la costa de Kent el viento amainó y Percy fue llevado a la costa en la lancha del barco a media tarde del 21 de junio. En Broadstairs encontró un carruaje rápido y se encaminó hacia Londres, llegando allí justo después de anochecido, a las diez en punto. Informó al primer ministro, lord Liverpool, y al gabinete y al príncipe regente, depositando las águilas a los pies de este, encontrándose ascendido instantáneamente a teniente coronel.

Durante mucho tiempo ha corrido el rumor de que Nathan Rothschild, de la familia de banqueros, quien realizó prestamos por un total de 800.000 libras al gobierno británico para financiar la campaña, 1 supo del resultado de la batalla el 19, dos días antes que el gobierno y el público, bien utilizando un relevo de hombres en caballos rápidos para llegar al canal y un barco rápido, bien una paloma mensajera. Tras lo cual se le acusa de vender mucho en la Bolsa y de preocuparse de que lo vieran haciéndolo. Pensando que el banquero internacional sabía algo que ellos no, otros inversores también vendieron, depreciando el precio de las acciones. Seguidamente, Rothschild se convirtió en comprador y acumuló una inmensa cartera de acciones baratas, que crecieron con rapidez cuando llegaron las noticias de la victoria, consiguiendo así un beneficio de un millón de libras. El cuento es desmentido en la más reciente y acreditada biografía de los Rothschild y puede que no fuera más que una invención o calumnias antisemitas. 2

Mientras el ala izquierda del Ejército del Norte de Napoleón había sido dispersada en Waterloo, el ala derecha de Grouchy seguía existiendo. La aproximación de Grouchy a Wavre el 18 de junio había sido cauta y en un momento dado Thielemann pensó en dejar solamente cuatro batallones para defender la línea del río y enviar el resto a unirse a Ziethen, que estaba llegando a la izquierda anglo-holandesa. Afortunadamente, la llegada de los franceses en torno a las 16.00 horas lo impidió y Vandamme, cuyo cuerpo de ejército llegó primero a la línea del Dyle, atacó hacia el puente de Wavre, rechazando a los centinelas prusianos colocados al sur del río. Sin embargo, el puente estaba cerrado con barricadas y cubierto por la artillería prusiana y francotiradores alineados a lo largo de la ribera norte, de modo que, pese a sus furiosas cargas, la infantería francesa no pudo cruzar. Quizá los ingenieros hubieran podido volar la barricada, probablemente al coste de su vida; pero no había bastante pólvora disponible. En torno a las 17.30 horas, un mensaje de Napoleón, escrito unas cuatro horas antes, llegó al fin. Le decía a Grouchy que los prusianos habían sido vistos en Chapelle Saint-Lambert y que debía cruzar hasta Waterloo y unirse al flanco derecho del emperador, atrapando a Bülow en línea de marcha de camino. Grouchy consideró enviar al cuerpo de ejército de Gérard, pero era

demasiado tarde, pues este ya había llegado y también estaba combatiendo.

Incapaz de forzar el paso del puente en Wavre, Grouchy ordenó a Gérard que cruzara en el molino de Bierges, a kilómetro y medio al suroeste; pero también aquí el puente estaba protegido por una barricada y fuertemente defendido, de modo que la caballería de Pajol fue enviada más allá siguiendo el río para encontrar un modo de cruzar. Finalmente, en Limal, a cuatro kilómetros de Wavre, Pajol encontró un puente sin barricadas y defendido por tres batallones de infantería y un regimiento de caballería. Un regimiento de húsares franceses lo cruzó galopando de cuatro en fondo y dispersando a la infantería prusiana, con lo cual la división de Teste —la infantería adjunta al cuerpo de ejército de caballería de Pajol— cruzó y formó en el lado norte. Ya había oscurecido, pero los franceses había cruzado el Dyle y Thielemann desplazó su flanco derecho hacia atrás para cubrir Bierges. La batalla se convirtió en una serie de confusas peleas según la oscuridad crecía para, finalmente, terminar en torno a la medianoche.

Dado que los ruidos de disparos desde Waterloo habían terminado para entonces, Grouchy sabía que la batalla allí había acabado; pero no realizó ningún intento por enviar a alguien a averiguar qué estaba sucediendo. Parece que asumió que Napoleón había ganado la batalla y se encontraba de camino hacia Bruselas, de modo que durante la noche dio órdenes para que a la mañana siguiente se reanudara el ataque contra Wavre, tras lo cual marcharía hacia Bruselas para reunirse con el emperador. Thielemann, que sabía que Napoleón había sido derrotado, asumió que Grouchy se retiraría durante la noche y comenzó a dispersarse. Cuando llegó el amanecer, para sorpresa de los prusianos, Grouchy seguía allí y en torno a las ocho en punto del 19 de junio comenzó un furioso ataque contra Bierges, con su flanco derecho en el río Dyle. Thielemann se retiró a continuación y, en torno a las 10.00 horas, con mucha sensatez decidió evacuar Wavre por completo, retrocediendo hacia el noreste. Los hombres de Grouchy irrumpieron en la ciudad y, pensando que habían conseguido una victoria, continuaron tras los prusianos en retirada. Thielemann retrasó a sus hombres 8 kilómetros, hasta el norte de Sint-Agatha-Rode, donde adoptó posiciones defensivas, mientras que Grouchy continuaba hasta alcanzar Bawette, a 2,5 kilómetros de Wavre, donde, en torno a las 10.30 horas, un oficial de estado mayor francés llegado de Waterloo por fin consiguió dar con él. El emperador había sido derrotado y el ala izquierda del ejército estaba en plena retirada.

Grouchy se encontró entonces en una especie de dilema. Podía continuar atacando a Thielemann quien, creía, estaba huyendo de él, pero después ¿qué? Incluso si derrotaba al cuerpo de ejército de

Thielemann en las cercanías seguía estando el resto del ejército prusiano, por no decir nada de los anglo-holandeses. Vandamme, soldado viejo y duro como era, sugirió enérgicamente que el ejército debía marchar sobre Bruselas, liberar a los prisioneros franceses y luego retirarse a Lille. Esta propuesta fue desechada con rapidez y Grouchy consideró brevemente atacar la retaguardia de Blücher; pero si lo hacía lo más probable era que Thielemann atacara su retaguardia, de modo que decidió retirarse hasta Namur. Había sufrido unas 2.000 bajas en la lucha por Wavre; pero seguía contando con 30.000 hombres y, si bien sabía poco de la situación general, todavía podía conseguir algo, aunque no estaba muy seguro de qué. Thielemann había realizado un trabajo soberbio: había retenido a Grouchy durante un día y medio, impedido que bloqueara el camino de Bülow y Pirch hacia Waterloo y de Ziethen hacia Papelotte, además de asegurarse de que Grouchy no contribuyera en nada a la lucha en Waterloo. Había tenido bajas —probablemente en torno a las mismas que Grouchy—, pero los prusianos podían permitírselas, mientras que los franceses no.

Hacia el suroeste, la tarde de la batalla los prusianos habían seguido a los franceses hasta tan lejos como Genappe. Allí vivaquearon durante la noche antes de continuar la persecución con las primeras luces de la mañana siguiente, con la infantería moviéndose tan rápido como podía detrás la caballería. Una vez que Blücher supo por Thielemann que Grouchy había comenzado a moverse a lo largo de la carretera de Namur, desplazó a tres regimientos de caballería para vigilar al mariscal francés y dar aviso en caso de que hubiera algún intento de tomar de flanco a sus fuerzas perseguidoras. No lo hubo y, en torno a la medianoche del 19 de junio, la caballería de Exelmans llegó a Namur y aseguró sus puentes sobre los ríos Sambre y Meuse, esquivando por poco a Pirch, cuyo cuerpo de ejército había sido enviado a bloquearlo. El ejército de Grouchy vivaqueó en Namur durante la noche y la mañana del 20 se puso de camino hacia París.

Había sido el 18 de junio, con la batalla de Waterloo en pleno apogeo, cuando las noticias de Ligny llegaron a París. Los cañones de Les Invalides dispararon salvas para celebrarlo y a todo el que se paró a escuchar se le aseguró que se había ganado la guerra. Entonces, el 21 de junio Napoleón llegó al palacio del Elíseo y con él las noticias de Waterloo. Napoleón realizó un intento por crear un nuevo ejército, pues si bien la situación militar era mala en modo alguno era desesperada. Grouchy seguía teniendo 30.000 hombres; los austriacos y los rusos se estaban desplazando más lentamente de lo esperado, de modo que el general Rapp y su ejército de 23.000 soldados podía ser llamado desde Estrasburgo; los españoles seguían intentando movilizarse al sur de los Pirineos, de modo que los generales Clausel y

Decaen con sus 14.000 soldados podían moverse hacia el norte y París; mientras que Davout tenía 20.000 soldados como guarnición de París. Si Napoleón los reunía a todos, acortaba el entrenamiento de los 100.000 reclutas obligatorios recién enrolados, incorporaba a la Guardia Nacional e incluía los restos de la Armée du Nord, podía contar con un ejército que al menos igualaba las fuerzas combinadas de Blücher y Wellington.

Más al norte, Blücher se estaba dirigiendo hacia París vía Charleroi, Avesnes, Guise y San Quintín. Grouchy organizó enfrentamientos para retrasar su marcha en Compiègne, Senlis y Villers-Cotterêts, con Wellington moviéndose más al norte por Nivelles y Maubeurge, a unos dos días de marcha por detrás. Las guarniciones de Cambrai y Péronne se mantuvieron firmes, de modo que en cada uno de esos lugares Wellington tuvo que detenerse y prepararse para asediar las ciudadelas, si bien en ambos casos se rindieron antes de que fuera necesario un asalto. Wellington se desplazó más despacio que Blücher, en parte para mantener a su ejército agrupado e impedir que se desbocara, como estaba sucediendo en la línea de avance prusiana. Allí se estaban cobrando venganza. Los saqueos fueron generalizados y a los campesinos que no decían dónde estaban sus objetos de valor era probable que los dispararan allí mismo. Blücher y sus comandantes hicieron la vista gorda; los franceses habían saqueado su país y ahora ellos les devolvían la moneda.



El avance hacia París, 18 de junio-3 de julio de 1815

Si bien cualquier especulación es inútil, lo cierto es que resulta muy divertida, y la pregunta sigue en el aire: ¿Podría haber ganado Napoleón la batalla de Waterloo? Si hubiera lanzado a la Guardia Imperial directamente por la carretera de Bruselas a primera hora de la mañana quizá pudiera haber roto la línea de Wellington y permitido así que la caballería se metiera por detrás de los anglo-holandeses, dispersando al ejército mucho antes de que los prusianos llegaran a acercarse al campo de batalla. No obstante, la Guardia Imperial, junto con gran parte del resto del ejército francés, seguía abriéndose camino con dificultad por la carretera desde Quatre Bras y no estaba disponible. Si el cuerpo de ejército de Reille no se hubiera pasado la mayor parte del día en un infructuoso intento por tomar la granja de Hougoumont y hubiera estado disponible para atacar desde La Haie Sainte cuando Ney pidió más infantería... si se hubieran arrastrado cañones por el bosque para volar la puerta sur de Hougoumont y demoler los muros del huerto... si la infantería y la artillería hubieran seguido al ataque de la caballería... si Grouchy se hubiera interpuesto

entre los prusianos y Waterloo en vez de atacar Wavre… las posibilidades son casi ilimitadas, pero un mal trabajo de estado mayor y múltiples fallos en la cadena de mando aseguraron que ninguna de esas cosas sucedieran.

En cuanto a si Wellington hubiera sido capaz de ganar la batalla de Waterloo sin los prusianos, no es la pregunta correcta: él nunca hubiera planteado batalla de no haber sabido que los prusianos se estaban desplazando hacia él, y su llegada al lugar adecuado en el momento correcto era crítica. En muchos aspectos, Wellington y Blücher no ganaron la batalla de Waterloo… la perdió Napoleón. De hecho, se puede afirmar que Napoleón perdió la campaña al darle órdenes confusas y contradictorias a D'Erlon el 16 de junio, cuando no participó ni en Quatre Bras ni en Ligny, donde su presencia detrás de los prusianos podría haber impedido su retirada hasta Wavre y, luego, al no haber podido atrapar a Wellington en línea de marcha el día 17.

En ningún momento de la batalla tuvo Wellington que dirigir maniobras sofisticadas, como tampoco su perspicacia táctica fue demasiado puesta a prueba: simplemente tuvo que aferrarse a la cadena de colinas y aguantar a los franceses hasta que los prusianos pudieran llegar por su retaguardia. Había otros muchos generales británicos que podrían haber hecho eso con la misma competencia que Wellington; pero este era conocido y en él confiaban todos los comandantes y los jefes de Estado aliados. Había una fuerte relación personal entre el duque y Blücher y ningún otro comandante habría contado con la confianza del rey de Holanda o semejante fe puesta en él por los estados alemanes menores. El ejército anglo-holandés muy bien podría haberse desintegrado al primer signo de problemas si lo hubiera mandado alguien diferente a Wellington y resulta dudoso que los prusianos se hubieran quedado en Flandes por cualquiera otro que no fuera él. Su presencia fue crucial. De hecho, hay poco que criticar a cómo Wellington condujo la campaña: cierto, estuvo lento al darse cuenta de que el principal ataque francés era de hecho hacia Bruselas, y quizá sobrestimó la amenaza contra su amplio flanco derecho, negándose así los servicios de cuatro batallones británicos en el cuerpo de ejército de Hill en la zona de Halle y Tubize. Hay que reconocer que solamente uno de esos batallones el 2.º del 95.º a pie, había estado en la Península; pero los otros hubieran aguantado la posición y habrían sido muy útiles en las etapas finales de la batalla. Por lo demás, el duque no hizo nada que menoscabara su ya por entonces elevada reputación en las capitales aliadas.

Pero, si Napoleón hubiera ganado la batalla, ¿podría haber ganado la guerra? Siempre tuvo la esperanza de que si podía derrotar a los británicos entonces la coalición se hundiría y la guerra acabaría; pero seguramente no hubiera sido así. Los británicos, no por primera vez y

tampoco por última, muy bien podían haber evacuado a su ejército del continente; pero habrían continuado en guerra y el dinero británico hubiera seguido subvencionando a los rusos, prusianos, austriacos, holandeses y otros para continuar la lucha. Los masivos ejércitos ruso y austriaco habrían terminado alcanzado París y acabado con el sueño de Bonaparte. La única diferencia significativa habría sido una mucho menor influencia británica en el Congreso de Viena; porque, en vez de ser la vencedora y más consistente opositora a las ambiciones francesas, Gran Bretaña hubiera quedado reducida al papel de un mero pagador.

Según los aliados se acercaban a París, sus líneas de comunicación se estiraban más y más, por lo que tuvieron que ser protegidas contra los ataques furtivos de bandas de soldados franceses y las depredaciones de los campesinos. En las ciudades fortificadas tomadas tuvieron que dejarse guarniciones para impedir que fueran reocupadas, de modo que todo el cuerpo de ejército de Pirch no tardó en estar ocupado guardando las comunicaciones prusianas hasta Bélgica y controlando las ciudadelas capturadas. La misma dilución estaba teniendo lugar en las fuerzas de Wellington y, caso de que los aliados tuvieran que participar en otra batalla importante —para capturar París en esta ocasión—, Blücher se habría quedado limitado a 66.000 hombres y Wellington a 50.000.

Cualesquiera que fueran las optimistas afirmaciones de Napoleón respecto a reunir un nuevo ejército, la burocracia y los políticos franceses —con los cuales por fuerza había accedido a compartir el poder al regresar de Elba— tenían un punto de vista diferente. Mientras el emperador les dio victorias, o parecía que podía conseguirlas, contó con un apoyo general; pero, una vez que el impulso de la guerra se volvió contra él, ese apoyo comenzó a evaporarse con mucha rapidez. Francia llevaba en guerra más de veinte años y los últimos en incorporarse al ejército no habían conocido otra cosa, de modo que mucha gente del pueblo ya había tenido suficiente. El Senado y la Cámara de los Diputados —el Parlamento francés, hasta ahora bajo firme control de los bonapartistas— eran abiertamente hostiles; el mariscal Davout aconsejó a Napoleón que los disolviera o, al menos, los prorrogara; pero el emperador vaciló y cuando el Parlamento se declaró en sesión permanente ya fue demasiado tarde. Ahora Napoleón recibía presiones para abdicar y el mensaje de los políticos fue que, si no lo hacía, el Parlamento lo proclamaría. Napoleón consideró brevemente utilizar la fuerza —la mayoría del populacho parisiense estaba de su lado, al contrario que el resto del país—; pero el 23 de junio firmó un documento de abdicación en favor de su hijo de cuatro años y se retiró a Malmaison. [3]

Se creó un gobierno provisional francés dirigido por el muy poco de fiar Joseph Fouché. Fouché, nacido en 1759, había sido un ardiente republicano desde sus primeros días y había votado en favor de la ejecución de Luis XVI; pero, pensando siempre en su propio beneficio, se convirtió en un inveterado intrigante con la habilidad de orientar sus velas en favor del viento político prevalente, cualquiera que fuera la dirección en la que soplara. Cuando el Terror estaba en su apogeo, en 1793 y 1794, Fouché acabó con una revuelta monárquica en Lyon con unos medios que incluso el Comité de Seguridad Pública consideró extremados; se aseguró de estar del lado correcto cuando Robespierre y sus sátrapas fueron derrocados; cuando el Directorio pareció inestable, apoyó el golpe de Estado que hizo que Napoleón se convirtiera en primer cónsul y luego en emperador; cuando pareció que Napoleón estaba perdiendo, comenzó negociaciones con los aliados; cuando los Borbones regresaron en 1814, recibió un cargo, mas siguió manteniendo contacto con el exiliado Napoleón y se convirtió en ministro de Policía (por tercera vez) al regreso del emperador, al mismo tiempo que negociaba en secreto con el canciller austriaco Metternich. En ese momento vio que el Imperio no sobreviviría y abrió vías de comunicación con los aliados que avanzaban. El 26 de junio, Wellington recibió de Blücher una carta procedente de los «comisionados franceses» —los representantes de Fouché— sugiriendo una suspensión de las hostilidades. Wellington replicó:

> Desde el instante del 15.º [...] el mariscal de campo [Wellington] ha considerado a su soberano y a las partes cuyos ejércitos manda, en estado de guerra con el gobierno de Francia; y no considera la abdicación de Napoleón Buonaparte *[sic]* de su usurpada autoridad [...] como la consecución del objeto contenido en las declaraciones y tratados de los aliados... 4

Por cuanto concernía a Wellington y Blücher, la guerra no había terminado solamente porque Napoleón hubiera abdicado: seguía habiendo numerosos cuerpos armados franceses, las fortalezas y ciudades fortificadas seguían estando ocupadas, Luis XVIII continuaba en Holanda y no se había dicho nada de su restauración y cada vez era más evidente que lo que Fouché quería era instaurar una república con él a la cabeza. Wellington llegó a decir que, si bien lamentaba la necesidad de derramar más sangre, la guerra continuaría. No mencionaba la rendición incondicional, pero es lo que quería decir. De modo que los ejércitos aliados continuaron su avance, con Wellington

queriendo restablecer la «legitimidad» —el regreso del monarca Borbón— y Blücher, con alguna justificación, decidido a requisar y enviar a Berlín todo aquello de valor con lo que tropezara su ejército. Por su parte, Wellington insistió en que cualquier cosa que saqueara su ejército debía pagarse y que los derechos y propiedades civiles debían respetarse. Había visto el resultado del mal comportamiento de un ejército invasor en España y estaba decidido a no provocar un movimiento guerrillero de resistencia en Francia.

Mientras tanto, en Malmaison, el exemperador seguía impartiendo órdenes a los mariscales. Aceptaba que ya no era emperador, pero seguía siendo un general… que lo pusieran al mando de un ejército reconstituido y la guerra todavía podía ganarse. No obstante, el gobierno provisional no quiso saber nada. Continuarían resistiéndose al avance aliado para conseguir las mayores concesiones posibles en las inevitables negociaciones de paz, pero no tendrían a Napoleón al mando. Parte del estado mayor y de los seguidores de Napoleón lo instaron a ponerse a la cabeza del ejército, declarar la ley marcial, arrestar al gobierno provisional y, con las tropas que ya estaban en París y sus alrededores, pasar a la ofensiva. El exemperador vaciló y para cuando decidió resistir la tentación basándose en que no él no sería la causa de una guerra civil ya era demasiado tarde. El 28 de junio, la Cámara de los Diputados declaró que París se encontraba en estado de sitio. Movilizaron a todos los soldados retirados y llamaron a París a los seis batallones que habían estado manteniendo el orden en la promonárquica Vendée. El 29 de junio, Gruochy llegó a la ciudad con sus 30.000 hombres y otros 20.000 que había recogido de camino. Considerando que había hecho lo que había podido, y sin duda teniendo presente el inevitable ajuste de cuentas que estaba por llegar, Grouchy renunció a su mando, que fue a parar a manos de Vandamme, quien se apresuró a fortificar la ciudad y colocar guarniciones en los puentes sobre el Sena.

Ese mismo día, el 29 de junio, Napoleón abandonó Malmaison hacia el puerto de Rochefort, en la costa del golfo de Vizcaya. Fouché había dicho que si no lo hacía el gobierno lo arrestaría; pero accedió a proporcionarle dos fragatas y, por entonces, las intenciones de Napoleón eran navegar hasta América, donde los Estados Unidos le ofrecerían santuario. El 30 de junio, la caballería prusiana estaba en Versalles, la infantería se había apoderado del puente sobre el Sena en Saint-Denis y las unidades de vanguardia de Wellington se habían desplazado para unirse a Blücher. El 2 de julio, ambos ejércitos aliados estaban en posición en torno a la ciudad. El gobierno provisional francés solicitó un alto el fuego, que fue rechazado, y al darse cuenta de que los ejércitos combinados de Blücher y Wellington

no solamente podían asaltar París, sino que lo harían si tenían que hacerlo, el 3 de julio, tras una salida final de Vandamme, accedió a rendir París y evacuar todas las tropas al sur del río Loira.

Cuatro días tardaron Napoleón, disfrazado de secretario, y su séquito en llegar a Rochefort, donde aguardaron esperando una llamada de París. El 8 de julio, sin la llamada y con órdenes del gobierno provisional de que debía abandonar el suelo francés de inmediato, Napoleón abordó la fragata Saale ; pero solamente llegó hasta Île-d'Aix, una pequeña isla a 3 kilómetros de la costa, donde desembarcó a la espera de viento favorable y para considerar sus opciones; opciones que disminuían a cada día que pasaba. La Royal Navy ya estaba bloqueando el estuario del río Garona y, una vez que supo que Napoleón estaba en la zona —probablemente gracias a información proporcionada por Fouché—, el número de barcos se incrementó y el bloqueo se estrechó. No tardó en quedar claro que no se le permitiría cruzar el Atlántico. Si bien había algunos que continuaban abogando por luchar —y Napoleón seguía contando con seguidores, sobre todo en el ejército, pero también entre parte de la población— cada vez estaba más claro que la única opción que le quedaba era entregarse.

El día que Napoleón abordó el Saale , Luis XVIII entró en París para recibir el homenaje del gobierno provisional en Saint-Denis. Los Borbones habían vuelto aceptados por Fouché una vez que quedó claro que él no podría ser el jefe del Estado y que el control de estos se estaba incrementando. Si los Borbones le hubieran puesto las manos encima a Napoleón lo hubieran humillado y, posiblemente, ejecutado; mientras que los prusianos habían dicho, y seguían diciendo abiertamente, que lo ahorcarían. Lo rusos no hubieran aplicado la pena capital, pero Napoleón no podía rendirse a ellos: había hablado con aires de superioridad al zar y luego había invadido Rusia en 1812. Y, si bien los austriacos tampoco lo ejecutarían, sentía una fuerte animosidad personal contra el emperador Francisco, que había impedido que su esposa María Luisa y su hijo se reunieran con él en Elba y había interceptado cartas intercambiadas por ellos mientras estaba allí.

Eso solamente dejaba a los británicos, y el 13 de julio Napoleón escribió al príncipe regente pidiéndole que le permitiera aprovecharse de la hospitalidad del pueblo inglés y describiendo al príncipe como «el más poderoso, el más constante y el más generoso de mis enemigos». La carta nunca recibió respuesta, pero, sin duda esperando que la habría, a las 7.00 horas de la mañana del 15 de julio Napoleón se entregó al capitán Frederick Maitland, capitán del HMS Bellerophon , un barco de línea de setenta y cuatro cañones construido en 1786. Junto con el exemperador había tres generales, dos condes con sus

condesas y cuatro niños, diez oficiales del ejército de diferentes rangos, un médico, dos cocineros, veintiséis sirvientes, la vajilla y la cubertería imperiales de plata y varias barcazas de equipaje. 5

En Francia, a pesar de que París se hubiera rendido y el rey regresado, la guerra seguía activa. El diminuto ejército del Jura mantuvo a raya a los austriacos hasta el 11 de julio; Suchet, con base en Lyon, los contuvo hasta el 12 de julio; y el mariscal Brune aguantó en el gran arsenal naval de Toulon hasta el 31 de julio. Tras haber rendido la ciudadela, Brune recibió órdenes de presentarse en París y de camino se detuvo en Avignon para cambiar de caballos. Perseguido por la muchedumbre, que pensó que era otro de los soldados revolucionarios implicados en una masacre de 1795, fue acorralado en el Hotel Royal, donde le dispararon, apuñalaron y, por si acaso, lanzado al Ródano. La aparición de los rusos en la frontera oriental provocó un breve estallido de resistencia —el recuerdo del comportamiento de los cosacos en 1814 tras la primera abdicación de Napoleón y la rendición de Francia seguía fresco—; pero, según las nuevas de la derrota en Waterloo y la partida del emperador se iban filtrando, el ánimo abandonó a los ejércitos al aumentar las deserciones hasta alcanzar unas proporciones imparables y al comenzar los oficiales a darle vueltas a lo que el restaurado régimen podía significar para ellos. Con la amenaza de severas represalias por cualquier desobediencia a las órdenes impartidas por el restaurado gobierno, en agosto la resistencia había desaparecido y las decisiones del Congreso de Viena, que había permanecido en sesión durante los «Cien Días», como la reciente campaña terminó siendo conocida, pudieron ser implementadas.

Tras un viaje tranquilo, durante el cual Napoleón fue adecuadamente tratado por los oficiales del barco —si bien él los irritó al engullir su comida y luego abandonar la mesa—, el Bellerophon llegó a Torquay a las 8.00 horas del 24 de julio, donde recibió órdenes de echar el ancla y permanecer allí hasta nuevo aviso, sin permiso para que nadie desembarcara o embarcara que no fuera de la propia tripulación. El gobierno se encontraba ahora ante una especie de dilema respecto a qué hacer con su distinguido prisionero. ¿Era un prisionero? Se había entregado voluntariamente al capitán Maitland, de modo que difícilmente era un prisionero de guerra; no había cometido ningún delito por el que pudiera ser juzgado por las leyes inglesas; y, si bien el restaurado régimen de París sin duda lo consideraría un rebelde, entregárselo podría causar más problemas de los que resolvería. En cualquier caso, el Tratado de Fontainebleau de 1814 había entregado a Napoleón la soberanía de la isla de Elba; de modo que no era un súbdito de Luis XVIII, sino un monarca independiente por derecho propio. 6 Dos días después, el capitán

Maitland recibió órdenes de navegar hasta Plymouth, un fondeadero protegido, que era una importante base naval y el cuartel general de la Flota del Canal y desde donde cualquier intento de rescate o escape sería más difícil. En Torbay, los excursionistas habían abarrotado los muelles y alquilado barcas para intentar vislumbrar al ahora enjaulado ogro, y en Plymouth las muchedumbres eran incluso mayores. Napoleón parecía disfrutar de la atención y se inclinaba y saludaba a sus espectadores, si bien patrulleras manejadas por marineros con alfanjes les impidieron llegar más lejos.

En Londres, el gobierno se estaba poniendo nervioso por la atención que estaba recibiendo el exemperador y las discusiones respecto a qué hacer con él estuvieron plagadas de sutilezas legales: todos coincidieron en que no se le podía volver a permitir que «disturbara la paz de Europa»; pero estaban indecisos sobre qué hacer con él exactamente y bajo qué marco legal podían conservarlo. Ya se habían publicado cartas al director en los periódicos preguntándose eso mismo, sobre todo orquestadas por un tal Capel Lofft. Lofft, que en 1815 tenía sesenta y cuatro años, había sido educado en Eton y Peterhouse y, a pesar de haberse registrado en el Colegio de Abogados de Lincoln, no había llegado a ejercer. Un whig que vivía con desahogo, se habría descrito a sí mismo como un radical: antiesclavista, en favor de la reforma parlamentaria, en contra de la pena de muerte, en favor del sufragio universal (pero solamente para los varones), disidente religioso, vehemente opositor a la política de guerra e impuestos del joven Pitt, admirador de Napoleón e inveterado escritor de cartas a los periódicos. Fue él quien lanzó la amenaza de un mandato judicial de hábeas corpus. Fechado en 1305, el hábeas corpus (literalmente: «dispón de tu cuerpo») es un procedimiento judicial que requiere que la persona arrestada sea llevada ante el tribunal o el juez para determinar si la detención es ilegal. Con la fuerza de un mandato judicial, fue suspendido durante las hostilidades y acababa de ser reinstaurado. Redactado por un juez o magistrado previa petición, tenía que ser presentado al custodio del prisionero —en este caso el almirante Keith, comandante en jefe de la Flota del Canal— y podía haber supuesto un considerable problema para el gobierno, que no podía encontrar bases legales sólidas para detener a Napoleón. De entregarse este mandato judicial, las únicas alternativas serían el juicio —¿con qué cargos?— o la liberación.

Al final, tras considerarse Escocia, la Torre de Londres, Malta y el Cabo de Buena Esperanza, se decidió enviar a Napoleón a Santa Elena, un afloramiento rocoso en el Atlántico y el territorio británico que se consideraba más alejado de la civilización y las perspectivas de rescate (o, de hecho, asesinato). Para evitar cualquier complejidad legal resultado de la entrega del mandato judicial, era necesario llevar a

Napoleón y su séquito bien lejos de las aguas costeras, de modo que el capitán Maitland recibió órdenes de levar anclas y hacerse a la mar. Dado que su barco no se consideraba preparado para soportar las tormentas del atlántico, una vez allí transferiría a su detenido al HMS Northumberland , otro barco de setenta y cuatro cañones, pero más moderno, pues había sido botado en 1798. Los periódicos ya habían especulado con que su destino final podía ser Santa Elena y para agravar el miedo de que Lofft pudiera conseguir un mandamiento de hábeas corpus, apareció en Plymouth un tal Anthony Mackenrot, que intentó entregar una citación a Napoleón que lo requería para testificar en un juicio. Existen dudas sobre si Mackenrot era un abogado o un mercader de las Indias Occidentales; pero tenía una citación judicial y resultaba imperativo que no pudiera entregarla. El almirante Keith se pasó la mayor parte del 3 de agosto siendo transportado a remo de un barco a otro, perseguido por Mackenrot agitando su citación; cuando finalmente este se rindió y dejó una nota en la oficina de Keith solicitando una reunión, el propio Keith se hizo a la mar, reuniéndose con el Bellorophon y el Northumberland con sus dos fragatas de vigilancia frente a Torbay.

El 6 de agosto de 1815, Napoleón fue transferido desde el Bellorophon al Northumberland mientras los infantes de marina que estaban de centinelas presentaban armas y los tambores tocaban tres ostinatos —el saludo adecuado para un general—. Con él iban dos generales, la esposa de un general, un marqués y su esposa, un chambelán y su hijo, tres ayudas de cámara, un asistente de ayudante de cámara, tres lacayos, un guardaespaldas mameluco, un cocinero, un despensero, un farolero y un médico irlandés que se había ofrecido como voluntario para ir cuando el médico francés de Napoleón decidió que la lealtad estaba muy bien, pero que el exilio en medio del Atlántico era otra cosa. Las protestas de Napoleón de que se había entregado voluntariamente y que, de ser detenido, tenía derecho a ser juzgado por la ley, fueron ignoradas. Tras sofocarse un incipiente motín de su tripulación, la mayoría de la cual no tenía deseos de dirigirse al Atlántico sur, el Northumberland desplegó velas y el 16 de octubre, junto a sus transportes acompañantes, que llevaban a una brigada de infantería y cuatro baterías de artillería, puso proa hacia el volcán extinguido de basalto negro que era Santa Elena. Allí Napoleón pasaría los últimos años de su vida dictando sus memorias, alternando entre ataques de rabia contra el destino y la resignada aceptación de su estado, al tiempo que sufría los desaires y molestias de su principal carcelero, el general de división sur Hudson Lowe, gobernador de Santa Elena y el hombre a quien Wellington expulsó como jefe de estado mayor antes de la campaña de Waterloo. En su relato de Waterloo, Napoleón critica a Wellington por presentar batalla en

Mont-Saint-Jean, que dice no era una posición apropiada, insiste en que la batalla ya estaba ganada a las 18.00 horas y que los aliados solamente se salvaron gracias a la llegada de Bülow y su cuerpo de ejército, culpando de su desgracia a Ney y Grouchy por su lentitud y sus dudas.

Napoleón Bonaparte murió a las 17.50 horas del 6 de mayo de 1821, con cincuenta y dos años de edad. En su testamento dice que «muere prematuramente, asesinado por la oligarquía inglesa y su herramienta», mientras que en un codicilo, fechado dos semanas antes de su muerte, deja 10.000 francos (400 libras de la época) al alférez Marie André Nicolas Cantillon, que intentó asesinar al duque de Wellington mientras regresaba en carruaje a su residencia de París la noche del 11 al 12 de febrero de 1819 disparándole con una pistola. 7 La causa de la muerte de Napoleón sigue generando mucho debate, yendo desde el asesinato por parte de los ingleses o un monárquico francés, hasta el envenenamiento por arsénico producido por el papel de empapelar y el cáncer de estómago. La causa más probable parece ser, al menos para este autor, el cáncer, para el cual había propensión en su familia, posiblemente agravado por una sífilis terciaria. También se ha alegado que Napoleón sufría de hemorroides, pero en ninguna de las autopsias realizadas a su cuerpo se menciona nada. Si bien atribuida a su hermano Jerónimo, esta afirmación puede ser mera propaganda destinada a menguar la reputación del gran hombre; aparentemente, las hemorroides son muy dolorosas, pero todo el que no las sufre cree que son tema adecuado para el humor.

Mientras tanto, el Congreso de Viena había actuado según una serie de principios declarados. Entre ellos estaba el deseo de no conceder grandes recompensas y no poner grandes castigos. Francia, representada por el ubicuo Tayllerand —antiguo servidor de los Borbones, Bonaparte, de nuevo los Borbones, otra vez Bonaparte y ahora de nuevo los Borbones— fue incluido en los debates y se tuvo cuidado de no fomentar el revanchismo. Tanto como se pudiera, Europa sería devuelta al statu quo ante bellum , restaurándose las monarquías expulsadas y regresándose a las fronteras de 1793. Si bien Francia sería tratada con amabilidad, no obstante, se le requeriría la devolución de todas las obras de arte saqueadas, tendría que pagar una indemnización de 700 millones de francos (28 millones de libras) y un ejército aliado de ocupación, mandado por el duque de Wellington y pagado por Francia, permanecería en el país durante cinco años, hasta que esta estuviera pagada. De forma inevitable, también hubo algunos intercambios de territorio. Gran Bretaña se quedó con Malta, Heligoland, las islas jónicas, Mauricio, Tobago y Santa Lucía de Francia, Ceilán y el Cabo de Buena Esperanza de Holanda y Trinidad de España, todas las cuales había capturado u

obtenido de algún otro modo durante la guerra y que ya estaba ocupando; al mismo tiempo, devolvía la Martinica y la isla de Borbón (hoy Reunión) a Francia. Prusia se quedó con la mitad de Sajonia, el gran ducado de Berg, parte de Westfalia, la orilla izquierda del Rin desde Elken hasta Coblenza, y recuperaba las partes de Polonia perdidas durante la guerra, junto con Danzig, Posen y Thorn. Se creó la Confederación Alemana, la cual reemplazaba al Sacro Imperio Romano-Germánico, bajo la dirección de Austria, mientras Hanóver, anteriormente un electorado, se convirtió en un reino con Jorge III como rey. Austria obtuvo ganancias en Italia, retuvo la Galizia oriental en Polonia y consiguió el Tirol y Salzburgo. Para Rusia se fueron el resto de Polonia, Finlandia y, de Turquía, Besarabia. Se garantizó la neutralidad de Suiza y Suecia conservó Noruega, la cual había conseguido de Dinamarca en 1814. Además de recuperar la Martinica y la isla de Borbón de Gran Bretaña, Francia consiguió Guadalupe de Suecia y la Guyana Portuguesa. 8 Finalmente, el Congreso condenó el tráfico de esclavos, lo que los franceses interpretaron como una maniobra de los británicos para destruir la economía de sus colonias.

Francia sufrió entonces un Terror Blanco mientras los monárquicos se vengaban de los revolucionarios y bonapartistas, muchos de los cuales fueron linchados o ahorcados expeditivamente. Se promulgó una real ordenanza con un listado de cincuenta personas buscadas que serían juzgadas y, caso de ser encontradas culpables —un resultado inevitable—, ejecutadas. La pieza más importante fue el mariscal Ney, quien, en vez de huir a su lugar de nacimiento en Alemania, se quedó en París con la esperanza de que todo fuera bien. Fue detenido el 3 de agosto y juzgado por un consejo de guerra acusado de traición. El fiscal fue el general de división Bourmont, el mismo hombre que había desertado al lado de los prusianos al comienzo de la campaña de los Cien Días; presidía el tribunal el mariscal Jourdan (la primera elección fue el mariscal Moncey, quien renunció) y el resto de los jueces eran los mariscales Augereau, Masséna y Mortier, así como tres generales de división. Los miembros del tribunal se encontraban, evidentemente, en un posición casi imposible: aparte de Augereau, que había sido eliminado de las listas de mariscales por Napoleón a su regreso de Elba, los mariscales eran tan culpables como Ney, en el sentido de que también ellos habían regresado a su antiguo señor en 1815. Al final, el tribunal adoptó lo que sus miembros probablemente pensaran los libraría de tener que encontrar culpable a un compañero mariscal y se declaró, por cinco votos contra dos, incapaz de juzgar el caso. Fue un error, si los jueces tenían miedo de encontrar a Ney inocente, podían haberlo encontrado culpable con circunstancias atenuantes, lo que hubiera significado una pena de exilio o cárcel, probablemente seguida de una amnistía al poco tiempo. El juicio pasó entonces a la

Cámara de los Pares, recientemente atiborrada de monárquicos y emigrés regresados, muchos de cuyos familiares habían sido guillotinados durante la Revolución. Con un único voto en contra, Ney fue considerado culpable y condenado a muerte. El mariscal Michel Ney fue fusilado el 7 de diciembre en los jardines de Luxemburgo de París. Se negó a que le vendaran los ojos y él mismo dio la orden fuego al pelotón de fusilamiento.

Un trofeo algo menor fue la vida del general de brigada Labédoyère, el ADC de Napoleón en Waterloo, que también fue juzgado por traición y fusilado. Otros en la lista de proscritos tuvieron más suerte. El mariscal Grouchy y el general de división Vandamme se escaparon a América; el general de división Lobau había sido capturado en Waterloo y estaba a salvo en Inglaterra como prisionero de guerra; el mariscal Soult fue exiliado; el general de división Bachelou estuvo encarcelado durante un tiempo y después fue liberado; el general de división Reille evitó ser capturado hasta que recibió una amnistía en 1818; el general de división Drouot, comandante de la Guardia Imperial en Waterloo, fue juzgado, se defendió a sí mismo y se libró; el general de brigada Cambronne también se libró, gracias a un gran abogado; mientras que D'Erlon y otros consiguieron escapar a Alemania, Suiza o Suecia. De los demás oficiales superiores de Napoleón, muchos volvieron a cambiar de chaqueta y continuaron sirviendo a los Borbones.

El Terror Blanco duró un año, aproximadamente. La desaprobación aliada fue uno de los motivos para que terminara, así como darse cuenta con retraso de que perseguir a tantos oficiales del ejército y exfuncionarios imperiales muy bien podía precipitar otra revolución; además, sea como fuere, cualesquiera que hubieran sido sus simpatías en el pasado, el régimen necesitaba hombres capaces, la mayoría de los cuales habían sido bonapartistas. Incluso aquellos que aparecían en la lista de proscritos terminaron siendo perdonados y la mayoría devueltos a sus antiguos rangos. Soult, perdonado en 1819, fue ministro de Guerra en varias ocasiones, ministro de Asuntos Exteriores y embajador en Londres, cargo este último durante el cual incluso asistió a la cena anual de Waterloo de Wellington. Incluso el príncipe Jerónimo, el hermano más pequeño de Napoleón, se libró casi sin un rasguño y fue nombrado gobernador de Les Invalides, una especie de casa de retiro para exsoldados combinada con arsenal y creada en París por Luis XIV en 1670.

De los aliados, el mariscal Blücher visitó Londres, donde fue recibido entre aclamaciones y comentó que sería una ciudad maravillosa para saquear. Se retiró a Krieblowitz en Silesia (hoy Polonia) y murió allí en 1819 con setenta y seis años. En 1945, cuando el Ejército Rojo invadió el país, los soldados rusos abrieron su

tumba y dispersaron sus restos, que posteriormente fueron recuperados por un cura y vueltos a enterrar. En un principio, Gneisenau se retiró y escribió una biografía de su antiguo jefe; pero no tardó en regresar al servicio activo como gobernador de Berlín. Mariscal de campo en 1825, murió en 1831 al mando de un ejército en la frontera rusa. El príncipe de Orange estuvo comprometido brevemente con la princesa Carlota de Gales, hija del príncipe regente y su reina extranjera, Carolina de Brunswick, de la que estaba separado; pero el compromiso se rompió cuando sus tendencias sexuales salieron a la luz (la homosexualidad era entonces un crimen serio). 9 Se casó después, en 1816, con la hermana del zar, sobrevivió a los intentos de chantajearlo y se convirtió en el rey Guillermo II tras la abdicación de su padre en 1840. Se las arregló para engendrar cinco hijos, demostrando ser un monarca sorprendentemente ilustrado y, de hecho, popular, que evitó las consecuencias de la revolución de 1848 al introducir una constitución liberal antes de morir en 1849.

Si bien estaba pensado que el ejército de ocupación permaneciera en Francia durante cinco años, de hecho, se marchó al cabo de tres; pues para entonces Francia ya había pagado la indemnización. Esto se debió en gran parte al duque de Wellington, quien convenció a los mercados monetarios para que le prestaran el dinero a Francia con una tasa de interés razonable. Estaba preocupado de que cuanto más permaneciera el ejército en Francia, más probable era que la opinión pública francesa se volviera en su contra. Tuvo que ejercer un tacto considerable para refrenar la propensión del ejército prusiano al saqueo; solamente con muchos problemas disuadió a Blücher, que seguía queriendo volar el Pont de Jena sobre el Sena en París, y tuvo que colocar una compañía completa de soldados británicos para vigilarlo.

Wellington, evidentemente, fue festejado por toda Gran Bretaña y el continente. La Casa de los Comunes votó un nuevo préstamo para permitirle comprarse una casa en Londres 10 y una propiedad campestre adecuada a su categoría. 11 Su sincero deseo de no tener que participar en ninguna otra batalla se cumplió, en no pequeña medida porque, gracias mayormente a él, ahora había paz en Europa y nunca fue necesario combatir en esa batalla. Insistió en que una medalla de Waterloo fuera entregada a todos y no, como había sido costumbre en el pasado, solamente a los oficiales. Fue repartida en 1816 y 1817 a todos los que habían estado presentes en cualquiera de las batallas de la campaña o a los parientes más cercanos de quienes habían caído en ella o habían muerto después. En total se repartieron unas 39.000, con el nombre del receptor grabado en el borde. La siguiente medalla en ser concedida a todos los rangos fue la del Servicio General, con una barra por cada batalla de la Guerra de la

Independencia, pero no fue emitida hasta 1848 y muchos de quienes tenían derecho a ella ya estaban muertos.

También hubo recompensas monetarias a las familias de los muertos en acción durante los Cien Días, y a los supervivientes se les concedieron dos años de veteranía extra que debería incluirse en el cálculo de sus pagas y pensiones. Se repartieron recompensas que fueron desde las 61.000 libras para el comandante en jefe (de las cuales devolvió 40.000 libras al Tesoro) hasta las 90,06 libras para un capitán, pasando por las 2,55 libras de un soldado. A las dos semanas de la batalla, todos los generales que no eran caballeros lo fueron nombrados, la mayoría de los tenientes coroneles y muchos mayores recibieron la CB (Compañero de la Orden del Baño) y hubo un chaparrón de ascensos sin necesidad de compra.

Para los soldados de las filas perdedoras no hubo recompensas, ni primas, ni gracias. La Guardia Imperial fue disuelta y la mayoría del ejército licenciado y repartido por toda Francia. Muchos de los oficiales superiores mantuvieron sus pensiones o se las devolvieron; pero para las clases y tropa, muchos de los cuales no tenían ninguna otra formación, no quedó nada excepto el recuerdo de los días de gloria, cuando el aparentemente imparable hombrecito del gabán gris los había dirigido por toda Europa. Para Napoleón, como hemos visto, la campaña de los Cien Días fue siempre una apuesta; una apuesta que perdió. A pesar de lo cual, hasta el día de hoy, en Francia sigue siendo un héroe, sus victorias y logros celebrados y sus derrotas olvidadas o justificadas. Lo cierto es que fue un gran hombre, como soldado y como estadista, el cual poseía unas habilidades y una visión mucho más grande que las de los Borbones a quienes manos extranjeras colocaron en su lugar. Francia no volvería a conocer más de estas grandes victorias; pues hubo poca gloria en sus campañas coloniales y escaso orgullo en la victoria de Crimea. Fue humillada por Prusia en 1870, se encontró del lado ganador en 1918 solamente a un gran e irrecuperable coste y sufrió una abyecta derrota en 1940. No resulta nada sorprendente, por lo tanto, que los franceses miren atrás, hacia una época durante la cual las águilas fueron llevadas a todas las fronteras de la tierra y la gloria parecía interminable.

1 Quizá unos 12 millones de libras actuales… un precio barato para evitar tener que hablar francés y comer caracoles.

2 Niall Ferguson, *The world's banker. A history of the House of Rothschild* , Weidenfeld & Nicolson, Londres, 2000.

3 Técnicamente, el hijo —conocido por los historiadores franceses como Napoleón II— fue emperador durante una semana, antes de que se declarara que también él había abdicado.

4 Tte. coronel John Gurwood, *The dispatches of field marshal the duke of Wellington* , 12 vols., John Murray, Londres, 1837.

5 David Cordingly, *The* Billy Ruffian . *The biography of a ship of the line* , Bloomsbury, Londres, 2003.

6 Gran Bretaña no había firmado el tratado, pero la Francia borbónica sí.

7 Cantillon falló y fue juzgado por intento de asesinato en un tribunal francés, cuyo jurado lo encontró inocente, como era de esperar.

8 Lo cual se antoja bastante injusto, dado que Portugal, junto a Gran Bretaña, fue el único enemigo consistente de Francia durante la guerra.

9 Carolina se casó entonces con Leopoldo de Sajonia-Coburgo, posteriormente rey de los belgas, muriendo de parto en 1817 (su hijo, un varón, fue un mortinato). De haber sobrevivido, se habría convertido en la soberana reinante en vez de Guillermo IV y la reina Victoria no habría subido al trono.

10 Apsley House, que le compró a su hermano Richard (mediante puja anónima) por 40.000 libras en 1817. Fue regalada a la nación en 1947, si bien parte de ella sigue siendo utilizada como residencia por la familia.

11 Stratfield Saye, en Hampshire, donde la familia sigue viviendo.

Epílogo

A primera vista, a pesar de los veinte años de luchas, el gasto de 600 millones de libras y la pérdida de unas 70.000 vidas, los británicos consiguieron poco de las guerras revolucionarias y napoléonicas. Podrían haberle quitado a Francia su imperio y añadirlo al suyo y podrían haber pedido la parte del león de la indemnización. No hicieron ninguna de esas cosas, aunque pocos les hubieran condenado por ello de haberlo hecho. En cambio, gentes con cabeza en el consejo de ministros, en especial Castlereagh y Liverpool, se dieron cuenta de que si Francia había de ser devuelta a la familia de las naciones, no debía ser humillada del todo; pues sino la vieja enemistad entre ambas naciones volvería a estallar. Lo que los británicos consiguieron como resultado del Congreso de Viena fue un equilibrio de poder en Europa y un sistema que, si bien tomó escasa cuenta de las ideas del liberalismo y la democracia que habían animado la Revolución Francesa, mantuvo la paz en Europa durante cien años, o al menos se aseguró de que las guerras que estallaron en Europa —en Crimea y las guerras de unificación de Alemania— no se extendieran.

Si bien la opinión de este autor es que, aunque Napoleón hubiera ganado la batalla de Waterloo no hubiera ganado la guerra, se puede argumentar que una victoria napoleónica no hubiera sido necesariamente algo malo. Habría habido una Unión Europea ciento cincuenta años antes, un idioma común (el francés), una moneda común (el franco) y un sistema de gobierno que, probablemente, se hubiera transformado en uno razonablemente liberal; pues Napoleón, aunque en ocasiones podía ser despiadado, no era un completo autócrata. Dentro de semejante marco, Alemania no se hubiera convertido en una nación y nos habríamos ahorrado dos guerras mundiales. Es posible que la primera revolución rusa se hubiera producido, pero no la segunda, la llamada Revolución de Octubre (en realidad noviembre, pues los rusos seguían con el calendario antiguo) que acabó con el potencialmente liberal gobierno de Kerensky para reemplazarlo por el bolchevismo. Un bloque europeo unido como este se habría convertido en la mayor y más rica economía del mundo, la

cual habría tenido la suficiente potencia industrial, financiera y económica como para imponer su voluntad al resto del mundo. Pero «a primera vista» es todo lo que este escenario puede ser, pues casi con total seguridad Napoleón hubiera seguido muriendo en 1821, cuando su hijo era todavía demasiado joven para reemplazarlo (además, en cualquier caso, el hijo murió de tuberculosis en 1821 sin dejar herederos), ninguno de sus hermanos poseía nada parecido a sus habilidades o capacidad de liderazgo y es mucho más probable que las luchas internas entre los mariscales mientras se peleaban por el poder hubieran hecho que todo el edificio se derrumbara.

A pesar de caer derrotado y terminar en el exilio sufriendo una muerte solitaria, Napoleón fue el francés más grande de su época y quizá de cualquier época. Enterrado inicialmente en Santa Elena, con una losa desnuda sobre su tumba, 1 en 1840 los británicos accedieron a la petición francesa de que sus restos fueran devueltos a Francia. El 15 de diciembre, en presencia del rey Luis Felipe (último rey, si bien no el último monarca de Francia), los restos de Napoleón fueron conducidos a Les Invalides en solemne procesión sobre un armón de artillería arrastrado por dieciséis caballos negros, seguidos por los ancianos miembros de su Guardia Imperial, que habían sacado sus ahora raídos uniformes y sus medallas para un último desfile para su emperador. Exactamente cien años después, el 15 de diciembre de 1940, en un París ocupado por los descendientes de los prusianos de Blücher, el ataúd del hijo de Napoleón, el rey de Roma y durante breve tiempo Napoleón II, también fue enterrado en Les Invalides. Había sido traído desde Viena, donde el joven había vivido y muerto, como un obsequio del canciller alemán al pueblo de Francia… de Hitler a Petain. Mientras tanto, en 1860 el cuerpo de Napoleón I, enterrado originalmente en la capilla, fue trasladado en presencia de su sobrino, el emperador Napoleón III, a una magnífica tumba de cuarcita roja colocada sobre una base de granito verde, bajo una gran cúpula y rodeada por bajorrelieves de sus batallas y sus logros civiles y legales. Bajo la cúpula también se encuentran las tumbas de sus hermanos José y Jerónimo y las de distinguidos soldados franceses anteriores a él (Tourenne y Vauvan), coetáneos (Jourdan y Lobau) y posteriores (Foch, Le Clerc y De Lattre de Tassigny). Hoy día sigue siendo un lugar de peregrinación para los soldados franceses.

Waterloo convirtió a Gran Bretaña en una potencia mundial; de hecho, la única que hubo durante casi cien años. Muchos historiadores franceses consideran que no fue Napoleón quien perdió la última posibilidad de Francia de convertirse en esa potencia; más bien, aseguran que le fallaron y le traicionaron funcionarios renegados e incompetentes generales. Pero fue Napoleón quien los eligió, Napoleón quien los ascendió y Napoleón quien los nombró, de modo

que ha de ser Napoleón quien acepte la responsabilidad de sus acciones, o inacciones, cuando llegó el momento de crisis.

Wellington se convirtió en el general más famoso de Europa. Convertido en mariscal de campo en siete ejércitos, abrumado de honores y regalos por agradecidos soberanos, continuó dedicándose al servicio público hasta el final de sus días. Comandante en jefe del ejército británico, intendente general del cuerpo de armamento y pertrechos, alguacil de la Torre de Londres, caballero de la Jarretera, consejero privado del monarca, primer ministro, secretario de Asuntos Exteriores, rector honorario de Oxford, lord teniente de Hampshire, alcaide de los Cinque Ports, miembro de la Royal Society, confidente de políticos y monarcas y padrino del tercer hijo de la reina Victoria (llamado Arthur, por el duque) 2 … Wellington era un trabajador infatigable, si bien en ocasiones se quejaba de que, mientras la mula de un vendedor ambulante tenía derecho a algún descanso que otro, él no lo tenía. Si bien un reluctante primer ministro entre 1828 y 1830 y el arquitecto de la emancipación católica, no fue un político de éxito ni estuvo a gusto como tal. Los soldados son, por lo general, honrados y funcionan mediante sesiones informativas y órdenes. No tienen a un electorado al que satisfacer, ni intereses que aplacar. Los políticos no consideran la integridad como primordial y funcionan a base de compromisos. Wellington dijo una vez de su gabinete, con cierta aspereza: «¡Les digo qué es lo que tienen que hacer y quieren quedarse y discutirlo!». Si bien debido a su larga ausencia de Inglaterra quizá no fue capaz de apreciar que el viejo equilibrio entre los intereses de los terratenientes y de los comerciantes había variado, en ese momento existía una clase media y una clase trabajadora industrial deseosas de una reforma parlamentaria, fue lo bastante astuto como para ceder el paso cuando, como él dijo, se hizo evidente que sería mejor conceder lo que de otro modo se conseguiría con sangre. También propuso un acuerdo para Irlanda que muy bien podía haber evitado una gran cantidad de angustias y derramamiento de sangre a lo largo del siguiente siglo y medio. 3 Cuando estuvo fuera del gobierno, como líder de la oposición en la Cámara de los Lores, insistió en que el bien del país debía colocarse siempre por encima de las ventajas partidistas y durante toda su vida intentó permanecer apolítico.

Es muy lamentable que Wellington no se convirtiera en comandante en jefe del ejército británico a su regreso con el ejército de ocupación en 1818, cuando tenía el vigor y la influencia para haber forzado las reformas que sabía eran necesarias; pero el cargo seguía estando ejercido por el duque de York, quien no podía ser dado de lado perentoriamente. En dos ocasiones se convirtió brevemente en comandante en jefe, en 1827 y en 1828; mas para cuando asumió el

cargo permanentemente, en 1842, sustituyendo a Rowland Hill, tenía setenta y seis años de edad, se estaba volviendo cada vez más conservador en sus opiniones y se enfrentaba a un Tesoro decidido a gastar tan poco como fuera posible en defensa. 4

Arthur Wellesley, primer duque de Wellington, murió pacíficamente a las 15.25 horas del 15 de septiembre de 1852 en Walmer Castle, cerca de Deal, en Kent, la residencia oficial del alcaide de los Cinque Ports, a la edad de ochenta y dos años y cuatro meses. Su cuerpo estuvo expuesto en una capilla ardiente en Walmer, después en Londres y finalmente disfrutó de un funeral de Estado en la catedral de San Pablo; el más grande general de Inglaterra junto a Nelson, su más grande marino.

El legado de Waterloo y Wellington vivió, y continúa viviendo. El 1.º de los guardias a pie, como se suponía que había derrotado a los granaderos de la Guardia Imperial, 5 se convirtió en los guardias granaderos y todos los regimientos de la guardia real adoptaron una versión británica del sombrero imperial francés de piel de oso. La mayoría de los regimientos de infantería llevan el distintivo de la batalla de Waterloo en sus estandartes y por toda Gran Bretaña abundan los colegios, estaciones, calles, parques, monumentos y estatuas con el nombre de Waterloo o Wellington; los turistas franceses que visitan Inglaterra se muestran algo menos enfadados ahora que la estación terminal del Euroestar no es la de Waterloo.

Militarmente, muchas de las cualidades de ese «instrumento perfecto» mandado por Wellington en la Península y en Waterloo se terminarían evaporando al considerar el ejército victorioso que no había necesidad de cambiar lo que había demostrado ser una combinación ganadora. A todo lo largo del imperio, al enfrentarse a un problema táctico los oficiales se preguntaron: «¿Qué haría el gran duque?». Todo esto estaba muy bien, pues Wellington era un maestro en el campo de batalla; pero no delegaba, raramente pedía opinión y no tenía tiempo para discutir, de modo que toda una generación de comandantes superiores creció sin ser entrenada para utilizar su iniciativa y sin fomentar que pensara por sí misma. Solamente dos años después de la muerte de Wellington, el ejército británico fue a la guerra en Crimea vestido en gran parte con los mismos uniformes que había llevado en Waterloo, con un fusil que seguía cargándose por la boca, con un comisariado corrupto e incompetente y unos servicios médicos que apenas existían. Que el ejército ganara sus batallas a pesar del Horse Guards, del Tesoro y de sus oficiales superiores se debió a las agallas y resistencia de los soldados profesionales y al liderazgo de los oficiales de los regimientos. Esto, al menos, era parte del legado de Waterloo que no había sido desperdiciado y el cual todavía corre por las venas y motiva al ejército británico.

1 El estado mayor de Napoleón insistió en que era el emperador Napoleón, mientras que Hudson Lowe en que era el general Bonaparte. Como no se pusieron de acuerdo, la losa no se gravó.

2 Posteriormente duque de Connaught, un soldado competente, gobernador general de Canadá y el último de los hijos de la reina Victoria en morir, en 1942.

3 Quería, en primer lugar, separar del Estado a la Iglesia de Irlanda, a la cual todos tenían que pagar diezmos, a pesar de que la vasta mayoría de la población no pertenecía a ella, y luego licenciar a todos los sacerdotes y sus sueldos pagados por el gobierno. Fue demasiado radical como para ser aceptado.

4 Algunas cosas no cambian.

5 Lo cual hicieron, si bien el título puede haber sido otorgado para señalarlos como elite incluso entre los Guardias, pues en el pasado se habían formado batallones provisionales de compañías de granaderos para operaciones especiales.

Créditos de las Ilustraciones

Retrato de Arthur Wellesley, primer duque de Wellington, de Thomas Heaphy, 1813 (© National Portrait Gallery, Londres).

Retrato de Napoleón Bonaparte, de Thomas Heaphy, c. 1813 (© National Portrait Gallery, Londres).

Retrato como mariscal del príncipe Gebhard von Blücher, de Henry Alken, 1815 (por cortesía del Archivo Militar Anne S. K. Brown, Universidad de Brown).

Ligny (© Imogen Corrigan).

Granja de Gemioncourt (© Imogen Corrigan).

Tod des Herzog Friedrich Wilhelm von Braunschweig , de Diterich Monten, 1815 (por cortesía del Archivo Militar Anne S. K. Brown, Universidad de Brown).

Granja Papelotte (© Imogen Corrigan).

La Haie Sainte (© Imogen Corrigan).

La batalla de Waterloo , publicado por Richard Holmes Laurie, 1819 (por cortesía del Archivo Militar Anne S. K. Brown, Universidad de Brown).

El marqués de Anglesey, herido, dirigiendo al 7.º de Húsares Ligeros , de Charles Turner Warren, 1819 (por cortesía del Archivo Militar Anne S. K. Brown, Universidad de Brown).

Caballería francesa cargando contra highlanders británicos en Waterloo , de William Heath, 1836 (por cortesía del Archivo Militar Anne S. K. Brown, Universidad de Brown).

La batalla de Waterloo , de W. T. Fry, a partir de Denis Dighton, 1815 (por cortesía del Archivo Militar Anne S. K. Brown, Universidad de Brown).

El árbol de Hougoumont (© Imogen Corrigan).

El flanco derecho francés (© Imogen Corrigan).

Schlacht bei Waterloo am 18 Juni 1815 , de Dunkler, c .1816 (por cortesía del Archivo Militar Anne S. K. Brown, Universidad de Brown).

Le Caillou (© Imogen Corrigan).

El cuartel general de Wellington (© Imogen Corrigan).

La batalla de Waterloo, 18 de junio de 1815. Los Guardias Reales (Life Guards) cargando contra la Guardia Imperial , de Franz Josef

Manskirch, 1815 (por cortesía del Archivo Militar Anne S. K. Brown, Universidad de Brown).

La granja de Mont-Saint-Jean (© Imogen Corrigan).

La batalla de Waterloo, Aleksander Sauerveid, 1819 (por cortesía de Archivo Militar Anne S. K. Brown, Universidad de Brown).

La Vieja Guardia en Waterloo. 8 de junio de 1815 , de Hippolyte Bellangé, 1869 (por cortesía del Archivo Militar Anne S. K. Brown, Universidad de Brown).

El final de la gloriosa batalla de La Belle Alliance el 18 de junio de 1815 , de Fredrich Campe, 1821 (por cortesía del Archivo Militar Anne S. K. Brown, Universidad de Brown).

Encuentro del duque de Wellington y el príncipe Blücher en La Belle Alliance tras la batalla de Waterloo , de Charles Turner Warren, 1818 (por cortesía del Archivo Militar Anne S. K. Brown, Universidad de Brown).

La cobarde huida de Buonaparte tras la batalla de la Belle Alliance , de Fredrich Campe, 1821 (por cortesía del Archivo Militar Anne S. K. Brown, Universidad de Brown).

Persecución de los prusianos a la luz de la luna , de Charles Turner Warren, 1818 (por cortesía del Archivo Militar Anne S. K. Brown, Universidad de Brown).

El campo de batalla de Waterloo, tal cual aparecía la mañana tras la memorable batalla del 15 de junio de 1815 , de John Heaviside Clark, 1817 (por cortesía del Archivo Militar Anne S. K. Brown, Universidad de Brown).

Château de Hougoumont. El campo de batalla de Waterloo, 1815 , de Denis Dighton (Royal Collection Trust © Su Majestad la reina Isabel II, 2014).

Ejecución de la sentencia del mariscal Ney, en los jardines del Luxemburgo, el 8 de diciembre de 1815 , Innocent-Louis Goubaud, 1816 (por cortesía del Archivo Militar Anne S. K. Brown, Universidad de Brown).

Bibliografía seleccionada

Si bien este autor no los ha contado, resulta un cálculo ajustado decir que hasta la fecha se han publicado en inglés varios miles de libros que tratan solamente sobre las guerras revolucionarias y de Napoleón, así como de la batalla de Waterloo. Algunos aparecieron poco después del final de la guerra, escritos por aquellos que tomaron parte en ella; otros, décadas después, cuando los participantes habían tenido tiempo de recordar lo que había pasado, o lo que ellos creían que había pasado, y hoy día continúan apareciendo nuevos relatos, revisiones, perspectivas y ocasionalmente material original recientemente salido a la luz. Incluir en esta bibliografía cada libro que haya contribuido a esta obra no tendría mucha utilidad: muchos están descatalogados, son difíciles de encontrar o, si pueden hallarse, resultan muy caros. Las fuentes más arcanas, caso de que el lector deseara explorarlas, aparecen en las notas. Por lo tanto, esta bibliografía tiene que considerarse más bien como una lista de lectura, de libros que siguen en las librerías o han sido reeditados a partir del original o pueden encontrarse con facilidad en una buena biblioteca. Por ejemplo, no he incluido los *Despatches* de Gurwood (excepto en las notas), de los cuales tengo una primera edición completa, los doce volúmenes y el índice, en perfecto estado y hallados por mi suegra en una pequeña librería de segunda mano en Suffolk. Muy pocas bibliotecas lo tienen completo y son menos aún las copias en manos particulares. Del mismo modo, hay muchos libros excelentes que no he incluido, sencillamente porque mi intención es proporcionar al lector general una selección amplia de la literatura disponible más que una cornucopia que ningún lector tendrá tiempo de vaciar.

ADKIN , Mark, *The Waterloo companion* , Aurum Press, Londres, 2001.
BARNETT , Correlli, *Bonaparte* , George Allen & Unwin, Londres, 1978.
BLACK , Jeremy, *The battle of Waterloo* , Icon Books, Londres, 2010.

BLOND, Georges, *La Grande Armée*, Robert Laffont, París, 1979.
BURNHAM, Robert y MCGUIGAN, Ron, *The British army against Napoleon*, Frontline Books, Londres, 2010.
CHALFONT, Lord (ed.), *Waterloo: battle of three armies*, Sidgwick & Jackson, Londres, 1979.
CHANDLER, David, *The campaigns of Napoleon*, Weidenfeld & Nicolson, Londres, 1966.
—, *Napoleon's Marshals*, Weidenfeld & Nicolson, Londres, 1987.
CHESNEY, Coronel Charles, *Waterloo Lectures*, 4.ª ed., Greenhill Books, Londres, 1997.
CORRIGAN, Gordon, *Wellington: a military life*, Hambledon & Londres, Londres, 2001.
CRUMPLIN, Michael, *Men of steel: surgery in the Napoleonic wars*, Quiller Press, Shrewsbury, 2007.
DE CHAIR, Somerset (ed.), *Napoleon on Napoleon*, Cassell, Londres, 1992.
FLETCHER, Ian, *Galloping at everything*, Spellmount, Staplehurst, 1999.
GLOVER, Gareth, *From Corunna to Waterloo*, Greenhill Books, Londres, 2007.
— (ed.), *The Waterloo archive*, Frontline Books, Barnsley, 2010.
GLOVER, Richard, *Peninsular preparation*, Cambridge University Press, Cambridge, 1970.
GRIFFITH, Paddy *et al.*, *Wellington commander*, Anthony Bird, Chichester, 1986.
HIBBERT, Christopher (ed.), *The recollections of rifleman Harris*, Leo Cooper, Londres, 1970.
— (ed.), *A soldier of the Seventy-First*, The Windrush Press, Moreton-in-Marsh, 1997.
—, *Wellington: a personal history*, Harper Collins, Londres, 1997.
HOFSCHRÖER, Peter, *1815. The Waterloo campaign: Ligny and Quatre Bras*, Greenhill Books, Londres, 1998.
—, *1815 – The Waterloo campaign: the German victory*, Greenhill Books, Londres, 1999.
LIDDELL HART, B. H. (ed.), *The letters of private Wheeler*, The Windrush Press, Moreton-in-Marsh, 1993.
LONGFORD, Elizabeth, *Wellington: the years of the sword*, Weidenfeld & Nicolson, Londres, 1969.
MCLYNN, Frank, *Napoleon: a biography*, Jonathan Cape, Londres, 1997.

MERCER, General Cavalié, *Journal of the Waterloo campaign*, Greenhill Books, Londres, 1985.

ROBERTS, Andrew, *Napoleon and Wellington*, Weidenfeld & Nicolson, Londres, 2001.

ROBINSON, Mike, *The battle of Quatre Bras 1815*, The History Press, Stroud, 2009.

SIBORNE, Capitán W., *History of the Waterloo campaign*, Greenhill Books, Londres, 1990.

SIBORNE, Maj. Gen. H. T., *Waterloo letters*, Greenhill Books, Londres, 1993.

SMITH, Digby, *The Prussian army to 1815*, Schiffer Military History, Atglen PA, EEUU, 2004.

SUMMERVILLE, Christopher, *Who was who at Waterloo*, Pearson, Londres, 2007.

SWEETINBURGH, Sheila, *The role of the hospital in medieval England*, Four Courts Press, Dublín, 2004.

THOMPSON, J. M. (trad. y ed.), *Napoleon's letters*, Prion, Londres, 1998.

UFFINDELL, Andrew y CORUM, Michael, *On the fields of glory*, Greenhill Books, Londres, 1996.